

Junio 1/104

GASPAR Y ROIG, EDITORES.

LA DIVINIDAD
DE
JESUCRISTO

NUEVA DEMOSTRACION

SACADA DE LOS ULTIMOS ATAQUES DE LA INCREDULIDAD, Y EN ESPECIAL DE LOS DIRIGIDOS
POR MR. RENAN EN SU OBRA TITULADA VIDA DE JESUS,

POR

MR. AUGUSTO NICOLAS,

traducida al castellano y anotada

POR

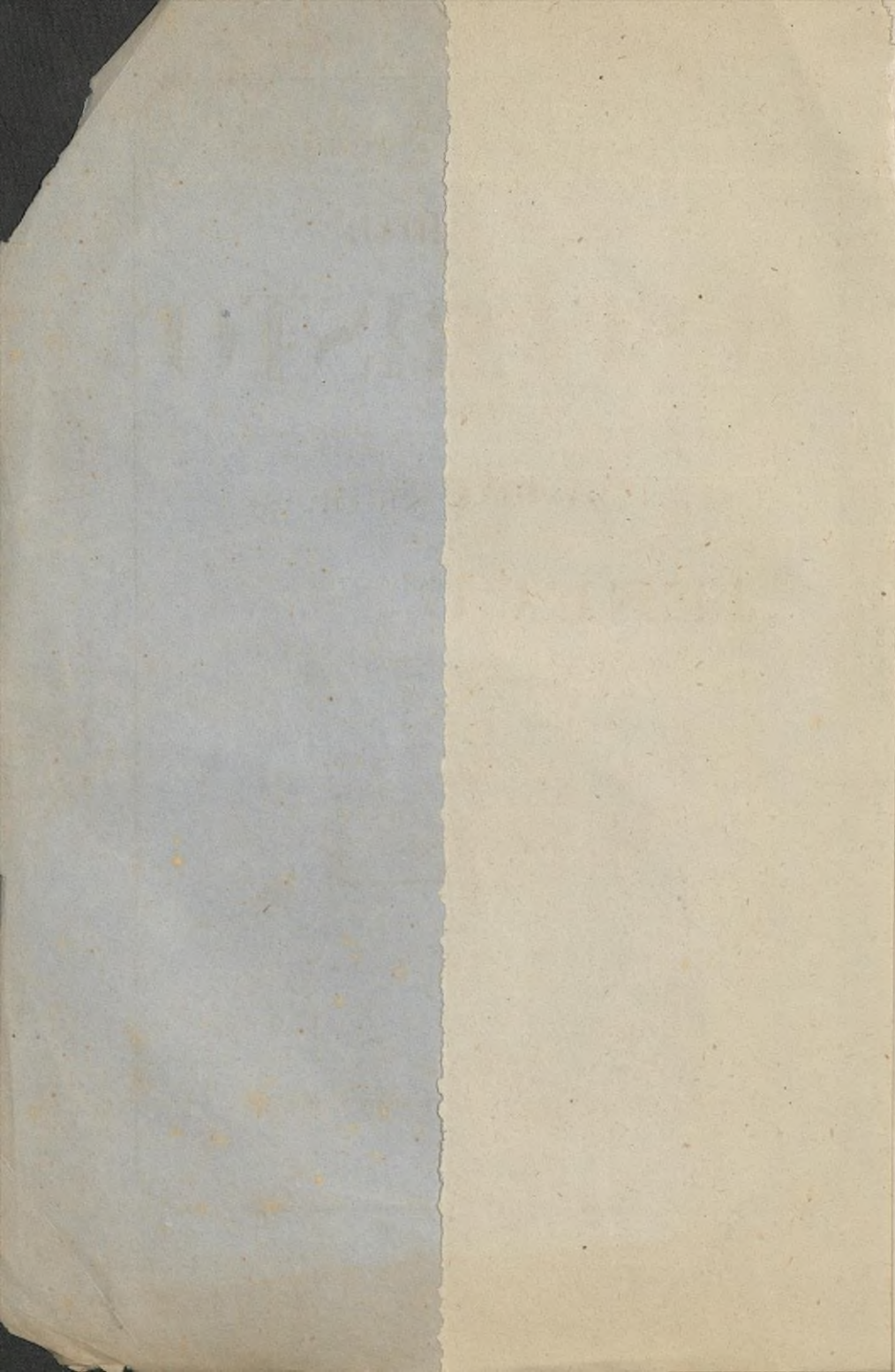
D. JOSE DE VICENTE Y CARAVANTES,

DOCTOR EN DERECHO CIVIL Y CANÓNICO.

CON LICENCIA
DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA.

MADRID
IMPRESA Y LIBRERIA DE GASPAR Y ROIG.
Calle del Príncipe, núm. 4.
1864.

5372



147-3384

M. J. (bis)

LA DIVINIDAD
DE
JESUCRISTO.

5372

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

CHRISTOPHER

BY DAVID

CHRISTOPHER

LA DIVINIDAD
DE
JESUCRISTO,

NUEVA DEMOSTRACION

SACADA DE LOS ULTIMOS ATAQUES DE LA INCREDELIDAD, Y EN ESPECIAL DE LOS DIRIGIDOS
POR MR. RENAN EN SU OBRA TITULADA VIDA DE JESUS,

POR

MR. AUGUSTO NICOLAS.

Traducida al castellano y anotada

POR

D. JOSE DE VICENTE Y CARAVANTES,

DOCTOR EN DERECHO CIVIL Y CANONICO.

(CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA.)

Los pies de los que deben sepultarte
están ya á tu puerta. (Actos, v, 9.)
Y la verdad del Señor subsiste eterna-
mente! (Salm. cxvi, 2.)



MADRID:
GASPAR Y ROIG, EDITORES.
Calle del Principe, núm. 4.
1864.

LA DIVINIDAD

JESUCRISTO.

NOVA HEREDITAS

En venta en todas las librerías de España y Ultramar, y en el extranjero en las librerías de la Unión Postal.

1884

MR. AUGUSTO NICOLAS

Es propiedad de los editores.

MR. J. DE LOS REYES Y LARAYNES

MADRID

CARRER DE SAN MARTIN, 11

1884

ADVERTENCIA DEL TRADUCTOR.

Esta nueva obra del ilustre autor de los *Estudios filosóficos sobre el Cristianismo*, escrita no solamente contra la publicada por M. Renan sobre la *Vida de Jesus*, sino tambien contra los estudios dados á la prensa sobre este importante asunto, al examinar dicha obra, por MM. Scherer, Havet, Sainte-Beuve y otros críticos de no menos popularidad, es una refutacion convincente, radical y profunda de los nuevos argumentos que opone la incredulidad á ese carácter verdaderamente superior y divino, á ese supremo sello, y á esa aureola de sobrenatural y vivísima luz que se ostentan en todas las sublimes palabras, en todos los nobles y heróicos actos, en toda la vida y la personalidad del Redentor del Mundo.

Esta obra sale al encuentro y previene tambien contra los argumentos que se omiten en los ataques de los nuevos incrédulos, por medio de una demostracion general y completa de la Divinidad de Jesucristo, aten-

diendo á las profecías, á los evangelios, á los milagros, á la persona y á la vida del Redentor, á su muerte, á su resurreccion, á la institucion de la Iglesia y á la delicada y purísima figura de la Virgen María.

Inútil es advertir que este nuevo trabajo de M. Augusto Nicolás se halla desempeñado con la superioridad de talento, la inmensa y esquisita erudicion, la fuerza de lógica y la magia de estilo que sus demás obras. En él se encuentran páginas elocuentes y conmovedoras, llenas de luz y de calor, en que se da á los problemas toda su grandeza, toda su profundidad á los raciocinios, á las pruebas toda su fuerza, y en las que se habla, no solo al corazon, sino al alma, y se razona al par que se conmueve, dirigiéndose á ese punto central en que se tocan la sensibilidad y la inteligencia.

Háse creido conveniente, no obstante, agregarle algunas notas que reclamaba el estado de nuestros entendimientos, no acostumbrados por fortuna, á ver consignadas ciertas ideas, sin el correspondiente correctivo. Para este trabajo, se han tenido presentes las numerosas impugnaciones publicadas contra la obra impía de M. Renan, en especial, la tan notable por los profundos estudios teológicos y filosóficos que revela y por su valentía de estilo, de M. Plantier, obispo de Nimes, quien en su enérgica pastoral en favor de Pio Nono, lanzó contra el corazon y la conciencia de los mas poderosos Imperantes

del mundo católico, aquella sentenciosa cláusula de la oracion de los apóstoles «padeció bajo el poder de Poncio Pilatos;» la de M. Parisis, obispo de Arras, que ha conseguido, por su profundidad y fuerza de raciocinio, mover la pluma del emperador de los franceses para escribir á su autor una carta autógrafa, felicitándole por su trabajo; la del sabio é ilustre obispo de Grenoble; la del abate Freppel, cuyos continuos é incesantes escritos en favor del Catolicismo, le han hecho designar justamente como uno de sus mas celosos defensores; la del eminente orientalista el P. Toulemont, de la Compañía de Jesus; las notabilísimas conferencias pronunciadas en el presente año en Nuestra Señora de París por el padre Félix, y otros trabajos no menos importantes. Estas notas van al fin del tomo, para no interrumpir el contesto de la obra de M. Augusto Nicolás.

PROLOGO.

M. Renan ha arrojado el guante á la fe del mundo civilizado; y yo he creido ser uno de los que debian recogerlo.

La *Vida de Jesus* ataca directamente lo que yo he defendido tambien directamente en mis *Estudios*, lastimando en mí, no tan solo el honor comun del hombre y del cristiano, sino asimismo el del apologista.

Yo debia, pues, vengar estos tres honores. Hubiera deseado hacerlo segun mi costumbre, empleando, respecto de un hombre de la reputacion de M. Renan, miembro del Instituto, profesor de un elevado establecimiento, las mismas consideraciones con que he debido honrar á un personaje eminente en una polémica anterior (1); pero M. Renan no me lo ha permitido.

El adversario quiere combate; y si he podido moderar la emocion y la indignacion de mi fe, no me ha sido posible contener el impetu de mi razon.

Y aun ha habido ocasiones extremas en que no creyendo

(1) M. Guizot, en la introduccion de mi obra sobre el protestantismo.

digno emplear la razon en la lucha , he tenido que valerme de la ironía; de la ironía, que no es de mi gusto, pero que es la única que hiere al error cuando, por ser sobrado craso, es indigno de una discusion séria, y el cual basta reproducir para destruirlo, por medio de la ironía que viene á ser como su eco burlesco.

Sin embargo, esta lucha no es personal; no ataco á M. Renan al combatir su obra, y aun en ésta, no considero tanto la obra misma como la incredulidad contemporánea de que es fruto reconocido.

Por eso he tratado de atacar al mismo tiempo que á M. Renan, y de hacer sentar á su lado en el banco de la crítica, á otros afamados representantes de la misma escuela que se han declarado mas particularmente sus sostenedores y auxiliares, ya para fijar mejor la solidaridad de todo el campo que le aclama, ya para acrecentar el triunfo de nuestra fe, con el número de adversarios y los diversos testimonios que saco de él.

Y aun ampliada de este modo, no es esta obra una mera polémica, sino al mismo tiempo una demostracion; una demostracion nueva de la verdad, construida, por decirlo asi, con los escombros del error.

Esta verdad, espuesta ya en mis *Estudios*, debia ser experimentada, y por eso, al terminarlos, pedia yo un adversario.

Y lo he encontrado, escediendo mi satisfaccion á mis esperanzas.

Porque, en efecto, no solamente se han experimentado todas nuestras razones y nuestras pruebas, sino que se han

reconocido y confesado respecto de los puntos principales, y en cuanto á los otros, han sido vengadas de la resistencia que se les oponia, por una debilidad superior al beneficio mismo que hubieran reportado de haber sido reconocidas y confesadas.

Aun cuando el trabajo actual es suficiente para su objeto, no debe considerarse demasiado aislado de mis *Estudios*, sino correlacionado con ellos y como sirviéndoles de complemento: es la réplica, suplemento y como epilogo del informe oral: y aun me atreveria á decir que es la sentencia.

¡Ojalá este nuevo esfuerzo de un celo ya antiguo, no haya sido mal empleado en esta ocasion en favor de la gran causa á que he dedicado mi vida, la doble y mas que nunca única causa del cristianismo y de la razon!

AUGUSTO NICOLAS.

París, 6 de enero de 1864.

LA DIVINIDAD
DE
JESUCRISTO,

NUEVA DEMOSTRACION

SACADA

DE LOS ULTIMOS ATAQUES DE LA INCREUDULIDAD.

CAPITULO PRIMERO.

SITUACION.

La publicacion del libro de la *Vida de Jesus* de M. Renan es un acontecimiento importante; preciso es no aminorarlo ni despreciarlo; y esto por las mismas razones porque se le aminora y desprecia.

Por todas partes oigo decir: este libro no puede sostenerse; repugna al sentido comun; viene á apoyar la creencia que ha querido combatir; asi lo juzgan, no solo sus adversarios, sino los indiferentes y aun sus amigos; es un golpe en vago. Convenido. Pero esto mismo es lo que constituye su importancia, si se considera, que esta debilidad suprema de la incredulidad es fruto de su esfuerzo supremo, con lo que nos da esta produccion su valor exacto.

Por eso no vengo á combatir la obra de M. Renan sobre la *Vida de Jesus*: esto seria supérfluo y llegaría demasiado tarde, despues de las numerosas refutaciones que ha encontrado por do quiera, y especialmente en vista de las que ella misma contiene y que suscita en el simple juicio de sus lectores. Mi idea es otra. Yo vengo á preservarla de su propio descrédito, para que no se sustraiga á sus consecuencias.

Seria un beneficio para la incredulidad librarse de tal descalabro con solo el olvido; pero esto no seria conveniente para la verdad. Es necesario que la incredulidad rinda á ésta el homenaje de su impotencia, y mas aun, de su testimonio y de su confesion. No debe pasar semejante obra desapercibida; es preciso que permanezca espuesta á la razon, clavada á los *Rostra* de la crítica, como un trofeo de nuestra fe.

Hásenos dado la *Vida de Jesus* como una «obra de una »belleza acabada y clásica pura; como el fruto escogido de un »talento que no ha cesado de madurar y como llevando el sello »de las cosas definitivas (1).» Se nos ha presentado á su autor como «un pensador de una amplitud y elevacion sin límites; »como un filólogo consumado, un orientalista, autor de la *Historia de las lenguas semíticas*, profesor público de hebreo, de »caldeo y de siriaco, dotado de tanta poesia como saber y »fuerza, etc., etc. (2).» Y estos panegiristas se hallan tambien apoyados por un critico que no necesita apoyo, que pone diariamente el sello á las reputaciones literarias, y que no teme

(1) M. Scherer, en el periódico *El Tiempo* del 7 de julio de 1863.

(2) M. Havet en *La Revista de ambos Mundos* de 1.º de agosto de 1863.

comprometer la suya diciendo, de M. Scherer, que «es el juez
»mejor preparado que existe sobre tal asunto, y que su serie de
»artículos publicados en el *Tiempo* no dejan nada que decir» y
»de M. Havet, que «es un escritor que sale cada tres ó cuatro
»años de su retiro y de su silencio, para darnos siempre una obra
»maestra de crítica en su género, y que ha publicado un ensa-
»yo de primer orden sobre la *Vida de Jesus* de M. Renan en la
»*Revista de ambos Mundos...* (1).»

Tenemos, pues, en estos señores, según la apreciación que hacen de sí mismos, el valor crítico más elevado de este tiempo. De consiguiente, no pueden ya censurarme que los tome por lo serio y que apoye en ellos la gran verdad que se lisonjean tan imprudentemente de haber arruinado.

Si he de decir mi parecer sobre este particular, circunscribiéndolo al autor de la *Vida de Jesus*, M. Renan no es un hombre vulgar, y no hay duda que dejará rastro en la grande historia de la verdad cristiana. Si esta patente de ilustración por parte mía puede lisonjearle, yo se la espido, aunque sin asegurarle su duración. Porque posee en primer lugar, respecto de la cuestión religiosa, un ardor poco común en nuestra época. En esta edad apocada, ha tenido la incredulidad la fortuna de hallar en él un sectario en quien parece haber vuelto á la tierra el aliento de los Celsos, de los Julianos, de los Arrios y de los Socinos, para exhalar en esta solución: «Fuerza es que toda soberanía se incline ante la crítica, cuya audacia
»creciendo con el triunfo, llegará un día en que se atreva á ha-

(1) M. Sainte Beuve, artículo sobre *La vida de Jesus*, inserto en *El Constitucional* del 7 de setiembre de 1863.

»bérse las con el Dios de lo pasado, y á mirar frente á frente á
 »Aquel ante quien se han prosternado generaciones de adoradores (1)»

Posee tambien M. Renan otra dote de la cual se lisonjea, y que pues él lo dice, haria yo mal en negarle: «la de haber creído en la religion y de no creer ya en ella (2)» la de haber sido un Eliacin, y la de ser un Mathan y un Erostrato. «Esto tiene un nombre que sin duda no asustará á M. Renan, pero el cual no permite trazar á mi pluma el respeto á la delicadeza y graduacion. Por eso ha podido y se ha atrevido á decir: «Los que salen del santuario y combaten el dogma á que sirvieron, tienen en los golpes que descargan una firmeza de mano que no consigue nunca el seglar, un carácter especial de audacia y de firmeza; la audacia de un familiar (3).» En tercer lugar, M. Renan es un erudito. A fuerza de discutir sobre este punto, no se le aprecia tal vez en todo su valor, pues ha sido educado en la elevada escuela y á los pies de M. le Hir, el sabio y venerable profesor de San Sulpicio, y su ardor de sectario ha escedido en un duplo á su gusto de orientalista y de exejeta. Si no es siempre de buena ley su erudicion, si se la coge en falsedad con frecuencia, si es mas superficial que profunda, debe imputarse mas bien al uso que hace de ella; pero una vez admitido este uso, es ya su erudicion lo que debe ser. Finalmente, M. Renan es un escritor, y este es su gran poder. Su estilo es suelto y agradable: solamente, como dice él mismo respecto de

(1) *Libertad de pensar*, t. III, p. 366.

(2) *Vida de Jesus*, p. 38.

(3) *Ensayo de moral y de critica*, p. 141 y 142.

la *leyenda*, aparecen «algo flojos ó indeterminados sus contornos»; á veces se apoya tan solo en una fraseología ampulosa y hueca, y quizá podria decirse de este estilo como del de las óperas de Quinault, que es un estilo *sin hueso*; pero en cambio tiene mas flexibilidad y ligereza, debiendo imputarse su flojedad á requerirlo asi los errores que sostiene. Solo le niego una cualidad: la de ser estilo de crítico; porque siendo propiedad de la crítica separar lo verdadero de lo falso, el estilo de M. Renan tiene la de confundirlos, con su famoso procedimiento de los matices ó diferencias, y no es este el arte de ejercer la crítica, sino el de sustraerse á ella.

Consideradas todas estas dotes bajo el punto de vista de la impiedad, hacen de M. Renan uno de los mas ardientes, uno de los mejor informados, uno de los órganos mas hábiles y de mas prestigio que ha opuesto jamás á la religion de Cristo; y de su libro, preparado desde tan largo tiempo, publicado despues de todos los grandes trabajos de la exegesis y de la apologética modernas, erizado de un aparato de erudicion de tan variada forma, en el que se hallan iluminados por los fuegos del Oriente los sistemas nebulosos de la Alemania, la expresion mas atrevida é insidiosa de la incredulidad del siglo XIX.

Pues bien, la causa de la incredulidad se halla perdida en este libro en que se ha echado el resto.

Bajo el punto de vista de la razon, no digo creyente, sino de buena fe, es esta misma obra un caos de contradiccion y de incoherencia, un paralogismo perpetuo, una monstruosa amalgama de aserciones sin fundamento, de negaciones gratuitas, de consecuencias sin premisas, de conjeturas sin razon

de invenciones sin verosimilitud, de discusiones sin método, de critica sin ley. La tema de negar á Jesucristo, de rebajarle elevándole, de blasfemar de el alabándole, de vilipendiarle saludándole, de ponerle encima y debajo de todo, y de rescatar las confesiones mas violentas y mas decisivas por medio de las esplicaciones mas miserables y las temeridades mas enormes, parecen dispensar al autor de las leyes del sentido comun, y á veces hasta del sentido moral: como si fuera la impiedad en sí misma, su sola razon y su sola conciencia, con desprecio de toda conciencia y de toda razon. Este libro no es la espresion de una conviccion personal formal, aunque falsa y enfermiza; es una conjuracion; una batería disfrazada de respeto, cargada de ultrajes y apuntada con la audacia mas fria y calculadora al corazon de la religion, pero que solo descarga contra sus autores. En esta sacrilega empresa, pierde este libro, no solamente todo valor racional, sino tambien todo valor artistico, todo interés en su lectura; y á pesar de algunas páginas y espresiones en que aparece el talento del autor sobre lo verdadero, cuando no se encarama á lo falso, no tiene, ni el agrado de un libro frívolo, ni el peso de un libro sério. Ni es siquiera un libro por su forma ni por su caracter, sino un libelo disfrazado de novela.

Pero lo que importa advertir es que la incredulidad estaba condenada á semejante libro, por el designio que en él se ha propuesto y que lo caracteriza como una novedad estraña y como un ensayo fatal para ella en los fastos de la incesante é imponente lucha que reproduce desde hace diez y ocho siglos contra la fe.

Recomiendo esta reseña preliminar á toda la atencion del lector; porque de ella resulta una fuerte presuncion á favor de la verdad sobre que se cuestiona.

Hasta estos últimos tiempos solo habia presentado la incredulidad una polémica negativa. Habíase limitado á combatir ó á eludir las esplicaciones y las pruebas históricas de la fe: pero en cuanto á dar ella misma, bajo su punto de vista, una esplicacion del gran hecho cristiano, se habia abstenido prudentemente. Bien considerado, esto venia á ser una confesion implicita de la verdad que se le oponia: puesto que, bien mirado, entre la fe y la incredulidad en el cristianismo, estaba el mismo cristianismo; quiero decir, ese acontecimiento notable, único, que llenó el mundo antiguo con su espectacion y todo el mundo moderno con su realizacion, y que, personificado en la gran figura de Jesucristo, subordina toda la historia á esta maravillosa existencia que la concentra y rige como su ley. Pues bien, este hecho esencialmente histórico, este fenómeno, el mas formidable de la historia, necesita una esplicacion. Nosotros hemos dado siempre la nuestra, ¿por qué no ha dado hasta hoy la suya la incredulidad? ¿Por qué ha sido saludada en el siglo XIX una *Vida de Jesus*, bajo el punto de vista de la incredulidad, por M. Scherer, como una novedad *estraña*, como si fuese *toda una revolucion*? y ¿por qué cree M. Havet deber consagrar la primera parte de su artículo *El Evangelio y la historia*, á investigar en qué consiste que nadie hasta M. Renan ha intentado *esplicar la leyenda; y sin limitarse á decir que no era necesario creer, á esplicar cómo se habia creído y qué era lo que precisamente se habia creído*? Esto no obstante era

necesario y debía ser fácil. Y en efecto, el mejor modo de desacreditar nuestra esplicacion, era dar la vuestra si era mejor; concurrir con nosotros á esplicar el problema; mucho mas cuando nos llevábais la ventaja de ser mas fácil de esplicar un hecho humano que un hecho divino. Pero no: la incredulidad se ha abstenido siempre de esto, y ha combatido siempre negando y huyendo. ¿Por qué? Evidentemente porque ella misma creia el hecho humanamente inesplicable, y no se atrevia á tocarlo. Habia en este constante retraimiento de la incredulidad, una confesion implícita de su debilidad, no menos decisiva que de su impotencia para hacer la menor mella en nuestra demostracion; habiendo llegado por último al ridículo espediente de suprimir de la historia general este gran hecho cristiano que ilumina todos sus horizontes, y de pasar de la historia antigua á la historia moderna, sin hacer mas mencion del drama evangélico y de la revolucion religiosa que cambió la faz del mundo, que la que hace Tácito cuando dice, que cierto Cristo padeció el último suplicio bajo Poncio Pilatos.

Hagamos justicia á M. Renan: él es el primero que ha tenido el valor de reconocer y de proclamar que *«es inesplicable»* la historia entera, sin este Jesus á quien se relegaba fuera de la historia por no tener que darsplificaciones sobre él (1), y que *«el acontecimiento capital de la historia del mundo es la revolucion porque han pasado las mas nobles porciones de la humanidad, de las antiguas religiones, comprendidas bajo el nombre vago de paganismo, á una religion fundada en la uni-*

(1) *Vida de Jesus*, introduccion, p. LIX.

»dad divina, la trinidad, la encarnacion del Hijo de Dios (1).»

¿Y no es este valor de M. Renan, mas bien una temeridad, envalentonada por la debilitacion de la razon en nuestra época? ¿No justifica el acontecimiento el prudente retraimiento de la incredulidad hasta el dia, y no confirma sumamente la explicacion que de ella hemos dado? Asi resalta, con la mayor evidencia, de la *Vida de Jesus* y del destino de esta obra.

Es tan cierto, en verdad, que la incredulidad confesaba hasta aquí, con su reserva en explicarse, la verdad que se limitaba á negar, que en el dia en que quiere salir de esta simple negacion, cae en la explicacion de nuestra fe, por medio de confesiones que no le permiten ya retroceder, ó se envuelve y arroja en explicaciones tan imposibles, que solo debe juzgarla el sentido comun; y como dice muy bien M. de Sainte Beuve por boca de un creyente que se me parece: «Desde que pretende la crítica de los Evangelios hacerse positiva, de negativa que antes era, se sentencia ella misma.» Añadamos, y se pierde.

Esto es lo que da á la *Vida de Jesus* de M. Renan la importancia de un acontecimiento en la grande historia de la apologética cristiana; y á aprovecharnos de ello en favor de la verdad, es á lo que consagramos esta nueva obra.

M. Scherer termina su primer artículo diciendo, que este libro de M. Renan va á provocar muchas cóleras, que se hablará de impiedad, que se gritará ¡blasfemia! «Nosotros diferimos de opinion, se dirá, luego vos sois un hombre malo; no sois de mi modo de ver, luego sois perjudicial á la sociedad.» Tal es, continúa, la lógica de esta hipocresía (*tarlu-*

(1) *Vida de Jesus*, p. 1.

feria) que se da á sí misma un privilegio de infalibilidad. ¡Oh, cuán lejos estamos aun del mutuo respeto, que suponiendo rectitud en todas las investigaciones, admite tambien el derecho de todas las convicciones, y aun el derecho de todos los errores!—asi habla M. Scherer.

Séame permitido, antes de entrar en discusion, desembarazarla de estas imputaciones que revelan el temor que se la tiene y que solo la prejuzgan para evadirse de ella.

Paréceme, en primer lugar, que tratar de *tartuferia* el lenguaje de las personas antes de que hayan hablado, es ponerse en mala situacion para motejarles por faltar al *respeto mutuo* que se les predica. No hay duda que tiene la cólera sobrado motivo para ser franca cuando nos vemos asaltados en *el honor comun de todo el que tiene corazon varonil* (1); y si es permitido batir en brecha esta *pedra angular de la humanidad que no se puede arrancar de este mundo sin conmovier hasta sus cimientos* (2), debe serlo tambien acudir con algun ardor á defenderla. ¿Cómo? ¿Ha de insultarse á este Jesus, en cuya fe y amor se han dormido diez y ocho siglos, y que preside todavía los destinos del mundo; que ha sido el inspirador de la civilizacion y de todas sus glorias, y que lo es aun de todos los grandes sacrificios y de las mas heróicas virtudes; se insultará á este Cristo consolador de todos los padecimientos, salvador de todas las miserias, redentor de todas las servidumbres, á quien tiende los brazos la humanidad entera suplicante y reconocida; á este Dios de la patria y de la sociedad agrupa-

(1) *Vida de Jesus*, introduccion, p. LIX.

(2) *Vida de Jesus*, p. 426.

das al pie de sus altares para ofrecerle sus votos ó sus acciones de gracias; que es el Juez de nuestras justicias y el fiador juridico de nuestros juramentos, ante quien se inclina la arrogancia de nuestros ejércitos y se prosterna la magestad ejemplar del soberano, se le podrá insultar y escárnecer, se podrá decir de él que es un *cándido campesino*, el *mas delicioso de todos los rabís*, cuyas parábolas *hormiguean en imposibilidades*, un *utopista*, un *visionario*, un *anarquista*, etc., etc., y finalmente un *loco* y un *impostor*; se podrá tratarle de este modo y ¿no ha de poder latir nuestra sangre cristiana mas vivamente en nuestras arterias? ¡Y no nos permitirá lo que se llama el *mutuo respeto* calificar todo esto con el único nombre que le pertenece! ¡Y se borrarán espresamente de nuestra lengua las palabras impiedad y blasfemia que deberian inventarse espresamente si no existieran! ¡Y será M. Renan mas inviolable que el HIJO DE DIOS!

¡Yo tambien supongo de buen grado, rectitud en todas las investigaciones, y admito el derecho de toda clase de convicciones; pero, libreme Dios de pasar de aquí como vosotros, al *derecho de todos los errores*, aun los mas subversivos y los mas sacrilegos, con exclusion del derecho preeminente y sagrado de la verdad!

Porque esto es lo que vosotros entendeis, si es que entendeis algo, por este derecho de todos los errores. No se trata, en efecto, del derecho comun de esplicarse, del cual gozais sin límite y sin réplica, sino que se trata del derecho excepcional y antifilosófico de no admitir discusion, de no ser juzgado. Esto no es tolerancia, porque ya no la creeis suficien-

te, es inmunidad. Esta es la inmunidad que reclama en algun pasaje M. Renan cuando dice, que la crítica es como el hombre espiritual de San Pablo que *juzga y no es juzgado*; pretension monstruosa, si no fuera aun mas ridícula de parte de los que nos acusan tan gratuitamente de *darnos á nosotros mismos un privilegio de infalibilidad*.

¡ Afuera todas esas escepciones y esclusiones que revelan la miseria de una causa! ¡ Paso á la discusion! ¡ Plaza á la verdad! Nosotros no tenemos que juzgar al hombre: á otro tribunal le incumbe; pero su doctrina cae bajo el dominio de la crítica, de esa crítica con la cual se autoriza ella misma y de que tanto abusa contra nuestra fe.

Por lo demás, hemos creido deber reivindicar la libertad y los ardores de la lucha, mas bien por honor á los principios que para nuestro propio uso; porque nosotros nos creemos bastante fuertes para estar tranquilos, y hemos de sacar demasiados servicios de nuestros adversarios contra ellos mismos, para no ser hasta cortesés.

CAPITULO II.

LA CUESTION.

El primer servicio que ha prestado M. Renan al Cristianismo, ha sido el esponer y agitar la cuestion religiosa, sobrado adormecida en las conciencias, despertándola con el ataque y haciéndola vibrar en las inteligencias y en los corazones ¡Ay, sin duda, *de aquel hombre por quien viene el escándalo!* ¡pero es necesario que haya escándalos (1), siendo mas funestas la incuria y la indiferencia que vuelven la espalda á la verdad, que el combate que la hace ver de frente.

Entre mil pruebas de la divinidad de nuestra fe, me impresiono especialmente esta profecía sobre el Niño-Dios. «Este niño ha sido puesto para la ruina y para la resurreccion de muchos, y como blanco de la contradiccion (2).» Profecía cuyo cumplimiento se renueva cada siglo con una fidelidad y una sabiduría admirables, y siempre por obra de sus enemigos que son los primeros instrumentos de su triunfo. M. Renan en el presente siglo, asi como Voltaire en el XVIII, y Socino, Arrio, Juliano, Celso y Marcion en los siglos anteriores, ha sido soldado contra esta *enseña* fijada siempre como blanco de contra-

(1) Math. XVIII, 7.

(2) Luc. II, 34.

dicción, porque la provoca siempre con su santidad y la vence siempre con su verdad y su poder. *Bandera de nuestras contradicciones*, la saluda el mismo M. Renan; *tú serás la enseña á cuyo alrededor se trabe la mas ardiente batalla* (1); para ruina y confusion de tus enemigos, hubiera debido añadir con la profecía y con la historia, asi como para despertar y resucitar á tus fieles.

Hé aquí, pues, á Jesucristo que vuelve á ser otra vez, gracias á sus enemigos, la cuestion del dia, tan viva, tan ardiente como nunca lo fue entre los judios, cuando estaba visible en la tierra, puesto que no se halla hoy menos presente en ella: la *gran cuestion*, como la llama muy bien M. Havet; *el asunto mas grande que pueda ocupar una pluma*, como dice asimismo M. Scherer. Hé aquí, pues, esta cuestion encerrada hace sobrado tiempo en los templos, presentándose en el Instituto, en la *Revista de ambos Mundos*, en los primeros artículos de fondo de los periódicos, en todas las conversaciones, en la atmósfera, y hé ahí á todo el mundo, desde el filósofo y el magistrado hasta el ocioso paseante y la mujer frívola, en actitud de pronunciarse y de votar en cierto modo en pró ó en contra.

¡Qué cuestion, en verdad, si se la mide por sus consecuencias!

Jesucristo no es Dios, en efecto; es solo un hombre; un hombre que engañó al género humano fingiéndose Dios; un hombre que lanzó á la humanidad en lazos de una moral falsa, puesto que se funda en el amor esclusivo que debemos tenerle,

(1) *Vida de Jesus*, p. 426.

en el menosprecio de sí mismo, la mortificacion, la crucifixion y la inmolacion á su persona. Es *un gigante sombrío que devora la vida en su raiz y que lo reduce todo á un horrible desierto*: que ha hecho y hace perecer diariamente millares de hombres por la fe falaz de su divinidad, y que esclaviza y degrada á la multitud por la supersticion de su cadáver pendiente de un cadalso.

Si no es Dios, recobramos la libertad de todas nuestras malas inclinaciones que él ha contrariado, de nuestros ensueños de placer que ha prohibido, de nuestras idolatrías por las bellezas ó por las fuerzas de la naturaleza que él ha destruido. Podemos volver á levantar los altares de Vénus, y renovar las *festividades de Adonis* junto á la *Santa Byblos* y á las *sagradas aguas donde iban á mezclar sus lágrimas las mujeres de los misterios antiguos*. No tenemos ya que atender á los pobres ni á los desgraciados, cuya causa ha defendido, y podemos restablecer la esclavitud por el derecho natural de la guerra, de la fortuna ó del interés, que coloca á las dos terceras partes del género humano bajo la forzosa dependencia de la otra tercera.

Si no es Dios, podemos rehacer el sermón de la montaña y las ocho bienaventuranzas, diciendo: Bienaventurados los ricos; bienaventurados los que rien; bienaventurados los fuertes; bienaventurados los que no padecen persecucion por la justicia; bienaventurados los que no miran el espectáculo de la miseria; bienaventurados los voluptuosos; bienaventurados los soberbios; bienaventurados los dichosos del mundo.

Si no es Dios, es cuestionable tambien si hay un Dios, al menos un Dios que se ocupe en el destino del hombre, y que le

castigue ó pida cuenta en esta ó en la otra vida, de las debilidades de un momento.

Si no es Dios, existe una vehemente presuncion de que no hay Dios, ¿Cómo en efecto, se hubiera dejado usurpar este Dios su culto por una idolatría tan sacrilega y al mismo tiempo tan especiosa? ¿Cómo se hubiera dejado robar por este nuevo Prometeo el fuego del cielo, todos sus atributos de justicia, de misericordia, de santidad, de verdad y sabiduría?

Finalmente, si no es Dios, una revolucion inmensa, semejante á la que sujetó el mundo al cristianismo, debe librarle de él: el mundo rueda en falso: nosotros hemos sido engañados, y víctimas de una juglaria de diez y ocho siglos; hay que rehacerlo todo; costumbres, hábitos, instituciones, leyes, y al hombre mismo.

Por lo contrario, si es Dios, ¡oh! ¡si es Dios! su palabra es la verdad misma, sus mandamientos son la ley del mundo, sus preceptos, la regla forzoosa de nuestras costumbres, sus juicios, infalibles é inevitables.

Si es Dios, ¡desgraciado el mundo, desdichados los sensuales, los opresores, los soberbios, los viles, los infieles, los impíos, los apóstatas!

Si es Dios, es preciso tomar su cruz y seguirle, aspirar al reino celestial y alcanzarlo contra todas nuestras malas inclinaciones.

Si es Dios, tenemos que darle cuenta, de un instante á otro, de nuestras vidas, y del uso que hacemos de sus dones, de nuestra inteligencia respecto de su doctrina, de nuestros afectos, relativamente á su moral, de nuestros bienes respecto de su caridad.

Si es Dios, y no le hemos servido, adorado, amado como tal, nos dirá en el día en que sea nuestro único refugio: «no os conozco.»

Si es Dios, es el árbitro de nuestros destinos, pudiendo distribuirnos bienes y males infinitos. En este mismo mundo tiene fuerzas, consuelos y alegrías que perdemos, no adhiriéndonos á él, quedando locamente lejos de su presencia, envueltos en miserias, dolores y sonrojos, de que él es remedio específico, alivio infalible y libertador supremo.

Si es Dios, somos tan insensatos como culpables en arrosar su ley, en jugar con su divinidad, en coligarnos contra él, en levantar contra nosotros la masa abrumadora de nuestras infidelidades y rebeliones, y en procurarnos tesoros de justicia, en vez de tesoros de gracia que él nos reservaba.

Hé aquí las consecuencias negativas ó afirmativas que lleva consigo esta cuestion.

De ella depende tambien enteramente la manera de ver las cosas y los acontecimientos de este mundo: el bien, el mal, la prosperidad, el infortunio, la vida, la muerte; de juzgarlos, de sufrirlos, de poseerlos, de conducirnos en las mil relaciones que de ellos resultan. Afecta toda la economía de nuestra existencia, y la hace insensata ó prudente segun su solucion. Es, en su consecuencia, eminentemente *prejudicial*, y suspendiéndolo todo, cada cual deberia entregarse á su estudio. Aun cuando se detuvieran sus consecuencias en el sepulcro, seria una gran locura terminar la vida antes de haber examinado cómo debiera haberse comenzado, ¡cuánto mayor no

lo será, considerando que esta vida es en sí misma la menos importante de las consecuencias de esta cuestion, que toda su importancia se halla en el porvenir que la sigue, porvenir irrevocable, eterno; porvenir en que podemos caer á cada paso, y del que solo nos hallamos separados por ese pequeño soplo que se llama vida, por un hilo que se desgasta y que puede quebrar el menor accidente!

Esta cuestion es, pues, la mas grande, la mas séria, la mas urgente de todas las que pueden suscitarse en una conciencia humana, y nunca la examinaremos con demasiada religiosidad y sobrado de cerca. No es una cuestion facultativa y especulativa que hayan de resolver el doctor, el sacerdote ó el filósofo. Es la cuestion individual por excelencia, que se refiere ó incumbe á cada uno de nosotros, segun los diversos papeles que representamos en el mundo, y que afecta en nosotros al hombre mismo, como una cuestion de salud ó de enfermedad, de vida ó muerte, con la circunstancia, además, de que es mucho mayor su trascendencia: es el destino de la humanidad entera.

Tal es el carácter eminentemente personal y privado de esta cuestion suprema.

Finalmente, tiene un carácter social y público que no necesita esplanar, pudiendo decirse que de ella dependen toda la sociedad, toda la civilizacion, todo el porvenir de la humanidad. Solamente haré una observacion sobre esto.

Hace cien años, para no ascender mas alto, que se halla trabada la guerra entre la Revolucion y la Iglesia. Esto es evidente; y por Revolucion no entiendo yo tal ó cual revolucion,

sino ese espíritu antireligioso y antisocial que rechaza del mundo á Dios, y de la sociedad á la Iglesia. Siendo, pues, la Iglesia la institucion por la que se afirma y reina Jesucristo en el mundo, la Revolucion es la guerra abierta ó subterránea contra JESUCRISTO.

Y en esta cuestion sobre confesar ó atacar á Jesucristo, se contiene y agita la cuestion de Dios, de lo sobrenatural, de toda religion. La Iglesia es Dios reconocido y servido por la humanidad: la Revolucion es la humanidad emancipada de Dios, rebelada contra Dios, dando el asalto á Dios. Estas son las dos *Ciudades* cuyo cuadro trazó San Agustín en su obra inmortal, y que, siempre en guerra, bajo formas y nombres diversos, han llegado en nuestros dias á su posicion mas avanzada.

Tal vez juzgarán algunos de mis lectores que exagero aqui las cosas. No me estrañaria: porque muchos entendimientos de hoy se detienen en la superficie y atribuyen á las situaciones las intenciones leales que llevan á ellas. Hay, pues, en el campo de la Revolucion, en diversos grados, almas que están lejos de negar todo el orden divino y sobrenatural, y que limitan las cuestiones á la Iglesia ó á JESUCRISTO; pero que reservan la fe en Dios, á una vida futura, á algun futuro destino en fin superior, sin el cual les pareceria hallarse la sociedad condenada á los abismos.

Pues bien: se engañan. En la cuestion de la Iglesia, se halla empeñada la cuestion de Jesucristo y del cristianismo, y en el cristianismo Dios y todo el orden sobrenatural.

En el fondo de todas estas cuestiones y de otras muchas

que son sus colorarios, no hay mas que una sola: Dios, con todas las consecuencias que no necesito deducir para la salvacion ó la ruina de las sociedades.

«La Revolucion cree en la humanidad, la Iglesia cree en »Dios,» dice M. Proudhon. Hé aqui los dos términos del antagonismo creado por la impiedad. «La Iglesia cree en Dios, repito; cree en él mejor que ninguna secta: ella es la manifestacion mas pura, mas completa, mas patente y brillante de la »esencia divina; y solo la Iglesia sabe adorarlo (1)» Por esto es forzoso hacerle la guerra.

Solo la Iglesia sabe adorar á Dios y conserva su nocion práctica en el mundo; porque solo ella es la única que afirma á JESUCRISTO, que conserva su doctrina, que comunica su vida á JESUCRISTO, que es la *forma de Dios* (2) *la figura de su sustancia* (3) DIOS CON NOSOTROS (4). Hijo adorable del Eterno, por quien tan solo tienen nuestras adoraciones, respecto de la divina Magestad, un valor infinito, y que son, en su consecuencia, dignas de ella.

LA IGLESIA, JESUCRISTO, DIOS: tres verdades, tres creencias, prácticamente solidarias en el mundo; que hacen que no pueda ponerse en duda una tan solo, sin que lo sean las otras dos, y todo el orden social. «El que os desprecia á vosotros, dijo el mismo Jesucristo á la Iglesia, me desprecia á mí; y el que me »desprecia á mí, añadió, desprecia á Aquel que me envia (5).»

(1) *De la Justicia en la Revolucion y en la Iglesia*, t. I, p. 27.

(2) San Pablo, *Philip.* II, 6.

(3) Idem, *Hebr.* I, 3.

(4) Is. VII, 13. Math. I, 23.

(5) Luc. X, 6.

La guerra que se les hace es abierta ú oculta, y es mas funesta en un sentido cuando es oculta que cuando es abierta, mas funesta cuando se dirige á la Iglesia que cuando se dirige á JESUCRISTO, y cuando se dirige á Dios, porque se atrae á sí mas inteligencias fascinadas y de buena fe que huirian de ella si descubrieran su fondo.

Asi, pues, resultará haber rendido M. Renan un servicio real á la causa del órden y del bien comun, descubriendo la cuestion de JESUCRISTO agitada implicitamente en la de la Iglesia, tanto mas, cuanto que, como mas adelante veremos, no puede atacar la creencia en JESUCRISTO sin dirigirse contra la de Dios, y por ello, contra la razon misma, y sin descubrir el verdadero fondo de la Revolucion y de la impiedad: el ateismo y la sinrazon.

Tal es la cuestion en toda su trascendencia y con todas sus consecuencias, con todos sus linderos ó confrontaciones.

CAPITULO III.

EL METODO.

(EL NUESTRO).

Los dos capítulos que vamos á dar sobre el método son los mas importantes, bastando por sí solos para hacer prejuzgar la cuestion. A tal método, tal tésis; á tal camino, tal fin.

Si un método es racional, lógico, verdadero en sus procedimientos; si esclarece la cuestion, si apela al juez y al adversario mismo, á su razon, á su conciencia; si, finalmente, pone en juego los principios elementales de toda conviccion, de tal suerte que prepara la condenacion manifiesta de quien de ellos se sirve cuando es falsa su tésis,—hay motivo para creer que esta tésis es verdadera, en virtud de la misma rectitud que presidió al método, y sobre todo del interés de quien no temió emplearlo.

Por la inversa, si se estralimita un método de las vias comunes del racionio; si se atribuye inmunidades y se abroga dispensas; si se atrinchera en su tema sistemáticamente; si se impone con su osadía ó se evade por medio de la insinuacion; si se ve reducido, á pesar de estas licencias, á recusar abiertamente la conciencia y el sentido comun, y á crear, por reque-

rirlo así la causa, una moral y una lógica excepcionales, cuya aplicacion en cualquiera otra materia se tacharia de falta de probidad y de sinrazon, fácil es de juzgar lo que puede ser semejante causa!

Pues bien, el primero de estos métodos ha sido siempre el del Cristianismo, el segundo es el de M. Renan.

El cristianismo, ha dicho Fontenelle, *es la única religion que tenga pruebas.* ¡Y qué pruebas! imponentes, numerosas, diversas, de naturaleza capaz de causar sensacion en toda clase de entendimientos y de caracteres, de impresionar á un mismo entendimiento en las diferentes disposiciones en que puede encontrarse, sin dejarle jamás en una duda legítima. Pruebas colosales, palpables, irrefragables, para quien no quiere cerrar los ojos voluntariamente; las profecías, los evangelios, los milagros, la persona de Jesucristo, el establecimiento del cristianismo, su doctrina, sus frutos, su estabilidad y su perpetuidad invencibles en el milagro constante y creciente de la Iglesia. Y además de estas pruebas fijas y generales practicadas para los entendimientos de todos los tiempos y lugares, reserva aun el Cristianismo para cada siglo y para cada evolucion del espíritu humano, pruebas especiales que solo son apreciadas en el momento en que llegan á ser necesarias, y que responden de una manera exacta y paralela á la tendencia de las necesidades, de las ideas y de las situaciones de la humanidad.

El Cristianismo es un sistema de fe erizado de un aparato de pruebas. Hállase la fe en el centro de un batallon en cuadro y en marcha, que opone por todas partes á la incredulidad los argumentos históricos y racionales de una demostracion invencible.

Argumentos históricos y racionales, digo, que nada quitan á la fe, que van á parar á ella, pero partiendo siempre de la razon; probando la divinidad de la institucion con hechos, estos hechos con testimonios, estos testimonios con la escritura y la tradicion; hechos, testimonios, escritura y tradicion, como todos aquellos sobre que descansa la historia, y que solo difieren de ella en que son incomparablemente mas ciertos, mas veridicos, mas auténticos y mas garantizados, hasta el punto de no poderseles recusar sin ver desmoronarse todos los fundamentos de la credibilidad humana.

¡Qué hechos, en efecto, los que han sido necesarios para convertir el mundo! ¡Qué testimonios aquellos cuyos autores se dejan degollar! ¡Qué escrituras, qué informaciones, qué documentos, los Evangelios, en que no han podido hacer mella diez y ocho siglos de discusion, y cuya autenticidad se confiesa en el día por la crítica mas subersiva! ¡Qué tradicion, en fin, la que se adapta inmediatamente á los Evangelios por todas las iglesias que de ellos han salido, y que se prolonga hasta nuestros días en la grande Iglesia!

No se necesitaba menos, convengo en ello, para determinar á creer á la razon; á creer cosas que no son contrarias á ella sin duda, que hasta la arrebatan cuando llega á penetrarlas, pero que son superiores á ella. Dios se debía á sí mismo y nos debía pruebas que no permitieran á la conciencia ilustrada dudar de su intervencion para que solo tuviera ya despues que creer en su palabra.

Pero á proporcion que debía dar pruebas, no debía amoldarse á las malas exigencias de la incredulidad sistemática, que

solo invoca las pruebas para huir de ellas, y que solo busca en ellas pretextos para no rendirse á su fuerza. Dios no debia ser juguete del hombre.

El Cristianismo es, pues, eminente y sabiamente *probati-vo*, llenando toda la medida de la conviccion humana que no se sustrae á él.

Este es el carácter que le ha distinguido desde su origen. Su autor, JESUCRISTO, aun afirmándose Dios, no pretendia dispensarse de probar su afirmacion, ni ser propio testigo de sí mismo: *Si testimonium perhibeo de me ipso*, decia, *testimonium meum non est verum* (1). Colocando el primero con sus divinas manos las columnas de la apologética cristiana, apelaba de ella contra la incredulidad que se agitaba en torno suyo, primeramente al testimonio de Juan, su maravilloso precursor, de tanto crédito entonces en Judea (2); despues al testimonio mayor de su Padre celestial, por los milagros que le habia concedido hacer (3); al de las Escrituras y profecias que le habian anunciado (4); al de sus apóstoles, testigos de su transfiguracion y delegados de su potestad por toda la tierra (5); á la revolucion universal que iba á verificar despues de

(1) Joan V, 31.

(2) Vos misistis ad Joannem, et testimonium perhibuit veritati. (Joan., v. 33.)

(3) Ego autem habeo testimonium majus Joanne; opera enim quæ dedit mihi Pater, ut perficiam ea, ipsa opera quæ ego facio, testimonium perhibuit de me, quia Pater misit me. (Joan., V., v. 36.)

(4) Scrutamini Scripturas: et illæ sunt, quæ testimonium perhibent de me. (Joan., c. V, v. 39.) Si enim crederitis Moysi, crederitis forsitan et mihi: de me enim ille scripsit. (Joan., c. V, v. 46.)

(5) Vos autem testes estis horum. (Luc., c. XXIV, v. 28.) Et eritis

su muerte atrayendo al mundo á su cruz (1); y finalmente, á la experiencia de su doctrina que atestigua su verdad con sus frutos (2).

Los apóstoles mantuvieron al cristianismo este carácter testimonial y demostrativo, al que la falsa condicion de la impiedad habia ya intentado oponer sus quimeras. «Porque no os »hemos hecho conocer el poder y la presencia de Nuestro Señor »Jesucristo, siguiendo *fábulas ingeniosas, sino despues de haber »contemplado con nuestros propios ojos* su Magestad;—además, »nosotros tenemos los oráculos de los profetas, cuya certidumbre es inatacable, porque en ningun tiempo fue dada la profecía por voluntad de hombre, mas los hombres santos de »Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo (3);—«Lo que fue desde el principio, *lo que oimos, lo que vimos con nuestros ojos, lo que consideramos y palpamos nuestras manos* del Verbo de la vida... Esto es lo que os anunciamos (4).» —«Porque muchos han emprendido escribir la historia de las »cosas que han pasado entre nosotros, dice San Lucas, segun »la relacion que nos han hecho *los que desde el principio las »vieron* y fueron ministros de la palabra; me pareció tambien

mihí testes in Jerusalem et in omni Judæa, et Samaria, et usque ad ultimum terræ. (Act., c. I, v. 8.)

(1) Quando exaltatus fuero a terra, omnia traham ad me ipsum.

(2) Si quis voluerit voluntatem Patris mei facere, cognoscat doctrinam utrum ex Deo sit, an ego a me ipso loquar. (Joan., c. VII, v. 17.)

(3) San Pedro, 2.^a epístola, c. I, 16, 19, 20 y 21. Todo este pasaje de San Pedro se dirige á la persona de M. Renan.

(4) San Juan, 1.^a epístola c. I, 1, 2, 3.

»á mí, *exactamente informado de todas ellas desde su origen,*
 »*escribírtelas* por su orden, muy ilustre Teófilo (1).» Y San Pablo anunciaba también el Cristianismo como apoyándose en el *fundamento de los Apóstoles y de los Profetas*, y viniendo á trabarse en JESUCRISTO *que es la piedra angular sobre que se levanta todo el edificio de la creencia* (2).

Con este carácter determinado, exacto, afirmativo; con este acento de sinceridad y de rigor histórico y antilegendario que no se advierte menos en San Mateo que en San Marcos, y hasta en San Judas, y en la admirable epístola de Santiago, es como se ofrecen á nuestros ocho historiadores ó testigos directos de JESUCRISTO, formando cuerpo, tanto por la diversidad cuanto por la uniformidad de su testimonio, sellándolo con su vida apostólica y con su sangre, y formando como el primer núcleo de la demostracion evangélica.

Desde entonces, creciendo el Cristianismo, no ha cesado de siglo en siglo de producir sus demostraciones, sus apologéticas, sus testimonios y sus argumentos de todas clases, esponiéndolos á todo el fuego de la discusion. Y ¡cosa admirable y verdaderamente convincente! al paso que la incredulidad ha renovado mil veces sus armas, no se ha debilitado una sola de las pruebas mas antiguas de nuestra fe, y su haz se acrecienta todos los días con las nuevas pruebas que le lleva cada movimiento y cada paso del entendimiento humano.

Un incrédulo del último siglo que esperimentó mas que otro alguno la fuerza invencible, tanto como el número y

(1) Luc., I. 1.

(2) San Pablo, á los Ephes. c. II, 20 y 21.

la diversidad de las pruebas del Cristianismo, Juan Jacobo Rousseau, esponia y confesaba su poderosa economía de esta suerte:

«Teniendo los hombres cerebros tan diversamente organizados, no pueden impresionarse igualmente con los mismos argumentos, sobre todo, en materia de fe. Mientras el entendimiento de unos se impresiona con una clase de pruebas, al de otros le causa sensacion otra clase enteramente diferente. Hay ocasiones en que todos pueden convenir en lo mismo, pero es muy raro que convengan en ello por las mismas razones. Cuando da, pues, Dios á los hombres una revelacion que todos están obligados á creer, es necesario que la apoye en pruebas aceptables para todos, y que, por consiguiente, sean diversas, como las maneras de ver de los que deben adoptarlas.

»Segun este raciocinio, que me parece sencillo y exacto, se ha observado que Dios dió á la mision de sus enviados diversos caracteres que la hacian capaz de ser reconocida por todos los hombres, pequeños y grandes, sabios é ignorantes, discretos y necios. El que tiene el cerebro flexible ú organizado para afectarse á un mismo tiempo con todos estos caracteres, es sin duda afortunado; mas el que solo se impresiona por alguno de ellos, no es digno de lástima por eso, con tal que se impresione lo suficiente para quedar persuadido.

»El primero de estos caracteres, el mas importante, el mas cierto, se deduce de la naturaleza de la doctrina, es decir, de su utilidad, de su belleza, de su santidad, de su verdad, de su profundidad, de todas las demás cualidades que pueden anunciar á los hombres las enseñanzas de la suprema sabiduría

»y los preceptos de la bondad suprema. Este carácter es, como
 »he dicho, el mas claro, el mas infalible, llevando en si mismo
 »una prueba que dispensa de las demás; pero es el menos fácil
 »de consignar, y exige para que se sienta, estudio, reflexion,
 »conocimientos, discusiones que solo convienen á los hombres
 »juiciosos, que son instruidos y que saben racionar.

»El segundo carácter se halla en el de los hombres escogi-
 »dos por Dios para anunciar su palabra; su santidad, su vera-
 »dad, su justicia, sus costumbres puras y sin mancha, sus
 »virtudes inaccesibles á las pasiones humanas son, juntamente
 »con las cualidades del entendimiento, la razon, el ingenio, el
 »saber, la prudencia, otros tantos indicios respetables, cuya
 »reunion, cuando todo es concorde en ella, forma una prue-
 »ba completa en favor suyo, y revela que son mas que hom-
 »bres (1). Este es el signo que impresiona con preferencia á
 »las personas de rectitud y bondad que ven la verdad allí
 »donde está la justicia y solo oyen la voz de Dios en boca de
 »la virtud.

»El tercer carácter de los enviados de Dios, es una ema-
 »nacion del poder divino que puede interrumpir y cambiar el
 »curso de la naturaleza á voluntad de los que reciben esta ema-
 »nacion. Este carácter es, sin contradiccion alguna el mas bri-
 »llante de los tres, el mas ostensible, el mas relevante, el
 »que por medio de un efecto sensible, parece requerir menos

(1) Tal fue Jesucristo; tales fueron por su gracia los apóstoles, los doctores y los santos; mas que hombres, por la virtud divina que hizo de ellos héroes y en su consecuencia, sus testigos. «La señal especial de nuestra veracidad, decia Montaigne, es nuestra virtud.»

»discusion y exámen; por eso es este carácter el que impresiona
 »mas especialmente al pueblo.

»Aquí me detengo sin investigar si puede continuarse esta
 »enumeracion, porque esto es inútil para la cuestion presente,
 »por ser claro que cuando se hallan reunidos todos estos signos,
 »son suficientes para persuadir á todos los hombres, á los bue-
 »nos, á los sábios, y al pueblo; á todos, excepto á los locos,
 »á los incapaces de razon y á los malos que no quieren con-
 »vencerse de nada (1).

Tales son nuestras pruebas, tal nuestro método: esencialmente, eminentemente lógico y racional; partiendo siempre de la *razon*; razon filosófica, razon moral, razon histórica, razon científica, razon social, razon práctica; enumeracion que podria seguir adelante, pero cuya indicacion es suficiente para demostrar, que el modo de conducir y de elevar al hombre el Cristianismo á lo sobrenatural y á la fe, es adaptarse á su naturaleza, impresionándole ó apoderándose de él, por todas sus facultades y por todos sus instintos.

Me confundo, en verdad, cuando leo en M. Havet estas líneas: «El filósofo parte de la razon, el creyente parte de la
 »fe. Para él (2) no necesita la fe producir títulos, sino que
 »solo tiene á lo mas, que defenderse de los que se pretendan
 »presentar contra ella.... Para el ortodoxo es sagrado el
 »Evangelio y debe presumirse que todo en él es cierto... Cree
 »el prodigio que en él se refiere, exige su creencia y pide la de
 »mostracion de que no se puede creer. Estas demostraciones á

(1) Tercera carta de la Montaña.

(2) *Para él*, es anfíbológico; M. Havet ha querido decir: para este.

»redopelo no son ni pueden ser siempre factibles, pero cuando
 »se hacen, *se* (1) las elude. Se sale de un mal paso á costa de
 »una interpretacion violenta ó con una suposicion ú otro artifi-
 »cio, etc. Esta *clase de libros*, pueden satisfacer á un lector
 »que tiene la misma fe que el autor y que no quiere que se le
 »turbe en ella; pero no á los verdaderos libres pensadores (2).»

Asi es como juzga M. Havet *esta clase de libros* (nuestros apolo-
 géticos) despues de haber mencionado las bellas obras
 de M. Wallon, declarando que no compara con ellas el libro
 de M. Renan, y que si no entra en esta discusion, no es por
 desdeñar la autoridad de las personas ó las pruebas que adu-
 cen en estos libros, sino por la imposibilidad de verificarlo sin
 aceptar por este mismo hecho una suposicion inaceptable, la de
 que sea ni siquiera posible lo sobrenatural.

Aplazamos el exámen de esta última proposicion. Mas la
 escepcion de incontestacion que de ella deduce M. Havet contra
 nuestros trabajos apoloéticos, nos esplica la causa por qué no
 los ha leído y la falsa apreciacion que de ellos ha hecho.

Porque si efectivamente los hubiera abierto, hubiera visto
 que no son otra cosa que demostraciones históricas, críticas
 ó filosóficas, y todas esclusivamente racionales, del Cristianis-
 mo. Me bastará apelar al público que lee *esta clase de libros*
 contra la preocupacion de M. Havet que no los conoce sino por
 las cubiertas, sin que le llame la atencion siquiera su titulo, y
 que solo ve en ellos suposiciones, interpretaciones violentas,
 artificios, y especialmente cosas sobrenaturales.

(1) Todos estos *se* son tambien anfibológicos.

(2) *Revista de ambos Mundos*, p. 370.

En su excusable error, puesto que no los ha leído, y en su inexcusable temeridad, puesto que lo confiesa, confunde el método de los creyentes entre sí y el método de los creyentes con respeto á los filósofos. Estos dos métodos que se emplearon siempre en la sociedad cristiana, no se han confundido nunca (1). Solamente en nuestros tiempos ha prevalecido de tal modo el método racional, que ha desterrado casi enteramente el método creyente, y que han subido hasta al púlpito la razón y la filosofía, relegando la fe detrás del altar. ¿Quién no conoce las inmortales conferencias del R. P. Lacordaire, cuyos terribles golpes han descargado sobre la *Vida de Jesus* de M. Renan, anticipadamente, al descargar sobre la *Vida de Jesus* del doctor Strauss? Si algo puede censurarse á estas conferencias, censura que recae con mas motivo sobre sus imitaciones, es haber sido superiores al movimiento de fe que produjeron, y haber sido el predicador mas filósofo que su auditorio.

Hablo de los predicadores: y ¿qué diré de los escritores y de los escritores seculares? Séame permitido decir en cuanto á mí, que creo haber justificado, respecto del método, el título de *Estudios filosóficos*, dado á mis trabajos, aun á los que (perdóneme M. Havet) tienen por asunto la VIRGEN MARIA; segun espero probar en breve, valiéndome del mismo método.

En todos estos trabajos, parten siempre los apologistas de la razón y no llegan á la fe, sino por medio de buenas pruebas lógicamente deducidas. La esposicion, la observacion,

(1) Su distincion aparece en la gran Suma de Santo Tomas, y su Suma *contra los gentiles*.

la discusión histórica ó filosófica, y la fe que brota al fin como el fruto maduro de la razón, hé aquí nuestra marcha. No decimos, como se imagina M. Havet; *es libro sagrado, luego es verdadero*, sino que probamos primeramente que el libro es verdadero, y después añadimos que tiene carácter sagrado. Tomamos un testo, un hecho ó un principio, haciendo abstracción de su carácter ó de sus consecuencias sobrenaturales, y ponemos á prueba su verdad histórica ó racional, como las de cualquier otro hecho, ó de cualquiera otro principio humano. Lo juzgamos todo y no prejuzgamos nada.

»Para el creyente, dice M. Havet, no necesita presentar títulos la fe, sino lo mas que tiene que hacer, es defenderse de los que pudieran presentarse contra ella.» ¿Cómo? ¿No presentamos títulos nosotros? ¿Y qué haceis vosotros, pues, desde hace diez y ocho siglos? ¿Qué es lo que combatís si no es nuestros títulos, nuestras Escrituras, nuestras profecías, nuestros Evangelios, nuestros milagros, la persona de nuestro Divino fundador, el establecimiento del cristianismo y su historia; títulos inviolables que llamaba Voltaire ingeniosa y exactamente, *las probanzas, el protocolo de la parte contraria*, y que no hemos cesado de oponeros, abrumándoos con él sin cesar, sin que hayais podido vosotros aminorarlo en un solo documento?

»¡Lo mas que tiene que hacer la fe es defenderse de los títulos que pudieran presentarse contra ella!» Pláceme en extremo la cláusula, *que pudieran presentarse*, porque es modesta y prudente, y le sienta á maravilla su carácter condicional. Y en efecto, falta cierto requisito para que la incre-

dulidad presente títulos contra la fe, y es que los haya tenido nunca. Ya lo he advertido y es decisiva la consecuencia. Hasta nuestros días, no solamente no ha presentado nunca la incredulidad título alguno que pudiera destruir los nuestros, sino que se ha abstenido de arriesgarse á dar la menor esplicacion del gran problema histórico, cuya clave solo nosotros poseemos. Ha eludido la Esfinge, de que nosotros hemos quedado siendo los únicos Edipos. Y únicamente en el día, se arriesga M. Renan en su *Vida de Jesus*; á presentar en fin, una esplicacion, y títulos en su apoyo. ¿Y qué títulos son estos? Los nuestros, solamente los nuestros. ¡Nuestros Evangelios reconocidos ó desnaturalizados, hé aquí vuestros títulos!

Resulta, pues, que nuestro método es el gran método racional, que no parte de lo sobrenatural y de la fe, que ni aun los supone, pero que tampoco se desentiende de ellos, y finalmente, que solo los admite cuando no es posible des-
 echarlos sin desconocer la razon misma.

Pero todo esto resultará con mas claridad examinando el método de nuestros adversarios; ellos mismos van á vengarnos efectivamente, con usura, de sus falsas imputaciones.

CAPITULO IV.

EL METODO.

(EL SUYO.)

M. Renan tiene un método que no necesitamos deducir de su obra, porque lo confiesa, lo profesa y lo publica él mismo; lo cual nos libra de una gran dificultad, la de que se nos crea sin atribuirsenos malevolencia. Por otra parte, en caso necesario, nos servirían de abono sus panegiristas M. Scherer y M. Havet.

¿Cómo hubiéramos, en efecto; persuadido, sin sus propias declaraciones, que en una *Vida de Jesus* en que se trata de presentar al verdadero Jesus, y de destruir todo el edificio religioso, moral y social fundado sobre el Evangelio, se haya desterrado sistemáticamente la prueba, la discusion, la certidumbre, armándose tan solo con la suposicion, la alegacion y los *tal vez* y *quizá*?

No quiere decir esto que no haya entrevisto el autor de la *Vida de Jesus* lo difícil que era hacer surgir, al cabo de mil ochocientos años, un nuevo Jesus, y que fuese aceptado en lugar del que adoran los siglos, y esto sin ningun documento histórico, contra todos los documentos históricos; no, M. Re-

nan no desconoce que esto es una grande empresa. Pero tiene sus modos de proceder peculiares y que no son menos de cinco, á los cuales vamos á pasar revista.

I. «*En cosas que requieren tanto esfuerzo*, dice, debe permitirse alguna parte de *adivinacion y conjetura* (1) »

Alguna parte; esto ya es mucho, sobre todo cuando vemos, cuán grande es la que se toma M. Renan. ¡Pues bien! nos conduce, en honra de M. Renan, que solo sea *una parte* y que no sea enteramente todo *adivinacion y conjetura* en su obra, porque ya veremos que lo que no lo es, ó lo que hay en ella que no sea *adivinacion y conjetura*, es mucho peor que esto.

Adivinacion y conjetura: esto es lo mas racional y mas aceptable que tiene el método de M. Renan.

¡Adivinacion! ¿Qué significa aquí esta palabra? Una manera de imaginar, de crear un personaje ó un acontecimiento, prescindiendo de los hechos, del suceso real, de la certidumbre histórica, adecuado á la concepcion histórica y al ideal que se ha formado el escritor. No es una figura real que deja su huella en la historia, como Jesus en el Evangelio, sino una figura imaginaria que modela el escritor en su cerebro; un Jesus al modo de Renan. Figuraos, pues, á M. Renan con todas las garantías de imparcialidad que sabeis y que él mismo exhibe cuando nos dice, que para escribir la historia de una religion *es necesario haber creído en ella y no creer*

(1) *Vida de Jesus*, introduccion, p. LV.

ya; figuráosle, repito, á todas sus anchuras, cerrando los ojos á la historia, ó entreabriéndolos solo á medias, y sacando de su imaginacion y de su pensamiento un Jesus, como una creacion de su fantasía y de su arte, por no decir de su impiedad y de su odio.

El mismo lo confiesa: «Una gran vida es un todo orgánico que no puede esponerse, ó darse á conocer, por la simple aglomeracion de *hechos pequeños*. Forzoso es que abrace su conjunto y constituya su unidad un sentimiento profundo. Para tal objeto es una buena guia la *razon artística*; siendo digno de aplicarse á él el fino tacto de Gœthe. La *creacion del arte* consiste en formar un sistema viviente, todas cuyas partes se auxilien y se dirijan. En las historias de esta clase, la gran señal de que son verdaderas, es haber conseguido *combinar los textos* de suerte que constituyan un relato lógico y verosímil, en que nada desentone. A cada instante deben consultarse las leyes íntimas de la vida, de la marcha de los productos orgánicos, de la degradacion de los matices, diferencias ó visos (1), porque *lo que se trata de encontrar aquí, no es la circunstancia material*, imposible de comprobar ó registrar, es el alma misma de la historia; *lo que debe buscarse, no es la pequeña certidumbre de las minuciosidades*, sino la justicia, la exactitud del sentimiento general, la verdad del colorido... Y no se ha vacilado en tomar por guia este sen-

(1) Estas frases ampulosas, de que abunda la obra de M. Renan, causan efecto á los ojos de los lectores. Gran lengua de Pascal y de Bossuet, ¿qué ha sido de tu nitidez y tu claridad? Pero es verdad que como dijo Vauvenargues, *la claridad es la buena fe de los filósofos!*

»timiento de una viva organizacion en la coordinacion y exposicion de este relato (1).»

Esto quiere decir evidentemente, traducido á la práctica: no se han tenido en cuenta los hechos, no se ha tratado de encontrar la realidad histórica, y no se ha pensado en la certidumbre. Todo esto es pequeñeces, minuciosidades. Háse atendido únicamente á una creacion de arte.—Y aun traduciendo asi aquellas palabras procedemos con generosidad, segun se verá en breve.

Esto en cuanto á la adivinacion.

Ahora vamos á la conjetura.

La conjetura ocupa un gran lugar en la *Vida de Jesus*, y hace un gran papel. Toda su narracion está tejida con ella; tal es los *quizá*, *parece que*, *sin duda*, *es probable*, *se dice*, *podiera creerse*, *puede ser*, *es verosímil*, *es imposible decidir sí*, y otras locuciones de esta especie.

Es de estrañar esta manera timorata y reservada de expresarse en una empresa de la naturaleza de la de M. Renan, y es cosa de preguntarse, cómo es que no omitió la conjetura, puesto que se permitió la invencion. Pero volvemos de esta estrañeza, y nos reponemos al advertir, que la invencion es mas temeraria aun que la conjetura en la *Vida de Jesus*, y que ambas coadyuban perfectamente á la maniobra. En efecto:

Queriendo escribir M. Renan una vida de Jesus, tenia que recurrir á los Evangelios, so pena de limitarse á decir con Josefo y con Tácito, que «Jesus fue crucificado por orden de Pilatos y á instigacion de los sacerdotes,» ó de confesar abier-

(1) *Vida de Jesus*, introduccion, p. LV.

tamente ser su libro una pura novela. Esta necesidad de apelar á los libros Sagrados, la explica en la página XLVIII de su introduccion «rogando tengan en cuenta esta circunstancia de ser necesario recurrir á ellos, á las personas que juzguen que presta una confianza exagerada á narraciones en gran parte legendarias.»

Partiendo de aquí, parece que debia valerse con suma frecuencia de nuestros Evangelios, único terreno histórico de su narracion y de su crédito, al mismo tiempo que debia en realidad prescindir de ellos, puesto que era su objeto destruirlos.

Esto es lo que verifica por medio del doble proceder de la adivinacion y de la conjetura.

Si solo se atiende á las indicaciones que se hallan al pie de sus páginas, atestadas de citas, su narracion se funda en los Evangelios; pues no se vé otra cosa que *Matth.*, *Luc.* *Marc.* *Juan.* Pero en estas mismas páginas, presenta sus visiones por realidades de la *Vida de Jesus*, desnaturalizando los hechos, mezclando en ellos invenciones enteramente gratuitas, y dejando traslucir ó haciendo creer, que los mismos Evangelios autorizan estas invenciones y delirios. Esto en cuanto á la adivinacion á la cual se entrega con toda osadía.

Pero como despues de haberle asi servido sobre este punto, estos mismos Evangelios le estorban respecto de los otros, y como no puede rechazarlos abiertamente sin desacreditar su propia narracion que viene á apoyarse en ellos, trata de desvirtuarlos y destruirlos por medio de la conjetura, deslizando en ellos la duda, é insinuando la descomposicion. Por ejemplo, no niega que se ahorcase Judas devorado de remordimientos,

porque esto seria desmentir sin fundamento alguno el Evangelio con que acaba de autorizarse ; sino que dice : «*tal vez* pasó Judas retirado á su campo de Hakeldama, una vida oscura y tranquila, mientras conquistaban el mundo sus antiguos compañeros, sembrando en él la noticia de su infamia. *Quizá* tambien el odio espantoso que pesaba sobre su cabeza le impulsó á violentos actos en que se vió el dedo del cielo (1).»

Asi, cuando se trata de sus propias invenciones, no presenta pruebas, y no obstante no hay duda ni conjetura alguna, bastando para autorizarlas la adivinacion coloreada por el Evangelio. Pero cuando se trata de hechos Evangélicos, surge entonces la duda, y acude la conjetura y desaparece el Evangelio con el esfúmino de la critica que mezcla la luz y la sombra, lo claro y lo oscuro, ostentando mentida imparcialidad.

En una palabra, M. Renan forma su Jesus por medio de la adivinacion y se deshace del verdadero por medio de la conjetura.

Este es uno de los primeros procedimientos del método que emplea en la *Vida de Jesus*. Este fantasma, que se confiesa haberse formado solamente por medio de adivinacion y conjetura, y que sale hoy dia del cerebro de M. Renan, es el que se intenta sustituir al JESUS del Evangelio, á ese JESUS lleno de vida, á ese VERBO DE VIDA á *quién* hemos oido, á *quien* hemos visto con nuestros ojos, á *quien* han tocado nuestras manos, y á *quien* oimos, vemos y tocamos aun en el Evangelio y en la Iglesia por medio del testimonio de los Apóstoles y la via histórica de la tradicion. ¡Será posible! ¿Es este, señores, el Evangelio

(1) *Vida de Jesus*, p. 438.

de vuestra incredulidad? ¿Os apoyais en tan bello fundamento para no creer y para proponernos que no creamos?

¡Ah! ¡sí se hubieran formado de esta suerte nuestros Evangelios, como os saciariais de tratarlos de *leyendas*! Pero todo es bastante bueno para no creer en el Evangelio, aun cuando se tenga que creer en la mas tosca novela.

Debe tambien sentarse, que nuestros criticos toman sobre este punto gallardamente su partido, al menos respecto de ese cándido público, al cual se lisonjean ganar por medio del libre pensamiento. No se contentan, en efecto, con engañarle; llegan hasta decirle cara á cara que le engañan, y que le presentan este libro por lo que vale.

Oigase sobre este particular á M. Scherer que nos ha elogiado la belleza acabada y clásica de la obra:

«Solo hay dos modos de escribir la historia de Jesus.—El »partido *mas digno* seria tal vez, *reconocer* que es *imposible* una »biografía propiamente dicha (1). A falta de informaciones »auténticas sobre tantos puntos importantes, habria que limi- »tarse estrictamente á lo que se sabe, etc., etc.» Continúa M. Scherer, trazando aquí este primer modo, algun tanto severo y desnudo, y despues prosigue:

«El otro modo seria mas agradable y animado, á saber: el de »dar el autor *una gran parte á la conjetura*. Deberia tratar de »reproducir, no tanto los documentos cuanto la impresion que »hicieron en su entendimiento. A *falta de la realidad* literal »que no tenemos, nos diria cómo ha comprendido las cosas,

(1) Este es el partido, segun ya hemos dicho, que habia adoptado la incredulidad hasta nuestros dias y sabia por qué.

»supliendo, de esta suerte, la *adivinacion del artista á la insu-*
 »*ficiencia de la historia*; ó mas bien, tendríamos una historia
 »de un género mas elevado, en la que *reemplazaria á la ver-*
 »*dad* la verosimilitud. *No estaríamos precisamente seguros de*
 »*poseer el original*, pero tendríamos á lo menos el espíritu ge-
 »neral de los hechos, *una de las maneras* como pudieron acon-
 »tecer (1). Añadamos á esto, que *por mas errónea que fuera* la
 »conjetura, no dejaria de *tener ventajas* (2). Al público no legus-
 »ta la duda, resignándose difícilmente á la forma suprema de
 »la ciencia de saber que no se sabe nada. Quien quiera es-
 »cribir la historia de Jesus, no se apoderará de la imaginacion
 »de sus lectores ni causará en ellos un efecto seguro, profun-
 »do, sino con la condicion de presentar á su vista una perso-
 »nalidad inteligible y perceptible. El análisis de los testimonios,
 »la graduacion y apreciacion de las pruebas, la confesion de la
 »insuficiencia de las noticias é investigaciones, todo esto puede
 »ser procedente con respecto á las personas ilustradas, á los sa-
 »bios, pero no es lo que conviene al público. Asi lo ha creido
 »M. Renan. Por eso ha *reconstruido* (3) pieza por pieza el
 »Cristo que le reusaba la historia. No ha temido desarrollar
 »ante nosotros aun los años de juventud y de silenciosa pre-
 »paracion, y hasta aquel encantador idilio de Nazareth, que á
 »nadie habia ocurrido todavía la idea de escribir. Ha creido po-
 »der distinguir muchas épocas en la carrera del Gran Reforma-

(1) *Una de las maneras*, es curioso.

(2) Tanto mejor, pero lo que sigue es infame; renunció á marcarlo en cursiva.

(3) Este *re* sobra evidentemente, puesto que no ha existido este Cristo en la mente de M. Scherer.

»dor, la del entusiasmo cándido y la de la grandeza incons-
 »ciente; despues la de la accion, de la esperanza, del buen éxi-
 »to, y por último la de la pasion y la lucha. Asi ha prestado el
 »autor á su libro, no solamente forma palpable, unidad, cuer-
 »po, sino tambien interés dramático. Ha formado con él una
 »obra de arte, es decir, algo infinitamente mas duradero y mas
 »universal que la obra de pura ciencia — Por otra parte, M. Re-
 »nan ha dado sus hipótesis por lo que valen. «Se observará, dice,
 »la reserva de los giros y rodeos de que nos servimos, cuando
 »esponemos el progreso de las ideas de Jesus. Puede el lector,
 »si le es preferible, ver solo en las divisiones adoptadas sobre
 »este particular, los cortes indispensables para la esposicion me-
 »tódica de un pensamiento complicado y profundo.» — Enten-
 »dido de esta suerte, el sistema adoptado no puede dar lugar á
 »objeciones formales; y avisado asi el lector, no tiene mas
 »que dejarse llevar por el encanto de esa interpretacion deli-
 »cada, plausible, elegante de los enigmas de que permanecerá
 »sin duda eternamente rodeada la vida de Jesus (1).»

Despues de esta confesion, confesamos tambien por nues-
 tra parte, que la *Vida de Jesus* no puede dar lugar á objecio-
 nes serias, por lo cual deberíamos dejar aqui la pluma. Por-
 que ¿qué es lo que nosotros queremos probar? ¿qué la *Vida*
de Jesus no es una obra digna y seria, una obra científica,
 una obra sincera; que solo es una novela arrojada por pasto
 al público que pide libros de esta clase, pero que no puede ser
 presentada á los sabios y á los críticos? Esto se nos ha conce-

(1) Final del segundo artículo de M. Scherer sobre la *Vida de Je-
 sus*, de M. Renan, en el periódico *El Tiempo* de 14 de julio de 1863.

dido ya. Y más aun, pues M. Scherer, con su cándida sinceridad, lo advierte al mismo público, á quien estima ó desprecia lo suficiente para declararle tal verdad.—Si, de las dos maneras que hay de escribir sobre Jesus, dice, ha elegido M. Renan *la menos digna*, aunque *la mas agradable*;—á falta de *la realidad*, ha apelado á *la conjetura*, *dándole una gran parte en su obra*; en vez de historia ha escrito novela;—pero ¿qué importa? *Aun cuando sea errónea la conjetura, no dejará de tener su ventaja*; ¿cuál? la de entretener al público á costa de la ciencia y de la verdad;—la verdad, en efecto, es la duda, *forma suprema de la ciencia*; pero al público no le gusta la duda, es preciso *apoderarse de su imaginacion, crear y producir á su vista un personaje; el análisis de los testimonios, la graduacion de las pruebas, la confesion de la insuficiencia de las investigaciones, todo esto puede ser bueno como método de la verdad y puede presentarse á las personas instruidas*; pero *nada de esto conviene al público*, ni al autor ni al librero. *Tal lo ha creído M. Renan*. Avisado así el lector, no tiene mas que dejarse dominar del encanto de la *novela de Jesus*.

No nos esforzamos en el trabajo que hemos emprendido, en considerar á nuestros adversarios por lo serio, y en sostenerlos á la altura de una verdadera discusion, dando valor á sus ataques; pero es preciso convenir en que hacen muy difícil nuestra tarea; sin embargo, no la abandonaremos, porque sería favorecer á la impiedad; pues en efecto, no parece sino que ha especulado con dos clases de desprecio; el que se permite para con el público, y el que espera que se le manifieste á ella misma, lisonjeándose de poder ejercer, á favor de este, libremente

aquel desprecio. Pues bien, ¡no! no la despreciaremos; continuaremos honrándola, por honor, por amor, por interés á la verdad de nuestra fe, que consagra á sus enemigos para triunfar de ellos.

Continuemos:

II. La *Vida de Jesus* es, pues, una novela, en cuanto no es una obra que contenga la verdad; pues seria concederle demasiado, admitir que tenga siquiera el mérito de una novela. No, es un libelo; segundo carácter del método que á ella ha presidido.

Concibese en efecto la novela como la ficcion de circunstancias verosímiles, dando cuerpo á una individualidad histórica que las da forma con su carácter y que revive en ellas á nuestra vista. Es una obra de arte, cuyo objeto es deleitar y aun instruir; y la primera de cuyas reglas es el *simplex duntaxat et unum* de la poética de Horacio.

M. Renan no se ha propuesto, pues, el arte, sino la impiedad, sacrificando aquel á esta. Asi como se ha dicho de las novelas de Walter Scott que eran mas verídicas que la historia, puede decirse de la *Vida de Jesus* de M. Renan, que es mas falsa que la novela y menos interesante que el Evangelio. Un soplo árido ha secado en ella todas las flores, estinguido toda claridad, y borrado todos los sublimes y conmovedores caracteres del nacimiento, de la infancia, de la vida y de la muerte del Salvador, sustituyéndoles aquel empalagoso idilio de Nazareth, que seria el contrasentido moral histórico mas ridículo y mas disonante, si no fuera la duda mas insultante y mas sa-

criflega. En todas sus páginas se advierte una preocupacion oficiosa, un cálculo miserable, diré casi una obsesion satánica; la necesidad de degradar á Jesus de su divinidad y de envenenar con este objeto hasta el elogio, de convertir el himno en blasfemia. Hay en esto algo parecido á la tentacion de Jesus en el desierto, cuando elevándole el diablo al pináculo del templo, le dijo: ¡ Te daré todos los reinos de la tierra y su gloria, si te prosternas ante mí y me adoras! De la misma manera, solo eleva á Jesus M. Renan al pináculo de la humanidad, para humillar su divinidad en el alma del lector y para hacer adorar la humanidad en el mismo Jesus; para tentarnos con la idolatría y la apostasia. Daré á vuestro Jesus todos los honores y todas las grandezas de la tierra, nos dice, si adorándole como Hombre, renegais de él como Dios; designio malévolo que imprime á la *Vida de Jesus*, aun respecto de aquellos en quienes no vibra la fe, un carácter repugnante de conspiracion contra la verdad y de tentacion contra la conciencia, quitándole el de obra de arte.

Pero lo que quita sobre todo á la *Vida de Jesus* este último carácter, es la falta de sencillez y de unidad que requería este impío designio. Efectivamente, M. Renan ha tenido que hacer en su obra una maniobra de contradiccion y duplicidad que pone al lector en tortura. Exaltando á Jesus con el solo objeto de humillarle, nos lo representa alternativamente como un ser, el primero y el último de todos, como un sabio y un loco, como un hombre divino y un charlatan, como un *Creador de la religion eterna de la humanidad* y un *jóven aldeano que solo ve el mundo por el prisma de su candidez*, ó un gigante sombrío á

quien lanzaba mas y mas fuera de la humanidad una especie de presentimiento grandioso; y esto desde el principio al fin de su obra. Esto es lo mas contrario á una obra de arte, tal como la ha definido el mismo, cuando dice que debe ser:—*un todo orgánico, —un sistema viviente, en el que todas sus partes se auxilién y se rijan, —una relacion lógica, verosímil, en donde nada desentone y en que deben consultarse á cada instantelas leyes de la graduacion de los matices.* Esto se verifica hasta lo sumo en los Evangelios, que serian la obra artística por excelencia, si no fueran la obra única de la verdad. En ellos es siempre semejante á sí misma la divina figura de Jesus, aunque presentada en circunstancias diferentes, y es siempre incomparable, no tan solo en cada Evangelio, sino en los cuatro Evangelios, que por esto constituyen el *Evangelio*. En estas cuatro vidas solo aparece un Jesus, al paso que en la única *Vida de Jesus* de M. Renan aparecen muchos, y muchos que se diferencian y contradicen, que desentonan, que infringen, que violan las leyes del arte y de la poética, porque violan las de la lógica y del sentido moral.

III. Asi, para conciliarlos, se ha visto M. Renan impulsado á erigir esta violacion del sentido moral y del sentido comun en principios de su método y de su crítica, y este es el tercer carácter de su obra.

Hé aquí, en efecto, respecto de la moral, los principios que ha tenido que profesar en su *Vida de Jesus*.

«*Toda idea* pierde algo de su pureza en cuanto aspira á realizarse.

»Jamás se consigue buen éxito sin que se lastime algun
 »tanto la delicadeza del alma.

»Es tal la debilidad del entendimiento humano, que *por*
 »lo comun, las mejores causas solo se ganan con malas razo-
 »nes (1).»

Y despues, esta página que recae sobre su autor con todo el peso de la conciencia humana que se la devuelve: «Es imposi-
 »ble la historia si no se admite *en voz muy alta* que hay muchos
 »modos de medir la sinceridad... Todas las grandes empresas se
 »ejecutan por el pueblo, y al pueblo solo se le guia prestándose
 »á sus ideas. El filósofo, que sabiendo esto, se aísla y se atrin-
 »chera en su nobleza, es altamente laudable; pero no debe cen-
 »surarse al que toma á la humanidad con sus ilusiones y trata
 »de obrar sobre ella y con ella. César sabia muy bien que no
 »era hijo de Vénus; Francia no seria lo que es si no hubiera
 »creído durante mil años en la Santa Ampolla de Reims. Nos-
 »otros podemos fácilmente, en nuestra impotencia, llamar á esto
 »mentira, y enorgullecidos con nuestra tímida honradez, tratar
 »con desden á los héroes que aceptaron en otras condiciones
 »la lucha de la vida. Cuando hayamos hecho con nuestros es-
 »crúpulos lo que ellos hicieron con sus mentiras, tendremos el de-
 »recho de ser severos con ellos... Por lo menos, es forzoso
 »distinguir profundamente las sociedades tales como la nuestra
 »en que todo pasa á la luz de la reflexion, de las sociedades
 »cándidas y crédulas, donde nacieron las creencias que do-
 »minaron los siglos. No hay fundacion grande que no se apo-

(1) *Vida de Jesus*, p. 238.

»ye en una leyenda. El único culpable, en semejante caso, es
»la humanidad que quiere ser engañada (1).»

Así, pues, según M. Renan, no solamente mintió Jesucristo, sino que debió mentir; la mentira fue una condición lícita de su obra, como ha sido también el carácter de todas las grandes empresas de la humanidad.

Nos limitamos aquí á denunciar esta teoría que juzgaremos en otro capítulo.

Veremos particularmente, que es tan absurdo como odioso aplicarla á JESUCRISTO, de quien tienen nuestras sociedades modernas precisamente ese elevado sentimiento moral de sinceridad que la rechaza. Por ahora me limito á consignar que esta teoría inmoral, es uno de los procedimientos del método empleado en la *Vida de Jesus*.

Solo debo decir, que la responsabilidad de tal asercion recae únicamente en M. Renan, puesto que la declinan sus panegiristas; pero ya veremos que les es imposible negar, sin recurrir á ella, la divinidad de JESUCRISTO, lo cual no será una de las menores pruebas de esta divinidad.

No era suficiente la teoría de la impostura. M. Renan debia agregar á ella la de la locura, que le era no menos necesaria para su objeto. Así lo verifica, en especial en la siguiente página, digna, no obstante de la que acabamos de citar.

Después de haber presentado la *santidad* como sinónima de *extravagancia*, dice: —«Guardémonos, pues, de mutilar la historia para satisfacer nuestras mezquinas susceptibilidades.
»¿Quién de nosotros, pigmeos, podría hacer lo que hizo el es-

(1) *Vida de Jesus*, p. 233 y 234.

»travagante Francisco de Asís y la histórica Santa Teresa? (1).
 »Poco importa que tenga nombres la medicina para espesar estos
 »grandes desvaríos de la naturaleza humana; que sostenga que
 »el grande ingenio es una enfermedad del cerebro; que vea en
 »cierta delicadeza de moralidad un principio de tísis; que clasi-
 »fique el entusiasmo y el amor entre los accidentes nerviosos.
 »Las palabras de sano y de enfermo son relativas. ¿Quién no
 »preferiría estar enfermo como Pascal á estar sano como un
 »cualquiera? Las ideas *limitadas* que se han difundido en nues-
 »tros días sobre la locura, estravian del modo mas grave nues-
 »tras apreciaciones históricas en las cuestiones de este género.
 »Un estado en que se dicen cosas que no se sienten ó de que no
 »se tiene conciencia; en que se produce el pensamiento sin que
 »lo llame y regule la voluntad, espone en la época presente á
 »cualquiera á ser recogido como alucinado. En otro tiempo
 »se daba á esto el nombre de profecía é inspiracion. Lo mas
 »bello que hay en el mundo se ha verificado con calentura; toda
 »creacion eminente entraña una ruptura de equilibrio, un esta-
 »do violento respecto del ser de quien emana (2).»

Tales son, sobre el sentido comun, lo mismo que sobre el sentido moral, las teorías que M. Renan se ha formado para escribir su *Vida de Jesus*. Harémosle el honor de creer que no las adopta en su conducta particular, y que como dice Sainte-Beuve, el empleo que de ellas ha hecho en su obra, le ha dejado tan poco satisfecho á él mismo como á sus lectores. Pero,

(1) ¡Honra es para Santa Teresa y San Francisco merecer dictérios de M. Renan! *N. del T.*

(2) *Vida de Jesus*, p. 452 y 453.

como incrédulo, no podía hacer mejor uso de ellas. Si no se le conceden estas teorías, si se le oponen los eternos principios de la razón y de la conciencia, no puede sostenerse su obra.

El mismo conviene en ello: «Si se parte del principio, dice, »de que ha sido loco ó charlatan todo personaje histórico á quien »se atribuyen actos que hoy tenemos por poco sensatos ó de »charlatanismo, está falseada toda mi crítica (1).»

Y en efecto, me obligo á demostrarlo, no se puede renegar de Jesucristo sino valiéndose de una moral y de una lógica cuya aplicacion, en cualquier otra materia, conduciría á una cárcel ó á una casa de locos.

IV. Pero aun no hemos dicho nada del gran expediente del método de M. Renan, que es como el eje sobre que gira todo su libro.

La negacion dogmática de lo sobrenatural.

Este es el santo y seña de toda la conjuracion. Todo el mundo lo obedece como un convenio. M. Renan, M. Scherer, M. Havet y hasta M. Sainte-Beuve.

—La negacion de lo sobrenatural. Pues bien, sea; esta es una opinion como cualquier otra; discutámosla.

—¡Discutirla! ¡audacia sacrilega! ¿No considerais que es un dogma, un dogma de incredulidad, asi como es vuestra afirmacion un dogma de fe? Vosotros los creyentes partis de la fe; nosotros los filósofos y libres pensadores, partimos de la razón que no admite lo sobrenatural, que lo considera imposible; por

(1) *Vida de Jesus*, p. 267.

consiguiente, no puede haber discusion sobre esto entre vosotros y nosotros.

Tal es, en efecto, el lenguaje de estos señores. Oidles, permitiéndonos algunas observaciones, para hacer resaltar qué es lo que entienden por este método que llaman *partir de la razon*.

«Desde que hay seres, dice M. Renan, todo cuanto ha pasado en el mundo de los fenómenos, ha sido el desarrollo regular y natural de las leyes del ser, leyes que solo constituyen *un orden de gobierno*, que es *la naturaleza*. Quien dice sobre *ó* fuera de la naturaleza, en el orden de los hechos, *dice una contradiccion*, asi como quien dijera sobre-divino en el orden de las sustancias (1).»

—¿Cómo ha de ser esto una contradiccion? ¿Por ventura, lo contrario, es decir, la naturaleza legisladora de sí misma, y en su consecuencia, efecto y causa de sí misma, ó mas bien efecto sin causa, tiene la evidencia de un axioma? ¿No es esto mas bien un absurdo evidente?

—No hay que razonar, nos contesta el critico. Este gran resultado: no hay sobrenatural, no proviene de un raciocinio, sino del conjunto de las ciencias (2).

M. Renan reproduce la misma doctrina en su *Vida de Jesus*. «La nocion de lo sobrenatural, con sus imposibilidades, *ó* dise en ella, aparece siempre donde nace la ciencia experimental de la naturaleza (3).» — «Cerca de un siglo antes de Jesucris-

(1) *Libertad de pensar*, t. III, p. 463.

(1) *Ibid.*

(2) *Ibid.*, p. 41.

»to, espresó Lucrecio de un modo admirable la inflexibilidad del
»régimen general de la naturaleza. La negacion del milagro, la
»idea de que todo se verifica en el mundo por leyes en que no
»tiene parte alguna la intervencion personal de seres superiores,
»era de derecho comun en las grandes escuelas de todos los
»paises que recibieron la ciencia griega. Jesus no supo nada de
»este progreso (1).»

—Si fuera permitido el racionio, si se atendiera á la ra-
zon, nos bastaria decir, que descubriendo *la ciencia experimen-
tal de la naturaleza* las leyes admirables que la rigen, des-
cubre por ello mismo, la sabiduría sobrenatural que se las dió,
asi como la marca descubre el sello que la hizo; y que la inflexi-
bilidad de estas leyes en el sugeto á que se aplican que es la
naturaleza, no prueba su inflexibilidad en su autor, que es
Dios, sino que prueba, al contrario, el supremo poder que las
mantiene, y que, como no son metafisicamente necesarias, debe
admitirse, á no ser que se niegue abiertamente esta omnipo-
tencia, que la misma inflexibilidad que las prueba, prueba
tambien que aquella puede derogarlas. De donde se sigue, á
mi parecer, que lejos de poder desentenderse de la cuestion de
lo sobrenatural y de los milagros por una escepcion de incon-
testacion, deducida de la imposibilidad de discutirse, es nece-
sario destruir la proposicion, y decir con Juan Jacobo Rous-
seau: «Tratar seriamente esta cuestion, seria impío, ya que
»no absurdo; y se honraria demasiado á quien la resolviese
»negativamente, imponiéndole un castigo, debiendo bastar con

(1) *Libertad de pensar*, t. III, p. 40.

»encerrarle. Pero tambien, ¿qué hombre negó jamás que pudiera Dios hacer milagros (1)?»

—¡Pues bien, sea! dice M. Renan. «Nosotros no decimos: es *imposible el milagro*;» nosotros decimos: «Hasta hoy no ha habido milagro probado (2).»

—Nueva cuestion, replicamos nosotros, animados con esta concesion; cuestion que no es ya filosófica, sino puramente histórica, y sobre la cual pedimos que se oiga á nuestros testigos oculares y á los historiadores fieles de los milagros de Jesus, al mismo Jesus, que los invocaba como pruebas de su divinidad; y á los pueblos de la Judea y al mundo entero derribado y convertido á vista de estos prodigios.

—«De ninguna manera, dice M. Renan. Es necesario que el taumaturgo que se anuncia, como pudiendo, supongamos, resucitar á un muerto, comparezca ante una comision compuesta de fisiologistas, de físicos, de químicos, de críticos; que esta comision escoja el cadáver, designe el local, regule las precauciones que deben tomarse, y si *se verifica la resurreccion* con tales condiciones, habrá una *probabilidad casi igual* á la certidumbre. *Sin embargo*, como debe poder repetirse siempre un experimento... deberá ser invitado el taumaturgo á repetir su maravilloso proceder en otras circunstancias, con otros cadáveres, ante otro concurso. Si se verificase cada vez el milagro (¿cuántas veces?), se habria probado dos cosas: la primera, que acontecen en el mundo hechos sobrenaturales; la segunda, que la potestad de obrarlos pertenece ó se halla de-

(1) *Cartas de la Montaña.*

(2) *Vida de Jesus*, introduccion, p. LI.

»legada á ciertas personas...Hasta nueva orden, pues, termina
 »M. Renan, sostendremos este principio de crítica histórica; que
 »no puede admitirse un relato sobrenatural como tal, y que im-
 »plica siempre credulidad ó impostura (1).»

Dejó al buen sentido del lector, mientras yo lo juzgo en el capítulo de los milagros, el proyecto de esta *comision*, fuera de cuya presencia no podria Dios hacer milagros ni creer en ellos el género humano. Sin embargo, M. Renan no se sujeta tan absolutamente á este proyecto, que no se digne discutir el milagro de la resurreccion de Lázaro. Pero lo hace tan felizmente que espanta á M. Scherer y á M. Havet, los cuales han tenido que intervenir para poner orden en todo este escándalo de discusion y deraciocinio.

M. Scherer moteja desde luego, que concediendo M. Renan no ser imposible el milagro, no tome bastantes precauciones contra las consecuencias de esta concesion, limitándose á decir que *no ha habido ningun milagro probado*. Debiera haber avanzado mas, afirmando, que es imposible *probar rigurosamente el milagro*, aun por medio de su *comision*. ¿Qué resultaria, en efecto, de la resurreccion plenamente probada de un muerto, y aun de muchos? Unicamente «que habria un hecho sin ejemplo, inesplicable, que no podria comprenderse por las leyes *conocidas* de la naturaleza.» Pero ¿seria un hecho sobrenatural, un milagro? De ningun modo. Por la inversa, «deberia deducirse lo contrario,» dice M. Scherer; debiendo decirse: «Todo fenómeno tiene una causa, y *hasta que haya*

(1) *Vida de Jesus*, introduccion, p. LI.

prueba en contrario, debe tenerse esta causa por natural (1).»

Preciso es convenir ahora en que M. Scherer ha echado el resto, y que ha puesto á Dios en grande aprieto. Tal vez se hubiera Dios resignado á descender ante la *comision*; pero ¿cómo probar, despues de resucitar á los muertos, que estas resurrecciones son milagros? ¿No debe considerarse como cosa natural la resurreccion de un muerto?...

¿Y qué dice M. Havet de todo esto? M. Havet, mas franco ó mas imprudente, como verdadero discípulo atrevido de M. Renan, repite lo que oyó profesar siempre á su maestro, sin que parezca comprender por qué emplea éste en su *Vida de Jesus* algun miramiento.

«Es el *principio dominante*, dice, de la verdadera historia, »asi como de toda ciencia verdadera—y sin la cual puede decirse que esta no existe—que lo que no está en la naturaleza, *no es nada* y que no debe tomarse en cuenta para nada, sino »es por una *idea*...

»Este *principio*, continúa M. Havet, ha puesto entre lo »pasado y lo porvenir en el órden intelectual, un abismo insuperable. Los que rehusen admitir este principio, no deben hacer caso del libro de M. Renan, quien por su parte, no debe »inquietarse con su oposicion y su censura, porque no escribe »para ellos.

»No se estrañará, pues, que no coteje su obra con otras »obras escritas en sentido distinto. Si no entro en esta discusion, es por la imposibilidad de verificarlo, sin aceptar por

(1) Tercer artículo sobre la *Vida de Jesus* por M. Renan, inserto en el periódico *El Tiempo* del 28 de julio de 1863.

»ello mismo una suposición inaceptable, la de que *sea siquiera posible lo sobrenatural*. El filósofo parte de la razón, el creyente parte de la fe. El ortodoxo no necesita probar el milagro (1); se contenta solamente con que no se le obligue, ó con no creerse obligado á negarlo... Para él, es sagrado el Evangelio, y todo lo que contiene debe presumirse verdadero (2). Esta clase de libros (nuestras demostraciones evangélicas) puede satisfacer á un lector que tiene la misma fe; pero no responden á los verdaderos libres pensadores. Ambas críticas carecen de acción una sobre otra; son líneas que no pueden encontrarse, aunque no sean enteramente paralelas, porque no están en el mismo plano.

»Compréndese, pues, que no me empeñe más adelante en esta vía, y que entre en el terreno filosófico. La *imposibilidad y la nada esencial del milagro*, la indefectibilidad de las leyes naturales, la naturaleza siempre semejante á sí misma, *en el mundo moral, lo mismo que en el mundo físico* (3), el nacimiento del Cristianismo y la aparición de Jesús, puros fenómenos históricos, magníficos fenómenos, en buen hora, pero fenómenos como los demás, y cuyo estudio debe hacerse por

(1) ¡ Nosotros ! ¡ que os perseguimos con esta prueba !

(2) Para vosotros es para quienes, por ser sagrado el Evangelio, debe presumirse que todo es *falso* en él, y este es el eje de vuestra manobra. Nosotros no vamos del carácter al *hecho*; sino del *hecho* á su carácter. Vamos á verlo.

(3) Craso error filosófico: pues el mundo *físico*, esencialmente contingente, no tiene en sí el carácter absoluto del mundo moral, esencialmente necesario. Por lo demás, ¿ cómo pueden hablar estos señores de la indefectibilidad del orden moral, ellos que profesan, al menos M. Renan, que *hay muchas medidas para la sinceridad*?

»los mismos procedimientos, de la misma manera que cualquier otro estudio, tal es la base sólida sobre que se ha levantado el libro. Mi exámen se apoya en los mismos principios y he debido proclamarlos desde luego, sin esfuerzo y tranquilamente como cosas sencillas, pero no sin altivez y sin gozo, puesto que puede graduarse su valor por lo que ha costado conquistarlos (1).»

Todo se lo paso á M. Havet, menos el invertir las situaciones y acumular las que se escluyen, como hace en esta declaracion de principios. Que elija: que acepte la discusion ó que renuncie á llamarse *libre pensador* y á hablar de su *altivez* y de su *gozo*, y especialmente, que no se permita prestarnos su papel, para apoderarse mejor del nuestro.

Nosotros aceptamos la discusion; mas aun, la proponemos, la provocamos. Solo tememos que no se discuta con nosotros lo suficiente, no obstante estarse discutiendo desde hace diez y ocho siglos. Velamos y esperamos al pie del trofeo de nuestra fe que venga á tocarle con su pluma temeraria algun nuevo descreido, para medirnos con él y herirle con nuestros argumentos. No partimos de la fe en lo sobrenatural, y no nos escudamos con la escepcion de incontestacion, respecto de la afirmacion de este, cualquiera que sea el juicio que ésta tenga á favor suyo. La ponemos y la volvemos á poner á cada instante en discusion con todo justador léal y sincero. Para esto hacemos precisamente lo que nos opondis y aquello de que desertais: consideramos la *aparicion de Jesus y el nacimiento del Cristianismo como puros fenómenos históricos* cual

(1) *Revista de ambos Mundos*, del 1.º de agosto de 1863, p. 570.

los otros, y cuyo estudio debe hacerse por los mismos procedimientos que cualquier otro estudio. Ponemos á prueba los hechos de la vida de Jesus, lo mismo que los de la vida de César y de Alejandro; y si luego que resultan probados, tienen estos hechos un carácter sobrenatural, tenemos bien adquirido el derecho de valernos de ellos. Procedemos por el método científico, el método empírico y experimental de la observacion, yendo de la justificacion del hecho á su carácter, del testimonio á la afirmacion, del *fenomeno* á la idea, de lo conocido á lo desconocido, de la razon á la fe.

Pero vosotros que os llamais racionalistas y libres pensadores ¿cuál es el método que teneis? ¿De dónde partís? Partís de lo que está en cuestion, de la *x* del problema, de lo desconocido, de lo sobrenatural negado, de la fe en la *imposibilidad y en la nada esencial del milagro*, y lo oponéis á los testimonios, á los hechos, á las pruebas, á la esperiencia, á la razon; mas aun, haceis de ello una escepcion de incontestacion dogmática, escepcionais el no discutir ni razonar, porque decís, que *no podeis hacerlo sin aceptar, por este mero hecho, una suposicion inaceptable, la de que sea siquiera posible lo sobrenatural.* Cesad, pues, de decir que partís de la razon; confesad que partís de la preocupacion, de un partido preconcebido, de la incredulidad *a priori*; y que no quereis oir, como dice Tertuliano, porque odiais anticipadamente; *malunt nescire quia jam oderunt* (1).

(1) Es curioso hallar empleados estos dos métodos en el mismo Evangelio, con ocasion de un milagro del SALVADOR; tan cierto es que la incredulidad enemiga, la incredulidad farisúica es siempre la misma!

No decís como nosotros, comencemos examinando los hechos naturales ó sobrenaturales, los testimonios, los documentos, su existencia, su verdad, su autenticidad; experimentémoslos, discutémoslos; sino que los suprimís por preocupacion; es decir, suprimís todo juicio y toda crítica para encerraros en el dogma, en el fetiquismo de vuestra negacion.

¡Pero qué estado tan ridículo os preparais con esto! porque en fin, no basta cerrar los ojos para suprimir el sol; pudiera ser respecto de sí mismo, mas no respecto de los demás. En vuestra fanática incredulidad llegais á no querer leer los libros de vuestros adversarios. ¿Y qué sucede entonces? Que habiendo sido refutados desde hace diez años, veinte años, siglos enteros, no os dáis por entendidos, y vais á estrellaros contra demostraciones pasadas en autoridad de cosa juzgada; que, como os dice con sumo juicio Montaigne, «además de »que condenar una cosa por falsa é imposible es atribuirse el

Aludimos á lo que pasó despues del milagro de la curacion del ciego de nacimiento. Los fariseos, como puede verse estensamente en este admirable relato, buscaban todos los medios de eludir la evidencia de este milagro. «Hicieron, pues, acudir por segunda vez al que habia sido ciego «y le dijeron. Glorificad á Dios, *nosotros sabemos que ese hombre es un pecador.*» He aquí el método que parte de lo desconocido, de lo cuestionable, y que opone la preocupacion al exámen del hecho. ¿Qué responde ahora el que habia sido ciego?—«*No sé, les dice, si es pecador; solamente sé que habiendo estado ciego, ahora veo.*» He aquí el método de observacion que parte del hecho, prescindiendo de sus consecuencias. Por el mismo estilo nos dicen los fariseos modernos: *Sabemos que son imposibles los milagros*, á lo cual contestamos como el hombre del Evangelio: *No sé si son ó no posibles los milagros; solo sé que Jesus dió vista á los ciegos y resucitó á los muertos, y apelo á la discusion de las pruebas que lo acreditan.*

»mérito de poseer respecto de ella los límites y señales de la
 »voluntad de Dios y del poder de nuestra naturaleza, una de
 »las mayores locuras del mundo, cuando después de haber
 »establecido según el peregrino entendimiento del que así pro-
 »cede, los límites de la verdad y de la mentira, se encuentra
 »con que tiene que creer cosas mucho más extrañas que las
 »que niega, se ve por ello obligado á abandonarlas (1).»

Ambas críticas, dice M. Havet, carecen de acción *una sobre otra*; son *dos líneas que no pueden tocarse* (así lo creo, si hui de la nuestra), y M. de Sainte-Beuve, adoptando esta táctica, dice también: «Entre los que admiten lo sobrenatural y el milagro y los que no lo admiten, *no hay punto de discusión*; no hay más que *creer ó no creer*.» Así evitan estos señores la dificultad. Todo ó nada, y ellos escogen *nada*. Esto es fanatismo, el fanatismo de la nada. Es apagar del modo más perfecto el entendimiento humano. Es poner lo sobrenatural y el milagro, y por consiguiente el poder que los obra, Dios, fuera de la ley, fuera de discusión: es poner fuera de la ley hasta la razón, puesto que no teneis la evidencia. Semejante método es en dialéctica lo que la revolución es en política. La crítica es el tribunal revolucionario; la Religión está fuera de la ley, aplicándose á la Razon la ley de los sospechosos, como hallándose de inteligencia con la Fe.

Si obráramos así respecto de nuestra fe, si prohibiéramos discutir sus bases por medio de esta escepcion de indiscusion ¿qué diriais de nuestra debilidad de entendimiento? ¿Y sois vosotros, los filósofos, que os atrincheráis detrás de ella, los

(1) *Ensayos*, lib. I, cap. XXVI.

que soplais sobre la discusion? Pero este método es muy cómodo y puede llegar á mucho. Porque vosotros no tenéis mas que decir á todo: «entre los que admiten la afirmativa y los que admiten la negativa, no hay discusion posible;» y entonces no necesitamos papel ni pluma. ¿Y los que no afirman ni niegan? ¿Y los que se reservan afirmar ó negar, despues del resultado del exámen concienzudo? ¿y los que ofrecen deducir las razones de su afirmacion y someterlas á la discusion ¿qué haceis de ellos? ¿Por qué no se ha de poder discutir filosóficamente la posibilidad, é históricamente la existencia del milagro? Podríamos decirlo, nosotros que tenemos á nuestro favor la fe universal del género humano. Pero no lo decimos. Consentimos en poner, por millonésima vez, en discusion, los fundamentos de nuestras creencias. Nosotros ponemos nuestro tanto en el juego, y vosotros que nos atacais y que empeñais la partida, ¿no poneis el vuestro?

Porque repito, si os abstuviérais, si os defendiéseis siquiera por medio de vuestra negacion de lo sobrenatural *a priori*, solamente careceríais de razon; pero vosotros atacais, y de esta suerte careceis de razon doblemente. Usais á guisa de arma, de vuestro broquel; sacais de vuestra imposibilidad teórica, respecto de los milagros, un argumento contra el hecho de los milagros de Jesus; este es vuestro único argumento, la razon de todas vuestras razones. Haceis que cedan todas las pruebas de la certidumbre evangélica, que no podeis combatir en sí mismas, mas aun, que llegais á confesar, y que en buena lógica, deberian haceros deducir la existencia de los milagros, y de esta existencia, su posibilidad, á la sola preocupacion de

la imposibilidad de los milagros y cuando queremos discutir esta preocupacion, se reviste con la inviolabilidad dogmática de una creencia ó mas bien con el fanatismo de una supersticion. Citais al género humano á vuestro tribunal y no quereis oírle.

Este método es intolerable, y es desacreditarlo, quitarle la máscara. Libre sois finalmente, en no creer, como nosotros en creer, á riesgo y peligro de nuestra conciencia y de nuestra razon; pero lo que yo no podria admitir, y contra lo que me sublevo con toda la fuerza del derecho y de la lógica, es que erijais vuestra incredulidad en principio, cuando yo pongo mi fe en cuestion, y que os oculteis vosotros, cuando yo me presento al descubierto. Haciendo esto, estais juzgados.

Hé aquí, por lo demás, cómo lo habeis sido por uno de los vuestros, por nuestro mas franco enemigo, M. Proudhon, que se esplica así sobre nuestros dos métodos: «En estos últimos tiempos, decia espresamente una declaracion emanada de la Santa Sede, en contestacion á la objecion famosa de la imposibilidad de conciliar la razon con la fe, que no era cierto que la fe católica tuviera en sí misma nada que fuese irracional; que los dogmas fundamentales, tales como la existencia de Dios, la inmortalidad del alma, la necesidad de una religion, se demostraban por la razon, al mismo tiempo que se apoyaban en la revelacion; que los dogmas secundarios se deducian de los primeros con la misma lógica, y se confirmaban con los mismos testimonios; que en su consecuencia, la censura hecha á la Iglesia por cierto filósofo de sacrificar la razon á la fe, era una calumnia manifiesta.

»Hánse elevado por parte de la filosofía reclamaciones contra esta asercion del Santo Padre. Ha llegado á acusársele de tergiversar y equivocar los hechos, por no decir otra cosa peor; sin que haya tenido mas consecuencia este incidente. Mas yo pregunto tambien á mi vez, ¿quién es el que engaña aquí é impone su opinion, la filosofía ó la Iglesia?

»A riesgo de escandalizar á los racionalistas y de pasar por falso hermano, diré que, segun mi parecer, el papa es quien tiene razon. Pero es preciso entenderse.»

Considerando aquí M. Proudhon la cuestion relativamente á la ciencia, dice, que no satisface la Iglesia las condiciones de ésta, porque no son los hechos en que se apoya *constantes*, sino *hechos producidos por escepcion, notados por casualidad y señalados por testigos privilegiados*.—Ya contestaremos á esto debidamente en su lugar, y en especial en el capítulo de las profecias. Lejos de eludir la cuestion, rogamos al lector que se acuerde de ella. Aquí nos basta decir, que difícilmente podria ser *milagroso un hecho constante*; y que sin embargo, el Autor de nuestra fe ha hallado el secreto de darnos en apoyo y en cumplimiento de su palabra, en las profecias y en la Iglesia, hechos milagrosos *por su constancia misma*, milagros universales y perpetuos. Esto es lo que el mismo Proudhon va á reconocer en lo que sigue.

»Inclinense aquí los nuevos místicos ante su señora y su madre.

»Mas sabia, en efecto, la Iglesia que sus imprudentes impugnadores, jamás ha pretendido como Fichte y Hegel partir de lo *desconocido á lo conocido*, del *sea* de las cosas á su

»estado de fenómeno (1), explicar lo observable por lo invisible, el orden de la naturaleza por el de la Providencia, la historia por la teodicea y al revés que el oráculo de Delfos y el método de Descartes, conducir al hombre al conocimiento de sí mismo por el conocimiento de Dios.

»La Iglesia ha dado *en primer lugar*, á su fe mística una especie de empirismo; tales son sus libros, su tradicion, sus profecías, sus milagros, y hasta cierto punto, la serie de las revoluciones humanas, en una palabra, el conjunto de la *revelacion*.

»La revelacion, segun el verdadero espíritu de la Iglesia, no es la identidad de lo real y de lo ideal, como enseña la filosofía hegeliana; es una porcion del fenómeno creado expresamente para afirmar despues la realidad ultrasensible y el reino trascendental de lo absoluto.

»Yo tambien tengo mi esperiencia, dice la Iglesia; esperiencia anterior y superior á todos los experimentos inciertos sujetos eternamente á la comprobacion de los sabios (2), esperiencia decisiva que proviene del mismo Dios y á la cual han asistido mis autores; tal es la creacion del mundo que jamás podrá explicar la ciencia; tal es la formacion del hombre que no sabe explicar la fisiología; tal es la primera educacion por medio de los ángeles; las revelaciones reiteradas durante una

(1) Cómo va M. Havel de la imposibilidad y de la *nada esencial* de los milagros, es decir, del *sea* de los milagros, contra su carácter de fenómeno histórico y evangélico.

(2) Aquí M. Proudhon rinde completo homenaje á la verdad contra lo que ha dicho anteriormente.

»larga serie de siglos, de Adan, de Henoch, de Noé, de
»Abraham, de Moisés, de los Profetas, de Jesucristo.

»En esta venerable esperiencia, cuyo recuerdo se ha con-
»servado en todos los pueblos, se apoyan mi teología y mi en-
»señanza. Yo tampoco creo en el absoluto metafísico destituido
»de toda manifestacion sensible; lo recuso, lo censuro, como
»origen de toda ilusion. Se dirá, que no renovándose ya mi re-
»velacion, no tiene otra garantia que testimonios. Pero yo exis-
»to y mi sola existencia es una revelacion incesante, un *mila-*
»*gro perpetuo* (1).»

Todo esto conduce á lo que ya hemos dicho, sobre que el cristianismo, la Iglesia, es un sistema de fe revestido de un aparato de pruebas sensibles que constituyen la revelacion, y que conforme al gran método racional y científico, nosotros vamos á la fe, partiendo de la revelacion, partiendo de fenómenos históricos y evangélicos, de los hechos y de todas las pruebas y testimonios que los establecen, en una palabra, partiendo de la razon; al paso que nuestros adversarios parten por la inversa, de la incredulidad ideal, para dirigirse sin discusion contra los hechos, contra las pruebas, contra la esperiencia y por consiguiente contra la razon.

Esto se halla superabundantemente probado (2).

(1) *De la justicia en la Revolucion y en la Iglesia*, t. II, p. 309, 310 y 311.

(2) Si insisto contra mis adversarios sobre este procedimiento de su método, es menos por lo que son, que por lo que representan. En ellos se agita, en efecto, el espíritu critico moderno que bajo sus formas múltiples de filosofía, de historia, de política, de literatura y de novela, podria llamarse Legion, con la diferencia de que en el Evangelio

V. Pero lo que resta que explicar, es el por qué de esta conducta de nuestros adversarios. Y aquí llegamos al quinto carácter del método de la *Vida de Jesus*; su verdadero fondo en el cual se resume.

Porque, bien examinado, esta proscripción de lo sobrenatural y del milagro, con el cual se forman un *principio*, con el que todo lo apartan ó derriban, no podría tener por sí este carácter. En efecto, no tiene la propiedad de un axioma, la *evidencia*; y no se apoya en un principio anterior que la tenga. Debiendo ser esto pura cuestion de esperiencia, ¿en qué consiste que la convierten en cuestion de filosofía? Mas aun, ¿de dónde proviene que no quieren ni aun hacer de ella una cuestion, y que quieren ponerla encima y al abrigo de toda discusion, como un dogma?

Es verdad que dice M. Renan, «desterramos de la historia al milagro, no en nombre de tal ó cual filosofía, sino en nombre de una esperiencia constante (1).» Pero esto es una evasiva, porque en el hecho de apelar de el milagro á la esperiencia y á la historia, las recusa, por la razon de ser imposibles los milagros, que hace, no obstante, resultar de ellas. Y además, debe recordarse lo que ha dicho anteriormente de un modo tan filosófico y tan dogmático: «*Las leyes del ser no constituyen*

el espíritu de este nombre era exorcizado por la fe y por la oracion; el del día lo es por la razon y por la discusion. La sola sombra del raciocinio le hace huir. Solo tiene valor para atrincherarse detrás de afirmaciones sentenciosas que son otras tantas ostentosas negaciones. He tratado de arrancarle esta careta de oráculo, de oráculo de la nada. Lo que sigue va á concluir de ponerlo desnudo.

1) *Vida de Jesus*, introduccion, p. 11.

»mas que un solo orden de gobierno que es la naturaleza.
 »Quien dice sobre ó fuera de la naturaleza, en el orden de los
 »hechos, dice una *contradiccion*, asi como quien dijera sobre
 »divino en el orden de las sustancias (1).»

En cuanto á M. Havet, profesa abiertamente lo que se llama, en términos que se rechazan, siendo en esto imágen de su doctrina, la *NADA esencial del milagro*, y forma de ello realmente un principio, cuando dice: «Es el *principio dominante* de la verdadera historia, asi como de toda verdadera ciencia, que lo que no está en la naturaleza, es *nada* y no debe tenerse en cuenta para nada, sino es por una idea;—y este principio ha puesto entre lo pasado y el porvenir, en el orden intelectual, un abismo insuperable, etc.»

Esto encierra indudablemente una doctrina.

¿Cuál?

Preciso será nombrarla por estos señores, que no tienen el valor de hacerlo; es el Ateísmo.—Nombrarla es explicar, porque no quieren que se la discuta. Este es el *sancta sanctorum* que debe permanecer velado por el principio de lo sobrenatural, el cual se oculta tambien con la escepcion de incontestacion que se nos opone.

Pero es preciso que brote la luz, y que tenga cada cual el valor de sostener su bandera.

Por lo demás, es bastante transparente el misterio. Decir que «lo que está en la naturaleza es *nada* y no debe tenerse en cuenta para *nada* sino es por una *idea*,» es decir, que Dios, concebido fuera de la naturaleza, es *nada*; no es mas que una

(1) *Libertad de pensar*, t. III, p. 463.

idea. Decir que solo hay un orden de *gobierno*, que es la *naturaleza*, es negar la Providencia.

Quien dice Dios, dice Ser superior á la naturaleza y por consiguiente *sobrenatural*. — Asi, pues, Dios implica lo sobrenatural en esencia y en potencia. — Y ahora bien, no puede ser cuestionable el lazo de posibilidad de la potencia al acto. *Esta cuestion seria impía, si no fuese absurda*, como dice muy bien Rousseau. Negar la posibilidad *esencial* de lo sobrenatural, es, pues, negar lo sobrenatural en potencia, es negar á Dios.

En otros términos; Dios es el milagro en potencia, y el milagro es Dios en acto. Decir que no es posible el milagro, es decir que no hay Dios. De manera, que la negacion teórica y sistemática de lo sobrenatural y del milagro, equivale rigurosamente á la negacion teórica y sistemática de Dios.

Ateísmo: hé aquí, pues, la palabra en que poneis lo que es el punto de partida de vuestro método. Y á esto llamais *partir de la razon*, Luego para vosotros la razon es el ateísmo, que es sin razon.

Hé aquí lo que quereis que pase sin discusion; solo teneis razon en esto; pues asi demostrais que careceis de ella.

Por lo demás, M. Renan no lo oculta siempre, ni aun en su *Vida de Jesus*. Porque ¿no es profesar efectivamente en ella, al modo de *Lucrecio*, la inflexibilidad del régimen general de la naturaleza, *la idea de que todo se verifica en el mundo por leyes en que no tiene parte alguna la intervencion personal de seres superiores?* (1).

Sobrado cierto es, que tenemos que habérnoslas con el

(1) *Vida de Jesus*, p. 40.

ateísmo. El es el alma, por decirlo así, de la *Vida de Jesús*, y para referirnos al objeto de este capítulo, también es su método.

Se dice que no hay sobrenatural, porque se quiere decir que no hay *ser superior á la naturaleza*; y por el solo hecho de negarse lo sobrenatural, se quiere decir, que todo lo sobrenatural que se contiene en los Evangelios es legendario, cualesquiera que por otra parte sean las razones que haya para creer en ello.

Así procede M. Renan; esta es su única deducción; su sola crítica, según la cual lo juzga todo y á la que lo refiere todo. —«Es evidente dice, que los Evangelios son en parte legendarios, puesto que están llenos de milagros y de sobrenatural (1),» los cuales son imposibles.

Esto equivale á decir: «Es evidente que Jesús no es Dios, puesto que no hay Dios.»

Planteado el ateísmo, es fácil de plantear todo lo demás, así como la *nada*; pero la nada de la razón y el caos del pensamiento.

Cierto que M. Renan no se pone así en descubierto, puesto que se vale algunas veces de la palabra *Dios* y muchas de la de *divino*.

Pero en cuanto á la palabra Dios, sabida es la clave que ha dado de ella: «Buena palabra pero antigua, un poco tosca, que la filosofía interpretará en un sentido cada vez más refinado. Esta palabra tiene en favor suyo una larga prescripción; suprimirla sería descaminar á la humanidad y separarse

(1) Introducción, p. xv.

»en el lenguaje, de los sencillos que adoran tambien á su ma-
»nera (1).»

En cuanto á la palabra *divino*, requiere otra esplicacion.

Debo una satisfaccion á M. Renan. No es ateo, es panteista.

Es verdad que ateo es el que niega que tenga el universo un Autor y un Señor; y que panteista es el que niega que tenga el universo un Autor y un Señor; en lo cual se confunden, segun se advierte.

Pero el ateo se limita á negar á Dios, y el panteista le hereda en esta negacion; el primero le destrona, y el segundo le pone en su lugar. Aquel le suprime y éste le absorbe.

El panteista guarda de Dios lo que le es necesario para divinizar al hombre; la sustancia, lo *divino*; lo divino de que ha dicho: «la humanidad forja lo divino, como la araña hila su »tela (2);» y del cual, son la expresion mas ó menos elevada la humanidad y ciertos hombres en la humanidad. Por eso ha dicho M. Renan de la persona de Jesus: «que es permitido llamarle divino, no en el sentido de que *haya absorbido* Jesus *todo lo divino* (pues aun ha quedado algo), sino en el de que Jesus es el individuo que ha hecho dar á su especie el paso mas avanzado hácia lo *divino* (3).»

En una palabra; para recordar la definicion de Bosuet, completándola: el panteista es un ateo disfrazado de Dios mismo.

(1) *Libertad de pensar*, t. VI, p. 348, y *Estudios de historia religiosa*, p. 418 y 419.

(2) Job. XC.

(3) *Vida de Jesus*, p. 437.

De aqui resulta una gran ventaja, de que ha sacado mucho partido M. Renan. Y es, que al paso que el ateismo lleva consigo la idea repugnante de monstruosa impiedad, el panteísmo, siendo la religion de lo divino en el hombre mismo, respira su sentimiento y habla su lenguaje, mas aun que el cristianismo y que el misticismo.

Bajo este concepto M. Renan, que sin duda absorbe mucho divino, tiene con que embalsamar á todos los ateos. Por eso se les muestra generoso, borrando toda distincion entre él y ellos.

«El enorme error que trasforma en blasfemadores de la Divinidad á sus *adoradores* mas sinceros, dice, es ante todo un error gramatical. No se entienden en las palabras. *¿Qué himno vale lo que el poema de Lucrecio (1)?*»—Ninguno sino es la *Vida de Jesus* por M. Renan.—Asimismo, segun él, los ateos declarados del siglo XVIII que negaban á Dios, no eran ateos, «sino que predicaban el verdadero Dios.» Pero retrocedian como los materialistas, «ante las fórmulas elevadas (2).»—Y en esto solo difiere de ellos M. Renan.—Finalmente, hablando de M. Feuerbach, que ha sido la personificacion mas avanzada del ateismo aleman en este siglo, reclama en favor suyo contra la calificacion de ateo,—ó si fue ateo, dice, lo fue «devotamente y con ciertá especie de uncion (3).»

No acusamos á M. Renan de serlo de otra suerte, ó mas bien, le acusamos precisamente de serlo de esta manera, mucho menos franca y mas peligrosa.

(1) *Revista de ambos Mundos*, abril, 1858, p. 504.

(2) *Idem*, abril, 1858, p. 504.

(3) *Libertad de pensar*, t. VI, p. 347.

Negar á Dios descubiertamente, sería demasiado; sería chocar con el género humano. Otros lo han intentado y se han estrellado. Hay, pues, que proceder de otro modo. Tal es, negar á Dios en Jesucristo y lo sobrenatural en el Evangelio, por medio de una presuposición que implique la negación de Dios en la de lo sobrenatural, haciéndola pasar sin discusión; pero «con unción y devotamente....» ¡Oh! ¡qué maniobra tan franca!

Así, la *Vida de Jesus* sorprende la religiosidad del lector frívolo. Oculta el horrible semblante del Ateísmo entre el humo del incienso; pero lo denuncia la misma profusión de lo divino.

Si gustais de lo divino,
Por do quiera se prodiga.

A la manera que esas esencias perfumadas de que habla Juvenal, que revelan por su excesiva abundancia el mal que sufre el que abusa de ellas:

Qui tunc olet, male olet.

Hé aquí el fondo de la *Vida de Jesus*.

Este es su método.

Tal es la cuestión.

El método tiene por procedimientos auxiliares la adivinación y la conjetura; la novela y el libelo, la teoría de la impostura y de la demencia. Pero tiene por *critérium* la negación indiscutible de la posibilidad y de la esencia de lo sobrenatural: el ateísmo. Este es el crisol en que se vuelve legendaria la historia mas verdadera, y en que el Cristo que adoran los ángeles se convierte en el que patrocina M. Renan.

¡La cuestion! No es ya que Jesus sea Dios, sino que exista Dios. No es ya saber si debemos volver al paganismo, sino si debemos volver á lo que horrorizaba al mismo paganismo.

Demostremos que debemos volver al Dios del Evangelio, al HUIO DE DIOS VIVO (1).

(1) MM. Renan y Havel se dan la mano con M. Proudhon, en su libro de la *Justicia en la revolucion y en la Iglesia*. Este libro, en efecto, gira sobre la eliminacion de Dios, bajo el nombre de *absoluto*, de la conciencia humana, asi como la *Vida de Jesus* gira sobre la eliminacion de lo *sobrenatural*. Esto es lo que Proudhon llama la *Doctrina de la revolucion*. No es decir que la revolucion sea atea, segun defiende M. Proudhon, diciendo: «La revolucion no es atea, es *anti-theista*,» no niega lo *absoluto*, lo espulsa, *quiere librar de él á la Francia*. M. Renan y M. Havel avanzan mas que M. Proudhon. Para ellos, lo sobrenatural, lo absoluto *no es nada*, no debe tenerse en cuenta para *nada*. No hay que eliminar á Dios, haciéndole la guerra; no existe, ó mejor, es la misma humanidad. Esto es mucho mas sencillo: «Lo absoluto de la justicia y de la razon solo se manifiesta en la humanidad. Considerado fuera de la humanidad este absoluto, es solo una abstraccion; mirado en la humanidad, es una realidad. *Lo infinito solo existe cuando se reviste de una forma finita*.» (Artículo de M. Renan sobre la *metafisica* de M. Vacherot.)

CAPITULO V.

JESUCRISTO ES DIOS.

(DEMOSTRACION PRELIMINAR SACADA DE LO QUE PRECEDE.)

Esta obra no debe ser, segun nuestro propósito, una simple polémica: no debemos limitarnos en ella á refutar únicamente la obra de M. Renan, de suerte que produzca tan solo el efecto de quedar borrado un libro por otro libro, el cual queda tambien eclipsado conseguido aquel objeto.

Queremos dar á nuestra obra un efecto duradero y que sobreviva; y por tanto, concluyente y afirmativo. Refutando la obra de M. Renan sobre la *Vida de Jesus*, queremos destruirla al mismo tiempo que conservarla; rechazarla y servirnos de ella; impedir que dañe y hacer que sirva á nuestra fe.

Ya en el capitulo segundo, en que hemos presentado en todo su valor la importancia de la cuestion, y en el capitulo tercero, en que hemos espuesto nuestro método, hemos preparado este trabajo de polémica en nuestra obra, ya en capitulos distintos, ya en el mismo capitulo.

Ahora, despues de haber consagrado á la polémica gran parte del capitulo anterior, debemos en el presente, deducir y desprender de ella nuestras primeras afirmaciones.

Serán cortas, pero sencillas y sólidas, porque son las afirmaciones del buen sentido.

JESUCRISTO es Dios, decimos; esto resulta ya de la cuestion propuesta y del método que se emplea para negarlo.

Hé aquí cómo resulta de la cuestion.

I.

Quiero conceder que sea esta una cuestion; lo cual es una verdadera concesion, si se considera séria é imparcialmente el fondo de las cosas. Porque, en fin, todas las grandes inteligencias de buena fe han abrazado la afirmativa, y la parte mas ilustrada del género humano marcha hace diez y ocho siglos por la verdadera civilizacion sobre esta afirmativa, creida, profesada y practicada hasta la adhesion y el sacrificio. Nuestros adversarios y especialmente M. Renan, vienen á convenir en esto con nosotros, y agotan todas las palabras de admiracion y de entusiasmo en homenaje á esta verdad. Todo lo que dicen para preconizar la influencia moral y social de Jesus en el mundo, ha tenido efecto solamente por la fe en su divinidad; fe que ellos repudian, pero que siempre ha sido la condicion de esta influencia. La afirmativa de la cuestion tiene pues á su favor, el voto del mundo y de la humanidad. En cuanto á la negativa, no sé si ha atraido muchos partidarios, porque no considero como tales á los que dudan; y la *duda*, segun M. Scherer, respecto de esta cuestion, es *la forma suprema de la ciencia*.

En tales condiciones, entre una afirmacion y la duda, tengo derecho para decir que es una concesion presentar la cuestion

sériamente; en testimonio de lo cual solo citaré el efecto general que ha producido en la masa del público el libro de M. Renan, considerándolo como una temeridad y una paradoja, y todas las protestas manifiestas ó secretas que ha suscitado.

Pero en fin, concediendo que sea una cuestion formal la divinidad de JESUCRISTO (1), por el solo hecho de poder serlo, esta cuestion se resuelve afirmativamente por el buen sentido; ella implica su afirmativa.

La implica bajo dos puntos de vista, con relacion á JESUCRISTO y con relacion á nosotros.

Y en primer lugar, se concibe muy bien lo que significa con respecto á un sér el poder ser formalmente objeto de tal cuestion: el suscitarse ésta y sostenerse desde hace diez y ocho siglos; el poder mantener sériamente á la humanidad en suspenso sobre si es ó no realmente Dios.

Segun una observacion juiciosísima que se atribuye á Napoleon, al dar sobre esta cuestion un parecer que es digno de su gran ingenio, Jesus es el único que se ha atrevido á decir claramente, no, *yo soy un Dios*, sino lo que es muy diferente, *yo soy Dios*. La historia no menciona á ningun otro individuo que se haya calificado á sí mismo con este título de Dios en sentido absoluto.

Y en efecto, en este sentido absoluto, es tan grande la idea que tenemos de Dios, tan abrumadora, tan formidable, es, la distancia que de ella separa al hombre mas eminente, tan insuperable á la imaginacion misma, que el medirse con este

(1) Cuando digo una cuestion, quiero decir, no en sí, mas en hecho, y en el estado de los entendimientos.

ideal hasta identificárselo y personificárselo, es el colmo de la locura en cualquier otro sugeto que no sea Jesucristo, y no puede resistir una mirada de la razon. ¿Cómo se concilia esta afirmacion en Jesus solo, entre todos los mortales, con una sabiduria que deberia escluirla mas que en otro alguno, si no la justificara?—¿Cómo pudo ser objeto de *question* un solo instante en torno de él, como lo vemos en el Evangelio, cuando paseándose Jesus bajo el pórtico de Salomon, le rodearon los judios, diciéndole: «¿Hasta cuándo tendrás nuestro »espíritu en suspenso?» *¿Quousquam animam nostram tollis?* (1)—¿Cómo, en una nacion en que era tan celoso y tan inviolable el culto de la Divinidad y en que lo fue con respecto al mismo Jesus, hasta el punto de ahogar con el último suplicio su pretension que se juzgaba blasfemadora, cómo volvió á levantarse esta pretension de su aniquilamiento. hasta presentarse al punto ante el consejo de los doctores y de los sacerdotes, y á hacerse tolerar allí segun el parecer del mas eminente de ellos: «Cuidado con que al fin, no os encontreis »haber luchado con Dios mismo (2)?»—Cómo, partiendo de allí, con la rapidez de la luz y del rayo, fué á presentarse esta cuestion á un tiempo mismo, en todos los grandes centros de la civilizacion griega y romana: en Atenas, en Corinto, en Efeso, en Alejandria, en Antioquia y en Roma, y barriendo ante sí todas las repulsiones del entendimiento, de los sentidos, de la política, de la supersticion, y de la naturaleza ¿cómo prevaleció la solucion que hizo caer el mundo á los pies del

(1) Juan, X, 24.

(2) Actos, V, 29.

HOMBRE DIOS?—¿Cómo, habiendo sido embestida con el encarnizamiento de la rabia, del odio y del interés, por los judios, los filósofos, los sacerdotes y los Césares, se mantuvo y se afirmó á los golpes que se la dirigian? ¿Cómo ha triunfado tantas veces, puesta nuevamente en cuestion por todas las heregias que no han cesado de agitarla durante diez y ocho siglos?— ¿Cómo, en la única época, en el único siglo en que se negó abiertamente la divinidad de Jesus, fueron negadas y abismadas con ella y en ella toda religion y toda sociedad?—¿Cómo se han colocado entre los primeros discípulos de esta creencia, debiéndole las mas bellas inspiraciones de ingenio ó de virtud, todos los mas grandes ingenios y héroes de la humanidad?— ¿Cómo, finalmente, en esta hora en que el progreso de las ciencias, de la industria y de la crítica ha pasado por el tamiz del entendimiento humano todos los errores, todas las ilusiones, todos los abusos, y en que la audacia de la impiedad, acrecentándose con el feliz éxito, *se atreve á atacar al Dios de lo pasado y á mirar cara á cara á Aquel ante quien se han prosternado generaciones enteras de adoradores* ¿cómo *no se ha destronado* definitivamente á este Dios de lo pasado? ¿Qué digo? ¿Cómo es esta misma impiedad, la primera que se inclina ante Jesus, y que exalta en él al hombre hasta la divinidad, para rehúsarle su título legitimo, no pudiendo hacer mas que sustituir la idolatria de Jesus á la verdadera religion de Jesus?

Es, pues, verdad: despues de haber JESUCRISTO presentado y hecho prevalecer en el mundo la afirmacion de que es Dios mismo, ha sostenido y desplegado este título por espacio de

diez y ocho siglos, al través de cuantas pruebas pueden imaginarse; y en la hora presente, aun respecto de los que no adoran en él este carácter, lo equilibra lo suficiente para que sea objeto de cuestion, y para que esta no pueda resolverse contra él sino á costa de Dios mismo.

— No: «No hay Dios en el cielo, si un hombre ha podido »concebir y ejecutar con tan buen éxito el proyecto gigantesco de atraer á sí el culto supremo, usurpando el nombre de »Dios (1).»

Pero, ¿qué es esto, si observamos que este nombre de Dios, este carácter, este ideal de divinidad tan elevado, tan abrumador, tan formidable, no solamente lo equilibra y lo sostiene Jesus, sino que es el autor de su nocion en el mundo?

Y como dice muy bien M. Renan, en su lenguaje.

«El principio de toda su fuerza, fue, en cierto modo, una »elevada nocion de la divinidad que no debió al judaismo y que »parece haber sido enteramente *la creacion de su grande alma* (2).»

Antes de Jesus solo era conocido Dios en la Judea. En las demás partes, solo era un fantasma, obra variable de todos los delirios filosóficos del entendimiento humano, que solo se elevaba sobre la idolatría para desvanecerse en el escepticismo y en el ateismo. En la misma Judea en que se habia mantenido milagrosamente la nocion de unidad de su potestad creadora y de su providencia, estaba restringido su culto á solo el templo de Jerusalem, limitado en su principal sancion á los

(1) Juicio de Napoleon sobre Jesus.

(2) *Vida de Jesus*, p. 74.

beneficios de la tierra y envuelto en sombras y figuras. Era, sobre todo local y sin virtud de expansion en el mundo.

Solo Jesucristo reveló á Dios á los hombres, con todos los misterios y todos los atributos de su ser : su Trinidad, su paternidad, su santidad, su poderío, su sabiduría, su justicia, su misericordia y la conciliacion maravillosa de todos estos atributos aplicados á la salvacion del mundo en la encarnacion de su Verbo y la redencion del género humano. El conjunto de toda esta revelacion es lo que constituye esta sublime nocion que tenemos de Dios, aun fuera de la fe en los misterios de donde ella emana, y sin la cual, no obstante, se desvanecería esta nocion. Pues bien, Jesus es su autor : él es el fundador del culto de Dios. Mas aun ; es su objetivo, si es lícito hablar así, soberano ; puesto que es en él y por él, HIJO encarnado é inmolado para la salvacion del mundo, por quien es el PADRE conocido, invocado y adorado.

Citando M. Renan aquella gran palabra de Jesus á la Samaritana : «Mujer, créeme; ha llegado la hora en que no se adorará ya en esta montaña ni en Jerusalem, sino donde adoren los verdaderos creyentes al PADRE en espíritu y en verdad,» no puede menos de decir : «El día en que pronunció Jesus estas palabras, fue verdaderamente Hijo de Dios. Dijo por vez primera la palabra en que descansara la religion eterna (1).»

No sé si por haber hecho lo que dijo, realizando la nocion y el culto del Dios verdadero en el mundo, dejó de ser Jesus Hijo de Dios ; pero lo que quiero decir únicamente aquí es, que la consecuencia que sacamos ya en favor de esta verdad de la

(1) *Vida de Jesus*, p. 234.

única cuestion, de la única suposicion formal de que fuera Jesus Dios, se fortifica sumamente con la consideracion de que el mismo Jesus es el autor de esta nocion sublime de Dios, término de la ecuacion constitutiva del problema.

Si se la debemos, en efecto, ¿cómo disputársela? ¿no justifica por esto mismo su atribucion? ¿no es adecuada á su propia revelacion? ¿quién si no Dios puede revelar á Dios? «Nadie conoce al PADRE sino es el HIJO (1)» dijo el mismo JESUS.

Mas aun, refiriéndose este ideal de Dios á la atribucion que de él se hizo Jesus como HIJO, por quien y en quien se reveló asi el Padre, no hay ecuacion que establecer; esta nocion de Dios es inherente á Jesus; es su sugeto revelador é irradiador en el mundo; y atribuyéndosela, no hacemos mas que referirla, no solamente á su autor, sino á su foco y á su esencia (2). Y en su consecuencia, Jesus tanto es Dios, cuanto que esta concepcion de Dios, está en Jesus, es Jesus mismo; y asi pudo decir muy bien: «el Padre está en mí y yo en el Padre (3);» y mas aun: «Yo y el Padre somos una misma cosa (4).»

En una palabra, la nocion de Dios por la cual graduamos á Jesus, nos viene de él, está adherida á él, es él mismo. Es preciso, atribuírsela si no se la repudia, y M. Renan viene á confirmar esta consecuencia por medio de su método.

No es esto hablar teológicamente, nótese bien; ni aun es

(1) Math. , XI , 27.

(2) Digo el foco, como se dice el sol por su rayo.

(3) Juan , X , 38.

(4) Juan , X , 30.

hablar filosóficamente; es referir historia; la historia, el génesis de la noción de Dios en el mundo, considerada en su relacion con JESUCRISTO.

Hé aquí lo que contiene y á dónde conduce la simple cuestion empeñada sobre la divinidad de JESUCRISTO, considerada con relacion al mismo.

Considerémosla ahora con relacion á nosotros.

La noción de Dios, tal como la reveló al mundo el mismo JESUCRISTO, y tal como se personifica en él, es, por su santidad y por las condiciones de salvacion que nos impone, una verdadera declaracion de guerra á la naturaleza humana corrompida á quien viene á curar. La palabra de JESUS es: «aquella espada acerada y de dos filos» que el Apóstol de las visiones «vió salir de su boca (1).»—«No penseis que vine á traer paz á la tierra, dice el mismo; no vine á traer paz sino guerra. Porque vine á separar al hijo de su padre y á la hija de su madre...» Y el que no toma su cruz y me sigue, no es digno de mí. El que halla su vida la perderá, y el que perdiere su vida por causa mia, la hallará (2).»

Este lenguaje, que tan divinamente se armoniza con aquel en que habla JESUS de la dulzura y de la suavidad de su yugo, no lo ha comprendido M. Renan, porque no le ha tomado el *gusto*. Asi como en este lenguaje solo ha visto al «sutil y afable moralista de los primeros tiempos» asi en aquel, solo ha percibido «al gigante sombrío á quien una especie de presentimiento

(1) Apocal., I, 16.

(2) Math. X, 34—39.

»grandioso lanzaba fuera de la humanidad, devorando la vida en su raiz, y reduciéndolo todo á un horrible desierto (1).»

Esta impresion de M. Renan es la de la naturaleza humana, tal como se ofrece en JESUS. Hacerse reconocer y aceptar por esta naturaleza, hacerla volver de los *Misterios de Adonis* á los del *Crucificado*; hacerse adorar y amar por ella, Dios en la Cruz, revelar la Divinidad solo produciéndola bajo el aspecto mas saludable, pero el mas horrible para el mundo, *escándalo al judío, locura al gentil*, era, fuerza es confesarlo, además de la gigantesca empresa de hacerse adorar como el Dios único con esclusión de todos los dioses, un designio sobrehumano, tanto por su santidad como con respecto al poder, segun vino á justificar su ejecucion.

Por la santidad, cuyo signo venia á ser la Cruz, debia este proyecto sublevar todas las rebeliones de la naturaleza humana, las cuales debia dominar el poder; pero especialmente y ¡cosa admirable! sin violentar esta naturaleza noble hasta en su corrupcion, respetando y experimentando su libertad.

Con estas condiciones debia ser *puesto* el adorable autor de esta maravilla, JESUCRISTO, como *blanco á la contradiccion* de los hombres, para su ruina ó su resurreccion por medio de la prueba.

Segun lo espuesto, el ponerse en cuestion la divinidad de Jesucristo prueba hasta lo sumo esta divinidad: esto la implica.

Porque, en efecto, ¿qué prueba mejor de que habia en JESUS una potestad verdaderamente divina, que contrapesar toda

(1) *Vida de Jesus*, p. 312.

la naturaleza humana sublevada por el horror de su Cruz, como acabamos de ver que contrapesaba todo el ideal de la naturaleza divina? ¿Cómo pudo sostener mano á mano esta guerra que vino á declarar al mundo para salvarlo? ¡Se pone en cuestion su divinidad! Pero esto es lo que constituye su carácter, lo que forma su evidencia: la rebelion de la naturaleza humana suscitada contra él incesantemente sin poder jamás prevalecer contra su Cruz que domina todas sus sublevaciones. Está en cuestion, como la roca sacudida por las olas. Este estado de Jesucristo prueba doblemente su divinidad; como testimonio de su santidad que suscita, y como testimonio de su potestad que domina, todas las rebeliones del mal.

Hé aquí lo que resulta de la cuestion propuesta.

II.

En cuanto al método de la impiedad para resolver negativamente esta cuestion, no prueba ni implica menos la afirmativa.

Si no fuera Jesus Dios, si solo fuese hombre, y su obra un hecho humano, nada deberia ser mas fácil de probar. Concibo que sea difícil hasta lo imposible probar que un hombre sea Dios; pero deberia ser sumamente fácil probar que un hombre es hombre. ¿Quién ha empleado seriamente tiempo alguno, no digo entre nosotros, pueblos ilustrados, sino aun entre los pueblos que obedecieron á las supersticiones, para demostrar que no eran verdaderos dioses Mercurio, Apolo y Baco? Jamás se ha suscitado controversia alguna sobre esto. Alejandro se llamó hijo de Júpiter; pero toda la Grecia se rió de esta super-

chería, y asimismo jamás fue cosa seria para los romanos la apoteosis de los emperadores romanos. Mahoma solo se presentó como un simple instrumento ó agente de la Divinidad, y no presentando otra prueba que el sable, sin que le hiciera el honor de discutir sobre ello jamás pluma alguna.

¿Cómo es para nosotros la divinidad de JESUCRISTO una cosa, no solamente tan seria sino tan insuperable? Porque hace ya mil ochocientos años que se trabaja para destruirla. ¡Cuántas plumas no se han gastado desde Celso hasta Strauss, cuántos volúmenes se han acumulado, cuántos trabajos se han emprendido, se han hecho, desecho y vuelto á hacer; cuántas armas se han renovado, cuyos trozos han caido al pie de este yunque que ha *quebrado todos los martillos*, y donde yacen confundidos con una celebridad peor que el olvido, todos los temerarios agresores de esta divinidad invencible!

Al fin, viene M. Renan. Toda soberanía vá á postrarse ante su crítica; vá á atacar al Dios de lo pasado, y á mirar cara á cara á Aquel ante quien se han inclinado generaciones de adoradores. Oigámosle.

En tamaño esfuerzo, debe permitirse una parte de adivinacion y de conjetura. Y aun segun M. Scherer, una gran parte; y de adivinacion novelesca y de conjetura errónea: en lugar del análisis de los testimonios, de la apreciacion de las pruebas, y de informaciones auténticas que seria el partido mas digno que pudiera tomarse, pero que tiene el inconveniente de ser imposible.

¡Qué confesion! ¡qué homenaje!

Pero aun hay mas. *En tamaño esfuerzo*, deben suspender-

se las leyes eternas del sentido moral y del sentido comun: mas aun; deben destruirse. *Es imposible la empresa si no se admite en voz muy alta que la sinceridad tiene muchas medidas, etc., y si segun las limitadas ideas que se han divulgado sobre la locura, se considera como no sano á quien dice cosas de que no tiene conciencia ó que no sabe fijamente y en que se produce el pensamiento sin que le llame y regule la voluntad.* —*Toda la crítica se falsea si se parte del principio que todo personaje histórico á quien se atribuyen actos que tenemos por insensatos ó de charlatanismo, ha sido un charlatan ó un loco.*—Todo esto es preciso conceder al crítico para que pueda salir adelante con su empresa contra Jesucristo.

¡Qué confesion mas paladina, qué prueba mas manifiesta de que se apoya la divinidad de JESUCRISTO en los fundamentos de la razon y de la conciencia, el no poder atacarla sin destruir tambien estos fundamentos de toda critica, de toda certidumbre, de toda conviccion. ¿Nunca fueron nuestros apologeticos tan concluyentes ni tan probativos?

Pero no es esto aun todo. Para poder contradecir ventajosamente las obras sobrenaturales por las que manifestó Jesucristo su divinidad, y los testimonios históricos que las refieren, es preciso presuponer que son siempre imposibles tales obras y falsos tales testimonios. Y es preciso partir de esta suposicion como de un principio que no puede discutirse. Con esta sola condicion se tendrá razon contra los milagros de Jesus y los Evangelios. Es decir, con la condicion de negarlos simplemente sin prueba, contra toda prueba; de partir de lo desconocido á lo conocido, y de erigir en solucion lo que está en

cuestion. Con la condicion, sobre todo, de no tolerar la discusion del gran punto de partida de esta nueva dialéctica, la imposibilidad de lo sobrenatural, y la idea de Lucrecio sobre que todo se verifica en el mundo por leyes en que no tiene parte alguna la intervencion personal de seres superiores: el ateismo.

Así: ¡gloria á nuestra fe! ¡confirmacion la mas patente que haya recibido jamás! Hállanse Dios y Jesus de tal suerte ligados juntamente uno á otro en entendimiento, y en la verdad, que para negar que Jesus sea Dios, es preciso suprimir á Dios; es preciso atacarle en Jesus como en sí mismo. Es forzoso atacar al HIJO en el PADRE, y al PADRE en el HIJO; tan cierta es, segun la táctica curiosa del error, esta gran palabra ya citada de Jesus:—«El PADRE está en mí y yo en el PADRE; yo y el padre somos una misma cosa.»

Jesucristo es, pues, Dios, si es que hay un Dios; puesto que el único principio de donde se hace derivar su negacion es la de Dios mismo. No hay, pues, lugar para el deismo entre la fe en Jesucristo y la fe en Dios; hasta tal punto se penetran y se confunden estos dos objetos de la fe, no digo en el culto de los creyentes, sino en la guerra de los impíos.

«¿Creeis en Dios? —dice M. Proudhon,—si la afirmativa, »sois cristiano, católico... si la negativa, atreveos á decirlo; »porque entonces, declararais la guerra, no solamente á la Iglesia, »sino á la fe del género humano. Entre estas dos alternativas, »solo hay lugar para la ignorancia ó la mala fe (1).

»Jamás hubiera contradicho la autoridad de la Iglesia, si »yo admitiera lo sobrenatural; antes me hubiera postrado ante

(1) *De la justicia en la Revolucion y en la Iglesia*, t. I, p. 38.

»una fe tan antigua, fruto de la elaboracion mas sabia y
»mas prolongada de que ha dado ejemplo el ingenio huma-
»no (1).

»¡Oh! ¡el Cristianismo es sublime, sublime en la magestad
»de su dogma y en el enlace de sus deducciones! Jamás se
»concibió ni organizó entre los hombres pensamiento mas ele-
»vado, ni sistema mas vasto. Y yo juro aquí, que si llega la
»Iglesia á destruir la tésis (antítesis) que yo le opongo, abjuro
»mi filosofia y muero en sus brazos (2).

»Si reconoceis un Ser Supremo ¡de rodillas ante el Cruci-
»ficado (3)!»

Admitido Dios, es preciso proclamar que JESUCRISTO es Dios, que el cristianismo es la religion verdadera, que el catolicismo es su foco conservador. No hay otra razon para no ser verdaderamente católico que ser ateo, que eliminar lo sobrenatural, lo absoluto, Dios: asi como no hay otro medio práctico de negar á Dios que negar á JESUS, á CRISTO, á DIOS CON NOSOTROS.

Esta es la empresa de nuestros nuevos Titanes que escalan el cielo y la conciencia humana para arrancar de él á Dios; amontonando la negacion de JESUCRISTO sobre la de Dios, y la de Dios sobre la de JESUCRISTO, y solo consiguen con estas dos recíprocas negaciones, afirmar y confirmar estas dos verdades una con la otra, y rodar al peso de sus propios argumentos.

(1) *De la justicia en la Revolucion y en la Iglesia*, t. I.

(2) *Ibid.*, p. 164.

(3) *Ibid.*, t. II, p. 207.

JESUCRISTO no es solamente Dios para los que creen en Dios, sino que prueba que lo es, aun respecto de los mismos que no creen en él.

Esto es lo que vamos á ver por medio de M. Renan en los capítulos siguientes.

CAPITULO VI.

LAS PROFECIAS.

En efecto, principiando por esta primer prueba de nuestra fe, las profecías, consideradas en todos los caracteres que presentan, son cosas sobrenaturales y milagros de primera clase. Si se hallan bien demostradas, prueban, pues, un poder sobrenatural y sin intervencion en el mundo para atestiguar en JESUCRISTO.

Ya he desarrollado esta prueba en un estenso capítulo del cuarto volumen de mis *Estudios*. No intento reproducir aquí este trabajo. Solamente me permitiré remitir allí al lector que desee convencerse de uno de los asuntos mas grandes y mas dignos de él.

Supuesto este trabajo, solo me propongo mostrar la confirmacion que recibe en la *Vida de Jesus* de M. Renan, confirmacion, en mi concepto decisiva, y despues de la cual no hay cuestion.

Esto no es decir que hubiera cuestion seria hasta el dia sobre el valor de las profecias, sino que habiendo negado la incredulidad esta prueba, lo mismo que todas las demás, habia

eludido su fuerza. Hoy que se decide, en fin, á abandonar este papel por demasiado insignificante y gastado, arriesgándose á entrar en el terreno positivo de la esplicacion, cae fatalmente en una confesion, de la que trata de librarse de un modo ridiculo, segun vamos á ver.

I.

Nuestros adversarios están conformes con nosotros desde luego en este punto capital: que cuando reúne una profecía todas las condiciones de tal, es un hecho sobrenatural y equivale al mayor milagro.

M. Havel lo dice espresamente: «M. Renan borra de la »*Vida de Jesus* toda profecía, todo milagro, en una palabra, »todo lo maravilloso (1). De suerte que coloca en la misma línea la profecía, el milagro, lo maravilloso.

»El ortodoxo, dice tambien M. Renan, no necesita probar »el *milagro*; se contenta solamente con no verse ó no creerse »obligado á negarlo. Un ejemplo hará esto mas perceptible. El »crítico abre un Evangelio y encuentra en él la prediccion pre- »cisa y circunstanciada de la toma de Jerusalem y de la ruina »del templo. *Y en seguida deduce de aquí y sin preguntar mas,* »que este libro, ó por lo menos este pasaje, se escribió despues »del acontecimiento á que se refiere, el cual tiene por justificado, »á menos que se le presente prueba en contrario (2).»

Así, es tal el carácter sobrenatural y milagroso de la profecía para el incrédulo, que cuando se presenta en un libro,

(1) *Revista de ambos Mundos* de 1.º de agosto de 1863, p. 63.

(2) *Ibid.*, *ibid.*, 570.

deduce de este solo hecho que este libro fue escrito despues del acontecimiento.

M. Havel alude aquí al Evangelio de San Lucas y á lo que dice M. Renan respecto de la profecía sobre la ruina de Jerusalem que hace Jesucristo en este Evangelio.

En efecto, M. Renan, de quien es aquí un mero eco M. Havel, profesa y practica la misma doctrina que reconoce en una profecía bien caracterizada un testimonio sobrenatural.

Deduca de la profecía de JESUCRISTO, referida en el capítulo XXI de San Lucas, que *puede fijarse con mucha precision la fecha de este Evangelio y que de seguro fue escrito despues del sitio de Jerusalem*; é insiste en ello por cuatro veces en su obra; tan perentoria y decisiva le parece esta razon (1).

Y nótese cuán preciso le es que lo sea, para prevalecer sola contra todas las razones que asignan al Evangelio de San Lucas una fecha anterior (2). Nótese tambien, que en esta fecha anterior al acontecimiento, la profecía de Jesus, prodigiosa seguramente, lo es menos, no obstante, en cuanto á la anterioridad, que las demás profecías. ¡Cuán sobrenatural debe ser, pues, el carácter que tienen estas!

Asi, relativamente á una de ellas, la de Daniel, en la parte concerniente á las revoluciones de los imperios, no vacila M. Renan en hacerla descender con posterioridad á los acontecimientos de que habla, al tiempo de Antioco Epifanes, por la principal razon de *hallarse claro y determinado en ella el*

(1) *Vida de Jesus*, p. XVII; XXXIX, XLI, y p. 418.

(2) Véase la obra *Ladner's Credibility of the Gospel's history*, part. II.

anuncio de estos acontecimientos (1). Y llega hasta á llamar á esta profecía, por este motivo, una falsificación (2).

Así pues, el autor de la *Vida de Jesus* y M. Havet, profesan, que la profecía pertenece á la clase ú orden del milagro.

Séame permitido demostrar hasta qué punto tienen razon, recordando una página en que yo mismo he espuesto esta verdad.

«Es tal, decia yo, la fuerza de las profecías, en concepto de quien examina atentamente su antigüedad, su número, su repeticion, su precision y exactitud con los acontecimientos á que se refieren, que puede decirse que el milagro que ponen en evidencia es tan grande como el de la resurreccion de un muerto. Devolver la vida á quien no existe ya, no supone mas poder que predecirla en quien no existe todavía, cuando la predicion es de tal suerte anterior, tan lejana, tan circunstanciada y puntual, que solo el Autor de la vida, puede haber confiado el secreto de su cumplimiento. El poder de *predecir* se confunde en tal caso con el de *producir*, del que es una derivacion. El tiempo opone á las investigaciones del hombre un velo tan espeso y un silencio tan mudo como la muerte: son dos abismos igualmente cerrados: son como las dos manos de Dios, con las cuales da el ser ó lo retira. Solo él puede abrirlas y descubrir lo que solo él puede hacer.—No se diga que la prevision del hombre y el cálculo de las conjeturas pueden á veces adivinar algo. Esto no es exacto, sino cuando el suceso futuro se refiere por algun punto al suceso presente, y entra

(1) *Vida de Jesus*, introduccion, p. xi.

(2) *Ibid.*, p. 253.

en las leyes generales, bajo las cuales nos hallamos colocados, porque entonces no es propiamente futuro este suceso, puesto que existe ya en el momento presente como en su gérmen; solo se trata de desprenderlo de él; de la misma manera que la medicina puede detener la vida en un cuerpo que ésta no abandonó aun enteramente y en alguno de cuyos órganos reside todavía. Pero cuando no existe en él absolutamente la vida; cuando se halla de tal suerte sepultada en el tiempo ó en la muerte, que no subsiste ningun principio ni relacion de ella en lo presente; cuando es su objeto tan singular é individual que escapa á toda induccion sacada de las leyes generales, y finalmente, se halla arrojado lejos de toda posibilidad conjetural en las profundidades del porvenir, entonces la predicion es un verdadero prodigio y el poder de profetizar, de *suscitar* en cierta manera el suceso, es absolutamente igual al de *resucitar* (1). ¿Qué será, pues, cuando el suceso no es solamente lejano y extraño á toda relacion con las leyes generales, sino contrario á estas leyes, contrario hasta á las leyes naturales, una concepcion, un fenómeno, un prodigio? Si profetizar es un prodigio ¿qué será profetizar prodigios? (2).

Tales son, pues, decíamos, nuestras profecías. Despues de esto, las desarrollábamos.

(1) Por esto la calificacion de *profeta* envolvia la de *taumaturgo*. En el capítulo LXVIII del *Ecles.* leemos, que el cuerpo de Eliseo profetizó despues de su muerte, porque su contacto resucitó á un muerto que habia sido colocado en la misma fosa. Asimismo, al ver los milagros que obraba Jesucristo decian los judíos: «Ha aparecido un gran *Profeta* entre nosotros y Dios ha visitado á su pueblo.» (Luc. XVI. 7.)

(2) *Estudios filosóficos sobre el Cristianismo*, t. IV, p. 439.

Debíamos esperar que M. Renan contestase á esta segunda parte de nuestra demostracion, tanto mas, cuanto que se hallaba de acuerdo con nosotros sobre la primera. Reconociendo el carácter sobrenatural de la profecía, debia contradecir su existencia, á no pasarse enteramente á nuestro campo. Asi es que ha combatido la existencia de las dos profecías que he mencionado mas arriba : la de la profecía de la ruina de Jerusalem por Jesucristo en San Lucas, y la de la revolucion de los imperios por Daniel.

Pero ¿quién lo creeria? esceptuando estas profecías (y aun insiste sobre la negacion de la primera) confiesa todas las demás, ¡tan bien consignadas y demostradas se hallan y tan incontestables son! ¡hasta tal punto, en cuanto ha querido salir del vacío de la negacion, para poner el pie en el terreno positivo de la historia, las ha visto levantarse ante él y envolverle con su realidad, abrumarle con su certidumbre y deslumbrarle é inundarle con su claridad!

Y asi, no las refiere y las espone una sola vez y como de paso, sino estensa y determinadamente y en términos que no dejan nada que desear.

Vamos á cederle la palabra, limitándonos á apuntalarle por medio de citas en notas, con los textos á que él mismo nos remite.

«La raza semitica dice, es la que tiene la gloria de haber »hecho la religion de la humanidad. Mucho mas allá de los »confines de la historia, debajo de su tienda, que permaneció »pura de los desórdenes de un mundo ya corrompido, prepara la fe del mundo el patriarca beduino (1). De todas las

(1) El Señor Dios dijo á Abraham : *Haré salir de ti un gran pue-*

tribus de los semitas nómadas, la de Beni-Israel estaba ya designada para inmensos destinos (1). Una ley ó *Thora*, escrita de muy antiguo en tablas que atribuían á su gran libertador Moisés, era ya el código del Monoteísmo, y encerraba, comparada con las instituciones del Egipto y de la Caldea, poderosos gérmenes de igualdad social y de moralidad.» M. Renan menciona en seguida la institucion del Area y del sacerdocio. «No provino, sin embargo, de aquí la institucion que decidió del porvenir. Además de sus sacerdotes, cada tribu nómada tenia su *nabi* ó profeta, especie de oráculo viviente, á quien se consultaba para la solucion de las cuestiones oscuras que suponían gran penetracion. Los *nabi* de Israel fueron los verdaderos instrumentos de la primacía religiosa del pueblo judío. Anunciaron de muy temprano esperanzas ilimitadas. Proclamaron *que le estaba reservado un reino sin límites, que un día seria Jerusalem la capital del mundo entero* y que se haria judío el género humano. Apareciéronseles Jerusalem y su templo como una ciudad colocada en la cima de una montaña *hácia la que debian correr todos los pueblos, como un oráculo de donde debia salir la ley universal, como el centro de un reino ideal, donde el género humano, pacificado por Israel, hallaria las delicias del*

blo; y todos los linajes de la tierra serán benditos en EL QUE SALDRÁ DE ti Genes., cap. XII, 3 y cap. XXII, v. 48.

(1) «Entonces Jacob (que en su lucha con el ángel, recibió el nombre de *Israel*) llamó á sus hijos, y les dijo: Reuníos todos para que vos anuncie lo que debe acontecer en *los últimos días. No será quitado de Judá el cetro*, y habrá siempre jefes de su raza, *hasta que venga DEL QUE HA DE SER ENVIADO, Y SERÁ LA ESPECTACION DE LAS GENTES.*

»Eden (1). Un sueño gigantesco perseguía hacia siglos al pueblo judío, que creyó poseer las promesas divinas de un porvenir sin límites. Antes del cautiverio, cuando se disipó todo el porvenir terrestre de la nación por medio de la separación de las tribus del Norte, se soñó en la restauración de la casa de David, en la reconciliación de las dos fracciones del pueblo, en el triunfo de la teocracia y del culto de Jehovah sobre los cultos idólatras. En la época del cautiverio un poeta henchido de armonía, *vió* el esplendor de una Jerusalén futura, de que habían de ser tributarios los pueblos y las islas remotas, con tan suaves y delicados colores, que parecía haberla penetrado, á distancia de diez siglos, un rayo de las miradas de Jesús Cristo (2).»

»(Genes., cap. XLIX, v. 8, 9 y 10.) Esperaré al SALVADOR QUE HABEIS DE ENVIAR, Señor. (Genes., cap. XLIX, v. 18.) Durarán mis bendiciones hasta QUE HAYA VENIDO EL DESEADO DE LOS COLLADOS ETERNOS. (Genes., cap. XLIX, v. 26.)

(1) *Vida de Jesús*, p. 5, 6, 7 y 8. «En los últimos tiempos, se elevará sobre collados la casa del Señor y *asfuirán á ella* TODAS LAS NACIONES. Y la multitud de los pueblos irán á ella diciendo. Venid y mostraos en la montaña del Señor y en la casa del Dios de Jacob; y nos enseñará las vías, y marcharemos por sus senderos PORQUE LA LEY SALDRÁ DE SION, Y LA PALABRA DEL SEÑOR, DE JERUSALEN.» (Isaías, cap. II.)

(2) *Vida de Jesús*, p. 49 y 50.

«Los ojos soberbios del hombre serán humillados y será abolida la altivez de los grandes, y solo el Señor aparecerá grande en aquel día, Y LA IDOLATRÍA SERÁ ENTERAMENTE DESTRUIDA. (Isaías, cap. II, v. 11, 17 y 18.) Desde donde nace el sol hasta donde se pone, *su nombre será grande entre las naciones*, y en todo lugar se sacrificará y ofrecerá EN MI NOMBRE UNA HOSTIA PURA. (Malaq., cap. I, v. 11.) Escuchadme vosotros que sois mi pueblo, porque la ley saldrá de mí y mi justicia será establecida para luz de los pueblos.—Vendrá un día en que diré: *VEDME AQUÍ PRESENTE á mí que hablé en otro tiempo*. El Señor ha hecho ver

M. Renan espone en seguida aquel famoso capítulo LIII de Isaías, en que traza el profeta un retrato tan prodigiosamente parecido á *Jesus*, considerado bajo su doble carácter de padecimiento y de gloria, que le ha valido la calificación de *el quinto Evangelista*.

»su brazo á los ojos de todas las naciones, y *todas las regiones de la tierra verán al SALVADOR QUE DEBE ENVIAR NUESTRO DIOS*. Él rociará muchas gentes; y los reyes permanecerán ante él en silencio, porque aquellos á quienes no fue anunciado le verán y los que no habían oído hablar de él, le contemplarán. (Isaías, cap. LI, v. 4 y cap. LII, v. 6 y 14.)
 »—Envía Señor, EL CORDERO DOMINADOR DE LA TIERRA. (Isaías, cap. XVI, página 1.)—Por Sion no callaré hasta que salga su Justo como un resplandor.—Y verán las gentes á tu Justo y todos los reyes de la tierra verán á tu INCLITO (ó príncipe deslumbrador de gloria) y te será puesto un nombre nuevo. (Isaías, cap. LVII, v. 1 y 2.)—Cielos, enviad rocío de lo alto y las nubes lluevan al Justo; ábrase la tierra y brote al SALVADOR. (Isaías, cap. XLV.)

»Hé aquí lo que dice el Señor que creó los cielos, el Dios que creó la tierra: Yo no he hablado en oculto. *Yo soy quien anuncio desde el principio lo que no debe acontecer hasta el fin*. (Modo de caracterizar la profecía que se manifiesta frecuentemente.) Yo he jurado por mí mismo que toda rodilla se doblará ante mí, y que toda lengua jurará por mi nombre. Todas mis resoluciones son inmutables, y toda mi voluntad será ejecutada. Lo he dicho y lo haré; formé el designio y lo realizaré (¡admirable carácter de resolución!) Próximo se halla el tiempo de enviar mi justicia, no la diferiré y NO TARDARÁ YA EL SALVADOR QUE HE DE ENVIAR. (Isaías, cap. XLV y XLVI.) Cercano está el JUSTO QUE DEBO ENVIAR; EL SALVADOR QUE HE PROMETIDO va á aparecer, y mi brazo hará justicia á las naciones. (Isaías, cap. LI.) Un poco tiempo aun, y yo conmoveré el cielo y la tierra y la mar y todo el universo; y moveré todas las gentes, y VENDRÁ EL DESEADO DE TODAS LAS NACIONES. (Aggeo, cap. II, v. 7 y 8.)»

Concíbese, que en vista de tales testos, cuya autenticidad nos garantizan los judíos; la traducción de los setenta la letra; y las paráfrasis caldaicas, el sentido, haya tenido M. Renan que condenarse á sí mismo.—Y cuidado que esto solo es una pequeña parte de nuestras

»Hánse oído ya acentos desconocidos, dice M. Renan para
 »exaltar el martirio y celebrar el poder del *hombre de dolor*.
 »—A propósito (1) de alguno de estos sublimes pacientes, que
 »como Jeremías, teñían con su sangre las calles de Jerusalem,
 »compuso un inspirado, un cántico sobre los padecimientos y
 »el triunfo del servidor de Dios, en el que parece haberse con-
 »centrado toda la fuerza profética del gran genio de Israel.—
 »Elevábase como un débil arbusto (2); como un tallo nuevo
 »que se alza de una tierra árida; y no tenía gracia ni belleza.
 »Abrumado de oprobios, abandonado de los hombres, todos
 »volvian de él su rostro; cubierto de ignominia, era tenido por
 »nada. Y es que se habia cargado con nuestros padecimientos
 »y habia tomado sobre sí nuestros dolores. Parecía un hombre
 »herido por Dios, y señalado ó tocado de su mano. Cubriéron-

profecías. M. Renan ha evitado hablar de aquellas en que se presenta en los términos mas enérgicos, la reprobacion de los judíos como concomitante á la vocacion de los gentiles. Ha eludido ó no ha dicho mas que una palabra equívoca de la admirable é incontestable profecía *Ecce Virgo concipiet*, etc., etc. Véase sobre esto nuestros *Estudios*.

(1) Nos reservamos hacernos cargo de este á propósito, asi como sobre el *genio* de Israel, que termina esta frase, únicos atenuantes que M. Renan ha tratado de oponer á la fuerza abrumadora de esta prodigiosa profecía.

(2) El testo dice: *se elevará, ascendet*. M. Renan espone toda esta profecía en tiempo pasado, excepto su final; pero la verdad es que se refiere ya á lo futuro, ya á lo pasado, ya á lo presente, que es el verdadero carácter de la profecía cristiana, por la doble razon de que todos los tiempos son indiferentes para la luz de Dios y que los efectos de la espacion de Cristo han refluído sobre todos los tiempos *Agnus occisus est ab origine mundi*. Es tambien notable, en esta maravillosa profecía, que todo cuanto se dice de los padecimientos espiatorios del Salvador está en tiempo pasado, y que todo lo que se refiere á su triunfo evangélico, está en futuro.

»le de heridas nuestros crímenes, y destrozáronle nuestras iniquidades: el castigo que nos ha valido el perdon, ha pesado sobre él, y sus cardenales han sido nuestra curacion. Nosotros éramos como un rebaño errante, cada cual se había estraviado y Jehovah descargó sobre él la iniquidad de todos nosotros. Abru- mado, humillado, no desplegó los labios (1); dejóse llevar á la inmolaçion como un cordero; como una oveja silenciosa ante el que la trasquila, no abrió la boca (2). Considérase su sepulcro como el de un delincuente, y su muerte como la de un impio (3). Pero en el momento que haya ofrecido su vida, verá nacer una posteridad numerosa y se verán favorecidas las miras de Jehovah en su mano (4).»

(1) *Si fue ofrecido*, dice aquí la profecía, *es porque quiso serlo.*

(2) Murió en angustias, *habiendo sido condenado por jueces.* «Otro rasgo que se omite muy importante» (Isaías, LIII, 8).

(3) Pero tendrá el premio de estos padecimientos y será lleno de él y justificará á gran número de hombres con el conocimiento que tendrán de él, habiendo llevado sobre sí los pecados de ellos.—«El Señor le dará por su porcion á muchos, porque él mismo fue entregado á la muerte; y con los malvados fue contado, y él cargó con los pecados de todos y rogó por los transgresores.» (Isaías, cap. LIII, v. 11 y 12).—¿Concíbase, despues de tales profecías que llegan en Daniel á la precision cronológica del sacrificio de la cruz, que venga á decirnos M. Scherer: «Lo cierto es que el Antiguo Testamento no contiene una palabra relativa á un Mesías que padece, muere y espía los pecados?»

(4) *Vida de Jesus*, p. 58.

«Se habia mandado sepultarle con los malvados, ha estado con el rico en su muerte.» (Isaías, cap. LIII, 9). Admirable rasgo profético de la circunstancia evangélica de José de Arimatea, hombre rico, *homo dives*, que obtuvo de Pilato el cuerpo de Jesus, y lo puso en un sepulcro nuevo que habia hecho abrir para él en una roca (Marc., XV, 46). Este sepulcro profetizado glorioso. *Et erit sepulchrum ejus gloriosum.* (Is., XI, 10).

Tiene razon M. Renan en ver *toda la fuerza profética concentrada en este ECCE HOMO* que presenta Isaías ochocientos años antes que lo fue por Poncio Pilatos. Seguramente es esto prodigioso y sobrenatural. M. Renan que niega que las profecías de Daniel fueran escritas durante el cautiverio, por anunciarse en ellas los acontecimientos relativos á la revolucion de los imperios de un modo claro y determinado (1) (razon que le abruma en las demás profecías que reconoce), confiesa, no obstante, que aparecieron bajo el reinado de Antioco Epifanes, ciento setenta y cinco años antes de Jesucristo (2).

(1) *Vida de Jesus*. Introduccion, p. XI.

(2) M. Renan, tanto en esta negacion como en esta confesion, solo es un eco de Porfirio, sin tener en cuenta las refutaciones antiguas y modernas que confundieron á este escritor. Pero es favorable esta negacion en cuanto que señala la medida de su confesion. Ya lo hacíamos notar nosotros hace veinte años, en nuestros *Estudios*: «Las profecías de Daniel sobre este pasaje de Jesucristo, se nos ofrecen con dos garantías decisivas: La primera es la confesion forzada del pagano Porfirio, que en la fuerza de su prevencion, interesada en prescindir de la primera profecía de Daniel relativa al reinado de Antioco Epifanes (tan bien justificada por los sucesos, *que mas parece haber referido cosas pasadas*, dice él, que *descrito acontecimientos futuros*), se atrevió á alegar, sin sombra de prueba, que el libro de Daniel fue escrito por un desconocido, durante el reinado de aquel príncipe. (*Porphyr. apud Hieronym. præfat in Daniel*). Desmentido y confundido al momento por los judíos, su imputacion carece de importancia, pero quedó subsistente su huella para manifestar el mas alto punto á que habia osado llegar la incredulidad respecto de las profecías, y en justificacion de las otras dos de Daniel sobre Jesucristo, que aquel insensato ataque dejó subsistentes con una anterioridad muy bastante, aunque no completa; ataque semejante á esas crecidas de los rios que cubren por un momento los machones de un puente sin llegar hasta sus arcos, y cuya impotencia y pasajera furia solo sirve para acreditar la prudencia del arquitecto que supo prever este caso y arrostrarlo.

También reconoce su valor en lo relativo al Mesías:

El «libro de Daniel,» dice, apareció durante las persecuciones de Antioco Epifanes, produciendo el efecto de un renacimiento del profetismo, pero bajo una forma muy diferente de la antigua, y con un conocimiento mucho más vasto de los destinos del mundo. El libro de Daniel dió en cierto modo su última expresión á las esperanzas mesiánicas. No fue ya el Mesías un rey, á la manera de David y de Salomón, un Ciro teócrata y mosaísta; fue un *Hijo del Hombre*, que aparecía en la nube, un ser sobrenatural revestido con la apariencia humana, encargado de juzgar al mundo y de presidir la edad de oro (1).»

M. Renan nos remite al texto que quiere indicarnos. Autorizados así por él para consultarlo, vamos á reproducirlo, por cuenta de su confesion.

Hé aquí este texto, verdadero espejo profético en el cual aparece, quinientos treinta y siete años antes de su venida (ciento setenta y cinco años, según Porfirio y M. Renan) la gran figura del Hijo del Hombre, que recibe de esta suerte,

«La segunda garantía, decíamos, está en la siguiente declaración del historiador judío Josefo: «Todas estas desgracias, dice, cayeron sobre nuestra nación durante el reinado de Antioco, como había predicho Daniel MUCHO TIEMPO ANTES—habló también del poder de los romanos y de su imperio,—y predijo los males que debían abrumar á nuestra nación.—Aun se leen en nuestras asambleas todos los escritos que nos ha dejado Daniel (*Antiq. Judaica*, lib. X, cap. XII.) Todos estos escritos de Daniel forman, por lo demás, parte de la traducción de los Setenta, y así existían notoriamente en el mundo desde cerca de trescientos años.» *Estudios filosóficos*, tomo IV, pág. 250 de la 16.^a edición).

(1) *Vida de Jesus*, p. 45.

por medio de esta anticipacion prodigiosa, un testimonio deslumbrador de divinidad.

«Miraba yo estas cosas, en la vision de la noche, dice el »Profeta, y ví cómo el HIJO DEL HOMBRE que venia con las nu- »bes del cielo, y que se llegó hasta el Anciano de los días. Y »sus ángeles se presentaron delante de él y él le dió potestad, »honor y reino, y todos los pueblos y todas las tribus; diciendo »que todas las razas y todas las lenguas le servirán, que su »potestad es una potestad eterna que no le será quitada, y su »reino no será destruido, no tendrá fin (1).»

¡Qué profecía cuando se la compara con la inscripcion romana que cada siglo que pasa la graba mas profundamente: *¡Christus vincit! ¡Christus regnat! ¡Christus imperat!*

¿Dónde está lo sobrenatural, dónde está el milagro, dónde está la intervencion manifiesta de la Divinidad, si no es en los dos prodigios de semejante cumplimiento, multiplicados en cierto modo, uno por el otro, para elevarse á la mas alta potestad? Y si profetizar acontecimientos naturales es un prodigio ¿qué será profetizar prodigios?

Pero no es esto todo.

Este mismo Daniel profetizó no solamente este poder prodigioso de Cristo, sino que predijo su inmolacion que lo hace aun mas prodigioso. Predijo la gloria del CRUCIFICADO.—Y verificó esta prediccion con tal exactitud en las fechas y circunstancias, que se han apoyado en ella la historia y la astronomía (2).

(1) Daniel, VII, 13 y siguientes.

(2) Un jóven astrónomo del último siglo, arrebatado á la ciencia

Todo el mundo conoce aquella célebre profecía de las *Semanas*, que sin duda por esta razón no ha citado M. Renan; pues por lo demás, forma parte de la del *Hijo del Hombre* que acaba de esponder. Conviene, no obstante, reproducirla. Es la siguiente:

«Oye la palabra, dice el Espíritu de Dios al profeta, y ve la vision:

»A setenta semanas (1) se reduce el tiempo decretado so-

por una muerte prematura, y cuyos especiales y numerosos conocimientos, dice el sabio naturalista Bonnet, se hallaban realizados por una modestia, un candor y una piedad aun menos comunes, M. DE CHESEAUX, hizo en las profecías de Daniel descubrimientos astronómicos que pasaron á dos de los primeros astrónomos de este siglo, MAIRAN y CASSINI. «No es posible dejar de convenir con las verdades y descubrimientos que se prueban en vuestra disertacion, le escribia Mairan; pero no puedo comprender (era incrédulo) cómo y por qué se hallan tan exactamente contenidas en las Sagradas Escrituras.» Sin detenerse Cassini como Mairan, en el cómo y por qué, declaró muy poco despues, haber hallado todos sus métodos para el cálculo de los movimientos del sol y de la luna, *deducidos del ciclo de Daniel* y de la llegada de los equinoccios y del solsticio en el meridiano de *Jerusalen*, completamente demostrados y perfectamente conformes con la mas exacta astronomía. «¿Hubiérase sospechado, dice Bonnet, que enriqueceria á la astronomía trascendental el estudio de un profeta, y que nos procuraria sobre ciertos puntos muy difíciles de esta bella ciencia un grado de precision muy superior al que habia dado el cálculo hasta entonces?» (*Investigaciones filosóficas sobre las pruebas del Cristianismo*, por C. Bonnet; Amsterdam, 1783, p. 163, nota).

(1) Semanas de años, que siendo cada una de siete años, forman cuatrocientos noventa años, duracion exacta, partiendo del punto que va á fijar la profecía hasta la muerte de Cristo.—Véanse las justificaciones respecto de pormenores, por otra parte incontestables, en nuestros *Estudios*, t. IV, p. 253.

Ahora se comprenderá el interés de M. Renan y de Porfiro en pretender que el libro de Daniel, obra de un desconocido, segun ellos,

»bre tu pueblo y sobre la ciudad Santa, para que fenezca la
 »prevaricacion y tenga fin el pecado, y sea borrada la maldad,
 »y sea traída justicia perdurable, y tenga cumplimiento la vi-
 »sion y la profecía, y sea unguido el Santo de los Santos (1).

»Sabe, pues, y nota atentamente.

»Desde la salida de la palabra (ó desde la publicacion
 »del Edicto), para que Jerusalem sea reedificada hasta Cristo
 »Príncipe, pasarán siete semanas y sesenta y dos semanas (se-
 »senta y nueve semanas de las setenta del cómputo general)
 y de nuevo será edificada la plaza y los muros en tiempos de
 angustia (2).

»Y despues de las sesenta y dos semanas (3), será muerto

compuesto en el reinado de Antioco Epifanes, no ascienda mas que á 175 años antes de Jesucristo, en lugar de su fecha verdadera; pues con esto se destruye todo el cálculo de las semanas. Pero además de ser puramente gratuita esta pretension, existe siempre contra ellos el prodigio de los acontecimientos profetizados, cuya precision es tan prodigiosa como la de las fechas, y esto es lo menos que reconoce M. Renan.

(1) Este es el cuadro general de la profecía, en que se define ó marca claramente (¡y en qué términos!) el fin total del advenimiento de Cristo (la redencion del género humano del pecado original, objeto de todas las profecías que hallaran en él su consumacion).

(2) Aquí aparece con la mayor exactitud la precision cronológica, el punto de partida (el edicto de Artaxerxes Longi-Mano) y el punto de llegada (la aparicion de Cristo). Observemos aquí que llega á ser pueril el sistema de la incredulidad, de posdatar la profecía, porque no parte el cómputo de las semanas de la fecha de la profecía, sino de la del Edicto.

(3) De esta division de semanas en 7 y 62, resulta que se dan para la reconstruccion de Jerusalem en tiempos de angustias, 7 semanas, es decir, 49 años, lo cual se realizó á la letra bajo la direccion de Nehemías (Esdras, lib. II, cap. 4, 5, 6 y 7), y las otras 62 á todo el tiempo trascurrido despues hasta la muerte de Cristo. Queda la semana

»el CRISTO y no será mas suyo el pueblo que lo negará (1). Y
 »un pueblo con su caudillo que vendrá, destruirá la ciudad y el
 »Santuario, y dispersará sus restos (¡fin devastador!) y des-
 »pues del fin de la guerra, vendrá la desolacion decretada (2).

»Y afirmará su alianza (CRISTO) con muchos en la última
 »semana, (que es la setenta); y en medio de esta semana, se-
 »rán abolidos los sacrificios, y será en el templo la abomina-
 »cion de la desolacion, y durará la desolacion hasta la consu-
 »macion y el fin (3).»

septuagésima que va á ser, por sí sola, objeto de la segunda parte ó segundo término de la profecía.

(1) ¡Qué rasgo! por lo demás, viene á reanudarse ó ligarse con todas las demás profecias que hacen coincidir igualmente la reprobacion de los judíos con la vocacion de los gentiles, por la muerte de CRISTO.

(2) No solamente se predice en general este misterio tan inimaginable, sino que se relata aquí con sus pormenores, y se convierte en historia la profecía. Los romanos, Tito, el sitio de Jerusalem, la ruina y la devastacion del templo, la desolacion del pueblo judío perpetuamente aparecen aquí 500 años antes del suceso en la vision de Daniel, tales como se han descrito en la obra *De bello judaico*, de Josefo. Y el mismo Josefo, con la misma pluma que refiere el acontecimiento, confiesa también la profecía. «Todas estas desgracias cayeron sobre nuestra nacion como predijo Daniel, mucho tiempo antes del reinado de Antioeco... También *habló del poder de los romanos y de su imperio, y predijo los males que debian abrumar á nuestra nacion.*» Finalmente, no solo al historiador, sino al ejecutante de la profecía, á Tito, predicho tambien por ella (*duce venturo*) esclamar: «¡He hecho esta guerra conducido por Dios. No soy yo quien ha vencido: yo solo he prestado mis manos á la venganza divina!» (*Jos. de Bello Jud.* lib. VII, cap. XII).

¿Es esto sobrenatural?

¡Siempre para no ver tendrás los ojos,

Ingrato pueblo!

(3) El profeta lleva aquí la precision ó exactitud á la precision misma. Despues de haber, en efecto, dividido las 70 semanas, en 7, 62

Apenas puede creerse á los ojos, cuando se lee este oráculo, que podría considerarse como una cronología compuesta despues del acontecimiento; y se experimenta aquel asombro que hizo caer á Nabucodonosor á los pies de Daniel, esclamando: «Vuestro Dios es en verdad el Dios de los dioses y el Señor de los reyes, y el que revela los misterios, porque tú pudiste descubrir este arcano (1).»

Hemos citado y hecho resaltar esta gran profecía, porque se relaciona estrechamente con la del HIJO DEL HOMBRE que señala M. Renan al hablar de este «Libro de Daniel» que *dió*, dice, *en cierto modo su última espresion á las esperanzas mesiánicas*;—y porque por otra parte, ño sufre el menor menoscabo de la única objecion que se hace á este libro, de no haberse compuesto hasta el reinado de Antióco Epifanes.

y 1, despues de haber hecho caer la muerte de CRISTO despues de las 62, es decir, las 69 del cómputo general, y por consiguiente, en la semana septuagésima, ó sea, entre el año 30 y el 37 de la era cristiana, como aconteció en efecto, vuelve á ocuparse de esta última y septuagésima semana, como siendo digna, por su importancia, de considerarse separadamente; y concentrando nuestras miradas en este fondo de la perspectiva profética, determina así su objeto: «Y afirmara CRISTO su alianza con muchos en una semana.»—Y en efecto, al año trigésimo de su vida, abrió Jesus con sus predicaciones, el reino de la nueva alianza.—«Y en *medio* (ó á la mitad) de esta (última semana (es decir, á los treinta y tres años y seis meses), serán abolidos los holocaustos y los sacrificios» como lo fueron en efecto, en todo el universo, por el único Sacrificio de JESUCRISTO, de que solo habian sido figuras. Despues, «será en el templo la abominacion de la desolacion, y durara la desolacion hasta la consumacion y el fin,» como vemos que dura aun, y prosigue á nuestra vista.

(1) Daniel, II, 47.

M. Renan reconoce ó confiesa, sin disimularlo, otra magnífica profecía: la de Malaquías, sobre el Precursor: «El profeta Malaquías, dice, anunció enérgicamente un precursor del Mesías que debía preparar á los hombres á la renovación final, un mensajero que vendría á allanar los caminos ante el escogido de Dios (1).»

Para apreciar el carácter de esta profecía es necesario observar que es la última. Estaba reservado al último profeta predecir una circunstancia de la venida de JESUCRISTO desconocida hasta entonces, á saber, que tendría un Precursor.—Malaquías que por una parte termina la cadena de profetas que asciende hasta los patriarcas, se inclina por la otra, en cierto modo, como para dar la mano al través de cuatro siglos de silenciosa expectativa, á Juan Bautista, precursor inmediato de JESUCRISTO. Los términos del profeta corresponden admirablemente con este carácter finalmente indicativo:

«Hé aquí yo envío mi Angel que preparará mi camino ante mi faz; y luego vendrá á su templo el DOMINADOR á quien buscais, y el ANGEL DEL TESTAMENTO (ó Alianza) que tanto deseáis. HELE AQUI QUE VIENE (2).»

Abusando M. Renan de la creencia judía sobre que debía volver al mundo el profeta Elías para preparar los caminos al Mesías, y tomándola en un sentido *judáico*, se esfuerza en desviar de Juan Bautista la aplicación de esta profecía. Reconoce, no obstante, que *Juan hacia recordar efectivamente esta*

(1) *Vida de Jesus*, cap. 199.

(2) Malaquías, cap. III, 1.

estraña figura de la antigua historia de Israel (1); que era tambien otro Elías.—«Si quereis comprenderlo, Juan es Elías» que debe venir (2),» decia Jesus á los judíos y en ellos á M. Renan.—M. Renan acaba al fin por comprenderlo, y tan perfectamente, que la belleza del carácter y de la mision de Juan Bautista le inspira las líneas mas bellas, en nuestro concepto de su *Vida de Jesus*:

«Juan permaneció siendo en la leyenda cristiana lo que fue en realidad, el austero preparador, el predicador melancólico de penitencia antes de los regocijos de la llegada del Esposo, el profeta que anuncia el reino de Dios y muere antes de verlo. Gigante de los orígenes cristianos, este hombre que se mantenía con langostas y miel silvestre, este reparador de injusticias, fue el ajenjo que preparó los labios á la dulzura del reino de Dios. El degollado de Herodias abrió la era de los mártires cristianos, y fue el primer testigo de la conciencia nueva. Los mundanos que reconocieron en él á su verdadero enemigo, no pudieron permitir que viviese; su cadáver mutilado, tendido en el umbral del Cristianismo, trazó la sangrienta vía por donde debían pasar después que él tantos otros (3).»

Este es el precursor predicho por Malaquías y de quien decia: *Hé aquí al que viene.*

Después de esta profecía indicatoria, no hubo ya mas hasta Juan en el espacio de cuatro siglos. «Dios otorgó á la mages-

(1) *Vida de Jesus*, pág. 201.

(2) Math., XI, 14.

(3) *Vida de Jesus*, pág. 202.

»tad de su Hijo, dice Bossuet, que hiciera callar á los profetas durante todo este tiempo, para tener á su pueblo en espectacion respecto de Aquel que debia ser el cumplimiento de todos los oráculos (1).»

No faltó el pueblo á esta grande espectacion, y M. Renan lo demuestra perfectamente.

«Israel sostuvo admirablemente esta vocacion, dice, al través de numerosos desalientos. Sucédese, para la defensa de las antiguas instituciones una serie de hombres piadosos, Esdras, Nehemías, Onías, los Macabeos, devorados del celo de la Ley. La idea de que es Israel un pueblo de Santos, una tribu escogida por Dios y ligada á él por un contrato, echa raíces cada vez mas hondas. Llena las almas una espectacion inmensa. Toda la antigüedad Indo-europea habia colocado el paraiso en el origen (del mundo); todos los poetas habian llorado una edad de oro desvanecida. Israel ponía la edad de oro en el porvenir (2) Israel llega á ser verdaderamente y por escelencia el pueblo de Dios, en tanto que las religiones paganas se reducen mas y mas en torno suyo, en Persia y en Babilonia, á un charlatanismo oficial; en Egipto y Siria, á una tosca idolatria; y en el mundo griego y latino á ostentosos alardes. Los judíos hicieron durante los dos siglos precedentes á la era cristiana lo que han hecho los mártires

(1) *Discurso sobre la H. storia Universal*, part. II.

(2) No la ponía menos en lo pasado, con la diferencia, de que ponía la reparacion de su pérdida en el porvenir, y de él habian recibido las demás naciones este recuerdo y esta esperanza, en Él que era llamado *el deseado de todas las naciones*.

»cristianos en los primeros siglos de nuestra era, lo que han
 »hecho las víctimas de la ortodoxia persecuidora en el seno
 »mismo del Cristianismo hasta nuestro tiempo (1). Fueron
 »una protesta viva contra la supersticion y el materialismo re-
 »ligioso, haciendo de ellos en esta época, un movimiento
 »extraordinario de ideas que iba á parar á los resultados mas
 »opuestos, el pueblo mas notable y mas original del mun-
 »do. (2)»

M. Renan no nos deja el cuidado de consignar otro fenó-
 meno inesplicable, si no es sobrenatural; á saber, que esta
 prodigiosa espectacion del Mesias, que no se cansó ni precipi-
 pitó jamás durante cuatro mil años; que jamás se detuvo ni
 distrajo sobre ningun objeto, ni en ninguna época con ante-
 terioridad á JESUCRISTO, profetizó en cierto modo ella misma su
 término, en el momento en que iba á llegar á él ó mas bien
 para hablar con mas exactitud, reconoció este momento en las
 marcadas señales que de él habian dado las profecías.

«La Revolucion (3) ó en otros términos, el mesianismo
 »ocupaba entonces todos los entendimientos. Creíanse en vis-
 »peras de ver aparecer la gran renovacion; la Eseritura, ator-
 »mentada en diversos sentidos alimentaba las mas colosales
 »esperanzas. Véase en cada línea de los simples eseritos del
 »Antiguo Testamento la seguridad y en cierto modo, el pro-

(1) Conservamos esta frase en obsequio á la fidelidad de la cita.
 Hay clases de mártires, como respecto de otras cosas: *hay mártires y mártires*; y se les *conoce en sus frutos*, como á las demás cosas.

(2) *Vida de Jesus*, pág. 42.

(3) Estraño anacronismo de lenguaje, en el sentido absoluto y sub-
 versivo que da M. Renan á esta palabra.

»grama del reino futuro que debía traer la paz á los justos y
 »sellar para siempre la obra de Dios (1). Los reinados de los
 »últimos Asmoneos y el de Herodes, vieron aumentarse mas
 »la exaltacion, verificándose una serie no interrumpida de
 »movimientos religiosos. Distraido el mundo con otros es-
 »pectáculos, no tiene ningun conocimiento de lo que pasa
 »en este rincon olvidado del Oriente. Sin embargo, las almas
 »al corriente de su siglo se hallan *mejor enteradas*. El tierno
 »y *perspicaz* Virgilio parece responder, con un eco secreto, al
 »segundo Isafas; el nacimiento de un niño parece arrojarlo en
 »sueños de palingenesia universal. Estos sueños eran frecuen-
 »tes y comunes, y formaban como una especie de literatura que
 »se encubrió con el nombre de Sybilas. La reciente formacion del
 »imperio exaltaba las imaginaciones; la grande era de paz en
 »que se iba entrando y esa impresion de sensibilidad melancó-
 »lica que experimentan las almas despues de largos periodos
 »de revoluciones, suscitaban en todas partes ilimitadas espe-
 »ranzas (2).

(1) *Vida de Jesus*, p. 63.—No es este el de la *Revolucion*.

(2) Todo esto se halla insinuado muy hábilmente para disminuir el prodigio al confesarlo; tan grande es la trascendencia de esta confesion. Pudo suceder, que imprimiera en el mundo de las almas el nacimiento del Hijo de Dios, por oscuro que fuese, como una especie de estremecimiento, cuya impresion hubiera manifestado Virgilio, el alma mejor templada para sentirlo, en su célebre égloga, notable en este sentido, por cierta especie de énfasis que estaba en oposicion con el gusto siempre tan moderado del divino poeta. No obstante, considerando friamente las cosas, no me parece estar mas *enterado* ni haber sido mas *perspicaz* Virgilio que Ciceron, Suetonio, Tácito y Josefo, quienes autorizándose con los oráculos judios, como ellos dicen, oráculos recogidos con el nombre de Sybilas, repitieron ellos tambien, la grande espectacion del género huma-

»La espectacion se hallaba en su mayor auge en Judea; »personas Santas, entre las que se cita á un anciano Simeon, »que segun la leyenda tuvo á Jesus en sus brazos, y á Ana hija »de Phanuel, considerada como profetisa, pasaban su vida »alrededor del templo, ayunando, orando, para que pluguiese »á Dios no llevárselas del mundo sin haber visto el cumpli- »miento de las esperanzas de Israel. Siéntese en todo esto una »poderosa incubacion, precursora de algun acontecimiento des- »conocido.

»Esta mezcla confusa de vistas lucidas y de *sueños*, esta »alternativa de *decepciones* y de esperanzas, estas aspiraciones »contrariadas sin cesar por una odiosa realidad (1) encontra- »ron al fin su intérprete (2) en el hombre incomparable á »quien confirió la *conciencia universal* el titulo de Hijo de »Dios (3), y esto con justicia, pues que hizo dar á la religion

no. Hay además en esto de particular, acerca de Virgilio, segun el relato de Josefo (*Antigüedades*, lib. 19, cap. 25, y lib. 15, cap. 13), que Herodes el Grande fué á Roma en 714, el mismo año en que compuso Virgilio su égloga, y que habitó con Pollion, amigo de Virgilio; Pollion, cuyo nombre lleva la égloga, y á cuyo consulado se hace el honor del prodigio que en ella se canta. ¿Cómo dudar que no influyera un contacto tan inmediato con el rey de los judíos, tan preocupado entonces con la venida del Mesías en el giro y el colorido de esta égloga, y no le imprimiese un sello de *actualidad*?

(1) Fraseología evasiva para no decir; profecías claras, confirmadas, seguidas y acrecentadas. Jamás ha habido *sueño* ni *decepcion* con respecto al Mesías, hasta su venida, ni posteriormente, sino es para aquellos que lo han desconocido y lo desconocen.—Pero no pueden hacerse tales confesiones sin violencia.

(2) Porque era objeto de ellas.

(3) No ha conferido este titulo la conciencia universal, sino que lo ha confesado. El mismo Dios fue quien, en el bautismo de Jesucristo

«un paso con el cual ningun otro puede y probablemente no podrá jamás compararse.»

No pidamos ya mas á M. Renan. Estas confesiones son suficientes. Ahora, veamos en primer lugar, cómo ha sido inducido á hacerlas, y en segundo lugar, cómo ha tratado de librarse de ellas.

II.

Esta es la primera vez, desde el origen del Cristianismo, que ha hecho la incredulidad tales confesiones, y que han sido al fin reconocidas y admitidas en sus caracteres esenciales nuestras profecías, siempre victoriosas de la discusion, pero tambien siempre eludidas. Es asimismo la primera vez, y no creemos llamar sobrado la atencion del lector sobre este punto, que la incredulidad se ha hecho positiva y esplicativa, cuando solo habia sido negativa.

La esplicacion que la historia da de JESUCRISTO cuando le presenta como el *Deseado de todas las naciones*, el *Salvador*, el *Señor*, el *Dominador* y el *Cristo* prometido y esperado desde el origen del mundo; y cuando muestra en estas profecías tan prodigiosas, títulos sobrenaturales de su divinidad, es tan verdadera, que la misma incredulidad no puede empeñarse en este terreno histórico, sin caer desde el primer paso en esta esplicacion inevitable.

«En cualquier punto de vista que nos coloquemos, dice muy

y en su transfiguracion, se lo confirió con estas palabras: *Este es mi hijo amadisimo, en quien he puesto todas mis complacencias: escuchadle.*

»bien M. Scherer, es cierto que se anuncia Jesus como el intér-
 »prete autorizado de la ley, y el libertador *prometido* por los
 »profetas. Han llegado los días de una ciencia imparcial, y no
 »sé por qué se ha continuado en *eludir la dificultad* (1). No
 »es menos cierto que Jesus se creyó el Mesías y se anunció como
 »tal, y que este día fue el decisivo, y este hecho fue el hecho
 »capital en la historia de su pensamiento. Este fue el sentido
 »que dió á su mision, y es preciso colocarse absolutamente en
 »este punto de vista, si se quiere comprender su vida y su en-
 »señanza... Jesus se proclamó el Mesías. ¿Y qué es el Mesías?
 »*El Mesías es el libertador que prometió Jehovah á su pueblo;*
 »*es el personaje sobrehumano, cuyos rasgos han sido desar-*
 »*rollados ó detenidos por la profecía y el Apocalipsis durante*
 »*siete siglos*: es el rey (no significa otra cosa Mesías) que debe
 »venir á resucitar á los muertos, á juzgar á los hombres, á
 »volver á colocar á los judíos á la cabeza de las naciones, y
 »reinando eternamente sobre ellos, á establecer para siempre
 »en la tierra ese reino de Jehovah, que consiste en la verdad
 »y la justicia. Hé aquí lo que es preciso saber para compren-
 »der lo que correlaciona á Jesus con las creencias del Antiguo
 »Testamento, el lugar que ocupa en los anales de su nacion,
 »el papel que tambien hace en la historia religiosa de los hom-
 »bres: *el cumplimiento de la profecía mesiánica*, hé aquí la
 »clave de la vida de Jesus, y hé *aquí por qué* es una narra-
 »cion de los destinos de la idea mesiánica, la introduccion *in-*

(1) Tiene candor esta admiracion de M. Scherer, y la confesion que deja escapar.

« indispensable á la biografía del fundador del Cristianismo (1). »

No se podía explicar mejor nuestro pensamiento. Hasta hoy se *había continuado eludiendo la dificultad*; pero al fin, háse arriesgado á acometerla. Han *venido* al fin los días de la *ciencia imparcial*. Aquí os esperábamos. Es verdad que esta expectativa ha sido larga; mas no importa; siempre nos tenemos por felices en haber visto salir de vuestros labios esta confesión de tanto mas valor, cuanto mas largo tiempo ha sido retenida, á saber: que el que quiera hablar del fundador del Cristianismo, deberá partir de las profecías; y que es *absolutamente* necesario colocarse en el punto de vista de la profecía mesiánica y de *su cumplimiento* en JESUS, si se quiere comprender la vida y la enseñanza de JESUCRISTO. M. Scherer llega en su candor hasta á censurar á M. Renan *por no conocer suficientemente el fondo de las cosas*. Nosotros no somos tan exigentes, bastándonos las confesiones que ha hecho (2).

Réstanos ver cómo se libra de ellas. Así comprenderá tal vez M. Scherer por qué se ha continuado eludiendo la dificultad, y que hubiera sido mejor continuar eludiéndola.

Porque en verdad, la situación me parece embarazosa. Las profecías son manifiestamente prodigios, hechos *sobrenaturales*: en esto se conviene y hasta nos lo oponen. *Toda profecía, todo milagro, en una palabra, todo lo maravillo-*

(1) Periódico *El Tiempo* del 14 de julio y del 11 de agosto de 1863.

(2) Dispensamos á M. Renan, entre otras profecías que ha omitido, la gran profecía: *Ecce virgo concipiet et pariet*, de que ha hablado insidiosamente en la pág. 244, reservándonos no obstante, volver á ella, cuando tratemos de la Virgen María.

so, dice M. Havet, ha debido borrarle de la vida de Jesus como imposible. De tal suerte, que de la prediccion precisa y circunstanciada de la toma de Jerusalem referida en el Evangelio de San Lucas, se deduce *en seguida y sin mas averiguaciones*, que este libro se escribió despues del acontecimiento, *á no presentarse prueba en contrario*. No necesitamos presentar tal prueba con respecto á las profecías de Malaquías, de Daniel, de Isaias, de Jacob, de Abraham. Porque es evidente, y lo habeis confesado de un modo terminante, que fueron escritas antes del acontecimiento, al cual dominan, no en algunos años, como la prediccion de Jesus sobre Jerusalem, sino en muchos siglos. Tenemos, pues, aquí verdaderas profecías, y por consiguiente, segun vosotros mismos, verdaderos testimonios sobrenaturales.

¿Cómo se libra de esto M. Renan?

Me cuesta trabajo decirlo, por respeto á la razon y á los lectores; pero hélo aquí:

«Gracias á una especie de sentido profético que hace por momentos al semita maravillosamente apto para ver los grandes lineamentos del porvenir, dice, el Judío hizo entrar á la historia en la religion (1).»

Aquí podria trabarse un diálogo entre el lector y el crítico.

EL LECTOR.

Esta esplicacion corta en verdad muchas dificultades ¿cómo la habeis encontrado?

(1) *Vida de Jesus*, p. 47.

EL CRITICO.

Nosotros, los libres pensadores, sabemos desde luego las cosas. Otro se hubiera quedado embarazado y os hubiera dicho: es esto, es lo otro; pero yo, yo toco en el punto de la dificultad desde luego, y os enseño, que el semita es maravillosamente apto para ver los grandes lineamentos del porvenir.

EL LECTOR.

Si; pero quisiera me dijerais en qué consiste esto.

EL CRITICO.

Nada mas fácil: esto consiste en que tiene sentido profético.

EL LECTOR.

Muy bien: pero ¿por qué tiene sentido profético?

EL CRITICO.

Muy sencillo: por la virtud de prevision que tiene. Por esto precisamente es el semita profeta.

EL LECTOR.

Os pareceis mucho en este instante á un *critico á pa-*
los (1); y habeis tenido fortuna en que no tuviera Moliere sentido profético.

(1) Asi tradujo Moratin el título de la comedia de Moliere, *le medecin malgré lui*. (N. del T.)

Verdaderamente, esta es la única manera de caracterizar el ridículo, por cuyo medio se libran estos señores de sus confesiones.

¿Qué es esa *especie de sentido profético* que, con veinte siglos de distancia, pudo anticipar la vista de los acontecimientos mas inimaginables, y no obstante del modo mas circunstanciado; ese sentido con que se hallaria *maravillosamente dotado por momentos* el semita, tan solo de toda la raza humana, el cual, á decir verdad, solo se hubiera dispensado á una docena de semitas? ¿No seria esto una derogacion de la *inflexibilidad del régimen general de la naturaleza*, derogacion mil veces mas inconcebible que el milagro, puesto que partiria del seno mismo de la naturaleza, y no de la omnipotencia que la rige? Y además, ¿habia de ser este semita, que precisamente es un prodigio de ceguedad en el mundo durante diez y ocho siglos, quien se hallara dotado de tal penetracion y perspicacia, quien tuviera el sentido de preveer, él que no ha tenido el sentido de *ver* su propio desastre? Finalmente ¿cómo es que considerais la profecía como un verdadero prodigio, como un verdadero milagro, que rechazais por ello, cuando creéis poder negar la anterioridad de la prediccion, como la de Jesus sobre Jerusalem, y que deja de serlo en el momento en que es incontestable esta anterioridad? ¿Cómo, pues, es á vuestro juicio, mas prodigiosa la prediccion, á cincuenta años del acontecimiento, que á cinco, siete y veinte siglos de distancia? ¿y cómo al adquirir magnitud, se aminora?

Verdaderamente que no se deben discutir estas cosas, sino solo aprovecharse de ellas.

Porque, en efecto, demuestran los absurdos que hay que creer, cuando no se quiere creer en maravillas, y que las pruebas de nuestra fe son tales, que es preciso rendirse á ellas, so pena de desatinar.

Las profecías particularmente se hallan dispuestas con el fin espreso de reducir á la impiedad al extremo de callar confundida, quitándola toda escusa, y dejándola, no digo sin razon, sino sin pretesto.

El mismo autor de las profecías se ha explicado de esta suerte:

«Anunciad y venid, dice al impío, y consultad á una; ¿quién hizo oír esto desde el principio y desde entonces lo predijo? »¿Por ventura no soy yo el Señor? (1). Yo, que anuncio desde el principio lo postrero y mucho tiempo antes lo que aun no ha sido hecho, diciendo desde el origen del mundo: subsistirán mis decretos, y mi voluntad será ejecutada (2).

»Yo predije y salvé; yo he hecho solo estas maravillas á vuestra vista; vosotros sois testigos de mi divinidad, dice el Señor (3).

»Yo hice predecir largo tiempo antes lo que ha acontecido despues; yo lo publiqué desde luego primeramente y lo hice en seguida, porque supe que érais duros y nervio de hierro vuestra cerviz y vuestra frente de bronce; por esto quise anunciar estas cosas antes del acontecimiento, para que no pudiérais decir que fuè obra de vuestros idolos y efecto de orden suya, »y reconociérais que yo soy el Eterno (4).»

(1) Isaías, cap. LXV, 24.

(2) Idem, cap. XLVI, 10.

(3) Idem, cap. XLIII, 12.

(4) Idem, cap. XLVIII, 3 y 4.

M. Renan no tenia que explicarse solamente sobre las profecías; debía hacerlo tambien sobre su cumplimiento. Nuevo escollo; porque si el haber sido predicho el Mesías, asi como todos los grandes acontecimientos de que es centro, es ya un prodigio, el haber cumplido tan magnificamente Jesucristo por su parte el objeto de estas profecías, es otro prodigio que corresponde al primero, y que no puede explicarse sino por su sobrenatural correlacion y por la verdad del carácter mesiánico que se encuentra en Jesus. Segun M. Renan, no hay nada de esto, y Jesus solo fue un hábil y feliz intérprete de las profecías.

Nadie habrá que no se admire de la imposibilidad de este sistema. Que haya aparecido un hombre que no fuera realmente el Mesías, en la hora predicha desde el origen del mundo y en que el mundo le esperaba; que no haya tenido rival en la empresa de representar este papel, ó mas bien, que solo hayan servido los falsos mesías que se presentaron entonces, para testificar que debia existir uno verdadero y que solo él lo era; que haya estado, desde el primer dia, á la altura de esta prodigiosa mision; que haya cumplido punto por punto su programa gigantesco, en su duplo carácter de oscuridad y de gloria, de inmolacion y de triunfo; que se hayan realizado por él de tan literal y colosal manera la conversion de los gentiles y la reprobacion de los judíos, este misterio de anuncio tan brillante como de tan impenetrable cumplimiento; que tanto los acontecimientos que siguieron á su muerte como los que marcaron su vida, se hayan ordenado universalmente para la justificacion y consumacion en él de las profecías; que haya cesado para siempre

desde su venida, la incesante espectacion que le precediera; en una palabra, que haya satisfecho esta espectacion profética de tal suerte, que no hubiera podido estar mas acorde el acontecimiento con la profecía, si se hubiera hecho la profecía despues del acontecimiento, y que no sea éste el verdadero MESÍAS; hé aquí un prodigio mas grande que el que se quiere evitar, porque repugna y confunde á la razon, cuando el otro solo es superior á ella.

Pues bien, M. Renan no disminuye en nada este gran carácter mesiánico de Jesus; lo confiesa y reconoce, haciendo el ridículo papel de hacer resaltar sobre él sus consecuencias:

Segun M. Renan, no vacila Jesus en manifestarse como objeto de las profecias. Sus ideas y sus resoluciones se espresan sobre ello con perfecta nitidez. «Será abolida la ley, y él es quien la abolirá. Ha venido el Mesías; y él es quien lo es. En breve se revelará el reino de Dios, y por él es por quien se revelará. Sabe muy bien que será víctima de su arrojo; pero no puede conquistarse el reino de Dios sin violencia, debiendo fundarse por medio de crisis y dislaceraciones. El Hijo del hombre vendrá con gloria despues de su muerte, y los que le hayan rechazado serán confundidos (1). Algunos partidarios de las ideas mesiánicas habian ya admitido que traeria el Mesías una ley nueva, que seria comun á toda la tierra. Parece que los Esenios, que eran apenas judíos, miraron con indiferencia el templo y las observancias mosáicas. Pero esto no eran mas que arrojos, atrevimientos aislados ó no confesados. Jesus fue el primero que se atrevió á decir que desde él,

(1) *Vida de Jesus*, p. 236 y 237.

»ó mas bien, desde Juan, no existia ya la ley... Y sobre este
 »punto se valia de comparaciones enérgicas. No se compone lo
 »viejo con lo nuevo: no se echa el vino en odres viejas. Hé
 »aquí prácticamente sus actos de señor y de creador... Llama
 »á todos los hombres á un culto fundado en su sola cualidad de
 »hijos de Dios. Proclama los derechos del hombre, no los dere-
 »chos del judío; la liberacion del hombre, no la del judío. ¡Ah!
 »¡ cuán lejos estamos de un Judas Gaulonita, de un Matías
 »Margaloth (falsos Mesías) predicando la revolucion en nombre
 »de la ley! Fundada está la religion de la humanidad sobre el
 »corazon, no establecida sobre la sangre. Moisés ha sido su-
 »perado; el templo no tiene ya razon de ser, y se halla conde-
 »nado irrevocablemente (1).»

Hé aquí cómo confiesa M. Renan el gran carácter mesiá-
 nico de Jesus; carácter que corresponde á la dimension de las
 profecías y que completa la demostracion que de ellas resulta.

III.

Pero lo que no confiesa tan bien, aunque sin embargo lo
 confiesa lo suficiente para que podamos sacar partido de ello,
 son las profecías del mismo Jesus.

La gran señal de que era Jesucristo objeto de las profecías,
 son las que hizo sobre sí mismo, probando con su realizacion
 que era divino y verdadero el cumplimiento en él de las profe-
 cías antiguas. De esta suerte demostraba en sí el mismo espí-
 ritu con que se anunció en sus profetas, de modo que se justi-
 ficara, si es lícito hablar así, su identidad, y para poder decir,

(1) *Vida de Jesus*, p. 221, 222 y 223.

segun ya lo habia predicho : «Héme aquí presente á mí que hablé en otro tiempo (1).»

Con este fin, todo ha sido profecía en JESUCRISTO.

Ya lo era al verse él mismo y anunciarse en la oscuridad de su advenimiento, por la inspiracion profética que él hizo prorumpir en torno de su cuna en boca del Angel, de Isabel, de Juan Bautista, de Zacarías, de Simeon y de su divina Madre. ¡Qué admirable coro el que elevaron todos estos santos personajes á la llegada de Jesus! ¡Qué profecias las de las palabras del Angel y de Isabel, y el estremecimiento precursor de Juan Bautista! ¡Qué cánticos como el *Benedictus*, el *Nunc dimittis* y el *Magnificat*! y ¡cuán poco sentido de lo verdadero, de lo bello y de lo santo es preciso tener para no arrebatarse con el acento, y quedar convencido con el prodigio de estas deslumbradoras profecias! ¡Qué diremos ahora de las profecias del mismo Jesus, anunciándose punto por punto hasta en la ignominia de su suplicio, como el objeto de las profecias, dirigiendo él mismo, con este fin, los acontecimientos á que parecia sucumbir, y cortando en cierto modo su destino por el patron de las profecias! No debiendo estas profecias hallar su cumplimiento final sino con su sacrificio, es decir, con lo que debia, humanamente hablando, aniquilarle, era mostrarse verdadero señor y regulador de ellas, profetizar desde este aniquilamiento su triunfo, y volver á echar ó haciendo retoñar, como dice muy bien M. Renan, las *grandes pruebas despues de su muerte* (2). Pues bien, está es lo que hace Jesus constantemente en

(1) Isaias, LII.

(2) *Vida de Jesus*, p. 291.

el Evangelio; y si no nos conmueven ó nos causan sensacion estas profecias de Jesus, como las antiguas profecias y las de los santos personajes evangélicos de que hemos hablado, consiste en que son sus caracteres mas eminentes: la serenidad y sencillez divina con que anuncia las mayores maravillas y la grandeza del acontecimiento en el que aquellas han como desaparecido.

—*Seguidme*, dijo á Simon y á Andrés que echaban sus redes al mar, y *os haré pescadores de hombres* (1).

—*Dejadla*, dijo á los que censuraban á la Pecadora por haber derramado perfumes á sus pies: *En verdad os digo, que donde quiera que se predique este Evangelio, y lo será en el mundo entero, se publicará en alabanza de esta mujer lo que acaba de hacer en este momento* (2).

—*Sera echado afuera el príncipe de este mundo, y yo cuando sea levantado de la tierra, atraeré á mí todas las cosas* (3).

—*Recibireis la virtud del Espíritu Santo que bajará sobre vosotros y me rendireis testimonio en Jerusalén, en toda la Judea, en la Samaria y hasta en los confines de la tierra* (4).

—*Llegará tiempo*, dijo hablando del templo, á los que le, hacian notar la belleza de su fábrica, *en que lo que veis aquí será destruido de tal suerte, que no quedará piedra sobre piedra*. Y como le preguntaran la época de este acontecimiento,

(1) Marc. I, 18.

(2) Math., XXXVI, 13; Marc., XIV, 9.

(3) Juan, XII, 31 y 32.

(4) Act., I, 8.

contestó: *en verdad os digo que no pasará esta generacion sin que se hayan realizado estas cosas*; despues predijo el sitio y saqueo de Jerusalem, y *será hollada por los gentiles hasta que se cumplan los tiempos de las naciones*, y la desolacion de Jerusalem *por no haber conocido el tiempo en que fue visitada* (1).

—Al mismo tiempo que predice que no quedaria en la Sinagoga ni en Jerusalem piedra sobre piedra, funda y profetiza la Iglesia en aquella inconmensurable profecía que anuncia á todo el universo la cúpula de San Pedro en Roma: *TÚ ERES PEDRO, Y SOBRE ESTA PIEDRA EDIFICARÉ MI IGLESIA, Y LAS PUERTAS DEL INFIERNO NO PREVALECERÁN CONTRA ELLA* (2).

—Y finalmente, al dejar la tierra, nos da aquella postrera é invencible profecía, que fue como el impulso divino que comunicó á la Iglesia el movimiento que le hizo atravesar los siglos, descubrir toda clase de escollos, y hollar todo género de obstáculos á nuestra vista: *«SE ME HA DADO TODO PODER EN EL CIELO Y EN LA TIERRA. ID, PUES, POR TODO EL MUNDO Y ENSEÑAD A TODAS LAS GENTES, BAPTIZÁNDOLAS EN EL NOMBRE DEL PADRE Y DEL HIJO Y DEL ESPIRITU SANTO: ENSEÑÁNDOLES A OBSERVAR TODO LO QUE OS HE MANDADO; Y MIRAD QUE YO ESTOY TODOS LOS DIAS CON VOSOTROS HASTA LA CONSUMACION DE LOS SIGLOS* (3).

—PASARÁN EL CIELO Y LA TIERRA, PERO NO PASARÁN MIS PALABRAS (4).

(1) Luc., XIX, 44, XXI, 24.

(2) Math., XVI, 18.

(3) Math., XXVIII, 18, 19, 20.

(4) Luc., XXI, 33.

—Al oír semejante lenguaje y al ver la universal y eterna obediencia que le prestan los acontecimientos, aparece Dios; *Patet Deus*; y desdichado aquel que no cae, la faz á tierra, para adorarle.

IV.

¡Por qué hemos de tener que añadir ya una sola palabra! Sin embargo, conviene manifestar á lo que se ve reducido sobre este punto M. Renan y la incredulidad en él.

Omite, sin negarlas, es decir, elude las profecías relativas á la revolucion universal anunciada y verificada por JESUCRISTO desde lo alto de su Cruz, y á la mision que se dió á los Apóstoles y á la Iglesia de ir á predicar el Evangelio á los confines de la tierra y hasta el fin de los tiempos: ¡y esto en una vida de JESUS!

Reconoce y confiesa las profecías relativas á la trasformacion de los pescadores en apóstoles;—á la gloria universal de la Magdalena;—y á la fundacion de la Iglesia.

Y finalmente, niega y confiesa á un mismo tiempo la profecía relativa á la destruccion del templo y á la ruina de Jerusalem.

Pero lo que da peso á estas confesiones, es el esfuerzo de M. Renan por disminuir su importancia, revelando de esta suerte hasta el ridiculo, lo embarazado que para esto se halla.

Y en primer lugar, respecto de la trasformacion de los pescadores en apóstoles:

«Jesus, dice, que gustaba del juego de palabras, decia á veces que haria de Simon y Andrés pescadores de hombres.

»En efecto, de todos sus discípulos, estos le fueron los mas fielmente afectos (1).»

Véase ya esta sencilla y sublime profecía reducida á un juego de palabras, y fuera de esto, no teniendo razon de ser. Juego de palabras en efecto; pero empleado por Aquel que puede hacer de él un juego de cosas, como se vió cuando Simon convirtió en su primer predicacion *tres mil* hombres, y en su segunda *cinco mil* (2), y cuando en breve convirtieron estos pescadores de peces y guardaron en sus redes, no ya á hombres, sino á ciudades, á provincias, al imperio, al mundo entero (3)!»

A veces, dice tambien M. Renan, como para disminuir la importancia de aquellas palabras que dijo tan solo en esta ocasion, para dar á entender que las decia con frecuencia y en la familiaridad de la conversacion.

En efecto. ¿Quién no creerá que refiriéndose este en efecto á lo que precede, no induzca la consecuencia: fueron en efecto pescadores de hombres? Pero nada de eso: *de todos sus discípulos, estos le fueron los mas fielmente afectos*. ¡Qué lindo escamoteo! M. Renan, solo deja ver esta idea, que en verdad

(1) *Vida de Jesus*, p. 150.

(2) Actos, II, 41; IV, 4.

(3) Lo que pareceria mas bien un juego de palabras seria esta frase: *Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia*: y á ella alude sin duda M. Renan, sin explicarse, sabiendo muy bien la respuesta que puede dársele. JESUS, no se vale, en efecto, en esta memorable frase del nombre de Pedro, quien tenia ya el de Simon, sino que Jesus dió anteriormente aquel nombre de Pedro al apóstol para este fin, cuando le dijo: «No te llamarás ya Simon, sino Pedro,» como nombre simbólico que debia designar su destino.

no es cierta, puesto que renegó San Pedro de Jesús: ¡Y no dice nada de la grande, de la prodigiosa maravilla de la pesca evangélica! ¡Oh! ¡qué cosa mas bella es la crítica!

Vamos ahora á la pecadora glorificada.

Despues de una innoble página en que trasforma el autor de la *Vida de Jesús*, en efecto teatral, el más bello impulso de corazon que ha registrado la humanidad en el postramiento de la pecadora á los pies del Salvador, y en la que hace un reclamo á favor de la reputacion de Jesús, quien, dice, se prestó á ello *porque era favorable á su objeto que se le tributaran honores*, M. Renan, inspirando á Jesús de un sentimiento de ambicion contrariada por la observacion de los asistentes, sobre la prodigalidad de que era objeto en aquella circunstancia, dice: Asi, cuando se le habló de los pobres, contestó con bastante viveza: «siempre habrá pobres entre vosotros; pero á mí no siempre me tendreis.» Y exaltándose despues, prometió la inmortalidad á la mujer que en aquel momento crítico (porque estribaba en él la reputacion de Jesús) «le dió una prueba de amor.»

Prometió la inmortalidad. Ya se ha visto y debe volver á verse en que términos. ¿Y sobre el cumplimiento de esta profecía? Nada. Si alza la cabeza M. Renan, le bastará á mi fe indignada, que tropiecen sus ojos con el frontispicio de la Iglesia de la *Magdalena*, donde exalta este templo, fundado á la *Gloria*, por uno de sus mayores favoritos, en la capital del mundo civilizado, á aquella vil pecadora de quien dijo *Jesús* hace diez y ocho siglos á los que la rechazaban: «En verdad os digo, que por do quiera que se predique este Evangelio, y lo será

»por todo el mundo, se publicará para gloria de esta mujer
»lo que acaba de hacer en este instante.»

En cuanto á la memorable profecía, *tú eres Pedro*, etc., M. Renan la confiesa y reconoce en estos términos: «Jesus
»echa con una *rara* seguridad de miras, las bases de una igle-
»sia *destinada* á durar.»

Rara, en efecto, pero no tan rara aun como la ridícula afectacion que poneis en hacer desaparecer el prodigio. En cuanto al, *destinada á durar*, es evidente que lo fue la Iglesia, puesto que *no podeis nada contra ella*. Pero de que estuviera destinada á durar, no se sigue que se pudiese prever antes de que existiera, como vemos hace diez y ocho siglos, á no ser por el Soberano Señor de los destinos.

Finalmente, respecto á la prediccion de Jesus sobre Jerusalem y sobre la destruccion del templo, sin que debiese quedar *pedra sobre piedra*, se ve M. Renan poseido de un pavor extraño. Esta profecía tiene el privilegio de parecerle, asi como á M. Havet, un verdadero prodigio, que si se hallase probado, abriria la puerta á lo sobrenatural en la historia: es para ellos una verdadera pesadilla. ¿Y por qué? Un nombre recordado indiscretamente por M. Renan, ha sido para nosotros la palabra ó solucion del enigma. Tal es el de *Amiano Marcelino* (1). Sabido es, en efecto, cómo, segun este historiador, queriendo el emperador Juliano, sacar mentirosa la profecía de Jesus sobre el templo, puso en juego todo su poder imperial y todo el fanatismo de los judíos para volver á colocar en él *pedra sobre piedra*, y con qué prodigio quedó confundida esta tentativa

(1) *Vida de Jesus*, p. 215.

sacrilega, confirmándose grandemente la profecía. «Segun »atestiguan escritores contemporáneos, cuyo testimonio es »imponente, dice Gibbon, fueron derribados y dispersados los »nuevos cimientos del templo por torbellinos de viento y de »fuego (1).»

M. Renan, animado del mismo espíritu que Juliano, procede de diverso modo y á menos costa; fijándose, no en el cumplimiento de la profecía, sino en la misma profecía; en su fecha. No hay duda alguna, dice, que se escribió despues del suceso; despues del sitio de Jerusalem. Jesus la tomó de la leyenda, y aunque todo demuestra que San Lucas que la refiere, escribió su Evangelio mucho antes, sin embargo, deduce de la sola consideracion de ser un hecho sobrenatural, y *sin mas indagaciones*, que San Lucas la escribió necesariamente despues del sitio de Jerusalem. Así lo afirma por cuatro veces M. Renan, y para mayor seguridad, pone M. Havet su sello á estas afirmaciones.

Muy bien; luego, si independientemente de San Lucas, y por medio de documentos cuya anterioridad no negais, probamos la profecía, resultará, segun propia confesion vuestra, un testimonio sobrenatural, bien verídico.

Pues bien; hállase referida la misma profecía por San Mateo y San Marcos, cuya autoridad reconoceis: «¿Veis todas »estas cosas? dijo Jesus á los que le mostraban la fábrica del »templo: En verdad os digo, no quedará aquí piedra sobre »piedra (2).»

(1) *Historia de la decadencia del imperio romano*, t. IV, p. 399 á 401.—Gibbon refiere estensamente las circunstancias de este suceso.

(2) Math., XXIV, 1, 2.—Marc. XIII, 1, 2.

Pero ¡qué necios somos en tomarnos este trabajo, puesto que conviene en ello M. Renan! Si: conviene en la anterioridad de la prediccion, y conviene, no solamente por el testimonio de San Mateo y de San Marcos, sino por el de San Lucas mismo, aun despues de haberlo rechazado cuatro veces (1).

¿Luego el mismo cae en sus propias redes, se dirá? Así sería, si no fuese un libre pensador *que juzga y no es juzgado*, y que se ríe de la discusion y de la razon.

Estos señores tienen privilegios verdaderamente sobrenaturales contra lo sobrenatural.

No adivinaríais nunca, cómo, despues de haber negado la profecía de Jesus sobre el templo contra toda prueba; despues de haberla confesado contra su propia negacion, la explicara contra el carácter sobrenatural de prodigio que ha reconocido en ella de una manera tan paladina.

«Mas *perspicaz* que los incrédulos y los fanáticos, dice, »*adivinaba* Jesus que aquellos soberbios edificios habian de ser »de corta duracion (2).»

No acariciaremos este último rasgo comentándolo, puesto que cae por sí mismo, y acaba de demostrar, respecto de las profecías, la verdad de nuestra fe, con la sin razon del impío.

Además de su general trascendencia, tiene ésta demostracion una trascendencia radical contra toda la obra de M. Renan, que debemos notar al concluir este capitulo.

Las profecías atestiguan la existencia y la intervencion de

(1) *Vida de Jesus*, p. 339.

(2) *Ibid*, p. 211.

un ser que domina los tiempos y los acontecimientos; para quien no hay tiempo; que es eterno. *Ellas nos obligan á reconocer que es ETERNO*, segun la justa espresion con que el mismo se caracteriza en sus profecías.

Ahora bien, en esto es manifestamente *sobrenatural*; y verifica un acto manifiesto y brillante; puesto que es verdad que se halla la naturaleza humana sujeta al tiempo, y es inevitablemente presa de esta esfinge que está sentada á las puertas del porvenir y que guarda sus misterios.

Tenemos, pues, en las profecías, hechos confesados por nuestros adversarios, y cuyo carácter sobrenatural en sí mismo, se halla probado por la ridícula imposibilidad de sus esplicaciones.

Y estos hechos no son, como dice M. Proudhon, hechos que no responden á las condiciones de la ciencia, *verificados por excepcion, notados por casualidad, designados por testigos privilegiados*, sino que son hechos *constantes*, cual los hubo jamás; hechos que se dividen la historia entera de la humanidad, en dos mil años de profecía y dos mil años de cumplimiento; hechos que tienen dispersada por el universo á toda una raza, para testigo ciego de la profecía, y al mundo entero por teatro del acontecimiento; hechos, en una palabra, que hacen de la Religion un milagro perpétuo que atraviesa los siglos, desde el origen hasta el fin de los tiempos.

Lo sobrenatural, el milagro en sí mismo y con relacion á JESUCRISTO, es pues lo mas histórico y mas patente que hay en el mundo. De El se halla formada la historia y todos nosotros somos sus actores.

Decir despues de esto que es imposible lo sobrenatural, es decir una cosa que hace bien de ponerse al abrigo de toda discusion, porque no podria soportarla.

Y como este es el *único* argumento de M. Renan sobre que gira toda su obra, ésta cae á tierra naturalmente en las demás partes que nos restan que examinar.

CAPÍTULO VII.

LOS EVANGELIOS

Es evidente que los Evangelios son un hecho histórico. M. Renan, puesto que en otros puntos lo sobrenatural (1) y que lo sobrenatural es imposible (2). Tenemos ya dicho de volver el argumento de todo. Has no es evidente, puesto que se intenta lo sobrenatural en las profecías, y en su consecuencia, ésta es real y posible. Además, reconocemos que no se resuelve con esto solo la cuestión, sino que resta que examinar si es verdadero lo sobrenatural de los Evangelios, y si estos son históricos. Esta es una cuestión de autenticidad y de credibilidad, no una cuestión de esta clase, y que debe tratarse con otras que le sean propias. M. Renan no produce ninguna de estas razones en contra y nos fuerza con sus conclusiones sobre la autenticidad de los Evangelios. Esto es lo que vamos á demostrar, procediendo siempre á

(1) Introducción, p. 15.
 (2) Loc. cit.

CAPITULO VII.

LOS EVANGELIOS.

«Es evidente que los Evangelios son en parte legendarios, »dice M. Renan, puesto que en ellos abunda lo sobrenatural (1) y que lo sobrenatural es imposible (2).»

Tenemos ya derecho de retorcer el argumento, diciendo: Eso no es evidente, puesto que se ostenta lo sobrenatural en las profecías, y en su consecuencia, este es real y posible.

Además, reconocemos que no se resuelve con esto solo la cuestion, sino que resta que examinar si es verdadero lo sobrenatural de los Evangelios, y si estos son históricos.

Esta es una cuestion de autenticidad y de credibilidad como cualquiera otra de esta clase, y que debe tratarse con razones que le sean propias.

M. Renan no produce ninguna de estas razones en contra, y nos gratifica con sus confesiones sobre la autenticidad de los Evangelios.

Esto es lo que vamos á demostrar, procediendo siempre á

(1) Introduccion, p. 15.

(2) *Passim*.

consignar y justificar, con respecto á él estos dos puntos: valor de sus confesiones ó reconocimientos; pobreza de sus esplicaciones.

I.

Las confesiones ó reconocimientos de M. Renan sobre los Evangelios, asi como sobre las profecías, inauguran una nueva era para la polémica cristiana. Confiada la incredulidad en la debilidad de la razon de este tiempo, fuerte en particular con su famoso principio de la imposibilidad de lo sobrenatural, ha creído poder ser impunemente sincera en sus confesiones, lisonjeándose de rescatarlas con sus esplicaciones.

Era por otra parte necesario que ella misma se condenase, obligada á ello por los grandes trabajos de la apologética cristiana. Y en efecto:

Jamás se ha cuestionado antes del último siglo sobre la autenticidad de los Evangelios. Jamás han suscitado los mas encarnizados enemigos del Cristianismo, en la época, no obstante en que era mas fácil de desenmascarar el fraude histórico, la mas ligera sospecha contra esta autenticidad. Jamás imaginaron Juliano, Celso, Porfirio, los heréticos, los judíos vigilantes celosos é investigadores incesantes de todo cuanto podia desacreditar estos títulos de nuestra fe, poner estos en duda. Han discutido el carácter ó la influencia de los hechos, pero no su existencia y su narracion, y aun han llegado á formarse con ellos un arma contra nosotros. «Se halla tan justificada la autoridad de nuestros Evangelios, decia San Ireneo en el segundo siglo, que los mismos herejes les rinden testimonio.

»Es, pues, bien verdadera nuestra doctrina, puesto que está
 »apoyada en los libros que nuestros mismos adversarios confir-
 »man, reconociéndolos y confesándolos (1).»

Ha habido *desde que se escribieron* los Evangelios, dos tra-
 diciones, y si es lícito hablar así, dos comprobantes ó regis-
 tros que han asegurado su autenticidad original y su constante
 integridad, con tanta más certeza, cuanto que estos dos com-
 probantes ó registros, enemigos mutuos, se comprobaban ó re-
 gistraban ellos mismos recíprocamente, formando así una ga-
 rantía humanamente infalible, puesto que lo era en razón mis-
 ma de la oposición de sus elementos. Estos dos registros son:
 el de la fe y el de la impiedad. La tradición cristiana, tradi-
 ción pública en los fieles y vigilante en sus pastores, ofreciendo
 por esto ella misma una doble garantía, se ha hecho cargo de
 los Evangelios desde su redacción. Nos los muestra bajo la plu-
 ma, en cierto modo, de los Evangelistas é inmediatamente sir-
 viendo de lectura y de testimonio en las congregaciones de los
 fieles y en los escritos de los confesores, sin que haya habido el
 menor intervalo de tiempo para que pudiera formarse sobre
 ellos la leyenda. Al mismo tiempo, los herejes, los judíos y los
 filósofos comienzan, ó más bien continúan aquella guerra que
 comenzó en torno mismo de Jesucristo, y al fuego de la cual
 se escribieron los Evangelios. Vigilan sobre su autenticidad y su
 fidelidad histórica, y estas son tan evidentes que se atreven ellos
 á todo, pero sin que les ocurra negarlas. Los cuatro Evangelios
 llegan á ser el documento común, el terreno del combate. Así
 no ha cesado de darse traslado, de comunicarse *estas proban-*

(1) San Ireneo, lib. III, c. II, v. 7. *col sup. ubiqz obargos los*

zas, este protocolo de la parte adversa, desde el origen del proceso, á todos los adversarios que figuran en él contra nosotros. Lo han tenido continuamente en sus manos, se lo hemos puesto en ellas nosotros mismos, obligándoles á discutirlo oponiéndoselo. Lo han examinado y revuelto por todos lados para la defensa ó el ataque; han hecho de él sus mismas probanzas, su mismo protocolo, comentándolo, interpretándolo, violentándolo, para sacar de él contra nosotros mil inducciones falsas y sacrílegas. ¿Y se nos había de rechazar hoy como sospechoso de falta de autenticidad, se nos había de redargüir de falso este protocolo, estas probanzas, que han manoseado sus propias manos durante diez y ocho siglos, que han abrumado con sus injuriosas objeciones, y manchado con el veneno de su impiedad? Esto no sería *admisibile*, jamás lo ha sido, puesto que nunca se les han ocultado las Escrituras, que estas se han escrito á sus propios ojos, á vista de los judíos y de los paganos que degollaban á sus autores, pero que no los desmentían.

Sin embargo, en el último siglo, se emprendió á favor del tiempo transcurrido y de la prevencion de oscuridad que siempre se atribuye á los orígenes de las cosas, el levantar nubes sobre la autenticidad de los Evangelios. Propúsose por primera vez esta cuestion, y fue objeto de grandes trabajos que han terminado en Strauss, como la espresion mas avanzada de la crítica enemiga. Pero Strauss retrocede ya voluntariamente en la tercera edicion de su *Vida de Jesus* (1), en que declara haberse aminorado con un nuevo estudio el valor de sus dudas contra la autenticidad de San Juan y sobre el valor que merece, recono-

(1) Prólogo de la 3.^a edicion, y seccion III, c. IV, § 36.

ciendo tambien ser igualmente documento digno de fe una epistola de San Pablo, redactada treinta años despues de la resurreccion, en presencia de testigos que aun vivian. Igual confesion hizo el doctor de Wette, en su *comentario de San Juan*. Este fue el principio de la reaccion contra la sorpresa que causó á la fe de los siglos una erudicion falsa. Levantáronse defensores de la verdad en Alemania, donde se habia concentrado el ataque, y completando sus grandes trabajos los que habian aparecido anteriormente en Inglaterra, hicieron arrepentir para siempre á la incredulidad de su tentativa. La autenticidad de los Evangelios que habia sido hasta entonces del simple dominio de la tradicion, como hemos demostrado arriba, pasó en adelante al de la ciencia; y el Cristianismo se enriqueció una vez mas, con los ataques de sus enemigos.

Hoy se halla agotada esta cuestion; pero estaba reservado á M. Renan consentir la sentencia y enterrar á Strauss.

Veamos cómo.

En primer lugar, es una observacion juiciosísima la que se escapa de su pluma al fin de su libro, al decir que, «por una »rara singularidad de la historia, vemos mucho mejor lo que »pasó en el mundo cristiano desde el año 50 al año 75, que en »tiempos menos remotos (1).»

El beneficio de esta observacion se aplica casi exclusivamente á los escritos del Nuevo Testamento, y mas particularmente á los Evangelios. Hay en ellos, en efecto, un carácter que distingue la historia del Cristianismo de todas las demás historias. En todos los orígenes de estas se nota oscuridad, al

(1) *Vida de Jesus*, introduccion, p. VI.

paso que ilumina la cuna de aquella la luz mas clara y viva; porque el héroe mismo de esta historia, es la luz con que lo ilumina todo á su alrededor, y con que aparecen deslumbradoras las páginas de su Evangelio. Toda historia parece pálida al lado de este luminoso carácter, *y se hallan menos justificados los hechos de Sócrates de que nadie duda, que los de JESUCRISTO (1)*. De manera, que como dice muy bien Schelling: «Desde el punto de vista mismo de la filosofía, el Cristianismo »es no solamente una pura concepcion de la inteligencia, sino »que es otra cosa además, es un *hecho y el mas grande de todos*, y este hecho tiene por *centro la persona de CRISTO*, el »*CRISTO tal como nos lo ha representado el Evangelio (2)*.»

En esto se separa M. Renan de Strauss, quien solo ve en JESUS un ideal teológico y legendario: «Háse equivocado »M. Strauss, dice, en su teoría sobre la redaccion de los »Evangelios, y su obra tiene, en mi juicio, el defecto de »apoyarse demasiado en el terreno teológico, y muy poco en »el terreno histórico (3).» Sin embargo, M. Renan, cree deber suyo disculpar á Strauss, en una nota al pie de la página, de haber negado la existencia de JESUS, y llama estraña y absurda calumnia esta opinion que se tiene generalmente de su sistema. Es verdad, en efecto, que reconoce Strauss que existió un Cristo cualquiera; pero tambien lo es que niega la existencia de CRISTO, *tal como nos lo representa el Evangelio* y que forma

(1) Rousseau, *Emilio*, lib. IV.

(2) *Discurso de apertura*, Berlín. *Revista Indep.* de 1.º de mayo de 1842.

(3) *Vida de Jesus*, introduccion, p. 8.

de él un fantasma puramente legendario, y esto es lo que es *extraño y absurdo*. Estaba reservado, no obstante, á M. Renan, proceder peor todavía; porque por lo menos Strauss respetó y admiró, en este fantasma legendario de Jesus el ideal evangélico; pero M. Renan ha sustituido á él el fantasma de su impiedad. Solamente ha querido darle una base histórica, aprovechándose para ello de las mismas confesiones que le arrancaba la necesidad.

Y en efecto, el terreno evangélico es segun confesion suya, un terreno histórico: «Gracias á los laudables trabajos de que »ha sido objeto esta cuestion desde hace treinta años, un problema que se juzgó en otro tiempo inaccesible ha obtenido »una solucion, que si bien es cierto que se presta aun á muchas incertidumbres (preciso es dejar pasar por ahora á »M. Renan esta reserva que en breve apreciaremos) *satisface »plenamente las necesidades de la historia* (1).»

Y en primer lugar, «si son los Evangelios de las personas »cuyos nombres llevan, sin dejar de ser legendarios (por la »única razon ya dicha de ser imposible lo sobrenatural), tienen »un gran valor; puesto que nos hacen ascender al medio siglo »que siguió á la muerte de Jesus, y aun, en dos casos, á los »testigos oculares de sus acciones (2).

»Desde luego no es casi posible dudar respecto de San Lucas, puesto que su Evangelio es una composicion regular »fundada en documentos anteriores. El autor de este Evangelio es *ciertamente* el mismo que el de los Actos de los

(1) *Vida de Jesus*, introduccion, p. 16.

(2) *Ibid*, p. 16.

»Apóstoles. Ahora bien, el autor de los Actos es un compañero de San Pablo, título que conviene perfectamente á San «Lucas.» M. Renan asigna aquí á San Lucas una fecha posterior al sitio de Jerusalem, por la única razon ya apreciada y que él mismo viene á reconocer, de la claridad de la profecía de Jesus sobre esta ciudad. «Aquí nos hallamos, continúa, »en un *terreno sólido*, porque se trata de una obra escrita »enteramente *de la misma mano y con la mas perfecta unidad* ó trabazon (1).

»Aquí reconocemos á un biógrafo del siglo primero, á un »artista divino, que independientemente de las *noticias que adquirió en las fuentes mas antiguas*, nos muestra el carácter »del fundador con rasgos tan felices, con tal inspiracion en »todo, y tan de relieve, cual no se encuentra en los otros »sinópticos (2).

»Y en efecto, los Evangelios de Mateo y de Marcos no tienen casi ni con mucho el mismo sello de individualidad. Son »composiciones impersonales, en que desaparece enteramente »su autor, puesto que no significa gran cosa su nombre propio »en esta clase de obras (contradiccion flagrante con lo que acaba de de decir en algunas líneas mas arriba). Pero si tiene »fecha el Evangelio de Lucas, *tambien la tienen los de Mateo »y Marcos*, porque *no hay duda* que el tercer Evangelio es »posterior á los dos primeros (3)» y que en su consecuencia, estos son de la primera generacion.

(1) *Vida de Jesus*, introduccion. pág. 46.

(2) *Ibid.*, *ibid.*, p. 42.

(3) *Ibid.*, *ibid.* p. 18.

En cuanto á su valor, se eleva de la inferioridad en que acaba de ponerlos M. Renan con relacion á San Lucas. «Mateo merece en efecto, *evidentemente*, una confianza *extraordinaria* por sus discursos: aquí están los *Logia*, las notas mismas tomadas segun el *vivo y claro recuerdo* de la enseñanza de Jesucristo. Una especie de resplandor suave y terrible á un tiempo mismo, una fuerza divina, si es lícito hablar así, subraya estas palabras, las desprende del contesto y las hace fácilmente perceptibles al crítico. La persona que quiera hacer, con la historia evangélica una composicion ajustada á las reglas, posee en este evangelio *una escelente piedra de toque*. En él se descubren por sí mismas, por decirlo así, las palabras de Jesus: siénteselas vibrar, no bien se las toca (en este caos de tradiciones de una autenticidad desigual) (1); tradúcese espontáneamente, y vienen por sí mismas á colocarse en el relato, en que conservan un sin igual relieve.»

San Marcos tiene distinto valor, pero no menos importante; porque aventaja á San Mateo en la narracion, tanto como le es inferior en los discursos. La parte narrativa no tiene en efecto segun M. Renan, en San Mateo, la misma autoridad que los discursos, encontrándose en ella muchas leyendas de contorno bastante flojo ó indeterminado formadas por la piedad de la segunda generacion cristiana. (En breve investigaremos las razones que debe dar sin duda M. Renan en apoyo de esta grave opinion.) Pero «el Evangelio de Marcos es mucho mas firme, mas preciso (menos cargado de fábulas tar-

(1) Ponemos entre paréntesis los pasajes, objeto de nuestras reservas en las citas.

»díamente insertas); es el mas antiguo de los tres sinópticos, »el mas original (el á que se le han agregado menos elementos »posteriores.) Los pormenores materiales tienen en Marcos una »*lucidez* que en vano se buscaría en los otros Evangelistas. »Abunda en observaciones minuciosas, *provenientes, sin du- »da ninguna, de algun testigo ocular.* Nada se opone á que «este testigo ocular, que *siguió evidentemente á Jesus,* que le »amó y *contempló muy de cerca,* que conservó *una viva imá- »gen suya,* no sea el mismo apóstol Pedro, como quiere Pa- »pías (1).»

Cada uno de los tres primeros Evangelios le recomienda tambien á un alto grado de autenticidad y credibilidad por caracteres diferentes, cuya reparticion ó aplicacion negamos, por supuesto, pero que admitimos por la confesion que en- cierran.

Queda el cuarto, el de San Juan; M. Renan se halla ani- mado contra él de las mas desfavorables disposiciones; lo cual se concibe, si se advierte, que este Evangelio está compuesto mas particularmente en contra suya; puesto que lo fue contra los que negaban la divinidad de Jesucristo. Asi es que M. Renan principia suscitando dudas sobre la autenticidad de este Evangelio, y despreciándolo con cierto aire falso de crítica es- crupulosa é imparcial. «Todo esto es grave, concluye, y por »mi parte no me atrevo á persuadirme de que haya sido escrito »el cuarto Evangelio enteramente de pluma de un antiguo pes- »cador galileo.» Hé aquí lo mas fuerte de la crítica contra San Juan. Pero ésta crítica no puede sostenerse, viéndose obligado

(1) *Vida de Jesus*, introduccion, p. xxxvii-xxxix.

M. Renan por la verdad manifestada en los trabajos de que esta cuestion ha sido objeto, á hacer esta primera confesion.

«Pero en suma, dice en seguida, que este Evangelio salió
 »á fines del siglo primero de la grande escuela del Asia Menor,
 »que se referia á Juan y que nos representa una version de la
 »vida del maestro *digna de tomarse en alta consideracion*,
 »y de ser preferida con frecuencia; esto se halla *demostrado*
 »por los testimonios exteriores, y por el exámen del documen-
 »to mismo, de una *manera que nada deja que desear.*»

Desenvolviendo esta primera confesion, hace otra M. Renan, á saber: que el Evangelio, es necesariamente de San Juan mismo. No puede abogarse mejor contra sí; hasta tal punto le impele y le domina la verdad.

«Y desde luego, continúa, nadie duda que existiera el
 »cuarto Evangelio hácia el año 150 y que se atribuyera á Juan.
 »Testos formales de San Justino, de Atenagoras, de Taciano,
 »de Teófilo de Antioquía, de Ireneo, nos muestran citado
 »este Evangelio desde entonces, en toda clase de controversias
 »y sirviendo de piedra angular al desarrollo del dogma. Ireneo
 »es formal: ahora bien, Ireneo salia de la escuela de Juan, no
 »habiéndose interpuesto entre él y el apóstol mas que Policarpo.
 »*No es menos decisivo* el papel que representó nuestro Evan-
 »gelio en el gnosticismo, y particularmente en el sistema de
 »Valentino, en el montanismo y en la querella de los Quator-
 »decimanos. La escuela de Juan, es pues, la escuela cuya con-
 »tinuacion, se advierte mas durante el último siglo, y esta es-
 »cuela no tiene explicacion, si no se coloca el cuarto Evangelio
 »*en su misma cuna.* Añadamos á esto, que la primera epístola

»la atribuida á San Juan es *ciertamente* del mismo autor que
 »el cuarto Evangelio; y esta epístola se halla reconocida como
 »de Juan por Policarpo, Papias é Ireneo.—Pero sobre todo lo
 »que produce mayor impresion es la lectura de la obra. El
 »autor habla en ella siempre como testigo ocular, y quiere
 »que se le tenga por el apóstol Juan. Si pues no es esta obra
 »realmente del apóstol, es preciso admitir una supercheria que
 »se confesaba asimismo su autor, y no hay en el mundo apos-
 »tólico ejemplo alguno de una falsificacion de esta clase, no
 »obstante que las ideas de la época respecto á buena fe literaria,
 »difiriesen esencialmente de las nuestras (1).»

Hé aquí, en mi juicio, razones bastante fuertes para deducir que el cuarto Evangelio es de San Juan, de ese gran testigo que refiere lo que *vió*, lo que *oyó*, lo que *tocó* del Verbo de Vida. No obstante, M. Renan no se contenta con estas razones sólidas, y como para hacérselas perdonar, agrega otras fútiles deducidas de reconocerse al apóstol de la caridad, en este Evangelio, en cierta vanidad y rivalidad celosa que le preocupaba contra San Pedro (¡él, que precisamente es el único Evangelista que refiere la investidura del primado hecha á San Pedro, como testimonio de su *amor á Jesús superior* á l de todos los demás apóstoles!) (2).

La consecuencia inevitable, al parecer, de todo lo que precede, sobre que es indudablemente de San Juan el cuarto Evangelio, experimenta, no obstante, una gran dificultad en salir de la pluma de M. Renan, quien no puede perdonar á este

(1) *Vida de Jesús*, introduccion, p. xxxv-xxxvii.

(2) Juan, cap. XXI, 15.

Evangelio *el tono místico* de los discursos que en él pronuncia Jesús ó de que es objeto sobre su filiacion divina y su encarnacion humana; y hace de ello un cargo á San Juan. De aquí el trabajo que le cuesta confesar su autenticidad, y que llega hasta el ridículo. «*A decirlo todo*, añade, *probablemente el* » mismo Juan tuvo poca parte en esto; estamos *tentados á ve-* » ces *á creer*, que se emplearon notas preciosas, provenientes del » apóstol, por sus discípulos. *Es difícil, á tal distancia, obte-* » ner *la solucion de todos estos problemas singulares. Sin pro-* » nunciarnos sobre la cuestion material acerca de la mano que » trazó el cuarto Evangelio, é *inclinándonos enteramente á* » *creer*, que por lo menos los discursos *no son* del hijo del Ze- » bedeo, admitimos *pues*, que *este es el Evangelio, segun* » *Juan*, en el mismo sentido que son el primero y el último » Evangelio, segun Mateo y segun Marcos (1).»

¡Qué miserables tergiversaciones, y cómo dan fuerza á la confesion todos estos rodeos y efugios!

Por lo demás, á pesar del gran valor de credulidad que da M. Renan á los tres primeros Evangelios, á que llama sinópticos, no vacila, respecto de la narracion, en declarar superior á ellos el Evangelio de San Juan.

«Añadiré, dice, que en mi opinion, esta escuela de Juan » (cuya cuna fue el cuarto Evangelio) sabia mejor las circuns- » tancias exteriores de la vida del fundador, que el grupo cu- » yos recuerdos han constituido los Evangelios sinópticos. Ella » tenia sobre la permanencia de Jesús en Jerusalem datos de

(1) *Vida de Jesús*, introduccion, p. xxxvi.

»que carecian los otros (1). Todo el que escriba la vida de
 »Jesus sin haber formado juicio sobre el valor de los Evange-
 »lios, y dejándose únicamente guiar por el sentimiento del
 »asunto, se verá obligado en multitud de casos, á preferir la
 »narracion de Juan á la de los sinópticos (2).»

Finalmente, M. Renan, concluye así sobre los cuatro Evangelios:

«Creo que estas esplicaciones serán suficientes, para que
 »se vea, en la continuacion del relato, los motivos que me
 »han determinado á preferir á tal ó cual de los cuatro guias
 »que tenemos para la vida de Jesus. *En suma*, YO ADMITO CO-
 »MO AUTÉNTICOS LOS CUATRO EVANGELIOS CANÓNICOS. Todos, á mi
 »juicio, ascienden al primer siglo, y son *próximamente ó*
 »*poco mas ó menos (a peu pres)* (3) de los autores á quienes
 »se atribuyen (4).»

A esta confesion, la mas importante que haya hecho la incredulidad sobre la autenticidad y la credibilidad histórica de los Evangelios, desde que los puso en duda una ciencia falsa, añade M. Renan una confirmacion que le es enteramente personal y que no debemos despreciar.

«A la lectura de los testos, dice, he podido agregar una
 »circunstancia de grande influencia para ilustrar este punto;
 »la vista de los sitios en que pasaron los acontecimientos. Te-
 »niendo por objeto la mision científica que yo dirigí en 1860

(1) *Vida de Jesus*, introduccion, p. xxxvii.

(2) *Ibid.*, *ibid.*, p. xxxvi.

(3) Este *poco mas ó menos* causa risa á muchos.

(4) *Vida de Jesus*, introduccion, p. xxxvii.

»y 1861, la esploracion de la antigua Fenicia, tuve que resi-
 »dir en las fronteras de Galilea, y que viajar por ella con fre-
 »cuencia. Atravesé en todas direcciones la provincia evangé-
 »lica, visité Jerusalem, Hebron y la Samaria, no dejando de
 »examinar casi ninguna localidad importante de la historia de
 »Jesus. Toda esta historia que, á cierta distancia, parece
 »flotar en las nubes de un mundo sin realidad, adquirió así un
 »cuerpo, una solidez que me admiraron. *La notable correla-*
»cion entre los textos y los lugares, la maravillosa armonía
 »del ideal evangélico con el paisaje que le sirvió de cuadro, *fue-*
»ron para mí como una revelacion. Tuve á mi vista un *quinto*
 »*Evangelio*, destrozado, pero legible aun, y vi para en adelante
 »moverse y vivir *al través de las narraciones de Mateo y de*
 »*Marcos*, en lugar de un ser abstracto, que parecia no haber
 »existido jamás, una admirable figura humana (1).»

Tales son las confesiones que hace la incredulidad en el siglo diez y nueve; y tienen, en nuestro juicio, una influencia que no se ha apreciado bastante, al menos por los creyentes; porque la incredulidad se ha alarmado con ellas, y ahora veremos cuánta razon ha tenido, por la falsa situación en que la ha colocado. Mas preocupados con lo que falta á estas confesiones que con lo que contienen, se ha atacado á M. Renan por sus reservas, sin tomar acta de sus declaraciones. Ha habido razon para ello, atendiendo á la verdad absoluta; y precisamente por haberse sentenciado definitivamente á M. Renan sobre este punto, es por lo que nos hallamos mas desembarazados respecto del de las confesiones. Pero en buena táctica, si

(1) *Vida de Jesus*, introduccion, p. LIII.

se despreciaran estas, se perdería una ventaja cuyas consecuencias son decisivas en el debate. ¿Qué importa, por el momento, que juzgue M. Renan á San Mateo inferior ó sospechoso siquiera en la narracion, y á San Juan, en los discursos, si reconoce ser incomparable San Mateo en los discursos y San Juan en la narracion, y dignos de una *confianza extraordinaria*; si nos ofrece San Lucas un *terreno sólido* en un Evangelio en que se admira *la unidad mas perfecta, tomado de las fuentes mas antiguas*, y admirable por su inspiracion por *sus felices rasgos y relieves*; si San Marcos demuestra una claridad y *nitidez* todavía superior, que solo puede ser propia de un *testigo ocular* que *siguió evidentemente á Jesus, le contempló de muy cerca y conservó una viva imágen suya*; si finalmente, se oye al mismo JESUS en San Mateo, si se le ve en San Marcos, si se le toca en San Juan, en el mismo grado en que se le contempla en San Lucas, y si reciben además los cuatro Evangelios decididamente auténticos del primer siglo, *de la admirable correlacion entre los textos y los lugares*, una confirmacion palpable para el mismo M. Renan y que equivale á un *quinto Evangelio y como á una revelacion*?

No debemos ser sobrado exigentes en verdad. Deben permitirse á M. Renan *sus preferencias*, y puede dejársele escoger; por lo demás, á nosotros nos da algo de prueba y de verdad, y como la verdad es una, por poco que nos conceda, y nos concede lo suficiente, queda prendido en ella.

Él mismo lo conoce, de tal suerte, que al mismo tiempo que hace estas confesiones, trata de librarse de ellas por medio de sus esplicaciones.

Pero estas esplicaciones son de tal naturaleza, que, lo mismo que sucede respecto de las profecias, solo testifican lo apurado de la situacion y solo sirven para agravarla.

II.

Y en primer lugar, como me veo obligado á repetir, porque este es el único resorte de toda la obra de M. Renan, aunque los Evangelios son auténticos y ofrecen mas garantías históricas que ningun otro relato, son en su concepto necesariamente legendarios, por el solo hecho de tratarse en ellos de milagros y de lo sobrenatural. La presuposicion de que es imposible el milagro domina sobre toda razon de autenticidad y de credibilidad. La teoría violenta el hecho, el hecho que deberia servir al menos para probar ó experimentar la teoría.

M. Renan, que conoce todo lo irracional de esta crítica, se defiende de ella diciendo: «Tratar de explicar estos relatos, »ó reducirlos á leyendas, no es mutilar los hechos á nombre de la teoría, es partir de la observacion de los hechos.» Y en apoyo de esta última asercion, sienta como un hecho, que no se ha verificado milagro alguno ante una reunion de hombres capaces, segun él, de justificar el carácter milagroso de un hecho, y que no ofreciendo bajo este concepto los milagros de lo pasado mas garantía que los milagros contemporáneos (lo cual es la cuestion) es probable que nos ofrecerian igualmente su parte ilusoria, si nos fuera posible examinar y criticar sus pormenores. «No es en nombre de tal ó cual filosofía, sino en nombre de una esperiencia constante, como

«desterramos el milagro de la historia (1)» y por consiguiente de los Evangelios, á pesar de su autenticidad.

Reservándonos la cuestion del milagro para el capítulo siguiente, nos basta advertir, respecto de los Evangelios, que si no fuera en nombre de tal filosofia que aquí se disimula, pero que se ostenta sobrado en otros pasajes, como M. Renan destierra el milagro de la historia, debería por lo menos oirse á la historia sobre la cuestion del milagro. No siendo esta una cuestion de principio, segun vosotros, sino de hecho, es trastornar los términos de toda investigacion séria, y decidir la cuestion por la cuestion misma, oponer el hecho al testimonio, en lugar de proceder del testimonio al hecho. Esperimentad cuanto querais el testimonio, bien sea en sí mismo, bien relativamente al hecho en cuestion; y si despues de esto reconocéis su autenticidad histórica y su veracidad moral, respetad su certidumbre, y soportad sus consecuencias, como respecto de todo testimonio experimentado. No hagais que ceda esta *certidumbre* á la *probabilidad* de una ilusion que ella excluye. De lo contrario, os colocais en la situacion radicalmente absurda de pretender que un testimonio que reconocéis como auténtico y verídico sea al mismo tiempo legendario y falso; de molestaros en dar esplicaciones que habeis hecho previamente imposibles; y finalmente, de afirmar la verdad que quereis combatir, interesando en su certidumbre los mismos fundamentos de toda certidumbre histórica y los primeros elementos de la razon.

Esto es, en efecto, lo que sucede al autor de la *Vida de*

(1) *Vida de Jesus*, introduccion, p. L-LI.

Jesus, y lo que requería de él el partido previamente concebido de su sistema.

Para no incurrir en contradicción, intenta primeramente sostenerse en el *próximamente*, en el *poco mas ó menos*. ¿Son los Evangelios biografías verídicas? ¿Son leyendas ficticias? Ni uno ni otro, y lo uno y lo otro; ni sí ni no, y sí y no. «No son biografías á la manera de Suetonio, ni leyendas ficticias á la manera de Filóstrato; son... *biografías legendarias* (1).» Sistema cómodo para la *adivinación y la conjetura*, que permite tomar y dejar lo que se quiere, y hacer por sí una biografía novelesca; pero sistema que se destruye por sus mismas ventajas y que deja á su autor entre dos alternativas, sin poder alzarse sobre ninguna.

¿Y cómo pueden ser legendarias estas biografías, tales como las han caracterizado las confesiones de M. Renan?

A esta pregunta responde M. Renan, primeramente, que «hay leyenda y leyenda (2).» Y se apresura á poner los Evangelios canónicos á gran distancia de los evangelios apócrifos. «Estas composiciones, dice, hablando de los últimos, no deben considerarse en manera alguna bajo el mismo pie que los Evangelios canónicos. Son ampliaciones pueriles y desabridas que tienen por base los Evangelios canónicos, y no añaden á ellos nada que tenga precio alguno (3).»

Pero ¿qué es en lo que no pueden considerarse los apócrifos de ningún modo, bajo el mismo pie que los canónicos?

(1) *Vida de Jesus*, introducción, p. XLIV.

(1) *Ibid.*, *ibid.*, introducción, p. XV.

(2) *Ibid.*, *ibid.*, p. XLIII.

¿Qué es lo que separa, pues, tanto á estos de aquellos, si no es precisamente su carácter profundamente histórico y antilegendario, su disposicion enteramente biográfica, el austero desinterés de su toque, de su crítica, de su sobriedad de línea, que solo deja ver el dibujo sin color, la fidelidad sin emocion, el simple relato de los hechos y de los rasgos del Hombre-Dios, y si es lícito hablar así, su fotografia sin retoque? Considerando los Evangelios tan solo en sí mismos, independientemente de todo testimonio exterior, se hallan tan lejos de la leyenda, que es hasta desconocerlos, assimilarlos á *biografías á la manera de Suetonio*, y es necesario ver en ellos *informaciones verbales* incomparables de la Verdad misma que los inspiró.

Esta manera, decíamos en nuestros *Estudios*, que solo pudo ser inspirada por la sinceridad y la conviccion llevadas al mas alto grado, da al Evangelio un aire de verdad sumamente notable. No puede menos de creerse aquello en que tan poco empeño se tiene de hacer creer, lo que se teme tan poco que no se crea. Esta falta completa de reflexiones y de ornatos, realza los hechos y les da un aspecto notable de rigurosa fidelidad; haciéndoles parecer mas que una reproduccion, algo de la realidad misma, como si los hechos mismos vinieran á imprimirse en este fondo de candor inalterable. Refiere una piadosa tradicion, que cuando iba Jesus al suplicio, abrumado con el peso de su cruz, penetró por entre la turba encarnizada de sus verdugos una santa mujer, y acercándose á su persona, aplicó á su adorable rostro un lienzo blanco para enjugar el sudor y la sangre que de él goteaban; y que en recompensa

de esta animosa compasion, se verificó un milagro, quedando impresas las facciones de la angusta víctima en el lienzo consolador. De la misma manera puede decirse que el Evangelio nos reproduce los rasgos de la vida de Jesus; y él es para nosotros, en su cándida y verídica sencillez, como el velo de la Verónica (1).

Sin embargo, hé aquí cómo se verificó esto, segun monsieur Renan.

«Lo indudable es que se escribió de muy temprano los discursos de Jesus en lengua armenia, y se escribió tambien de muy temprano sus acciones mas notables (2). Estos testos no se hallaban fijos y determinados dogmáticamente (3). Además de los Evangelios que han llegado hasta nosotros, hubo otros evangelios que pretendian representar las tradiciones de los testigos oculares (4). A estos escritos se daba poca importancia, y los que los conservaban, tales como Papias, preferian á ellos la tradicion oral (5). Como se creía aun pró-

(1) *Estudios*, t. IV, p. 154.

(2) Esto es en efecto indudable.

(3) ¿De dónde saca esto M. Renan? ¿De dónde saca, por ejemplo, que no fueran fijos y determinados desde su primera redaccion los testos de San Mateo y de San Márcos, y cómo reclama sobre este punto mas que la fe que rehusa al Evangelio?

(4) Es posible; ¿pero qué importa contra los que han llegado hasta nosotros, y que se distinguieron desde un principio, cómo reconoce el mismo Strauss? Véase mas adelante.

(5) Papias es el maniquí de M. Renan, al que hace decir cuanto quiere. Este autor del *primer siglo*, á quien solo conocemos hoy por Eusebio, fue un investigador escrupuloso de las tradiciones apostólicas; el cual consignó ó justificó desde el *primer siglo* la importancia de los Evangelios de San Mateo y de San Márcos, con este título: *Colec-*

»ximo el fin del mundo, se cuidaba poco en componer libros
 »para el porvenir, y solo se trataba de guardar en el corazon
 »la imágen viva de aquel á quien se esperaba volver á ver en
 »breve en las nubes. De aquí la poca autoridad de que goza-
 »ron durante ciento cincuenta años los testos evangélicos (1).
 »No se tenia el menor escrúpulo en insertar en ellos adicio-
 »nes, en combinarlos de diverso modo, y completarlos unos

cion de Oráculos (ó discursos) del Señor: diciendo de San Mateo: «Ma-
 teo escribió en hebreo los oráculos del Señor,» y cada uno los inter-
 pretó como pudo, y de San Márcos: «Márcos solo tuvo el cuidado de
 »no omitir ninguna de las cosas que habia sabido ó aprendido, y de no
 »mezclarles nada falso.» De aquí deduce M. Renan que se compuso en
 un principio el Evangelio de San Mateo solo de discursos, y el de San
 Marcos solo de los hechos de Jesus, á pesar de desmentirlo el título
 comun con que designa Papías ambos Evangelios: *Coleccion de discursos del Señor.* Todo esto para venir á pretender, sin otra razon, que los Evangelios de San Mateo y de San Márcos, se redactaron posteriormente de otra suerte que en su redaccion primitiva, y que lo que solo era discursos ó hechos en cada uno de ellos, llegó á ser discursos y hechos mezclados en uno y otro; y que en su consecuencia, fueron re-compuestos ó refundidos estos Evangelios. Esto es lo que se llama *adivinacion y conjetura.*

(1) Lo que dice aquí M. Renan sobre la poca importancia y autoridad de los Evangelios durante 150 años, no le es nada favorable sino contrario en todo. En primer lugar, Papías, al decir que *cada cual interpretaba los oráculos del Señor escritos en hebreo* por San Mateo; despues San Justino, que nos dice, que en su tiempo, esto es, á principios del siglo segundo, era uso, como lo es en el día, leer en la congregacion de fieles, durante la celebracion del sacrificio, las memorias de los apóstoles que se llaman, dice, *Evangelios* (1.^a Apología, n. 66 y 67.) Finalmente, el testimonio tan conocido de San Ireneo, en que hace ver el contesto de cada uno de los cuatro Evangelios, invariablemente determinado y garantizado por el combate mismo de que su sentido era objeto por parte de los diversos herejes contra la Iglesia.—Esto hace caer en tierra todo lo que sigue de la cita de M. Renan.

»conotros (1). El pobre hombre que solo tiene un libro, quiere
 »que contenga todo cuanto afecta su corazon. Prestábanse,
 »pues, mutuamente estos libritos ó cuadernos; cada cual trans-
 »cribia al márgen de su ejemplar las palabras y las parábolas,
 »que encontraba en los demás y que le causaban impresion.
 »Asi ha salido la cosa mas bella del mundo, de una elabora-
 »cion oscura y completamente popular.»

Todo esto requiere mas credulidad que se reclaman los Evangelios. Es tan falso en historia como en lógica. En historia no ha habido, entre la redaccion de los Evangelios y la tradicion que los consagró, un intervalo de tiempo en que se hallaran abandonados á la fantasia popular. En lógica, todos estos *libritos* ó cuadernos anotados de diverso modo por cada *pobre hombre* que los poseia, y despues refundidos un dia, que se ignora cuál fuese, y sin noticia de la Iglesia y de todos sus enemigos en la *cosa mas bella del mundo*, por no sé qué golpe de varilla mágica en que nadie pensó mas que M. Renan en 1865, es digno de los cuentos de Perrault. En fin, el mismo M. Renan se prohíbe todos estos delirios, cuando confiesa «que el Evangelio de San Marcos, era *sin duda alguna* de un testigo ocular que siguió *evidentemente* á Jesucristo, que le *amó y contempló* de muy cerca, que conservó una viva imágen de él, y que debió ser el mismo apóstol San Pedro, como pretende Papias.»

Por lo demás, M. Renan aplica solo á los dos primeros

(1) ¡Cómo es esto imaginable respecto de libros que eran sagrados, que se leían en la solemnidad de las asambleas de los fieles, y que constituían autoridad aun para los herejes!

Evangelios esta explicacion legendaria. En cuanto á San Lucas y á San Juan, trata de explicarlos de otro modo.

San Lucas es recusable por un carácter que es precisamente opuesto á la leyenda. No hay duda que es suyo el Evangelio que lleva su nombre, y es una composicion regular ó conforme á las reglas, cual ninguna, *escrita toda ella por la misma mano y en que se admira la unidad mas perfecta*. Pero tiene precisamente el defecto de ser demasiado personal. Es un documento de segunda mano: en él se advierte al escritor que compila; es un devoto sumamente exacto, pero que exagera lo maravilloso, que gusta especialmente de anécdotas, que pone de relieve la conversion de los pecadores, la exaltacion de los humildes... en fin, un Evangelista. Este es su crimen.

Lo cierto es que los Evangelistas nos ofrecen en su unidad superior una admirable diversidad de garantías que han sido caracterizadas por los atributos que se les han prestado. San Lucas justifica particularmente la paciencia y la fidelidad del laborioso animal que le simboliza, por el cuidado que se toma en recoger escrupulosamente todos los elementos históricos que componen su Evangelio. Habitado á la observacion y á la exactitud por su primer profesion de médico, formado por la elevada enseñanza de San Pablo en el celo generoso de la verdad, principia su Evangelio con este exordio, cada una de cuyas palabras respira la rigida conciencia de un grave historiador que siente todo el peso de su mision y que conoce el fondo, ya experimentado, de certidumbre histórica sobre que trabaja.

«Porque muchos *han emprendido* escribir la historia de las cosas que *han pasado ó se han cumplido enteramente entre nosotros*, segun la relacion que nos han hecho los que desde el principio *las vieron* y fueron ministros de la palabra; — me pareció tambien á mí *exactamente informado de todas ellas desde su origen*, escribirtelas *por su orden*, muy ilustre Teófilo, — para que conozcas la verdad de todo lo que te se ha enseñado (1).»

Hé aquí la falta de San Lucas, segun M. Renan, la misma que la de San Marcos, *la de haber tenido solo el cuidado* de no omitir ninguna de las cosas que habia sabido, y no mezclar en ellas nada falso; «como dice Papias.»

En cuanto á San Juan, debia naturalmente tener la falta del *Aguila*; la de elevarse demasiado en su metafísica del Verbo, que M. Renan confunde con la gnosis de Filon, contra la que precisamente se compuso. No emprenderemos defender contra M. Renan la sublimidad del principio del Evangelio de San Juan, que quisieron grabar los neoplatónicos en letras de oro en su academia, ni los discursos de Jesus al instituir la Eucaristía, en que parecen romperse y derramarse sobre los hombres las entrañas mismas de la divina caridad, y en el que tiene M. Renan la desgracia de ver solo un *proceder facticio*, y adornos retóricos. Todo esto para deducir que los dis-

(1) Luc., 1, 2 y 3. Sobre cuyo pasaje hace Grocio esta reflexion: Significat Lucas se non ante quiesse, quam rerum quas diversi scriptores prodiderant testimonia radicitus inquisivisset, ut ita explorata ab incertis discernens, nihil ipse non bene compertum literis consignaret (*Annot. ad Lucam*).

cursos que contiene no son de Jesús, porque se habla en ellos demasiado de su divinidad; es decir, porque se manifiesta su divinidad en ellos.

Pero ¿qué importa esto para la demostración general que queremos sacar de la obra de M. Renán, puesto que *inclinándose enteramente á creer* que no son de San Juan aquellos discursos, admite no obstante, y aun justifica con toda clase de razones, que tenemos en San Juan, especialmente en la narrativa, un testigo ocular de la mayor autoridad, y que este es *verdaderamente* el Evangelio «según Juan» en el mismo sentido que los demás Evangelios son los Evangelios «según Mateo» «según Marcos» y «según Lucas;» es decir, *próximamente ó poco mas ó menos (á peu pres)?*

M. Renán lo concederá todo, con tal que se le pase este *poco mas ó menos*. Y en efecto, el partido que saca de él es maravilloso. Escuchadle.

«Los pormenores (entonces) no son verdaderos según la »letra, sino que son ciertos con una verdad superior; son mas »verdaderos que la verdad desnuda, en el sentido de ser la »verdad expresiva y locuente, elevada á la altura de una »idea (1). En las historias de este género, la gran señal de »que son verdaderas, es el haberse conseguido combinar los »testos de modo que constituyan un relato lógico, verosímil »y en que nada desentone. Lo que debe buscarse, no es la pe- »queña certidumbre de las minuciosidades, es la exactitud del »sentimiento general, la verdad del colorido. Los textos nece- »sitan la interpretación del gusto; es preciso solicitarlos sua-

(1) *Vida de Jesús*, introducción, p. XLVIII.

»vemente (jesuíticamente, como se diría entre nosotros) hasta que lleguen á coordinarse y suministrar un conjunto en que se hallen felizmente fundidos toda clase de datos (1).» Y de donde quede eliminado todo lo sobrenatural.

¡Oh maravilla del *próximamente, del poco mas ó menos!*

¿Pero tal vez preguntéis cuál es la piedra de toque, el *criterium* con arreglo al cual, M. Renan desecha, admite, coordina, combina y solicita así los textos evangélicos? Porque, en fin, es preciso un *criterium* bueno ó malo. Pues bien, M. Renan es superior á todo criterio. Juzga sin juicio, no se obliga á nada para con nadie, ni aun con respecto á sí mismo. Para él nunca es una cosa, verdadera, dudosa ó falsa en sí: *llega á serlo* segun es favorable ó contrario á su interés. No tiene límites ni caracteres lo verdadero y lo falso; son como los colores en la paleta, los cuales toma, separa, vuelve á tomar, mezcla, gradúa (*nuance*) (2) sobre todo, segun la fantasía de su pincel. Así, ¿dónde ha visto que no sean verdaderos en San Juan los discursos de Jesus y que sea en él digno de una confianza extraordinaria la parte narrativa? En ninguna parte, sino en el interés que tiene en deshacerse de los testimonios de la divinidad de Jesus que brillan en sus discursos. Esto es el cinismo, puede decirse, de la arbitrariedad y del interés; de tal suerte, que llegando lo arbitrario al mismo arbitrario, vá á dar crédito á estos mismos discursos y á desmentir estos mismos hechos, segun las ocasiones, sin tener en cuenta el juicio arbitrario que ha dado ya en sentido inverso.

(1) Vida de Jesus, introduccion, p. LXV-LXVI.

(2) Véase la nota al fin de la obra.

Pero direis, esto no es verdaderamente formal y sério. Esto es tan formal, os contestaré, como puede serlo la incredulidad. Porque, en definitiva, M. Renan ha salido mal de su empeño; pero ¿quién de los demás incrédulos ha salido mejor que él, no bien ha intentado exhibir las razones de su incredulidad? ¿Es menos repudiado Strauss por el sentido comun y la ciencia, porque sea un autor de mas peso? Y M. Scherer y M. Havet, que despues de haber ensalzado la obra de M. Renan en su conjunto, la desconocen y la repudian en sus pormenores, ¿qué otra cosa mejor ponen en su lugar? Ya lo hemos visto y lo volveremos á ver.

Aquí se hallan de acuerdo con nosotros y con todo el mundo, para dejar por cuenta de M. Renan su teoría del *poco mas ó menos* (1).

Digamos en primer lugar que nada resiste mas á esta teoría que el carácter propio de los Evangelios. Ningun historiador les es comparable bajo este aspecto.

Todo se halla en JESUS, dice Bossuet, su vida, su doc-

(1) M. Larroche, que á pesar de su incredulidad demasiado notoria, ha conservado una conciencia que esperamos le hará desistir de aquella, dice sobre este punto: «Confieso que no comprendo nada de nada, si se me demuestra que me engaño al declarar que el arte de substituir á la verdad desnuda la verdad del colorido, de combinar los estos con el gusto, de solicitarlos suavemente, hasta que se les lleva á decir lo que se quiere que digan, es la destruccion de las reglas de una buena y severa critica admitidas hasta el dia; es el arte de los intérpretes pasados, presentes y futuros; y en verdad, que no debería esperarse verlo enseñado por un hombre de tan grande autoridad en materia de erudicion como M. Renan.»

(Opinion de los deistas racionalistas sobre la VIDA DE JESUS, de M. Renan.

trina, sus milagros. El Evangelio es un tejido apretado de que no puede quitarse un solo hilo, una jota. En él se enlazan de una manera indisoluble la moral, la doctrina y el relato. El milagro es en él con mas frecuencia la ocasion del precepto y el precepto la intencion del milagro; y para decirlo todo, el hecho no es en él otra cosa que la moral en accion y la doctrina en resultado. Jesus es quien hace el milagro, pero la fe del fiel es quien lo obtiene, y á quien aprovecha es á nuestra fe para persuadirnos la moral. Asi fluyen de una misma fuente hácia un mismo objeto moral, milagro y doctrina, y es tal la solidaridad que los enlaza, que es preciso desecharlos ó aceptarlos á la vez. El Evangelio está como la túnica de *Cristo, sin costura*, y no puede dividirse. Puede tambien aplicársele aquella célebre frase de San Pablo sobre Jesus, que recae como un anatema de la conciencia sobre M. Renan: «En él no »hay sí y no; pero en él hay un sí inmutable (1).» Esta es la esclusion, la maldicion del *próximamente ó poco mas ó menos.*

Y es esto tan cierto, que el mismo M. Renan se encuentra, por no haber rechazado todo el Evangelio, cogido en cierto modo en la autenticidad que ha reconocido en él, sin que puedan librarle de ella sus reservas sobre este punto. El Evangelio se le ciñe, por decirlo así, como otra túnica de Neso, de que no puede desprenderse sin desgarrar en cierto modo á la razon; como acontece en su discusion sobre el milagro de Lázaro.

Por eso, M. Scherer y M. Havet, juzgándose mejor informados, le reprenden sobre este particular.

(1) II, *ad Corinth.*, I, 18-19.

Nada mas instructivo que su crítica. Oigamos primeramente á M. Scherer.

«No se puede llegar á la Vida de Jesus, dice, sin hallar en el umbral una gran cuestion, la del valor histórico de los libros que son los documentos de esta historia. *Dos son los caminos que pueden seguirse sobre estò.* Por una parte, se puede tratar de justificar, ateniéndose á las noticias que nos dan los mas antiguos Padres de la Iglesia, que los Evangelios son obras de los escritores cuyo nombre llevan hoy: que los unos emanan de los apóstoles y los otros de los discipulos de los apóstoles, y que por consiguiente, todos tienen la autoridad de un testimonio muy antiguo, muy directo, muy competente. Pero *podrá suceder*, por otra parte, que la crítica encuentre las noticias de los mismos Padres oscuras ó inciertas, que las considere como insuficientes para justificar la identidad de los Evangelios con las de que tuvo conocimiento esta remota antigüedad, y desesperando de su causa, que renuncié á esas estériles investigaciones sobre la paternidad de los libros de que se trata, atendiendo solo al contenido de estos escritos, y decidiendo de su valor por la sola coherencia interna y la verosimilitud de sus relaciones.

«Necesariamente han de ser muy diversas las consecuencias de estos dos modos de ver. Y en efecto, si se consideran los Evangelios, al menos los tres primeros, como una obra en cierto modo impersonal, como una especie de depósito sedimentario que ha dejado la tradicion, como una formacion gradual, popular y en la que ha sabido procurarse la leyenda un lugar ó espacio considerable,—sí, repito, se raciocina

»asi, nada impide ya atribuir los relatos maravillosos é increi-
 »bles á este mismo origen. Tenemos ante nosotros un testi-
 »monio elástico que se plega á toda clase de dudas y conge-
 »turas, y que jamás se quiebra en nuestras manos, porque
 »nunca le pedimos sino lo que puede darnos.

»Pero no sucede lo mismo desde el momento en que nos
 »imaginamos tener á nuestra vista testigos oculares de la his-
 »toria evangélica, relatos de los propios compañeros de Jesus,
 »ó bien recuerdos de los discípulos de sus discípulos. Entonces
 »cambia completamente la posicion del crítico. Tiene que ha-
 »bérseles con relaciones de prodigios, con historias de mares
 »aplacados y de muertos vueltos á la vida, y no pudiendo es-
 »plicar ya estos relatos por los hábitos bien conocidos de la
 »tradicion, y hallándose cara á cara con un escritor que dice:
 »lo he visto y lo he oido, se halla obligado el historiador á re-
 »currir á la suposicion de algun fraude. Le harian pasar por
 »muerto las hermanas de Lázaro. El mismo Jesus se prestaría,
 »aunque á pesar suyo, á estas supercherías. Asi es como se ve
 »obligado, M. Renan, por sus miras sobre la autenticidad de los
 »Evangelios, á hacer hipótesis, que no solo han escandalizado
 »á los fieles, sino que con ellas, estoy firmemente persuadido de
 »esto, se desconoce gratuitamente la candidez y la pureza del
 »predicador de Galilea.»—«Hé aquí las censuras que no pue-
 »den dejar de hacer á M. Renan sus admiradores.»

No parecerá sobrado larga esta cita, si consigo sacar de
 ella todo lo instructivo que contiene.

En primer lugar, debemos felicitar á M. Scherer por ha-
 ber roto abiertamente con M. Renan, sobre la complicidad de

fraude que éste presta á Jesus en la resurreccion de Lázaro; volviendo sobre esta felicitacion en nuestro próximo capitulo sobre los *milagros*. Pero confieso no comprender á M. Scherer en todo lo demás de su critica, ó mas bien, temo comprenderlo demasiado.

Segun él, M. Renan se ha visto obligado á recurrir á una suposicion de fraude para esplicar el milagro de Lázaro, desde el momento en que ha reconocido la autenticidad y la autoridad del Evangelio que refiere este suceso. Luego segun M. Scherer, no debió haber reconocido esta autenticidad, sino seguir el otro de *los dos caminos* que hay respecto al valor histórico de los Evangelios, á saber; el de no atribuirlos á los escritores cuyo nombre llevan y ver en ellos solo un depósito sedimentario que ha dejado la tradicion, un testimonio elástico que se pliega sin dificultad á toda clase de conjeturas.

Pero yo creo que la falta que le censurais haber cometido á la salida del camino que ha tomado, la cometeis vos mismo á la entrada del que le aconsejais que siga. El partido de evitar reconocer la veracidad de los Evangelios no es menos grave que el de, habiendo reconocido esta verdad, venir á desconocer la candidez y la pureza del predicador de Galilea, y aun es mas grave, en cierto sentido, porque no concede nada á la verdad y la niega desde el principio.

Y ¿no seria, pues, una cuestion de táctica y no de critica, esta gran cuestion sobre el valor histórico de los Evangelios que se levanta en el umbral de toda la Vida de Jesus? ¿Tendría tal fuerza en vosotros, señores, el partido sistemático de

incredulidad, que fuera indiferente la verdad sobre este punto (segun vosotros no obstante, decisivo,) ó que por lo menos solo se la debiera conocer para evitarla mejor?

Dos son los caminos que hay que seguir sobre esto, direis: por una parte, se *puede* reconocer que tienen los Evangelios la autoridad de un testimonio muy antiguo, muy directo, muy competente (y esta es vuestra opinion personal espresada al fin de vuestro artículo de 28 de julio de 1865); pero por otra parte *se podria*, decis, ver solo en ellos una leyenda, é insinuais á M. Renan que hubiera debido seguir este camino. Pero si tiene alguna parte la verdad en una cuestion en que debe ser el todo, me parece que no puede seguirse uno ú otro camino *ad libitum*, y como por seguir alguno, y sobre todo, dejar el verdadero por el falso. Sobre esto no puede haber mas que un camino, y es el verdadero; es precisamente el que aconsejais que se evite. Pero yo felicito mucho mas á M. Renan por haber entrado en esta única vía, confesando la autenticidad de los Evangelios, que lo que os felicito á vos, por no querer salir de ella con él, imputando á Jesus una impostura. Porque en definitiva, M. Renan ha sido torpe á costa suya, y vos sois diestro á costa de la verdad.

Pero no, él no tiene el mérito ni el demérito de esta torpeza; puesto que ni vos ni él podeis negar la autenticidad, la autoridad histórica de los Evangelios, y no dudeis, que quien no ha retrocedido ante el ultraje á la persona, no hubiera retrocedido ante la idea de formar un proceso á la historia de Jesucristo, si hubiera sido sostenible.

El sistema de la *leyenda* ha quedado enterrado definitiva-

mente con su autor, con Strauss. Esto no ofrece duda. M. Renan sabe mucho más que vos sobre ello. Y si no os basta su autoridad, oid también á M. Salvador, á quien su doble hostilidad de judío y de racionalista, no impide reconocer que: «Jamás podrán sostenerse estas hipótesis ante el Nuevo Testamento.»—«El lenguaje oriental y muchas veces sublime de estos libros les da un sello general de autenticidad y de sinceridad (1).»—«Lejos de desaprobare las diferencias que se encuentran en este cuádruple monumento, constituyen estas diferencias su verdadera riqueza; y lo agrandan, conservando en él la huella involuntaria y sencilla de los hombres y de las circunstancias (2).»—«Las tradiciones de los cuatro evangelistas concuerdan con todas las obras de los apóstoles y con la multitud secundaria de relatos apócrifos. Es imposible, después de un exámen reflexivo, no adoptarlas en su conjunto como monumentos verdaderos (3).»

M. Renan ha sacado, pues, todo el partido posible de la situación en que ha puesto la ciencia á la incredulidad, ganando la ventaja de un *poco mas ó menos*.

Esto es, no obstante, lo que M. Havet le perdona menos aun que M. Scherer; sin duda, porque tiene por sí mejores recursos.

Fuerte con su confianza en estos, se arriesga á razonar resueltamente:—«En ciertos momentos, dice, se complace

(1) *Jesus y su doctrina*, lib. II, p. 492.—Prólogo, p. 8.

(2) *Ibid.*, lib. II, pág. 167.

(3) *Ibid.*, p. 464.—Véase también un excelente opúsculo de M. Atanasio Coquerel, *Contestacion al libro del doctor Strauss*, LA VIDA DE JESUS. París, 1841.

»M. Renan en creer que oye á Mateo en el Evangelio que lleva
 »este nombre, y á Juan en el cuarto y en los otros dos á los
 »otros dos (*sic*) compañeros de Jesus. Queda indeciso y vago,
 »y dice: «Son *poco mas ó menos ó próximamente* los autores
 »á quienes se atribuyen,» como si pudiera haber sobre esto
 »*poco mas ó menos*. O bien: «Nome atrevo á persuadirme que
 »se haya escrito *enteramente* el Evangelio mas antiguo por
 »pluma de un antiguo pescador de Galilea,» no obstante, ser-
 »le absolutamente imposible, distinguir lo que acepta y lo que
 »rechaza (1).»

Esto tiene un sentido muy claro: solo falta sacar la conse-
 cuencia de que los Evangelios no son *próximamente ó poco mas
 ó menos*, sino *enteramente* de los autores cuyos nombres lle-
 van,—y esto por todas las razones que ha dado M. Renan so-
 bre ello.

Pero M. Havet es demasiado consecuente con la increduli-
 dad para serlo con la verdad, y no ha hecho uso alguno de la
 razon, con respecto á nosotros. De que no pueden los Evan-
 gelios ser poco mas ó menos verdaderos, deduce que son en-
 teramente falsos (2). Pero mas prudente en esto que M. Re-
 nan, lo hace de modo que no se compromete, á la manera que
 los oráculos.

«Formaria una verdadera obra por sí sola, dice, un tra-

(1) *Revista de Ambos Mundos* del 1.º de agosto de 1863, pági-
 na 582.

(2) Hasta tal punto, que M. Havet, profesor en el colegio de Fran-
 cia, se ha atrevido á escribir estas líneas: «Aun en los Evangelios, no
 se halla *absolutamente* borrada ó eclipsada la verdad, pues se encuen-
 tran en ellos rastros que la revelan.»

»tado completo sobre la redaccion de los Evangelios; yo no
 »puedo hacer aquí este tratado, y me es imposible toda dis-
 »cusion: *solo puedo enunciar sin probarlo, lo que pienso.*
 »*Pienso, pues,* que no solamente no escribió nada Jesus, sino
 »que tampoco escribieron nada los compañeros de Jesus; que,
 »en su consecuencia, no es auténtico ningun Evangelio, ni
 »ninguna parte de Evangelio, y que no hay mas escrito au-
 »téntico en lo que se llama Nuevo Testamento que las *Cartas*
 »de Pablo.»—He dicho.

Esto es espedito. Se ha hecho mas que cortar la cuestion; se la ha suprimido por autoridad del libre pensador. No se trata, pues, ya de si son falsos los Evangelios y por qué son falsos; no hay ya Evangelios, ha desaparecido el cuerpo de la discusion, y no tenemos mas que mirarnos unos á otros. Todo eso lo ha verificado el *yo pienso, pues,* y no hay sino preguntar si M. Havet se ha convertido en *Aristóteles*, y si nos hallamos nosotros en la *edad media*.

Porque en efecto, estos señores quieren volvernos á la edad media; pero á una edad media de materialismo y de ateismo, asi como la primera edad media lo fue de metafísica y de fe.

Mas como todavía no estamos enteramente en ella, me permitiré decir francamente á M. Havet, que es ponerse igualmente fuera de discusion el suprimir ésta; que quien ha obtenido la honra de un elogio como el que le tributa M. Sainte-Beuve, al decir que «es un escritor que sale cada tres ó cuatro años de su retiro y de su silencio para darnos cada vez una obra maestra de critica en su género,» debe cuidarse algo mas de justificarlo; que, cuando se emplean asi

tres ó cuatro años para reunir sus pruebas, no se puede alegar, tanto como cualquiera otro, el derecho de escusarse de presentarlas; que vale mas permanecer, en este caso, en silencio, y que siempre hay tiempo para callar, cuando no se está en situacion de hablar; que si esto es verdad con respecto á toda tésis, por poco que se la niegue ó combata, y sobre la que no se tiene entera evidencia, es incalificable respecto de un mentís dado al Evangelio y á la fe del género humano, dado á la evidencia histórica, á la ciencia misma adormecida, y á una verdad que reúne en su favor todos los partidos.

Sepa, en efecto, que el mismo Strauss conviene en que á fines del siglo segundo despues de J. C. y segun vemos por los escritos de San Ireneo, Clemente de Alejandría y Tertuliano, nuestros cuatro Evangelios eran *reconocidos como procedentes de los apóstoles y de discípulos de los apóstoles* entre los ortodoxos (1) y que como documentos auténticos sobre Jesucristo, habian sido separados de una multitud de documentos semejantes (2). Hay mas, Strauss conviene con el testimonio de Justino, de Papías y del mismo Celso, en «que han debido formarse la mayor parte de los relatos evangélicos durante los *treinta y algunos mas años* trascurridos entre la muerte de Jesus y la destruccion de Jerusalem (3);» y en su consecuencia, á vista de los apóstoles, y por ellos ó sus discípulos.

¿Y se atreve M. Havet á rechazar los Evangelios, contra

(1) Y tambien entre los herejes.—Véase San Ireneo.

(2) Strauss. *Vida de Jesus*, introduccion, § 13.

(3) *Ibid.*, *ibid.*, § 14.

tales pruebas mas allá de la generacion apostólica, es decir, hácia el siglo segundo? Fácil es de concebir, que *no puede hacer mas que enunciar esto sin probarlo*. Pero lo que no se concibe es, que ni siquiera lo enuncie. Es verdad que dice lo que *piensa* y que sobre todo es libre pensador, y como tal, dispensado de toda prueba, emancipado de la ciencia y de la razon, para emanciparse mejor de la verdad y del Evangelio.

Y aun respecto de éste, no lo está, puesto que admite las *Epístolas* de San Pablo.

Estas epístolas, en efecto, asi como los *Actos* que son su relato, suponen por do quier el Evangelio, quiero decir, los hechos sobrenaturales de la vida de Jesus y su doctrina; de ellos están impregnadas estas epístolas, ó por mejor decir, ellas son el Evangelio mismo predicado, y si no existieran los Evangelios podrian sustituirlos. Si pues no se rechazan tambien estas epístolas, es decir, la historia misma entera de los orígenes del Cristianismo, no se prueba nada contra la causa eristiana, esta se sostiene en toda su fuerza. Las escrituras del Nuevo Testamento se hallan ligadas entre sí con tan fuerte nudo, con tan íntima correlacion, que no puede menos de recibírselas á todas como auténticas ó de rechazarlas todas como supuestas. En todas ellas se encuentran los mismos hechos y los mismos dogmas. Así, el libro de los *Actos* contiene lo esencial que contienen los Evangelios. Son ininteligibles las epístolas de San Pablo, si no se admiten los Evangelios y los *Actos*. Las epístolas de San Pedro, de Santiago y de San Juan, se refieren manifiestamente á las de San Pablo. Ninguna de ellas, en fin, ni aun la de San Judas, no obstante ser tan corta, dejan de re-

cordar todos los fundamentos del Cristianismo, ya respecto de los milagros, ya en cuanto á la doctrina. No es, pues, aquí posible elegir, porque no podría esceptuarse nada que no hiciera revivir todo lo demás. Para esta escepcion seria forzoso romper las tablas de la historia, y aun así, cada uno de sus menores fragmentos reflejaría la divina figura de ese CRISTO que es su ley, y no se habría hecho mas que multiplicar sus testimonios.

Hé aquí á lo que se ha espuesto la incredulidad, saliendo de la negativa y arriesgándose á entrar en el terreno positivo de la ciencia y de los hechos. Por mas que diga M. Scherer, hubiera hecho mejor en *continuar eludiendo la dificultad*, y en mantenerse en la irracional negativa á que quiere hacerla volver M. Havet. El público que no tiene tiempo para remover estas cuestiones y que no siempre cree á los hombres especiales, bajo su palabra, hubiera podido creer que había siempre algo que contestar á los apologistas cristianos, y que el silencio ó el sarcasmo de los espíritus fuertes ocultaba algunas elevadas razones para no rendirse. Pero M. Renan ha desgarrado el velo, presentando desnudo todo lo que puede contestar la incredulidad, es decir, todo lo que no puede ó á que no tiene nada que poder contestar. Ha hecho mas; ha comprometido para siempre su causa por medio de confesiones de que no podrá desdecirse la incredulidad, por mas que se haga, y que arrastran fatalmente á las consecuencias mas monstruosas para la razon y la conciencia, si no vuelven á conducir á la fe.

Hé aquí lo que va á demostrarse mas y mas en la serie de este trabajo.

CAPITULO VIII.

LOS MILAGROS.

Triste tarea es, en verdad, la que nos hemos propuesto: triste para la fe y mas triste aun para la razon; porque si ofende á la fe la obra que examinamos, al menos la sirve de alguna utilidad, y es una gloria de la fe como dice Pascal, tener por enemigos gente tan falta de razon, y aun viene á demostrarla, vengándola, el perder asi el sentido los que la atacan. ¡Pero qué espectáculo mas humillante el de ese miserable estado á que se ve reducida la razon por la impiedad! No parece sino que hacemos aquí un curso de *clínica* intelectual, en el que solo tratamos de instruir á nuestros semejantes, esponiéndoles las enfermedades del entendimiento. Hasta la ironía que nos vemos obligados á emplear con frecuencia para poner mas en claro la falta de razon, redobra mas en nosotros esta tristeza, por la complacencia que supone y que se halla en oposicion con la piedad profunda de que estamos penetrados.

Pero asi es forzoso. Para verificar mejor la operacion que hemos emprendido, continuaremos dominando la emocion que

nos causa, y á proporcion que la verdad lo exija, nos veremos obligados á humillar para instruir y aun á lastimar para curar.

Hé nos aquí en el baluarte de la incredulidad, en lo sobrenatural y en el milagro. Sobre ello no hace la menor confesion ni reconocimiento, todo es resistencia. No hay *poco mas ó menos*, ni *aproximadamente*; es un *nada esencial* como dice M. Havet. Atrinchérase en lo sobrenatural y nos dice: Probad lo contrario. Levántase un muro de imposibilidad, de inflexibilidad científica, y no se quiere ni aun parlamentar ni admitir discusion; ó todo ó nada.

Pues bien; esta exclusiva é intratable resistencia, es solo una prueba de debilidad ó de desesperacion. Nada mas fácil que tener razon sobre esto; y creo poder decir que somos absolutamente dueños de la situacion.

Este baluarte del milagro es nuestro, y la incredulidad ha caido en él; y de tal manera, que todos sus esfuerzos para salir, no harán mas que estrechar el círculo de razon que en él la retiene y la sitia, retorciendo sus propios argumentos. Solamente le quedará un recurso, como de ordinario; el de precipitarse por encima de la razon é ir á estrellarse contra la conciencia; al menos M. Renan que es siempre atrevido en materia de absurdo, porque M. Scherer y M. Havet tendrán el buen instinto de no seguirle, si bien quedarán apriisionados por la verdad.

Esta parte de nuestro trabajo reclama particular atencion, no porque aparezca oscuro, sino por ser nueva su claridad; esperamos que se nos siga en él paso á paso.

I.

Creemos que no es pretender demasiado, sacar de prodigios verdaderos y justificados, una simple presuncion de ser admisibles otros prodigios que se hallan en cuestion, pues que esto no es mas que ir de lo conocido á lo desconocido y proceder por analogía.

Si un ser extraordinario, tan extraordinario como por confesion de todos es JESUCRISTO, ha formado dos clases ú órdenes de prodigios, de las cuales vemos una y no la otra; el orden ó la clase de prodigios que vemos, deberá recomendar á nuestra atencion el que no hemos visto, y que solo se apoya en testimonios; porque ¿no ha de haber entre estas dos clases de prodigios, no solamente relacion de analogía, sino relacion de presuposicion, relacion de medio á efecto?

Pues bien, esto es lo que tenemos en Jesus y en su Evangelio.

En el Evangelio se dice que Jesus mandaba á la naturaleza, que daba vista á los ciegos, oido á los sordos, movimiento á los paralíticos, y que resucitaba á los muertos: esto es lo que no hemos visto nosotros. Pero al mismo tiempo se relata en él que decia á pescadores de las playas de la Judea, á un Simon, á un Santiago, á un Juan: En adelante sereis *pescadores de hombres*; y vemos que lo hizo, como lo dijo. Leemos tambien que dijo: *Cuando yo sea elevado de la tierra, lo atraeré todo á mí*, y vemos que lo hizo tal cual lo dijo. Leemos tambien que dijo: *Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevale-*

cerán contra ella, y vemos que ha sucedido segun lo dijo. Finalmente, leemos que dijo: *Toda potestad me ha sido dada en el cielo y en la tierra; como yo he sido enviado, yo os envío; id, pues, é instruid á todas las naciones enseñándoles á observar lo que os he mandado, y estad seguros de que estoy con vosotros todos los dias hasta el fin de los siglos*: y vemos que lo ha hecho como lo dijo. Me limito á estos prodigios entre otros muchos. Prodigios duplos, prodigios de hecho y prodigios de prediccion. Nosotros los vemos; desarróllanse y se agrandan aun, desde hace diez y ocho siglos á nuestra vista. Nosotros mismos somos estos prodigios. No es necesaria una comision para justificarlos. El mundo era pagano y se ha hecho cristiano. ¡Cómo! Por una Cruz. El mundo ha permanecido cristiano contra todas las sublevaciones del inferno, y se ha conservado aun cristiano. ¿Por quién? Por el sucesor del primer Pedro. Nosotros vemos esto, y esto es un prodigio. El Cristianismo es un milagro, *el mayor de todos*, como lo llama M. Proudhon (1).

Pues bien, yo digo que este milagro *el mayor de todos*, que estamos viendo, debe predisponer nuestra creencia á favor de los menores milagros evangélicos que no hemos visto; y que el gran Lázaro del género humano, resucitado y andando aun delante de nosotros, debe servirnos de prenda segura del Lázaro de Betania que solo vemos en el testimonio del Evangelio.

(1) «Agréguese á esto, el prodigioso establecimiento del Imperio, »la maravilla mas grande, antes que llegara á ser el cristianismo *el mayor de todos los milagros.*» (*De la justicia en la Revolucion y en la Iglesia*, t. III, p. 133.)

Podria decir tambien que vemos á este en aquel, y que seria un milagro mas grande, que hubiera sido el mundo convertido sin milagros. Pero me limito á lo espuesto y entro mas directamente en la cuestion.

II.

En primer lugar, me encuentro con la objecion de la *imposibilidad*, y principio oponiéndole, antes de entrar en raciocinios, el sentido comun, aquel buen sentido galo de Montaigne: «Es una necia presuncion, dice, ir desdeñando y »condenando como falso, lo que no nos parece verosímil; vicio »comun en los que creen tener una capacidad superior á la »general. Condenar asi resueltamente una cosa por falsa é »imposible, es atribuirse el mérito de tener en la mente los »límites y señales de la voluntad de Dios y del poder de nuestra naturaleza, y no hay mayor locura en el mundo que reducir estos á la medida de nuestra capacidad y suficiencia. »Cuando leemos en Bouchez los milagros de las reliquias de »San Hilario, lo dejamos pasar, porque no es bastante grande su crédito para privarnos de la licencia de contradecirle; »pero, me parece una imprudencia singular, condenar de una »plumada tales historias... Es un arrojio peligroso y trascendental, además de la absurda temeridad que en sí envuelve, el despreciar lo que no concebimos: porque despues, »que habiendo fijado, conforme á vuestro peregrino entendimiento los limites de la verdad y de la mentira, se ve »que teneis que creer necesariamente cosas mas estrañas

»que las que negais, os veis obligado á abandonarlas (1).»

Ahora raciocinemos en forma.

¿De qué imposibilidad se quiere hablar aquí? Es forzoso explicarla. ¿Es una imposibilidad de principio, una imposibilidad filosófica? ¿O es una imposibilidad de hecho, una imposibilidad de experiencia, del milagro no justificado?

¿Una imposibilidad filosófica y de principio? M. Renan no se atreve á decirlo abiertamente y aun se guarda de ello. Esto sería el ateísmo, según hemos demostrado en el capítulo IV. Pero aunque así se dijera, como hace M. Havet, además de ser forzoso librarse en primer lugar del absurdo del ateísmo, opondríamos el *hecho* y apelaríamos de él al testimonio. Contestaríamos como se contestó á aquel filósofo que negaba el movimiento, alegando el hecho, el milagro atestiguado. Diríamos como el ciego de nacimiento, á cuya curación oponían los fariseos que Jesús era un pecador: «Yo no sé si es pecador, solo sé que yo estaba ciego y que ahora veo.» Jamás ha

(1) Ensayos, lib. III, cap. XI. Causa placer este elevado é ingenioso buen sentido, el cual ha perdido por cierto la tradición francesa, gracias á las extravagancias del *libre pensamiento*. Y no hay que decir que fuera Montaigne un espíritu débil. «Yo soy pesado y me atengo á lo sólido y verosímil, dice en este mismo capítulo. Veo que se incomoda y me mandan dudar de ello, amenazándome con injurias execrables; ¡nuevo modo de persuadir! Pero gracias á Dios, no se trata á golpes á mi creencia. Se necesita una claridad luminosa y límpida para matar á la gente; y es nuestra vida sobrado real y esencial para afianzar estos accidentes sobrenaturales y fantásticos.»—Pascal, hace sobre esto la siguiente reflexión: «¡Cómo odio á los que dudan de los milagros! Montaigne habla de ellos, como debe en dos pasajes: en «el uno se ve cuánta es su prudencia, y no obstante, cree en el otro y se burla de los incrédulos.»—Así harán todas las gentes sensatas.

podido ningun supuesto principio hacer callar á un hecho. Si es cierto el hecho, si se halla justificado el milagro, está juzgado el principio, y desde entonces es hacer concebir una presuncion contra el principio, prejuzgarlo, oponerse á la justificacion del hecho. JESUCRISTO que se anunciaba como el PRINCIPIO, se sometia al hecho, apelaba de él al hecho, al grande hecho de sus milagros. Nadie puede autorizarse mas que él con un principio para sustraerse al hecho.

Si no se nos opone una imposibilidad de principio, sino una simple imposibilidad de esperiencia y de hecho, entonces se allana la dificultad y desaparece, y no hay ya imposibilidad propiamente dicha. M. Renan conviene en ello: «No decimos nosotros, dice, que es imposible el milagro, sino que no ha habido hasta ahora un milagro justificado ó probado.» En este caso contestamos nosotros, procedamos á su justificacion, á la informacion, á la apreciacion de las pruebas y de todos los elementos de conviccion. Oigamos el testimonio de los Evangelios cuyo carácter directo de autenticidad y de credibilidad habeis reconocido.

De ninguna manera, se replica, ese testimonio es evidentemente falso, aunque verdadero en general; falso de toda necesidad por el solo hecho de tratarse en él de milagros y de tener el milagro en contra suya, no ya una imposibilidad de principio, sino una imposibilidad de esperiencia constante: *la inflexibilidad del régimen general de la naturaleza*. «Este «gran resultado no proviene, en efecto, del raciocinio, sino »del conjunto de las ciencias. No hay sobrenatural. La nocion »de lo sobrenatural, con sus imposibilidades, apareció desde

»el día en que nació la ciencia experimental de la naturaleza.»
 Tratar de explicar por leyendas los Evangelios «no es, pues,
 »mutilar los hechos en nombre de la teoría, es partir
 »de la misma observacion de los hechos,» es partir de la
 grande esperiencia, partir del hecho, pero de un hecho tan
 universal, tan constante, que se eleva á la altura de un prin-
 cipio. «Nosotros mantendremos, pues, el principio de crítica
 »histórica de que no puede admitirse un relato sobrenatural
 »como tal, que implica *siempre* credulidad ó impostura; que
 »el deber del historiador es interpretarlo é investigar qué par-
 »te de verdad, qué parte de error puede ocultarse en él (1).»

Hé aquí la objecion que se nos opondrá, la fortificacion,
 tras la cual se atrincheran nuestros contrarios. Creemos haber-
 la espuesto fielmente, y aun hemos tratado de presentarla con
 todo su aplomo.

Pues bien, no es otra cosa que el mas pobre sofisma, para
 deshacer el cual basta solo un soplo. Pero antes, dejémoslo en
 pie un momento, y demostremos, que aunque fuera tan ver-
 dadero como es falso, no seria insuperable al testimonio de
 los Evangelios.

Para serlo, en efecto, seria necesario que fuera absoluto
 ese *régimen general de la naturaleza*; pero segun vosotros,
 solo es *general, constante*, no siendo el principio, sino de
 simple esperiencia. Ahora bien, por raro, por extraordinario
 que sea el milagro relativamente á ese régimen general, *no*
es imposible, vosotros lo habeis dicho, y no podeis desdeiros
 sin envolveros en dificultades mucho mas graves. Es, pues, un

(1) *Vida de Jesus, passim.*

hecho que hay que apreciar en sus testimonios ; y la verdad de un hecho no lo es en razon de la frecuencia con que acontece, sino en razon de su *realidad*. Si es real, aunque fuera único, es tan creible como el hecho mas múltiple y constante. Añadiré además, que lejos de disminuirse su verosimilitud por su rareza ó poca frecuencia, es por lo contrario, una condicion, tratándose de un *milagro*, que no es tal, sino precisamente porque se sale de la esfera de lo ordinario que se le opone, del *régimen general de la naturaleza*. Finalmente, diré, que cuanto mas os afirméis en ese régimen general de la naturaleza, menos debeis temer que llegue este hecho escepcional y particular, que no puede menos, segun vosotros, de chocar con él. Si tiene que ser precisamente falso, debe ser falso su testimonio, y entonces ¿por qué no demostrar esta falsedad? ¿por qué no confundirla? ¿Qué digo? ¿por qué falsear el testimonio y tomar sobre sí la falta que se le atribuye? ¡Qué! ¡teneis el mérito de la verdad y os atribuíis gratuitamente el demérito de la novela! ¿Y contra quién? ¡contra lo que llamais la leyenda!... ¡Os constituís juez falso de un supuesto testigo falso! ¡Cuando deberiais estrecharle con preguntas y careos, le cerrais los labios y huís de mirarle cara á cara! ¡Qué digo! ¡alterais su declaracion! En una palabra, ¡representais su papel, llegando á convertirse él en vuestro juez y en vuestro acusador!!!

Convenid en que de este modo, agregais á la confesion de la autenticidad y de la credibilidad de los Evangelios, un argumento singularmente confirmativo. ¿Hasta qué punto es preciso que sea verdadero el Evangelio y sean reales los hechos so-

brenaturales que refiere, puesto que no podeis daros razon de ellos sino es *combinando y acariciando los textos hasta que lleguen á correlacionarse y á suministrar un conjunto negativo?*

Al fin lo comprendeis y ensayais discutir sobre el milagro de Lázaro. ¿Y qué conseguís con esto? Cubriros de ridículo, y que os desconozcan M. Scherer y aun M. Havet. ¡Y qué otra prueba no dais con esto de la verdad de los milagros evangélicos: ¡verdad tal, que es forzoso huir de ella ó estrellarse contra ella!

En breve volveremos á encontrarnos en este terreno. Por ahora, no podria dejaros mas tiempo en posesion del sofisma que deducis de la *inflexibilidad del régimen general de la naturaleza*, á pesar de todas las ventajas que me procura contra vos.

¿Qué es esta inflexibilidad del *régimen general de la naturaleza*, qué es esta *ciencia experimental de la naturaleza* con la que forma M. Renan como una línea aduanera para impedir que pase el milagro? Es una verdad falseada en su aplicacion.

Es una verdad, en efecto, de tal suerte, que la retengo para invocarla ahora mismo contra el autor de la *Vida de Jesus*, que despues de haber abusado de ella, va á desconocerla y á violarla.

Es verdad que la naturaleza sigue una ley constante, y que cada ser en sí mismo, así como en sus relaciones con los demás seres, y todos en este vasto conjunto que presenta la creacion, ofrecen una regularidad solemne, un régimen inva-

riable en su maravillosa variedad. Es cierto que la ciencia experimental de la naturaleza ha descubierto gran número de leyes que constituyen este orden magnífico, y que el universo aparece como un sistema fijo y terminado de que no se aparta la naturaleza. Esto es cierto, muy cierto.

¿Pero qué tiene que ver esto con la cuestion de lo sobrenatural?

Efectivamente, la naturaleza es inflexible en su *orden*, en su *régimen*. La ciencia que lo consigna es la ciencia de la *naturaleza*, la ciencia de los fenómenos *naturales*. Y siendo así, ¿qué significa vuestra objecion? Significa que la naturaleza es siempre fiel *á sí misma*, que *en la naturaleza*, que *naturalmente*, no ven los ciegos, no resucitan los muertos, son impenetrables las profundidades del porvenir á toda prevision humana. Esto es cierto, sin duda alguna: las leyes de la muerte y del tiempo, son inflexibles é inexorables.

Y el avariento Aqueronte

No suelta jamás su presa.

¿Pero es esto de lo que se trata? ¿Pretendemos nosotros que resucitara Lázaro *naturalmente*? ¿No se trata aquí de fenómenos *sobrenaturales*, de *milagros*, que solo son tales y solo justifican la intervencion de un ser superior, precisamente porque es naturalmente inflexible la naturaleza y porque cuando cede, proclama la accion sobrenatural de un Criador?

Los milagros son modificaciones de las leyes de la naturaleza. Para que fuesen imposibles aquellas modificaciones, seria necesario que estas leyes fuesen *necesarias*; es decir, que hallase el entendimiento contradiccion en concebir que

hubieran podido ser otras que las que son. Ahora bien, las leyes de la naturaleza son constantes, pero no son *necesarias*. No implica contradiccion que hubieran podido ser diferentes; por ejemplo, que en lugar de ser la vida del hombre de cien años á lo mas, hubiera sido de mil, ó que hubiera sido inmortal esta vida, ó que despues de haber abandonado el cuerpo volviera naturalmente á él; que la procreacion se operase por la mujer sola, que no fueran los cuerpos impenetrables ó ponderables, etc. Todo esto hubiera podido ser, y en tal caso, si se verificaran accidentalmente las cosas que son en la actualidad, la corta duracion de la vida del hombre, la muerte, la generacion, la ponderabilidad, la impenetrabilidad, etc., se hubieran considerado estas cosas como otros tantos milagros. Este mismo estado actual de cosas, que llamamos *naturaleza*, no fue en su origen mas que efecto de un milagro, y del mayor de todos los milagros, el de la *creacion*. Su conservacion es tambien un milagro continuo que no tiene otro principio ni otra regla que la sabiduria del Ser Supremo, que sostiene esta grande obra por encima de la nada de donde la sacó. Segun esto, todo el mundo concibe que no siendo lo que llamamos *milagro*, sino una modificacion en la *creacion*, es decir, un milagro menor en este gran milagro, no puede ponerse en duda su posibilidad. Es manifesto que el mismo poder que ha creado y que crea todos los dias, conservando, puede tambien modificar.

Si se niega este poder, diré que lo prueban los milagros, y que con esta negacion se da ó presenta la razon misma de los milagros.

Los milagros, en efecto, eran los únicos medios de notificar á los hombres olvidadizos y perversos, la existencia y la intervencion del Criador. En el estado natural de las cosas, no se revela Dios á nosotros por medio de sus obras. Su lenguaje es la creacion. Era, pues, conforme á este primer estado de cosas, que queriendo revelarse mas particularmente á su criatura, obrase mas particularmente como Criador, y como fuera de la naturaleza existente no podia verificar actos de Criador sino por medio de actos *sobrenaturales*, de milagros, estos actos extraordinarios de creacion eran los únicos medios de revelacion extraordinaria del Criador. No siendo los hechos generales de la creacion indignos, en verdad, de la sabiduría ni de la magestad de Dios ¿por qué lo habian de ser los hechos particulares? ¿Por qué habia de haber menos magestad en decir á un hombre muerto: *Sal del sepulcro*, que en decir al primer hombre: *Crece y multiplícate*? Asi, pues, la posibilidad y la conveniencia del milagro, se halla demostrada racionalmente con relacion á esa inflexibilidad del régimen general de la naturaleza, que se le opone de un modo sofisticó.

Voy mas lejos. No admito que se tenga sobre el milagro esa sospecha de inverosimilitud que resultaria de ser opuesto á las leyes de la naturaleza. No concedo que sea contrario á él el órden natural y humano. El milagro está *sobre* el órden natural y fuera de él; el milagro es, asi como la divina potestad de que emana, *sobrenatural*, pero no es *contra natural* (1). No se opone á él el órden natural, y aun puede decirse

(1) Véase la nota del Censor al fin del tomo.

que aspira á él , como á un estado superior ; solo que es *incapaz* de él. En este sentido convendré , y aun tendré que recordar en breve á mis adversarios que lo hayan olvidado , que el milagro no solamente es improbable , sino absolutamente *imposible* segun el órden natural.

Pero segun el órden *sobrenatural* , es el milagro posible , conveniente y aun probable. Está *en el órden* ; en el órden sobrenatural : hállase tambien en armonía superior con el órden natural , en cuanto se halla preordenado este órden por el sobrenatural y en cuanto se refiere á él. En el Evangelio tenemos un resplandor de esta hermosa verdad. Al ir á verificar el Salvador el gran milagro de la curacion del ciego de nacimiento , dijo á sus discípulos , que le preguntaban por qué habia nacido ciego aquel hombre : «No es por causa de sus pecados ni de los de sus padres , sino *para que las obras del poder de Dios se manifiesten en él.*» Asi , hé aquí un hecho sobrenatural , la ceguera de este hombre , cuya razon de ser , cuya causa final era el *milagro* de su curacion. Asi aparece tambien en aquellas palabras del Salvador sobre la enfermedad de Lázaro : «Esta enfermedad no es mortal , sino para gloria de Dios , *para que el hijo de Dios sea glorificado por ella.* (Juan XI, 4.)» Asi es respecto de todos los milagros , y todo el órden natural , si nos fuera posible verlo , se nos apareceria gravitando de esta suerte hácia el órden sobrenatural del milagro. ¿Y no se halla la historia de todo el género humano en la del ciego de nacimiento ? El género humano era como un solo hombre ciego , cuando fué á visitarle el Hijo de Dios. ¿Para qué habia llegado á ese estado espantoso de ceguera y corrupcion que

nos presenta el mundo pagano, sino para que *las obras del poder de Dios se manifestasen en él*; y no se lamenta del poder, sino del amor? Allí está como la ley de la historia enteramente *incomprensible sin Jesús*, según dice M. Renan, gravitando al rededor de la Cruz y del gran milagro de su triunfo.

En vista de este centro que rige toda su economía, se ha manifestado siempre el orden sobrenatural en el mundo, y siempre por medio de milagros. El estado del hombre inocente era un estado constante de milagro. La vida profética de todo un pueblo en el mundo, no fue mas que una serie de milagros, desde la caída, hasta el milagro por excelencia: DIOS HECHO HOMBRE, sus obras, su muerte, su triunfo. Este triunfo es la dilatación del orden sobrenatural, del solo pueblo judío por todo el universo, y su perpetuidad victoriosa y maravillosa en la Iglesia, prolongándose á nuestra vista en el porvenir.

Véase, pues, que el orden sobrenatural tiene su régimen general de fenómenos como el orden natural, y lejos de chocar entre sí estos dos órdenes, se encadenan subordinándose en la armonía mas magnífica. En su consecuencia, el milagro no es una monstruosidad contra la que haya que ponerse en guardia, y menos aun una imposibilidad que tenga contra sí la naturaleza y la historia. Tiene á su favor, en principio, el poder y el amor de Dios, inclinado á darse á los hombres; en hecho, la historia de la Religión desde el origen del mundo, cuyas revoluciones domina.

¿Es esto decir que no sea el milagro una cosa estrordi-

naría, insólita, árdua, y que deba creerse ligeramente todo lo relativo á milagros? Lejos de esto, es necesario experimentarlo todo, por respeto, no digo solo á la razon, sino á la fe, que salva en esto á la razon de todos los extravíos de la credulidad, como se ha visto en todos los siglos. Pero es necesario experimentarlo todo con propension á creer en el amor de Dios y en sus prodigios. Será una prevencion si se quiere, pero una prevencion legítima y bien aplicada, que no dispensa de la crítica, pero que la hace mas conforme á su objeto, mas filosófica en el verdadero y buen sentido de la palabra. Estar prevenido favorablemente respecto de un amor que nos ha dado ya tantas prendas y seguridades, no es mas que un acto de justicia.

III.

Hémos aquí bien lejos de M. Renan, tanto como él lo está de la verdad. Él no ve en el milagro sino lo que no hay en él: una cuestion de química y de física, un prestigio ó una ilusion de Hume, una suerte á lo Roberto Houdin. Y no ve nada de lo que hay en él; un fenómeno moral y religioso, un testimonio del amor divino en la fe del hombre, que tiene su foco en la union de este amor y de esta fe. ¿Concíbese que se dé un testimonio de amor á la impiedad y al odio; y que se envilezca este soberano Amor hasta darse á si mismo en espectáculo á sus enemigos? No hay un milagro del Salvador que no haya sido determinado por la fe de los que han sido su objeto, y que no haya tenido por considerando esta frase: *vuestra fe os ha salvado*; y es de observar que Cristo no hizo ya milagros cuan-

do estuvo en manos de los Escribas y de los Fariseos, y cuando compareció ante Pilatos y ante Herodes. Delante de este último, sobre todo, que esperaba verle hacer algún milagro para saciar su curiosidad, no contestó nada Jesús á las diversas demandas que con este objeto se le dirigieron. Nadie hay que no comprenda la dignidad de este divino silencio. Solo M. Renan ve en él únicamente una prudente prevision. *Jesús, dice, se guardó bien de estraviarse en un mundo irreligioso, y guardó para los sencillos los medios que solo eran buenos para ellos (1).*

De esta falta de inteligencia del milagro ha brotado en el cerebro de M. Renan la idea de su *comision* de fisiólogos, de físicos, de químicos y de críticos, que deben escoger el cadáver, preparar la sala donde debe verificarse el experimento de un milagro de resurreccion, y reglamentar todo el sistema de precauciones necesarias para no dejar lugar á duda alguna. Supone «que se presenta un taumaturgo con garantías bastante formales ó aceptables para ser admitido á discusion, y »que se *anuncia* como pudiendo resucitar á un muerto.» No ve que un taumaturgo que se *presenta* y que se *anuncia*, no puede ser mas que un embaucador. No comprende que no teniendo el taumaturgo este poder en sí mismo, y no recibéndole sino de Dios, por disposiciones y con un objeto dignos de la santidad y de la sabiduría infinitas, seria esta santidad y esta sabiduría la que tendria que hacer sus pruebas ante esta comision de escribas y fariseos, á quien no bastan las pruebas que han convertido al género humano, y que volveria á prin-

(1) *Vida de Jesús*, p. 322.

cipiar el drama del pretorio y del Calvario, si tuviera que iniciarse otra vez el Amor eterno. ¡Mas les vale que no vuelva! Porque entonces si que sucederia que «aquellos dardos de elevado sarcasmo, comparados á los cuales los de Sócrates y de Molière no hacen mas que rozar la piel, vendrian á inscribirse en letras de fuego en su carne hipócrita, y llevarian el fuego y la rabia hasta el fondo de sus huesos (1).» Entonces reconocerian á Dios en estos dardos, mas que en el milagro.

Y no obstante, no es lo que mas choca la idea de una comision en sí misma. Esta idea es excelente y solo tendria el defecto de ser algo atrasada, si no fuese un plagio.

Y en efecto, leemos en el Evangelio que «subiendo Jesus á una eminencia, llamó á sí á los doce que él habia escogido para estar con él y para ser sus testigos en Jerusalem, en Judea y en Samaria, y hasta en los confines de la tierra y hasta la consumacion de los tiempos (2).» Hé aquí la gran comision que no ha cesado de funcionar desde entonces; comision permanente de la Iglesia, siempre vigilante para afianzar á la credulidad humana contra las falsas doctrinas y los milagros falsos, y para afianzar la verdadera doctrina y los verdaderos milagros contra la incredulidad; doble garantía que debe presentar toda comision que tenga por objeto la verdad (3).

(1) *Vida de Jesus*, p. 334.

(2) Marc. III, 12.—Actas, I, 8.

(3) Hallándose en Roma un caballero inglés protestante, le dió á leer un prelado amigo suyo, una informacion que contenia la prueba de muchos milagros. Despues de haberla leído con suma atencion, dijo

No critico, pues, la idea de una comision, sino la falta de toda precaucion necesaria para no dejar penetrar error alguno en esta comision que presenta M. Renan. Porque, en efecto, M. Renan que toma tantas precauciones contra Dios, ha olvidado enteramente tomarlas contra el hombre, contra el hombre que es precisamente el sugeto del error. Es verdad que elige fisiólogos, físicos, químicos y críticos.

Mas no por ser uno sabio,
Deja nunca de ser hombre

No por haber creído en la religion y no creer ya en ella, deja de haber capacidad para la prevencion, el partido sistemático y el resentimiento. Nada de esto se nota seguramente en los escritos de M. Renan; pero en fin, la humanidad es débil, y cuando se trata de un interés tan grande como la fe del género humano, es preciso preverlo todo. Es forzoso asegurarse de que, como dice Papías de nuestros Evangelios, solo tenga un cuidado la comision, el de no omitir nada de lo que ocurra y que no se mezcle falsedad alguna.

Por eso yo propondria una enmienda al proyecto de esa comision.

volviéndosela: «Si todos los milagros que se admiten en la Iglesia romana estuviesen justificados con pruebas tan evidentes como estas, no tendríamos dificultad alguna en suscribir á ellos.—¡Pues bien! contestó el prelado, de todos estos milagros que os parecen tan verídicos, ninguno ha sido admitido por la congregacion de Ritos, por no haberlos creído suficientemente probados.» Admirado el protestante de esta respuesta, confesó que solo una ciega prevencion podia combatir la canonizacion de los Santos y que él no se habria figurado nunca que llevara tan lejos su atencion la Iglesia romana en el exámen que hacia de los milagros.

Esta enmienda tendria tres artículos.

El primero, que comenzaran los miembros de la comision ante todo, deponiendo todo interés personal, sus honorarios, sus derechos de autores, sus prebendas, etc., asi como dejó San Lucas su clientela, San Mateo su banco, y San Juan sus redes.

El segundo, que sellaran su testimonio con su sangre, y se dejaran degollar por sostenerlo.

El tercero, en fin, que pudiera asistir todo el mundo á la prueba ó experimentos: «Ni la clase del pueblo ni la gente de mundo son competentes para esto (1),» dice M. Renan con un desden soberbio en demasia. Nosotros no pensamos como M. Renan. Por el contrario, creemos que el gran jurado en esta materia es el público, y que aquí viene bien el adagio: *vox populi, vox Dei*. Despues de todo, para saber si está bien muerto un hombre, si hace tres dias que se le ha enterado y si huelé mal, valen tanto como un químico que jamás le ha visto, sus parientes, sus vecinos, su pueblo, y el olfato de un lugareño vale tanto como el de un crítico. Yo digo como Voltaire: «que me diga una compañía de granaderos unánimemente: *acabamos de ver un milagro*, y creeré en el milagro.» Porque confieso francamente que seria para mí sospechosa la comision estando sola y encerrada en una sala. ¿No son conocidas las prevenciones de los sabios contra las cosas superiores á ellos? ¡Cuántas verdades recorren el mundo que no han podido forzar aun las puertas del Instituto para entrar en él! ¿Qué seria, pues, para salir? Por lo demás, M. Renan

(1) *Vida de Jesus*, introd., p. L.

nos da anticipadamente la medida de lo que seria necesario para esto. ¿No acaba de decirnos que, si habiéndose escogido bien el cadáver por la comision y reconocido como real y efectiva su muerte, designado el local y bien reglamentado todo el sistema de las precauciones necesarias para no dejar lugar á duda alguna, se verificara la resurreccion con tales condiciones, no habria mas que una *probabilidad* (sin duda porque puede ser la resurreccion de un muerto obra de la casualidad), pero que deberia invitarse al taumaturgo á reproducir su acto maravilloso con otras circunstancias, en otros cadáveres y ante otro concurso, sin designar el número de estos experimentos, al fin de los cuales, habiéndose disminuido el interés y la sensacion del milagro á causa de su repeticion, no dejaria de decir, con M. Scherer, que era un fenómeno natural?

¡Hasta qué punto puede la incredulidad hacer desbarrar á la razon! No sucede asi respecto del pueblo, que siempre será el gran depósito del buen sentido. Por esto al Cristianismo ha querido siempre tenerle por testigo, sin escluir á los sabios y á los testigos escogidos. Toda la familia humana ha podido asistir á los milagros de la bondad de su Dios. Jesus hacia sus milagros en los campos de Judea, por los caminos y las plazas á la luz del sol y de la publicidad, y ha sido injusto M. Proudhon al decir, que solo los presenciaron testigos *privilegiados*; esto va dirigido únicamente á M. Renan. Es cierto que Jesus escogia testigos para consignar y publicar á lo lejos estas maravillas; pero estos testigos se apoyaban en el gran testimonio de la multitud que habia sido objeto de ellos.

Con estas condiciones , y modificada de esta suerte , suscribiremos á la comision de M. Renan.

Pero ¿quién no ve que entonces no seria mas que una superfetacion de la comision evangélica y apostólica , y que en tal caso debemos atenernos á ésta , al menos hasta nueva orden? Porque , en fin , San Lucas bien vale lo que el colega de M. Renan, M. Littré ; San Mateo y San Marcos nos ofrecen tanta garantía como M. Scherer y M. Havet ; y en cuanto á San Juan , aunque no renegó de Dios , aunque encaneció en la caridad y lo destrozó el martirio , puede bien aceptarse por M. Renan ¡Qué será , pues , si llegamos á agregar á estos San Pedro , San Pablo , Santiago , San Judas , San Estéban , y todos los apóstoles y todos los discípulos , y todos los confesores y todos los mártires , cuyas epístolas , cuyos hechos , cuya vida y muerte son otros tantos testimonios de los milagros , son otros tantos milagros ! ¡ Y los pueblos y las ciudades y el mundo convertidos , y que volvieron del culto de Serapis y de Vénus al de la Cruz ! ¡ Y el universo romano convertido en el universo cristiano á fuerza de milagros , ó lo que seria aun mas milagroso , sin milagros ! ¡ Y la Iglesia , en fin , saliendo de este milagro de milagros y perpetuándolo desde hace diez y ocho siglos con el prodigio de la mayor debilidad que gasta todas las fuerzas de la tierra y del infierno , haciendo brillar con esto las del cielo ! ¡ Qué masa de milagros y de testimonios del milagro ! ¡ En qué viene á parar al lado de esto el proyecto de comision de M. Renan ! Para semejantes esperimentos , no hubiera sido suficiente una sala del Instituto : ha sido necesaria a tierra , han sido necesarios los cielos.

IV.

Así es que no puede resistir M. Renan, y abrumado, perseguido por la evidencia, vá á refugiarse á un espediente que jamás se adivinaria, cuya salida viene á abrirle caritativamente M. Scherer compadecido de su embarazo.

M. Renan que tanto nos ha opuesto la inflexibilidad del régimen general de la naturaleza, la ciencia experimental de la naturaleza, escluyendo hasta la posibilidad del milagro, viene á hacer plegarse este régimen y esta experiencia hasta dar en sí cabida al milagro, como un acto puramente natural.

Ya hemos visto, en efecto, que despues de haber pretendido que la prediccion de la ruina del templo por Jesucristo es tan milagrosa por su precision ó exactitud, que era absolutamente necesario que se hubiese hecho despues del acontecimiento, no pudiendo sostener esta última asercion, en vista de la fecha de los tres Evangelios que refieren esta profecía, no ve en ella mas que un acto de pura perspicacia. Mas aun, M. Renan explica naturalmente las prodigiosas profecías del Antiguo Testamento, que nos hacen ver claramente, con anticipacion de dos, cinco, ocho y aun veinte siglos, los acontecimientos mas inimaginables, «gracias á una especie de sentido profético» que hace instantáneamente al semita maravillosamente apto «para ver los grandes lineamentos del porvenir.» Generalizando M. Scherer este espediente, invita á M. Renan á no apurarse tanto con los milagros y á librarse de ellos por medio de la presuncion de que, hasta prueba en contrario, debe *tenerse por natural* la causa de todo fenómeno que se

dice milagroso, sin exceptuar la resurreccion de un muerto.

Así pues, estos señores oponen osadamente al hecho del milagro, mientras creen poder negarlo, la inflexibilidad del régimen general de la naturaleza. Pero llega á probarse el milagro, y entonces se libran ó evaden de su carácter sobrenatural con la flexibilidad de este mismo régimen que se abre, por decirlo así, como una válvula por donde desaparece el mayor milagro. Así pues, les obedece la naturaleza como á verdaderos mágicos, llegando á ser eselusiva ó capaz de los mayores milagros, á proporcion del interés que tienen en ello.

No obstante, M. Renan comprende que este puede ser un recurso para los casos extremos, pero que no puede abusarse de él, y que es preciso saber abordar atrevidamente el milagro, al menos por una vez, y medir sus fuerzas con él en su propio terreno, cual es la autenticidad del Evangelio.

Esto es lo que trata de hacer explicando la resurreccion de Lázaro, con grande espanto de M. Havet y de M. Scherer, que se contristan al verle esponerse á ello. «Este pasaje del »volúmen de M. Renan, dice M. Scherer, va á ser, segun »*puede preverse*, el punto de mira de las declamaciones. No »dejarán de triunfar los enemigos del autor, de un procedi- »miento que les parecerá atacar la santidad de la historia sa- »grada (1).»

¿Cómo es, que M. Scherer, que *juzga* este procedimiento como nosotros, que prevee que lo juzgaremos como él, y que no es seguramente *enemigo del autor*, imputa á enemistad personal este mismo juicio por parte nuestra; y cómo es que

(1) Periódico el *Tiempo* del 14 de Julio de 1863.

llama *declamacion* en nosotros, lo que en él es conviccion? ¡Cómo si nos fuese menos querida que á él la *santidad de la historia sagrada*, y fuéramos solamente sensibles, por odio preconcebido contra M. Renan, al honor de JESUCRISTO! En cuanto á triunfar de la incredulidad, nos hallamos sobrado habituados á ello, para abusar en esta circunstancia de nuestro triunfo. Seremos generosos, limitándonos á citar sus pasajes, si bien acompañándolos con algunas notas. Su enemigo en este caso, lo es él mismo, y creemos que no podria tenerlo mas encarnizado. Pero séanos permitido antes hacer la sencilla observacion, de que M. Renan con la esplicacion de un milagro del Evangelio, como modelo de todos los demás, suministra una clase de prueba que deseábamos hace largo tiempo, á saber: la de mostrar con el exámen inverso de la verdad de los hechos evangélicos, que es tal esta verdad, que no deja á quien rehuse admitirla otro partido que las increíbles puerilidades y los miserables vilipendios que vamos á ver.

«Jesus volvió á su morada querida de Bethania, donde »aconteció un hecho *singular* que parece haber tenido con- »secuencias decisivas sobre el fin de su vida. Cansados de la »mala acogida que tenia en la capital el reino de Dios, *desea-* »*ban* los amigos de Jesus *un gran milagro que causara viva-* »*mente impresion á la incredulidad hierosolimita* (1). Debió »parecer lo mas conveniente para ello la resurreccion de un »hombre conocido en Jerusalem. Aquí debemos recordar que

(1) ¿De dónde ha sacado esto nuestro crítico? ¿Hay nada en el Evangelio que tenga relacion con ello próxima ni remotamente, aun *solicitando* ó *acariciando* los textos *suave* ó *violentamente*?

»la *condicion esencial de la verdadera crítica* es comprender
 »la diversidad de tiempos, y *despojarse de las repugnancias*
 »*instintivas que son fruto de una educacion puramente ra-*
 »*cional* (1). Es preciso *recordar* tambien, que en aquella ciu-
 »dad impura de Jerusalem, no era ya Jesus el mismo, habien-
 »do perdido algo de su limpidez primordial su conciencia,
 »por culpa de los hombres y no por la suya. Apurado y hos-
 »tigado de continuo, no obraba ya por sí mismo: imponíasele
 »su mision y él obedecia al torrente. Y como acontece siempre
 »en las grandes carreras divinas, toleraba ó se veia impulsado
 »á hacer los milagros que exigia de él la opinion, mas bien que
 »los operaba espontáneamente (2). Es imposible decidir á la dis-
 »tancia en que nos hallamos, y en vista de un solo testo que
 »ofrece señales evidentes de artificios, de confabulacion (3)

(1) ¡Cándida confesion! La condicion esencial de la verdadera crítica es desprenderse de las repugnancias instintivas del sentido comun; precaucion reclamada por lo que va á seguir.

(2) Todas estas cautelosas insinuaciones son seguramente mas irritantes que el fin á que van á parar, á saber: que Jesus era un impostor. Pero se aplaca todo sentimiento de indignacion ante la reflexion de que el Jesus de que aquí se trata, no es el del Evangelio, sino el de M. Renan, el cual solo puede ser capaz de impostura. Sobre esto basta *recordar*, como él dice, lo que precede en la *Vida de Jesus*. En cuanto al del Evangelio, si se le quiere hallar, no hay mas que considerarlo á la inversa de aquel. Si hay algo que admire en efecto en el milagro de la resurreccion de Lázaro, es la tranquila, serena, conmovedora y divina iniciativa de la bondad de Jesus en el desconcierto y abatimiento de cuanto le rodeaba. Este es quizá el único milagro que no se le demandó, lejos de habersele impuesto; el milagro mas personal, y si es permitido hablar asi, el milagro de la amistad. ¡Oh! ¡cuán desdichada es una alma que disfraza asi en innoble lo divino!

(3) M. Renan ve por todas partes artificios, amaños y confabula-

si es todo ficcion en el caso presente, ó sirvió un hecho »acontecido en Bethania de base á los rumores que se di- »vulgaron. Es preciso reconocer, no obstante, que el giro »del relato de Juan, tiene algo profundamente diferente de »los relatos de milagros, fruto de la imaginacion popular de »que estaban llenos los sinópticos. Añádase á esto que Juan es »el único evangelista que tenga conocimiento exacto de las »relaciones de Jesus con la familia de Bethania, y que no es »comprensible que se hubiera introducido una invencion po- »pular en un cuadro de recuerdos tan personales. Es, pues, »verosímil que el prodigio de que se trata, no fue uno de »esos milagros completamente legendarios y de que nadie »fuera responsable. *En otros términos*, creemos que pasó en »Bethania algo que se consideró como una resurreccion (1).

»*La fama* atribuia ya á Jesus dos ó tres hechos de esta »clase (2). La familia de Bethania *pudo* ser inducida *casi sin »advertirlo* á prestarse al acto importante que se deseaba. »Adoraba á Jesus. *Parece que* se hallaba enfermo Lázaro y »que Jesus dejó la Perea á causa de un mensaje que le envia- »ron las dos hermanas alarmadas. El gozo de su llegada *pudo »hacer volver á Lázaro á la vida. Tal vez* tambien el vivo »deseo de acallar á los que negaban, ultrajando, la mision di-

ciones, como hombre práctico en ellos: así como un hombre de buena suerte ve por do quiera virtudes frágiles.

(1) *En otros términos*, yo hubiera querido poder negar el milagro, pero me es forzoso confesarlo, y no me queda mas recurso que esplicarlo á mi manera.

(2) Aquí, la fama es el Evangelio, tan digno de fe en San Mateo, en San Marcos, en San Lucas como en San Juan.

»vina de su amigo , impulsó á estas personas apasionadas á
 »traspasar toda clase de límites. *Tal vez*, Lázaro, *pálido* aun,
 »á causa de su enfermedad , se hiciera ligar con fajas como
 »un muerto y encerrar en su sepulcro de familia. Marta y Ma-
 »rta saldrían á esperar á Jesus y sin dejarle entrar en Betha-
 »nia, le conducirían á la gruta. La emocion que experimentó
 »Jesus al ver el sepulcro de su amigo á quien creía muerto,
 »*pudo* tomarse por los asistentes por esa turbacion , ese
 »estremecimiento que acompañaba á los milagros ; y querien-
 »do la opinion popular que fuera la virtud divina en el hombre
 »como un principio epiléptico y convulsivo, deseó Jesus (si-
 »(guiendo la hipótesis arriba enunciada) ver otra vez al que
 »había amado , y habiéndose quitado la piedra , *salió Lázaro*
 »*envuelto en las fajas y rodeada la cabeza de un sudario* (1).
 »Esta aparicion debió naturalmente considerarse por *todo el*
 »*mundo* como una resurreccion (2). La fe no conoce otra ley
 »que el interés de lo que cree verdadero. Siendo para ella
 »absolutamente santo el objeto que sigue , no tiene escrúpulo
 »alguno en invocar á favor de su tesis , malos argumentos
 »cuando no producen efecto los buenos. ¡Si esta prueba no es
 »sólida , lo son tantas otras!... ¡Si no es real tal prodigio , lo
 »han sido tantos otros!... Persuadidos de buena fe Lázaro y
 »sus hermanas de que Jesus era taumaturgò, *pusieron auxi-*

(1) M. Renan se olvida de decir que Lázaro llevó la burla hasta permanecer cuatro dias en el sepulcro , y oler mal. *Jam fœtet, quatríduanus est enim.*

(2) Es *naturalmente* tan necio *todo el mundo* , escepto los químicos , los físicos , los fisiologistas y los criticos!... ¡y Lázaro que por sí solo tenía mas inteligencia que *todo el mundo!*

»liarle en la ejecucion de uno de estos milagros (1); á la ma-
 »nera que han tratado de triunfar de la obstinacion de los
 »hombres por medios cuya insuficiencia conocian, tantos hom-
 »bres piadosos, convencidos de la verdad de su religion... (2)
 »En cuanto á Jesus, no era dueño, como no lo fue San
 »Bernardo, ni San Francisco de Asís, de moderar la ansiedad
 »de la multitud y de sus propios discípulos, por lo maravillo-
 »so. Por otra parte, dentro de breves dias iba á volverle la
 »muerte su libertad divina, arrancándole de las fatales necesi-
 »dades en que le ponía un papel que cada dia era mas com-
 »prometido y mas difícil de sostener. (3).»

Así, pues, lectores cuya fe en el Evangelio es aun vacilan-
 te, ahora teneis ocasion de pronunciaros. Para que no se haya
 verificado el milagro de la resurreccion de Lázaro (y por este
 milagro podeis apreciar todos los demás milagros evangélicos),
 es preciso admitir que acontecieron las cosas como acabais de
 ver. Leed esa página del Evangelio; á ello os convido y de-
 beis hacerlo; volved á leer despues la de M. Renan y elegid.
 Sin duda fue despues de haber leído una de estas páginas de
 M. Renan, cuando debió esclamar M. Delecluze, en su buen
 sentido práctico: «Lo contrario debe ser lo cierto.»

Despues de haber dicho M. Renan, al principio de su es-
 plicacion, que *habia perdido algo de su limpidez la concien-*

(1) ¡Admírese el raciocinio! Siendo Jesus para ellos un verdadero
 taumaturgo, debió ser auxiliado para hacer el milagro, porque el *pu-*
dieron auxiliarte supone que *debieron auxiliarte*.

(2) Véase por esto que M. Renan es maestro en el arte de enseñar
 el fraude piadoso y de escusarlo.

(3) *Vida de Jesus*, p. 339-363.

cia de Jesus, para prepararnos á verle cómplice de impostura, le hace representar sin embargo, un papel inconsciente. Pero al decir al fin para escusarle, que no era *dueño* de moderar la ansiedad de la multitud por lo maravilloso, le acusa manifiestamente de haberse prestado á ella.

Aquí se alza el escollo en que debía venir á estrellarse el autor de la *Vida de Jesus*: la imputacion de impostura á Jesus. ¡De qué precauciones, de qué insinuaciones, de qué evasivas no ha tenido que valerse para amortiguar el choque! Pero esto solo le sirve para aparecer mas culpable, haciendo ver que conoce perfectamente su mal proceder, sin tener la franqueza de confesarlo, practicando él mismo el fraude que atribuye á su héroe; y mas aun, profesándolo. Antes de llegar á este punto trata de dar primeramente muchas esplicaciones.

La primera es la de presentar á su Jesus como el primer incauto, víctima y juguete de la credulidad de que eran objeto sus milagros. «Para él lo maravilloso era lo escepcional; era el estado normal (1). Ninguna idea de las leyes de la naturaleza demarcaba los límites de lo imposible en su entendimiento ni en el de sus oyentes. Para él no habia sobrenatural, porque no habia naturaleza (2). No tenia la menor idea de un órden natural regulado por leyes. En aquel tiempo se tenia la facultad de hacer milagros por una licencia regularmente dispensada por Dios á los hombres y en que nada habia que sorprendiese (3).»

(1) *Vida de Jesus*, p. 41.

(2) *Ibid*, p. 245-246.

(3) *Ibid*, p. 257.

Ya se comprenderá cuán insostenible es esta primera explicacion, cuando se ve precisamente en cada página del Evangelio, la *sorpresa*, ó mas bien, el estupor de toda la Judea en vista de las maravillas obradas por JESUCRISTO: —*STUPEBANT omnes turbæ et decibant: Numquid hic est Filius David* (1)?—*Conturbati sunt omnes, et plus magis intra se STUPEBANT.*—*Stupebant autem omnes in magnitudine Dei* (2). —*Porro omnes MIRATI SUNT, dicentes: Quodis est hic, quia venti et mare obediunt ei?* etc. (3).—En cuanto al mismo Jesus, obraba estas maravillas con una serenidad divina, es cierto, «porque para él no era lo maravilloso lo escepcional, »sino el estado normal.» Tiene razon M. Renan en decirlo. ¿Pero era esto asi porque «no demarcara el limite de lo imposible ninguna idea en su entendimiento ni en el de sus oyentes,» ó mas bien porque él era el señor de estas leyes, y porque esta misma imposibilidad de relajarlas que tenia cualquiera otro que él ó á quien él no hubiera dado potestad para ello, era la gran señal de su divinidad y la condenacion de los que no la reconocian? A esto responden todos estos pasajes en que apela Jesus á sus milagros, como al gran signo de su mision. *Porque el Padre mostrara en mí obras mayores que estas, tanto que os admirareis.* Porque asi como el Padre resucita á los muertos, asi tambien el Hijo da vida á los que quiere (4). *Si yo no hubiera hecho entre ellos obras cuales*

(1) Math., XII, 24.

(2) Marc. VI, 51.

(3) Luc., IX, 44.

(4) Juan, V, 20.

ninguno otro hizo, no tendrían el pecado que tienen (1).
 ¿Y no dice el mismo M. Renan que la curación de los enfermos era uno de los signos del reino de Dios, de estos grandes signos de que decía el Salvador: *Id y anunciad lo que habeis visto y oído: los ciegos ven, los cojos andan, son curados los leprosos, oyen los sordos, resucitan los muertos, y son evangelizados los pobres* (2). JESUS creía, pues, hacer verdaderos milagros.

No era, pues, sostenible esta primera explicación.

M. Renan arriesga otra segunda: tal es la exaltación, la locura, la extravagancia: «Admitiríamos, sin vacilación, dice, que han ocupado un gran lugar en la vida de Jesús, aquellos que actualmente se considerarían como de ilusión y de locura (3). Las cosas más bellas del mundo se han verificado en estado de calentura, y toda creación eminente lleva consigo una ruptura de equilibrio, un estado violento respecto del ser de quien emana (4).»

Esta segunda explicación y la anterior se destruyen recíprocamente. Es claro, en efecto, que si era lo maravilloso para Jesús un estado *normal* y si pasaba la facultad de hacer milagros como una licencia regularmente dispensada por Dios á los hombres, y que no tenía nada que sorprendiera, no necesitaba Jesús ponerse en un estado *anormal*, ni imaginarse que tenía el poder de hacer milagros; ó que, si para creerse con

(1) Juan, XV, 24.

(2) Lucas, VII, 27.

(3) *Vida de Jesús*, p. 266.

(4) *Idem*, p. 453.

este poder, se veía obligado á llegar hasta la estravagancia, era por ser el milagro una cosa muy extraordinaria para él asi como para sus oyentes. No necesito añadir que el Evangelio en que aparece el Hijo de Dios siempre con una serenidad tanto mayor, cuanto mas grandes cosas opera, no deja escusa alguna á M. Renan, de haber tenido que recurrir á esta esplicacion de la locura, sobre la que volveremos á tratar mas ámpliamente.

Para evitar M. Renan este escollo, arriesga otra tercera esplicacion, á saber: «que á falta de toda ciencia médica en esta época, es muchas veces un remedio decisivo la presencia de un hombre superior, que trata al enfermo con dulzura, dándole por medio de algunas señales sensibles la seguridad de su restablecimiento. ¿Quién se atrevería á decir que en muchos casos, y esceptuando las lesiones enteramente caracterizadas, no equivale á los recursos de la farmacia el contacto de una persona predilecta? El solo placer de verla, sana. Una sonrisa, una esperanza, que dé, no es á veces en vano (1).»

No me atreveré á decir lo contrario, pero sí que esto no se parece en nada á lo que nos presenta el Evangelio, á saber: que ven los ciegos, que andan los cojos, que son curados los leprosos, que oyen los sordos y resucitan los muertos. Esto es lo que jamás hará el contacto de una persona predilecta.

Era, pues, preciso llegar á la sola y única esplicacion, de la que nada puede preservar al que no dobla la rodilla ante Cristo, su impostura.

(1) *Vida de Jesus*, p. 260.

«Sería faltar al buen método histórico, dice M. Renan, »decidido á arrostrarlo todo, atender demasiado aquí á nues- »tras repugnancias, y para sustraernos á las objeciones que »podría intentarse suscitar contra el carácter de Jesus, supri- »mir hechos, que á los ojos de sus contemporáneos, fueron »colocados en primer término.»

M. Renan, y es necesario agradecersele, porque en él es bastante raro, presenta aquí francamente la cuestion. La certidumbre de los hechos evangélicos, que la incredulidad moderna (porque la antigua la reconocía) ha negado ó eludido tan tenazmente, está averiguada. Quiero decir, que es cierto que cuantos hechos maravillosos se refieren del Salvador, se han realizado por él y pasaron á la vista de sus contemporáneos como milagros reales.

«Sería cómodo, añade M. Renan, dirigiéndose á M. Ha- »vet y á toda su escuela, decir que estos hechos fueron aña- »didos por discípulos inferiores á su maestro, quienes, no pu- »diendo concebir su verdadera grandeza, trataron de realzar- »le con prestigios indignos de él. Pero los cuatro narradores »de la Vida de Jesus están unánimes en elogiar sus milagros... »Admitiremos, pues, sin vacilar, que tales actos que actual- »mente se consideran como efecto de ilusion, han tenido un »gran lugar en la Vida de Jesus (1).»

No consiste, en esto ya la cuestion.

Toda ella está en saber, á qué carácter de Jesucristo, en el supuesto de no ser Dios, deben referirse sus milagros.

Ya hemos visto, que ni la esplicacion sacada de la credu-

(1) *Vida de Jesus*, p. 286.

lidad propia de Jesus y de sus contemporáneos sobre el estado normal del milagro; ni la inferida del estado anormal de exaltacion y de locura de Jesus; ni en fin, la deducida *del contacto de su persona privilegiada*, podian resolver la dificultad.

Queda, pues, la última esplicacion, única salida que tiene la incredulidad; la de que debe despreciar como impostor al que no quiere adorar como Dios.

M. Renan no vacila en cortar asi la dificultad. Pero, testimonio admirable de la verdad en tamaño ultraje! porque solo corta asi la dificultad en Jesus, arrojándose sobre la conciencia humana, con la negacion de sus mas imprescriptibles leyes, con la apología de la impostura.

Por este medio hace reproducirse en toda su fuerza aquel invencible argumento en que vendrá á encallar toda incredulidad y que ha sido formulado por un gran crítico de esta suerte:

«En mi concepto, es necesario creer en el gran principio de los milagros, ó llegar á la consecuencia absurda, ya que no inconcebible, de que Cristo era un bribon y sus discípulos unos embusteros ó unos tontos, á quienes él engañó.»

Este parecer es de un hombre que verificó una revolucion en la ciencia histórica, con el feliz arrojio de sus investigaciones, el célebre Nieburh (1). El mismo amor á la verdad que le hizo trastornar el campo fabuloso de la mayor parte de los orígenes de la historia, le hizo reconocer la solidez inalterable de los orígenes del cristianismo, y del gran hecho de los milagros que es su primer fundamento.

Este argumento es admirable en cuanto que atrae á sí á la

(1) Véase la *Revista británica* de diciembre de 1840.

incredulidad de sus mil fugas, viéndose acorralada y como bloqueada en él, según lo demuestra hoy M. Renan, cual jamás lo demostró nadie.

Y en efecto:

El mundo físico se diferencia del mundo moral, en cuanto que las leyes del mundo físico son constantes en sí mismas, pero no necesarias, y que en su consecuencia, es posible el milagro que las deroga: mientras que las leyes del mundo moral son, no solamente constantes, sino necesarias y absolutas é imposible toda escepcion respecto de estas leyes. La resurreccion de un muerto no implica contradiccion con el poder que ha creado la vida; al contrario; al paso que la mentira implica contradiccion con la verdad y con la conciencia. Cuanto mas nos elevamos á la Potestad que revelan las leyes de la naturaleza física, mas posible aparece el milagro; mas nos elevamos á la Justicia que revelan las leyes de la naturaleza moral, mas aparece como imposible su compatibilidad con la mentira. El que se juzga con mas poder para relajar las leyes físicas, Dios, es el que se concibe con menos poder para relajar las leyes morales.

No es, pues, posible dudar, en el caso de tener por una parte leyes físicas y por otra leyes morales, y que sea absolutamente necesario decidirse entre la inviolabilidad de las unas y de las otras; porque en tal caso, la inviolabilidad de las leyes morales, impulsa á reconocer la derogacion de las leyes físicas: el milagro.

La creencia en el milagro descansa, por tanto, en la conciencia misma: ella la tiene por garante.

Así se verifica respecto de JESUCRISTO y sus milagros.

Sus milagros son posibles y son históricamente lo mas justificado que existe.

En él es imposible la inmoralidad, siendo él mismo el ideal moral.

Sus milagros son, pues, verdaderos como él mismo, como la conciencia humana en él.

No puede evitarse esta consecuencia sino es negando la identificación de JESUS con el ideal moral y con la conciencia humana.

Pues bien, todo el mundo en el dia tributa á JESUCRISTO este homenaje.

Nuestro ideal moral nos viene del mismo JESUCRISTO, quien ha elevado la conciencia humana á una altura que jamás conoció antes de él; y es el único que la sostiene en ella. «La moral evangélica, dice M. Renan, es la creación mas elevada que haya salido de la conciencia humana, el código mas bello de la vida perfecta que haya trazado jamás moralista alguno (1).» Y *Jesus* permanece siendo para la humanidad un principio inagotable de renacimientos morales (2).»

Jesucristo ha llegado á ser nuestra conciencia, la cual no es solamente humana, sino *cristiana*. Y con esto ha justificado magníficamente lo que se dijo de él, que *era la luz que ilumina á todo el que viene á este mundo*; y lo que dijo de sí mismo: *Yo soy el Principio: yo soy la Verdad*.

(1) *Vida de Jesus*, p. 84.

(2) *Ibid.*, pág. 451.

Su moral que se autorizó en un principio con sus milagros, nos responde hoy de ello.

Rousseau trataba de esta hermosa verdad, haciendo un círculo vicioso: así decía, los milagros hacen creer en la doctrina y la doctrina hace creer en los milagros. No hay duda, á la manera que el ave lleva sus alas, y que sus alas la llevan á ella (1). Y además, no ha habido completa simultaneidad en esta recíproca garantía de los milagros y de la moral de JESUCRISTO. Los milagros han comenzado atestiguan-do la doctrina cuando ésta parecía aun locura al judío y escándalo al gentil. La Cruz ha pasado del Calvario al Capitolio á fuerza de milagros, hasta que llegue á ser su triunfo mismo el gran milagro. Desde entonces, se manifestó mas y mas al alma regenerada la belleza moral del carácter de JESUCRISTO, y se hizo admitir de tal suerte, que en el día es ella la

(1) Una sutileza análoga del ministro Claudio, hizo perder los estribos á la rectitud de Bossuet por un momento, en la célebre conferencia que produjo la conversión de Mlle. de Duras. En este momento fue cuando su hermosa alma, mas preocupada con la salvación de Mlle. Duras que con la humillación de su grande ingenio por una derrota, dijo *in petto* el famoso *Ave Maria* que le obtuvo, por mediación de la Madre del Verbo, esta hermosa respuesta. «No se nos tache este círculo vicioso. La Iglesia nos hace creer en la Escritura, la Escritura nos hace creer en la Iglesia. Esto es verdad de una y otra parte bajo diversos conceptos. La Iglesia y la Escritura se han hecho de tal modo una para la otra, y se acomodan ó ajustan tan perfectamente una á otra, que se sostienen entre sí, como las piedras de una bóveda y de un edificio se sostienen mutuamente. Todo está lleno en la naturaleza de ejemplos semejantes. Yo llevo el baston en que me apoyo; la carne junta y cubre los huesos que la sostienen, y todo se ayuda ó auxilia mutuamente en el universo.»

que sostiene la fe en los milagros que la sostuvieron en un principio.

Y en efecto, hállese tan identificada en el día esa belleza moral del carácter de JESUCRISTO con la ley moral, con la conciencia cristiana, que no se la puede negar, ni blasfemar de ella, sin negar esta ley moral, ni blasfemar de la conciencia misma.

¿Quién hubiera jamás imaginado probar esto en hipótesis, como acaba de hacerlo realmente M. Renan?

Pero M. Renan no ha podido atacar el carácter de JESUCRISTO, sino pasando por encima de la honradez misma, sino es hollando con los pies los primeros principios de la verdad moral. Les ha hecho doblegarse, mas bien que los ha opuesto á JESUCRISTO. Ha profesado «altamente que hay muchos modos de medir la sinceridad...»

Pero de esta suerte ha ido, como hemos dicho, á chocar contra la conciencia, la cual se ha revuelto y protestado contra este ultraje, devolviéndoselo. Todo el mundo lo ha reprobado, no habiéndole seguido ni M. Scherer ni el mismo M. Havet; y como ha dicho muy juiciosamente M. Sainte-Beuve: «No »ha procedido en esto á satisfaccion de nadie, ni aun de sí mismo.»

Y no obstante, si la conciencia humana y cristiana es inviolable, el carácter de JESUCRISTO, que es su principio regenerador, lo es inevitablemente. Y si es inviolable el carácter de JESUCRISTO, si no puede aproximarse á él sospecha alguna de impostura, ha operado sus milagros en la plena verdad y sinceridad de este carácter, y son por lo tanto verdaderos.

Son, pues, verdaderos los milagros evangélicos, según la conciencia humana, y

JESUCRISTO ES DIOS.

Esta conclusion es tan imperiosa, que no deja otro partido á M. Scherer y á M. Havet mismo, que el de someterse á ella.

Ya he dicho, que no habiendo querido estos críticos seguir la suerte peligrosa de M. Renan, quedaban prisioneros de la verdad.

En cuanto á M. Havet, esto es difícil, porque siempre se evade su *libre pensamiento*, negando la evidencia y dispensándose de probar nada. Sin embargo, reconoce que: «Si es »Juan, el fiel compañero de Jesus, quien refirió el cuarto Evangelio (y esto se halla reconocido por todo el mundo, hasta »por Strauss), *no hay ya que dudar* que pasase en Bethania »una escena como aquella (la resurreccion de Lázaro). Por »tanto, ó es necesario reconocer el milagro (cosa á que jamás »podrá resolverse M. Renan) ó es necesario suponer un fraude piadoso, y no se qué ilusion que quiso causarse á los espectadores. De donde se deduce la singular doctrina que permite al profeta mentir (p. 255 de la *Vida de Jesus*) casi del mismo modo que lo permite Platon á los jefes de los pueblos, »y que supone que en efecto mintió Jesus, alterando así una »figura por otra parte tan constantemente ideal en todo el »libro (1).» *No hay, pues, ya que dudar* de la resurreccion

(1) *Revista de Ambos Mundos* del 1.º de agosto de 1863, p. 585.

de Lázaro si es San Juan el autor del cuarto Evangelio ; y esto solo es cuestion para M. Havet.

En cuanto á M. Scherer, es mas esplicita su sumision. Comienza siguiendo á M. Renan en su pesada teoría de la *sinceridad de muchas medidas*, y despues de cometer esta falta voluntaria, preguntando si se debe estender esta teoría al fundador del Cristianismo, contesta perfectamente: «No vacilo en negarlo,» y aduce las razones deducidas del carácter de JESUCRISTO que le hacen *rechazar absolutamente* el parecer de M. Renan sobre este punto.

Pero entonces, continúa, vuelve á presentarse la cuestion de los milagros. Y para salir de ella, se arroja en una distincion trabajosamente elaborada entre los milagros grandes y los pequeños, atribuyendo estos arbitrariamente á la leyenda, y conservando aquellos como propios de la historia evangélica, y recurriendo aun, para explicarlos, á una potestad indefinida que no existe, y que se desarrollaba en otro tiempo á favor de ciertas condiciones fisiológicas, bajo el imperio de una vida religiosa intensa, en que predominaba el sentimiento sobre la reflexion, etc., etc., etc. Y todo esto para terminar rindiéndose de esta suerte: «*Estamos, pues, reducidos á admitir el milagro bajo la fe del testimonio histórico.* No ignoro que el testimonio es un apoyo muy débil tratándose de hechos puestos asi fuera de toda esperiencia personal; por otra parte, sin embargo, son aquí los testigos demasiado numerosos, sobrado dignos de fe, están demasiado unánimes para que se pueda desechiar su declaracion por simples consideraciones *á priori* (1).»

(1) Periódico *El Tiempo* del 28 de julio de 1863.

CAPITULO IX.

LA PERSONA DE JESUCRISTO.

Hemos llegado ya al corazon de la Verdad, á su persona, á la adorable persona de Nuestro Señor y Salvador Jesucristo, Hijo de Dios y Dios mismo, Palabra de la Omnipotencia que hizo el mundo en su Amor, y que, en testimonio del mismo poder y del mismo amor, rehizo el universo. «Quien despues de haberlo formado, como dice Platon, sobre la fe de las *antiguas tradiciones*, lo abandonó á su libertad, y se retiró, como á un sitio de observacion; y habiéndose estraviado este mundo más y mas hasta correr, al fin, el riesgo de destruirse enteramente, viéndole en este extremo, y no queriendo que acometido y disuelto por el desórden, se abismase en el espacio infinito de la desemejanza (1), volvió á sentarse en el timon, reparó lo que estaba alterado ó destruido, reformó y ordenó el mundo y lo libertó de la muerte.» Propias palabras de Platon en la *Política* (2), donde segun nuestras pro-

(1) Espresion admirable, puesto que el hombre fue formado á imágen y semejanza de Dios.

(2) Traducccion de Cousin, t. XI, p. 337.

fecias incontestablemente, trazaba así por anticipación la historia del Cristianismo, y mostraba, en las tinieblas del paganismo, lo que no ven nuestros filósofos en la luz de la redención.

En cuanto á nosotros, á quienes preservó Dios por su gracia de semejante ceguera; nosotros, mundo redimido por el que lo formó, que adoramos en JESUCRISTO al Autor de nuestra existencia y de nuestra salvación, permaneceríamos aniquilados en esta adoración, si no vinieran su bondad y su gracia, velando su magestad y su poder, á librarnos del temor por medio del amor.

¡Qué bondad la que ha espuesto á nuestras blasfemias semejante magestad! ¡Qué gracia la que las reserva un perdón todavía! ¡Pero qué castigo no espera al que desprecia esta bondad y esta gracia!

Amice, dijo él á su discípulo apostada *¿ad quid venisti?* Amigo, á quien yo recogí en mi seno, á quien hice confidente, discípulo y familiar de mis misterios, y á quien alimenté con mi sangre, ¿con qué designio te llegas á mí y me señalas con ese beso, que te señala á tí mismo á la execración del mundo? ¿Por qué esa hipócrita demostración, esa pérfida alabanza que oculta tantos odiosos ultrajes y sacrílegos desprecios?

M. Renan no ha cumplido su palabra, y un adversario más franco de nuestra fe se lo ha echado en cara justamente. El ha prometido que «llegará un día en que acrecentándose la audacia de la crítica con el buen éxito, se atreverá á atacar al Dios de lo pasado y á mirar cara á cara á Aquel ante quien se han inclinado generaciones de adoradores.»

Y M. Renan no ha mirado á Cristo cara á cara. Le ha contemplado y llegádose á él con miradas y pasos oblicuos. «Cuando nosotros hacemos la guerra, dice el adversario de que acabo de hablar, dirigimos al enemigo un cartel en debida forma, y le hacemos frente á cara descubierta y el pecho desnudo. Nosotros desconocemos, (lo cual es un resto tal vez de la antigua sangre gala que asi lo exige) á aquel que en vez de llegarse á su adversario en actitud abiertamente hostil, le abruma á caricias, al mismo tiempo que le dirige con disimulo golpes mortales (1).»

Pero ¿quién otro de sus enemigos ha mirado jamás á JESUCRISTO cara á cara? Solamente nosotros, fieles suyos, nos atrevemos á ello, y debemos hacerlo asi, porque tomamos en esta Faz misericordiosa, ante la cual se velan los ángeles, la confianza y la gracia de que necesita nuestra miseria para acercarse á él y para amarle.

M. Renan, pues, ha procedido valiéndose de falsas alabanzas; pero ha tributado de esta suerte al divino Maestro un homenaje mas importante que si le hubiera elogiado francamente y aun mas que si le hubiese adorado. El homenaje, en efecto, en este último caso, hubiera sido un homenaje particular, y solo hubiera testificado la conviccion individual de M. Renan. Pero la falsa alabanza tiene todo el peso de la conciencia general que se la ha impuesto á M. Renan, quien ha tenido que transigir con esta conciencia. La ha tentado con un sentimiento que él no hubiera podido desconocer sin sublevar-

(1) *Opinion de los deístas racionalistas sobre LA VIDA DE JESUS, de M. Renan*, por M. Larroque, p. 23.

la: ha querido atraer á sus lectores por medio de la idolatría de la humanidad histórica de Jesús, á la apostasía de su divinidad dogmática; y era tan fuerte el sentimiento que ha debido contemplar, que este sentimiento le ha arrastrado á él mismo á homenajes que implican esta divinidad.

Esta disposición de la conciencia general de nuestra época, con que ha debido contar M. Renan y de que da testimonio su libro, disposición que no es la fe, pero que es aun menos la impiedad, la hemos consignado en esta página de nuestros *Nuevos Estudios sobre la Virgen María y el Plan divino*, escrita hace ocho años.

«Esta empresa (contra el dogma de la Encarnacion, cuyo paladion es en el mundo el culto de la Virgen Maria), se prosigue en nuestros dias, decíamos, y se proseguirá siempre bajo mil formas toscas ó fingidas. Algunas veces como en el último siglo ataca al descubiert y blasfema bárbaramente de CRISTO; le crucifica: otras veces, como en nuestra época, le cubre de protestas de simpatía, como con un manto de púrpura, lo cual solo es un modo de despojarle de su divinidad y decir de él: ¡*Hé aquí el Hombre!* Estrechado el error á veces por la verdad, se transfigura para esquivarse y se hace cristiano. Reconoce en JESUCRISTO mas que un hombre, pero no un Dios; ó bien un Dios, pero no el Dios único; ó el Dios único, pero impersonal, el Dios del panteismo, y asi todo lo embrolla y lo confunde, á Dios y el hombre, á la naturaleza y su Autor, para sustraerse á la estricta verdad de DIOS HECHO HOMBRE. Para un gran número de neo-cristianos se evapora esta verdad en un ser fantástico y negativo, que no es Dios

sino en cuanto no es hombre, y que no es hombre sino en cuanto no es Dios, destruyéndose á sí mismo en su doble naturaleza, suspendido en el vacío entre las dos, y prestándose á todas las combinaciones de la fantasía religiosa, de la cual es un ídolo variable. Error que no es nuevo por cierto, y que el obispo Proclo acosaba y refutaba en el concilio de Efeso, con estas palabras. «¿Cual es, pues, os pregunto, ese Ser que no llega á la grandeza divina y que sin embargo sobrepuja á la condicion de la criatura? Es una cosa que no pudiera comprender jamás el entendimiento humano, porque no queda sitio para quien quiera que sea, entre la criatura y el Criador.» (Concilio de Efeso, Labbe, t. III, pág. 24) (1).

A esta disposicion ha adaptado M. Renan su *Vida de Jesus*, esplotándola.

De aquí su Jesus, ó mas bien uno de sus Jesucristos, porque M. Renan tiene muchos. Primeramente tiene un Jesus *idílico*, despues un Jesus *político*, y finalmente un Jesus *frenético*. El Jesus de quien nos ocuparemos en primer lugar no es ninguno de estos tres; es un cuarto Jesus bordado sobre todo el fondo, y á quien M. Renan hace aparecer destellando, para fascinar la religiosidad del lector: este es el Jesus *heróico*.

Ya los tres primeros no concuerdan entre sí, y son absolutamente inconciliables con el cuarto, y se las han con la verdad.

Vamos á examinarlos sucesivamente, y á sacar de cada

(1) *La Virgen Maria y el Plan divino*, t. I, p. 29 y 30 de la traduccion española.

uno de ellos y de la incoherencia de su reunion en un mismo personaje, otras tantas pruebas de que el JESUS verdadero es verdaderamente Dios.

Comencemos por el Jesus de concesion, por el Jesus *heróico*, y consagrémosle el presente capitulo.

Este es el menos falso de los cuatro, y aun tiene rasgos verdaderos, en que se conoce haber traspasado su autor los limites que habia calculado. No queremos rehusar á M. Renan el mérito de haber sido accesible á la belleza del carácter de JESUCRISTO. Nos tendríamos por felices si encontráramos una esperanza sobre esto, para que no busquemos, aunque solo sea una ilusion. Vamos, pues, á recoger muchos de estos rasgos, algunos de los cuales se dirigen al alma del lector con bastante fuerza para indicar que provienen de la del autor, y por medio de los que quisiéramos poder retenerle en su camino y atraerle al bueno. Espongamos no obstante, para no equivocarnos, lo verdadero y lo falso que hay en ellos.

Lo verdadero que hay en ellos, es la grandeza incomparable, *absoluta* del carácter y de la obra de Jesus. Lo falso es, que esta grandeza parte de abajo, parte del hombre, en vez de venir de arriba, de venir de Dios. Es que, en su consecuencia, ella se encarama y estira para llegar á este absoluto que no es propio del hombre, y que no tiene aquella sencillez evangélica, en que aparece la perfeccion como lo natural del HOMBRE DIOS.

A beneficio de esta observacion, citemos algunos de esos rasgos del Jesus *heróico*, y nos será fácil mostrar en seguida en lo verdadero que hay en ellos, que testifican la divinidad del verdadero Jesus, del Jesus evangélico.

—«El acontecimiento *capital* (1) de la historia del mundo es la *revolucion* porque las mas nobles porciones de la humanidad pasaron de las antiguas religiones comprendidas bajo el nombre vago de paganismo, á una religion fundada en la unidad divina, en la trinidad y la encarnacion del Hijo de Dios... El origen de la revolucion de que se trata es un hecho que tuvo lugar en los reinados de Augusto y de Tiberio. Entonces vivió una persona que por su iniciativa *arrojada* y por el amor que supo inspirar, *creó* el objeto, *colocó* y puso el *punto de partida de la fe futura de la humanidad* (2).»

—«Jesus es el honor comun de quien tiene un corazon varonil.»

—«Sin él es incomprendible la historia *entera* (3).»

Despues de una revista de la impotencia de las diversas religiones *para convertir el mundo*, y de un cuadro del pueblo judío, el pueblo mas conmovedor y mas original del universo que lleva en sí los destinos de la religion de la humanidad, esos destinos, dice M. Renan, «encontraron al fin su intérprete en el *hombre incomparable* á quien ha conferido la *conciencia universal* el titulo de Hijo de Dios, y esto *con justicia*, puesto que hizo dar á la Religion un paso con el que no puede y probablemente *no podrá jamás compararse ningun otro* (4).»

(1) Subrayamos las espresiones que implican la divinidad de Jesucristo por el carácter absoluto que reconocen en él, como nos reservamos demostrar despues.

(2) *Vida de Jesus*, p. 1 y 2.

(3) *Id.*, p. LIX.

(4) *Id.*, p. 18.

—«*Todos los pueblos* civilizados hacen datar su era del »*dia en que nació* (1).»

—«*Ningun hombre* moderno puede sentarse en esta cima »*de la montaña de Nazareth en que él se sentó, sin sentir in-* »*quietud sobre su destino* (2).»

—«*Habiendo escedido su resolucion en intensidad á todas* »*las voluntades creadas, todavía dirige en los tiempos que al-* »*canzamos los destinos de la humanidad* (3).»

—«*Permanece para la humanidad como un principio in-* »*agotable de renacimientos morales* (4).»

—«*Cada uno de nosotros* le debe lo *mejor* que en si »*tiene* (5).»

—«*Jesus no tiene igual*; su gloria permanece *entera*, y »*se renovará siempre* (6).»

—«*Se hizo amar hasta el punto de no haberse cesado de* »*amarle despues de su muerte* (7).»

—«*Las aldeas en que predicó, y de que hablará la huma-* »*inidad eternamente, tanto como de Roma y de Atenas, han* »*desaparecido, y es dudoso que se consiga nunca fijar los si-* »*otios en que quisiera la humanidad besar la huella de sus* »*plantas* (8).»

(1) *Vita de Jesus*, p. 21.

(2) *Id.*, p. 53.

(3) *Id.*, p. 46.

(4) *Id.*, p. 431.

(5) *Id.*, p. 283.

(6) *Id.*, p. 93.

(7) *Id.*, p. 443.

(8) *Id.*, p. 141.

—«Haber hecho de la pobreza un objeto de amor y de anhelo, haber elevado al mendigo sobre el altar y santificado el »trage del hombre del pueblo, es un *golpe maestro* que puede »no afectar mucho la economía política, pero ante el cual no »puede permanecer indiferente el verdadero moralista (1).»

—«Lo que fundó Jesucristo, lo que quedará de él *eternamente*, es la doctrina de la libertad de las almas. ¿Que importa al cristiano el dominio pasajero de esta tierra que no »es su patria? La libertad para él es la verdad... «Dad al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios.» [Palabras »profundas que decidieron el porvenir del Cristianismo! ¡Palabras de un espiritualismo *completo* y de una justicia *maravillosa*, que *establecieron* la separacion de lo espiritual y de lo »temporal, y que *colocaron la base* del verdadero liberalismo »y de la *verdadera civilizacion!* (2).»

—«Una idea *absolutamente* nueva, la idea de un culto »fundado en la pureza del corazón y en la fraternidad humana, hacia por él su entrada en el mundo (3).»

—«El Dios de Jesus no es ese Señor fatal que os mata »cuando le place, que os condena cuando quiere, que os salva »cuando gusta. El Dios de Jesus es vuestro padre. Oyésele escuchando ese soplo ligero que grita dentro de nosotros «Padre...» Allí está su *grande acto de originalidad*; en esto no »es de su raza (4).»

—«La moral evangélica es la *creacion mas elevada* que

(1) *Vida de Jesus*, p. 181.

(2) *Id.*, p. 348.

(3) *Id.*, p. 90.

(4) *Id.*, p. 78 y 79.

»haya salido de la conciencia humana, el *código mas bello de la vida perfecta* que haya trazado moralista *alguno* (1).
 »Por ello somos *todos* nosotros sus discípulos y sus continuadores; por ello ha colocado una piedra *eterna*, fundamento de la verdadera religion, y si la religion es la cosa esencial de la humanidad, por ello ha merecido el *rango divino* que se le ha decretado (2).»

—«Las máximas de Jesus producen otro efecto enteramente distinto que las de sus antecesores; ni la antigua ley, ni el Talmud son los que han *conquistado y cambiado el mundo*. Solo Jesus dice la verdad de una manera *eficaz* (3).»

—«Por un destino *especial*, el cristianismo puro se presenta aun, al cabo de diez y ocho siglos, con el carácter de una religion *universal y eterna*. Y es que en efecto, es la religion de Jesus, bajo ciertos conceptos, la religion *definitiva*, y asi es que para renovarse no hay mas que volver al Evangelio. El *perfecto* idealismo de Jesus es la regla mas elevada de la vida pura y virtuosa. Él *creó* el cielo de las almas puras donde se encuentra lo que *en vano* se pide á la tierra, la *perfecta* nobleza de los hijos de Dios, la pureza *absoluta*, la *total* abstraccion de las manchas del mundo, la libertad, en fin, que solo tiene toda su amplitud en el dominio del pensamiento. El *gran maestro* de los que se refugian á este reino

(1) *Vida de Jesus*, p. 84.

(2) *Id.*, p. 89.

(3) *Id.*, p. 89. ¡Qué verdad es esto! Siéntese que Jesus, no solo dice la verdad, sino que es la verdad, y que debe ser creído cuando él lo dice:—Su Divinidad aparece en cada uno de sus rasgos, tan bien marcados algunas veces por M. Renan.

»de Dios ideal, es tambien Jesus. Él fue el *primero* que proclamó el reino del espíritu; el *primero* que dijo, al menos con sus actos: «Mi reino no es de este mundo.» La fundacion de la *verdadera religion* es en verdad obra suya. Despues de él no hay mas que desarrollar y fecundizar. Asi ha llegado á ser el *cristianismo* sinónimo de *religion*. Todo lo que se haga fuera de esta grande y buena tradicion cristiana será estéril... Jesus ha *fundado* la religion de la *humanidad*... No se saldrá de la nocion esencial que ha *creado* Jesus: ha fijado *para siempre* la idea del culto puro. En este sentido, la religion de Jesus no es *limitada* (1).»

—«El dia en que Jesus pronunció aquellas palabras (dirigidas á la Samaritana sobre la adoracion del Padre en espíritu y en verdad) fue *verdaderamente Hijo de Dios*. El dijo por la *primera vez* la palabra en que descansara el edificio de la religion *eterna*. Fundó el culto puro, sin fecha, sin patria, el que practicarán *todas las almas elevadas hasta el fin de los tiempos*. No solamente fue en aquel dia su religion la religion de la humanidad, sino que fue la *religion absoluta*, *»y si hay otros planetas con habitantes dotados de razon y de moralidad, no puede ser su religion diferente de la que proclamó Jesus junto al pozo de Jacob...* Despues de haber recorrido todos los círculos de los errores, volverá la humanidad á esta palabra como á la espresion *immortal* de su fe y de sus esperanzas (2).»

—«Y esta gran fundacion fue sin duda alguna, obra per-

(1) *Vida de Jesus*, p. 444 y 446.

(2) *Id.*, p. 234 y 235.

sonal de Jesús. Para hacerse adorar hasta este punto, era preciso que fuese *adorable*. No hay amor sin un objeto digno de encenderlo, y aunque nada supiéramos de Jesús, sino es la pasión que inspiró, deberíamos *afirmar* aun, que fue grande y puro. No se explican la fe, el entusiasmo, la constancia de la primer generación cristiana, sino suponiendo un hombre de *proporción colosal* (1).»

—«Bien lejos de haber sido creado Jesús por sus discípulos, aparece en todo superior á ellos. Lejos de haber sido embellecido su carácter por sus biógrafos, lo han presentado menos bello (2).»

—«Ha quedado, pues, entera la grande originalidad del fundador; y no admite su gloria *ningun* participante legítimo (3).»

—«*Cualesquiera que puedan ser* los fenómenos inesperados del porvenir, jamás será *superado* Jesús. Su culto se rejuvenecerá *sin cesar*; su leyenda provocará lágrimas *sin fin*; sus padecimientos enternecerán los mejores corazones; todos los siglos proclamarán que no ha nacido entre los hijos de los hombres, otro *mas grande* que Jesús (4).»

—«Reposa, pues, en tu gloria noble iniciador. Tu obra está terminada; *tu divinidad está fundada*. En adelante, libre de los ataques de la fragilidad, asistirás desde lo alto de la paz divina, á las consecuencias *infinitas* de tus actos.

(1) *Vida de Jesús*, p. 447 y 448.

(2) *Id.*, p. 430 y 431. ¡Qué es entonces del sistema de la leyenda!

(3) *Id.*, p. 433.

(4) *Id.*, p. 439.

» ¡Por millares de años va el mundo á *levantarse* de tí! Banderera de nuestras contradicciones, tú serás la enseña en torno de la cual se trabe la mas ardiente batalla. *Mil* veces mas vivo, *mil* veces mas amado despues de tu muerte que durante los dias de tu tránsito por el mundo, llegarás á ser hasta tal punto, la *pedra angular de la humanidad*, que arrancar tu nombre de este mundo, sería conmovérle hasta en sus cimientos. *No se distinguirá ya entre tí y tu Dios. Completamente vencedor de la muerte*, toma posesion de tu reino, donde te seguirán por la via real que tú has trazado, *sínglos de adoradores* (1).»

No hay nadie que no advierta al leer estos pasajes, lo enteramente inconciliables que son con el objeto del libro de M. Renan, á saber: la negacion de la divinidad de Jesucristo; y que no se pregunte, cómo siendo M. Renan tan resuelto y determinado en su sistema, ha podido comprometerlo de esta suerte.

Ya he contestado á esto, diciendo, que M. Renan ha querido de este modo, captarse la simpatía del público, á quien hubiera sublevado, á no sazonar así la blasfemia; pero esto se comprenderá mejor en el capítulo siguiente.

Solo añadiré, en consideracion á lo que me propongo consignar en éste, que M. Renan tenia que hablar así de Jesucristo, por el mero hecho de negar su divinidad, la cual resulta, no obstante, de ello, ¡tan imposible es evitar semejante verdad!

Debía, en efecto, exagerarse al hombre en este Jesus de
(1) *Vida de Jesus*, p. 426.

novela, para llenar el vacío que se hacia negando al Dios, y para que estuviera á la altura de la obra.

Pero al proceder asi M. Renan, ha probado la divinidad que negaba, del modo mas irrefragable, y que ha causado sensacion á todo el mundo, amigos y enemigos. Esta es la mas palpable de todas las nuevas pruebas que nos suministra su libro.

Y en efecto:

M. Renan no ha podido quitar de Dios en JESUCRISTO mas que la palabra, pero ha tenido que dejar los atributos: ¡hasta tal punto le ha vencido la fuerza de la verdad, superior á la de su designio! No ha hecho mas que trasponer los atributos de la divinidad á la humanidad.

¿Qué importa que solo le llame hombre, si hace de él un ser que supera la condicion del hombre, si hace de él un Dios? Este hombre elevado hasta el Dios, y este carácter de Dios rebajado hasta el hombre (¡y qué hombre, segun veremos!) forman sin duda una monstruosidad que no es ni Dios ni hombre, y que hace resaltar la verdad, la belleza armónica de Jesucristo, tan perfectamente Dios y hombre á un tiempo mismo. Pero no hace mas que probar mayormente la imposibilidad de desprenderse de esta divinidad; puesto que no se la puede destronar en el HOMBRE Dios, sin erigirla en un puro hombre, y segun veremos, en el mas vil de los hombres.

Ahora bien, es incontestable que el Jesus de M. Renan tiene implicitamente la divinidad.

Nosotros tenemos, en efecto, un *critério* infalible para distinguir al hombre de Dios: tal es lo *absoluto*, tal es lo *inacon-*

teccible. El hombre es como toda criatura y mas que toda otra criatura, un ser esencialmente *relativo*: capaz de perfeccion en el punto mas elevado, salvo lo absoluto. La humanidad puede siempre superarse á sí misma. Decir que un hombre no podrá ser superado jamás, es decir simplemente que este hombre es Dios. Dios es sinónimo de absoluto.

Sobre esta verdad desarrollada en nuestros *Estudios* (1), hemos fundado hace veinte años la demostracion de la divinidad de JESUCRISTO. Esto es en nuestro juicio, una de nuestras mas grandes pruebas. Invitamos, pues, al lector á que la vea en su lugar y en toda su aplicacion á Jesucristo. Trasladarla aquí sería ocupar un sitio que preferimos dedicar á nuestros adversarios.

Confesamos que es satisfactorio para nuestra fe, ver venir á estos á arrojarse á cual mas, á porfia, en las redes de esta verdad, y concurrir á aprisionarse en ellas unos á otros.

Primeramente, M. Renan, que no advierte sus consecuencias, dice y repite, segun hemos visto, en todos los tonos y con un lujo de espresiones que hemos subrayado, que Jesus no tiene igual en la humanidad entera, y agota, respecto á él, el vocabulario de lo superlativo y de lo absoluto; no metafóricamente, sino á la letra; de tal manera, que no solo respecto de la humanidad sino tambien de otros *planetas que tengan habitantes dotados de razon y de moralidad*, dice, *no puede ser su religion diferente de la que proclamó Jesus junto al pozo de Jacob*.

(1) Tomo IV, cap. II. *La persona de Jesucristo*, p. 37 á la 43 de la edicion 17.

Ahora se encargan M. Havet, M. Sainte-Beuve y M. Larroque de hacer resaltar la consecuencia lógica é inevitable de esta verdad.

M. Havet :—«M. Renan es á mi juicio, sobrado complaciente con la leyenda sagrada, y acepta con demasiada facilidad, bajo el nombre de Jesus, á un Jesus imaginario, mas grande y mas puro que podría serlo nada humano (1). M. de Sacy ha dicho: «Si no es Dios Jesueristo en la obra de M. Renan, es aun el Hijo de Dios; *á la verdad no sé bastante por qué ni cómo.*» «Hé aquí este por qué y este cómo, si no me engaño. Si es Jesus en esta obra un hombre especial, *semi-Dios ó Hijo de Dios*, un hombre de colosales *proporciones*, si se halla colocado *en la cumbre mas elevada de la grandeza humana*, si se ha condensado en él todo lo mejor y mas elevado de nuestra naturaleza, si finalmente declara el autor, que *no será superado Jesus* y que *proclamarán todos los siglos que no ha nacido entre los hijos de los hombres otro mas grande que Jesus*, todo esto, á mi juicio, puede traducirse así: Jesus es el único hombre histórico que no tenga historia. Nosotros percibimos la persona real en los demás; en él solo alcanzamos á ver el personaje ideal... Por mi parte no puedo, pues creer, que pueda existir nunca en la historia un hombre desproporcionado á los demás hombres. Yo no creo tampoco, que pueda llamarse á hombre alguno el mas

(1) M. Havet es injusto en esta censura, por juzgar á M. Renan segun su modo de pensar. No todo el mundo tiene sus exenciones, y M. Havet ignora las graves razones que no permitían á M. Renan usar otro lenguaje.

»grande de los hombres, porque esto es sobrado difícil de
»graduar y apenas existe superioridad absoluta (1).»

Luego si es Jesucristo tal hombre, no es solamente un
hombre (2).

(1) *Revista de Ambos Mundos* de 1.º de agosto de 1863, p. 590
y 592.

(2) Añade también M. Havet, que semejante Jesús no sería objeto de su veneración y de su amor, porque no sería accesible é imitable. A esto he contestado en los pasajes de mis estudios indicados arriba: «La propiedad de la sabiduría de Jesucristo procede de sí misma, es decir, que es *increada*. Pero lo que la distingue también esencialmente, es que es creadora. ¡Cosa prodigiosa y que solo es puramente divina! Esta sabiduría incomparable que nadie ha podido ni podrá jamás igualar, es al propio tiempo la más *imitable*, y la que más discípulos ha formado. Todos los demás sabios no lograron influir, como dice Voltaire, en las costumbres de la calle en que vivían, y Jesucristo ha influido sobre el mundo entero, y todo se ha reformado á su imágen, y ha llegado á ser *cristiano*... El es quien ha hecho más imitadores y el único que ha permanecido superior á todos sus imitadores. Nuevo carácter de su Divinidad. Porque es achaque de las influencias humanas sepultarse en su triunfo, esto es, producir efectos que las aventajan y superan. El discípulo hace olvidar al maestro, y cuanto más sucesores se da éste, más rivales se prepara; y esto es fácil de concebir, puesto que solo dispone de una fuerza común á todos, y de la cual él es solo un motor accidental. Solo Jesucristo domina para siempre su propia obra. ¡y qué obra!... En Jesucristo el hombre no desaparece jamás, y la naturaleza goza de todos sus derechos; pero al propio tiempo se ostentan en él las virtudes sin debilidad, sin mancha... En él, tanto el hombre como el Dios se presentan con toda su integridad, y la perfecta armonía de estos dos estados es lo que produce la maravilla de el HOMBRE-DIOS. Esto es precisamente lo que en él nos seduce y encanta, lo que nos alienta á imitarle, lo que hace que el modelo más acabado sea al mismo tiempo el que menos desespera. Podemos quejarnos y llorar con JESUCRISTO; podemos evitar los sufrimientos, honrar á los pecadores, amar todo lo que es amable... y con esto, ó más bien por esto mismo, nos convida, nos llama, nos

M. Sainte-Beuve, por su parte, refiere estas palabras de un puro escéptico, sobre el Jesus de M. Renan:—No, «No puedo esplicarme que un hombre tal como me pinta el autor á Jesus, pueda ser tan divino, sin ser Dios, al menos en gran parte (1). En cuanto á mí, solo conozco á los hombres como los conocieron Horacio y todos los moralistas. El mejor es el que tiene menos faltas y vicios: jamás he visto otros de otra estofa. M. Renan nos presenta un hombre cual no lo hubo jamás y superior á la humanidad; un hombre modelo, tipo. Por lo cual no sé ya qué pensar de él. Para esto, no valia la pena de cambiarle el nombre... (2)»

Finalmente, M. Larroque, dice:—«En las criticas que han hecho de su libro los diversos adversarios cristianos del autor, han recogido estas palabras con regocijo, y se han valido de ellas para atacarle con todo rigor. En efecto, desde luego se ocurría este simple racionio:»—«El establecimiento de la *religion absoluta*, es decir, la sola religion perfectamente verdadera, no podria verificarse por un simple mortal, aunque fuera *incomparable* ó sin par; eran necesarias para tan grande obra la ciencia y el poder de Dios. Si, como decis tan perfectamente, hizo esto Jesus, deducimos de vuestra confesion y contra vos mismo, que Jesus era Dios.»—«Lo que podria oponerse á este racionio permanente, firme y constante, es el hecho de que Jesus, como el hombre, hace subir con él á la cumbre de las mas eminentes virtudes, de los mas costosos sacrificios, hasta á la cruz.»

(1) En *gran parte* justamente, puesto que en Jesucristo hay la parte humana, como en nosotros hay la parte animal.

(2) *Constitucional* del 7 de setiembre de 1863.

»me en los principios, no es para nosotros dudable (1); pero
 »no vemos lo que pueda contestar M. Renan. Ha caido en sus
 »propias redes; y como nosotros no hemos caido ni se nos ha
 »cogido en parte alguna con él, no nos incumbe sacarle de
 »ellas (2).»

Vése, pues, que no son generosos estos señores. M. Renan se ha comprometido por la causa comun, y ellos le dejan en sus *propias redes*, por no corresponderles sacarle de ellas. Pero se hacen ilusiones, porque ellos tambien han sido cogidos y con ellos la incredulidad.

M. Renan ha sentado el principio, sin calcular la fuerza de las consecuencias; sus consortes han sacado las consecuencias, sin calcular la fuerza del principio, concurriendo todos de esta suerte á la desgracia comun.

El principio, en efecto, es tan sólido que las consecuencias son exactas. No es M. Renan, sino la *conciencia universal*, como el dice muy bien, quien ha, no ya *decretado* ó *tributado*, sino confesado y ratificado á JESUCRISTO el titulo de *Hijo de Dios*, y San Pedro era el órgano profético de esto, cuando esclamaba, prosternándose á los pies del Hijo de María. ¡*Tú eres Cristo, Hijo de Dios vivo!* «A esta conciencia apelamos nosotros mismos en nuestros *Estudios* para justificar el carácter absoluto de grandeza y de perfeccion que consignábamos haber en JESUCRISTO.» «Es tan exacto cuanto acabamos

(1) Ni para nosotros, porque M. Larroque, no sabia dar mejor contestacion á esto que M. Renan.

(2) *Opinion de los deistas racionalistas sobre LA VIDA DE JESUS, segun M. Renan*, p. 17.

»de decir, que no tenemos reparo en apelar de ello al sentido
 »moral de cada uno de nuestros lectores, y en creer que no
 »se nos tachará de exageracion. Tambien este es otro rasgo
 »de la sobrenatural perfeccion de Jesucristo que debemos ad-
 »mirar, y es tan positiva y real, que todo el mundo la siente
 »y no hay necesidad de que la justifiquemos. En su panegérico
 »no cabe exageracion. ¿Dónde hay un hombre á quien pudie-
 »ra aplicarse lo que acabamos de decir de JESUCRISTO? La
 »verdad y el amor propio se resentirian justamente de seme-
 »jante pretension, á mas de que no hay nada en la tierra cu-
 »yas alabanzas no exijan alguna restriccion. Unicamente para
 »elogiar á JESUCRISTO se agotan todas las palabras; solo en él
 »se halla autorizada la alabanza hasta la adoracion. La pala-
 »bra *divino*, figurada é hiperbólica en cualquier otro sentido,
 »se convierte, aplicada á él, en propia y exacta: á nadie cho-
 »ca, ni aun á los mismos incrédulos, y la humanidad la con-
 »siente sin orgullo y sin envidia, porque ve que el que de ella
 »es objeto, no le pertenece. Creemos ser con esto verdaderos
 »intérpretes del sentimiento universal que nos proporciona
 »una palpable confirmacion de la verdad de nuestra fe (1).»

La conciencia universal, es pues, la que proclama en Je-
 sucristo y en su obra lo absoluto de la perfeccion. Hé aquí la
 red en que ha caido M. Renan. Podia haberla evitado; pero
 entonces no hubiera tenido á favor suyo esta conciencia, y
 como él queria estraviarla, le era preciso atraérsela y apode-
 rarse de ella de algun modo. ¡Culpa suya es haber sido cogi-
 do él mismo por ella!

(1) Tomo IV, p. 42.

M. Scherer es de nuestra opinion : «El cristianismo, dice, »con la revolucion que él consumó y con la civilizacion que »produjo, debe su origen á la impresion *que dejó en la conciencia de la humanidad una personalidad incomparable.* »Jesus se ofreció al mundo en la pureza de su carácter moral; »hé aquí su obra... Y mostró en su persona *todo lo que puede aparecer de la divinidad en la tierra...* La humanidad »ha visto levantarse en él *un nuevo ideal*, y comenzar para »ella una vida mejor y divina...—Tal es la profundidad y la »pureza de sentimiento que espresan sus palabras, que llegan »á ser para el *Hombre* una gran revolucion; lánzanse ante él »los corazones, y por todas partes es acogido como el *Salvador del alma humana...*—Y no se imagine que aquí sea el »efecto mas grande que la causa; todo *lo contrario*, etc., etcetera.—M. Renan ha comprendido todo esto admirablemente (1)»

Pero M. Renan tiene otro fiador, en quien seguramente no se sospechará *esa complacencia por la leyenda*, que le censura M. Havet. Este es Strauss. Hé aquí, en efecto, la conclusion de su libro, el mas audaz que se ha compuesto contra JESUCRISTO.

«Debe imponerse silencio á la reflexion que se inquieta »(con lo espuesto) mientras no pueda mostrar verdaderamente á una persona que tenga valor y derecho para colocarse »con respecto á la Religion, al lado de Jesus.—El Cristo no »puede ser seguido por nadie que le aventaje, ni aun que »pueda llegar despues de él y por él al mismo grado *absoluto*

(1) Periódico *El Tiempo* del 7 de julio de 1863.

»de la vida religiosa.—Jamás en tiempo alguno será posible elevarse sobre él, ni concebir un legislador que sea ni aun igual suyo (1).»

Nada hay que añadir ni quitar á tales confesiones. Queda cerrada la discusion sobre este capítulo.—Carácter absoluto de perfeccion en Jesucristo; consecuencia decisiva de su divinidad; y sentado y deducido esto por la incredulidad misma, solo nos resta, pues, que tomar acta de la conclusion:

JESUCRISTO ES DIOS.

(1) Strauss, VIDA DE JESUS, traduccion de M. Littré, t. II, páginas 769, 770, 773.

CAPITULO X.

LA PERSONA DE JESUCRISTO.

(CONTINUACION.)

Sin duda habrán quedado edificados aquellos de mis lectores que no han leído la *Vida de Jesus* de M. Renan, al leer los pasajes tan glorificadores de JESUCRISTO que hemos citado en el capítulo precedente. Si solo se atendiera á estos pasajes entresacados del libro de M. Renan, llenaria éste uno de los fines que le atribuye M. Scherer, «el de edificar al mundo, escandalizando á la Iglesia.»—«Libro, añade, atrevido y religioso, »severo y simpático, que engrandece á Jesus, mostrándole en »su pura humanidad, que dirigiéndose á una generacion es- »tragada, se propone despertar en ella el entusiasmo por la be- »lleza moral; que ha sabido arrancar lágrimas de los ojos ári- »dos de nuestros contemporáneos (y yo he sido testigo de ello) »por la suerte del justo oprimido, por el heroismo del virgi- »nal profeta (1).»

Fácilmente se me creará al decir, que no tengo empeño en negar á M. Renan algo de este mérito. Lo que he dicho á favor suyo sobre este particular, antes de aquellas citas, lo he

(1) *El Tiempo* (periódico) del 7 julio de 1863.

dicho ingénuamente y bajo la impresion de los pasajes que tomé aislados en el extracto que anticipadamente hice de ellos.

¡ Pues bien! me arrepiento de lo dicho y retracto mis palabras. Cuando he vuelto á leer en el libro de M. Renan y en su lugar debido aquellos elogios, me han indignado. No hay, en efecto, uno que no envuelva alguna blasfemia, y que no tenga evidentemente por objeto, hacerla pasar encubierta de este modo. Y blasfemia, no solo á la divinidad de JESUCRISTO, sino á esa humanidad misma que ensalzan, y á la conciencia humana á quien adulan en su héroe.

Hé aquí la primera apreciación que hice de ellos; es indudable que M. Renan ha querido, con el resplandor y espejeo de este Jesus heróico, fascinar la religiosidad del lector frívolo, y ganarse su credulidad para que aceptara los otros Jesucristos.

Antes y despues de estos saludos y de estos ósculos al SALVADOR DEL MUNDO, se le abofetea y escupe. El lector especial á que ha atendido M. Renan y á cuya sencillez ha adoptado su libro, no bien queda escandalizado con el ultraje, cuando queda edificado con la genuflexion, y así es como de uno en otra se hace pasar la *Vida de Jesus*; «edificase al mundo, escandalizando á la Iglesia, se es atrevido y religioso, severo y simpático, se arranca lágrimas por la suerte del justo oprimido de los ojos áridos de nuestros contemporaneos (y de ello es testigo M. Scherer.)»

Yo tambien he sido testigo de las lágrimas derramadas al leer este libro por la suerte del justo ultrajado. Yo he recogido

estas lágrimas de un ángel de veinte años, cuyo gusto depurado por la santidad, bien vale tanto como el de nuestros críticos; y yo las reservo para el final de este trabajo, como un bálsamo de espacion y de consuelo supremo.

Por lo demás los lectores prácticos que conocen lo verdadero, inseparable siempre de lo bello y de lo puro, habrán reconocido en solo el estilo de M. Renan, por seductor que sea en estos pasajes, un falso brillo, que comparado con la claridad celeste del Evangelio, es lo que la luz eléctrica á los rayos del sol. No es aquel brillo de que dice tan perfectamente Platon: «No es la blancura mas verdadera ó real y mas hermosa la que contiene *mas blanco*, por lo comun con mezela, »sino la que es blancura mas pura, es decir, que contiene menos elementos estraños;» sino que el brillo del estilo de M. Renan, es aquella luz violenta, excesiva y equívoca, en la que se ha dicho que se trasfigura á veces el Angel de las tinieblas.

M. Renan ha procedido como en los espectáculos de fantasmagoría. Ha suprimido todas las luces del día, las luces de la historia y de la conciencia, y solo al resplandor fosforescente de la adivinacion y de la conjetura, al vislumbre siniestro de la blasfemia y de la inmoralidad, y prohibiendo acercarse y discutir, es como ha hecho aparecer sus Jesucristos; el Jesus histórico de una manera general, como acabamos de ver; despues y sucesivamente, el Jesus idílico, el Jesus político y el Jesus frenético, los cuales vamos á examinar.

Pedimos nos perdonen la conciencia y la razon de nuestros lectores, por la dolorosa necesidad en que nos vemos de tener

que esponerles todos estos indignos improprios y locuras.

I.

Comencemos por el Jesus idílico.

En primer lugar, M. Renan, á imitacion de Strauss, afecta cercenar el nombre del SALVADOR. Nunca le llama mas que Jesus, suprimiendo el gran nombre de CRISTO, sinónimo de *Mesías*, característico de Rey, de Señor y de Pontífice, que se halla escrito en cada página de ambos Testamentos, con el que se anunciaba y era confesado JESUS como Hijo del Dios vivo, nombre que trazó primeramente la pluma poco ejercitada en escribirlo de Tácito y de Suetonio, y que ha llegado á ser y ha permanecido siendo el nombre patronímico del mundo civilizado, del mundo *Cristiano*.—M. Renan le quita, pues, la consagracion.

En cuanto al nombre mismo de Jesus, M. Renan cree deber suyo añadir, que «era un nombre muy comun; pero naturalmente, continúa, se buscaron en él misterios»—¡misterios en un nombre comun!—*Tal vez*, se exaltó tambien Jesus con esto, «y llegó á ser este nombre (no obstante ser tan comun) la ocasion de su gran vocacion (1).»

Insinúa asimismo M. Renan, que no era Jesus judío, para negar mas adelante que fuese *Hijo de David*; despues dice tambien «que es imposible suscitar cuestion sobre esto (2).»

Atribúyete hermanos y hermanas, — no los llamados con este nombre en el Evangelio, y que solo eran primos suyos,

(1) *Vida de Jesus*, p. 24.

(2) *Id.*, p. 22.

segun el nombre que se indica de su madre,—sino hermanos verdaderos, dirigiendo de esta suerte un verdadero ataque á la gloria de la maternidad divina de María. Y ¿quiénes son estos hermanos? «Sus nombres han permanecido siempre oscurecidos,» dice M. Renan. No obstante, de ellos es de quienes habla el Evangelio, si bien «debió poner por equivocacion en su lugar el nombre de sus primos (1).»

M. Renan no quiere que naciera Jesus en Belen, á pesar de la historia evangélica. ¿Tiene acaso algun otro documento histórico que dé motivo á la menor duda sobre este punto?—Ninguno,—pero «esto debe ser una suposicion, consecuencia forzosa del papel mesiánico que se atribuia á Jesus (2).» En cuanto á la negacion enteramente gratuita de M. Renan, no es una suposicion, consecuencia forzosa de cerrar los ojos la incredulidad al carácter mesiánico de Jesus.

M. Renan se evade y suprime, no solamente á Belen, sino tambien todos los misterios de la infancia del Salvador, todas aquellas sublimes y conmovedoras escenas de la Anunciacion, de la Visitacion, de la Natividad, de la Presentacion, de la Huida á Egipto y de la Vida oculta en Nazaret. *La razon artistica, es un buen guia*, dice; y por ello la pisotea, asi como la razon histórica, para seguir solo á la razon impía. ¿Qué otra razon, en efecto, ha podido hacerle suprimir tan arbitrariamente, en una VIDA DE JESUS, hechos tan importantes, relatos tan verídicos, cuadros tan inspiradores del arte y que nos han valido tantas obras maestras? ¿De dónde ha adquirido

(1) *Vida de Jesus*, p. 24.

(2) *Id.*, p. 20.

el privilegio de omitirlos y rasgarlos con preferencia á las demás partes del mismo Evangelio? La cosa es clara, y M. Renan lo confiesa ocultándola, á saber; que en estos misterios de su infancia recibe la divinidad del Salvador de la tierra y el cielo los mas patentes y brillantes testimonios de profética adoracion. Asi lo hemos demostrado en nuestros *Estudios sobre la Virgen María y el Plan divino*. M. Renan viene á darnos la razon, justificando á la letra lo que decíamos en la introduccion de estos Estudios, con estas palabras: «Nadie hay en estos tiempos que no admire y glorifique á JESUCRISTO doctor, á JESUCRISTO consolador, á JESUCRISTO reformador. Hasta Jesucristo crucificado, escándalo en otro tiempo al judío y locura al gentil, es aceptado por todos como un héroe de constancia, de alma grande, de sacrificio generoso por la causa del género humano, de que murió victima. Todo esto se encuentra hoy dia generalmente recibido; porque en todo esto puede encontrar el orgullo algo que le sea simpático, imputando, atribuyendo á un hombre, y á la humanidad en este hombre, virtudes que nos lisonjean y cuyo incienso recibimos. Pero Dios niño, Dios en pañales, Dios en el pesebre, Dios en brazos y en el seno de María, y María misma honrada cual si realmente fuera *Madre de Dios*, y porque es verdaderamente *Madre de Dios*... todo esto se desdena; ¿y por qué? Porque esto no puede ser verdadero sino siendo JESUCRISTO realmente Dios; porque el hombre no tiene parte alguna, no hace papel alguno en estos misterios; no sirve sino para humillar allí á Dios, y para ser un instrumento pasivo de la grande leccion de humildad que nos da allí ese Dios humilde; porque

en fin, todo el desenvolvimiento de la vida de JESUCRISTO y de su obra, recibe allí y de allí un sentido absoluto, riguroso, práctico de *Divinidad* (1).»

Pero en lugar de todos estos cuadros, cuyas maravillas reproductoras serian suprimidas de nuestros museos como lo han sido del Evangelio, si M. Renan fuera director ó conservador de aquellos establecimientos, nos da para consolar-nos un paisaje de su pincel, el paisaje de Nazaret:—«Ningun paraje del mundo fue mas adecuado para los sueños de la felicidad absoluta.» «La poblacion es amable y risueña; los »jardines frescos y verdes. La belleza de las mujeres ofrece »allí el tipo siriano en toda su gracia llena de languidez, etc. »Tal fue el horizonte de Jesus (2).»

En la obra de M. Renan tiene mucha importancia el paisaje. No se limita á una simple decoracion de pura fantasía, (M. Renan no hace nada que no dé golpe). El paisaje, pues, en su pieza, es un actor y un grande actor, segun veremos en breve.

«Aprendió á leer y á escribir,» observacion importante, que deja entrever la noble intencion que la ha dictado. Escrupuloso de justificarla, mas que las anteriores, remite M. Renan al punto á Juan VIII, 6. Acudimos presurosos al testo, y nos encontramos con que en él solamente se dice, que en la admirable escena de la mujer adúltera, «escribió Jesus, incli-

(1) *La Virgen Maria y el Plan divino*, t. 1, introduccion.

(2) *Vida de Jesus*, p. 25 y 29.

nándose, en la arena con el dedo;» ¿pero ni una palabra de que *aprendiera á leer y á escribir*? Solamente al volver de examinar este testo, nos encontramos con los de Juan VII, 15, —Mateo XIII, 55,—y Marcos VI, 2, en los que vemos: «Ma-»ravillábanse los judíos de sus conocimientos y se pregunta-»ban: ¿cómo sabe de letras, él que *no las ha aprendido*? Quo-»modo hic litteras scit cum non didicerit?

«Es dudoso que supiese el hebreo... No es tampoco probable que supiera el griego... Con mas razon, no debió tener »conocimiento alguno de la cultura griega... Sus principios »de exegesis, no aventajaban á los que corrían por entonces.» —¿Cómo sabe esto M. Renan?—«En cuanto, dice, podemos figurárnoslo por los conocimientos de sus discípulos (1).» Pero en cuanto podemos figurárnoslo por sus discípulos, que de toscos é ignorantes que eran, fueron convertidos por él en doctores de los pueblos, *que los oyeron hablar á cada uno en su lengua* (2), es preciso augurar lo contrario respecto de Jesus, debiendo ver en él la palabra por excelencia, el Verbo.

Jesus no sabia, pues, nada, mas que lo que le enseñó «el maestro de escuela de su pueblo.» Era, pues, un ignorante, así como veremos despues que fue un charlatan y un maniático. Esto os indigna, pero serenaos; porque M. Renan será capaz de consagrar la ignorancia, la impostura y la locura, antes que escandalizaros: Jesus quedará en salvo: solo tendrá

(1) *Vida de Jesus*, p. 30, 31 y 32.

(2) *Actos*, cap. II, 6.

el buen sentido y la conciencia de los sacrificados, de las víctimas. «La ignorancia, pues, dice M. Renan que condena entre nosotros al hombre á una clase ó rango inferior, era (en aquel país y en aquellos tiempos) la condicion de las grandes cosas y de la gran originalidad (1).

De aquí sin duda, el gran argumento de San Pablo, que Dios ha evangelizado al mundo con bocas desprovistas de toda ciencia humana, para que resaltase solo la virtud de la Cruz (2). La ignorancia de los agentes, en efecto, fue la condicion única de esta *gran cosa y de esta grande originalidad* que se llama la conversion del universo á una Cruz, de donde nos han venido todas las luces de la civilizacion; para hacer brillar mejor la virtud y la sabiduría divinas, ocultas en la debilidad y la locura de esta Cruz.»

Hé aquí lo que cree eludir M. Renan, generalizando á *aquel país y aquel tiempo* el prodigio de la ignorancia apostólica que hace ascender á JESUCRISTO, único de quien vino la inspiracion que hizo su ciencia por escelencia. ¡Qué desprecio de la historia y del lector! ¡Qué prueba de la verdad de nuestra fe que no se puede *des-sobrenaturalizar* sin sobrenaturalizar la misma naturaleza, ó mas bien, sin desnaturalizarla!

Por lo menos, segun M. Renan, Jesus no sabia bastante historia para comprender cuán *á punto* venia su doctrina (3).»

¡Admírese este *á punto*! Es verdad que cuando se cree ya

(1) *Vida de Jesus*, p. 32.

(2) Corint., I.

(3) *Vida de Jesus*, p. 122.

que ha venido *á punto* el Universo con el órden admirable que presenta, sin que hayan precedido á su creacion poder ni sabiduría alguna, hay predisposicion para creer que haya venido tambien el Cristianismo *á punto*, sin noticia de su Autor, y no obstante haber éste predicho *punto por punto* y á la letra todos los obstáculos humanos que habian de oponérsele y todo el triunfo divino. ¡Qué cosas es necesario creer para no creer!!!

Sin embargo, Jesus tuvo un maestro que fue el rabí Hillel. «Hillel fue el verdadero maestro de Jesus (1).» Aquí nos ocurre un escrúpulo. Como solo conocemos á Hillel por el Talmud, al que nos remite M. Renan, y como admite el mismo M. Renan que no se redactó el Talmud hasta tres siglos despues de JESUCRISTO, nos permitimos deducir con M. Pressensé, que no fue inspirado el Evangelio por el Talmud, ni Jesus por Hillel.

Finalmente, Jesus «no tuvo ningun conocimiento del estado general del mundo,» no obstante haberlo juzgado, condenado y reformado tan perfectamente por su Evangelio.— «No tuvo ninguna idea exacta del poder romano,» no obstante haber limitado este monstruoso poder que lo devoraba todo con una palabra: ¡*Dad al César lo que es del César y á Dios lo que es de Dios!* palabra creadora del mundo moderno cuya fecundidad civilizadora no pueden admirar el publicista ni el mismo M. Renan.

«Solo conoció las poblaciones cercanas, Tiberiades, Julia-

(1) *Vida de Jesus*, p. 35.

»des, Cesarea y Sebaste que le pareció como una *calle de Rivoli*.
 »Esto es lo que él llamaba los reinos del mundo y toda su gloria.
 »El palacio de los reyes parecía como un paraje donde van
 »las gentes vestidas delicadamente. Las donosas imposibilita-
 »des de que hormiguean sus parábolas, cuando pone en esce-
 »na á los reyes y á los poderosos, prueban que no concibió
 »nunca la sociedad aristocrática sino como un jóven aldeano
 »que ve el mundo por el prisma de su candidez (1).»

Por cierto que en estas líneas aparece la sabiduría eterna bien descifrada. Los judíos al menos la honraron con una corona, con un cetro y un manto, en la sangrienta parodia del pretorio; pero M. Renan cree que es de mejor gusto, disfrazarla de *aldeano*. ¿Y por qué *no*, cuando tiene el Evangelio á su favor y cuando se autoriza con él? Véase si no los pasajes á que remite, Math. XI, 8. «Luego que ellos se fueron, comenzó Jesus á hablar de Juan al pueblo de esta suerte: ¿Qué salisteis á ver en el desierto? ¿Una caña agitada del viento? ¿Qué salisteis á ver? ¿Un hombre vestido delicadamente? *Los que visten delicadamente están en las casas de los reyes*. ¿Qué salisteis á ver? ¿Un profeta? Si, yo os lo digo, y mas que profeta. Porque éste es de quien está escrito: Hé aquí, envío yo mi ángel delante de tí, que preparará tu camino delante de tí.» Hé aquí el testo en que ve M. Renan á un *cándido aldeano*.—¡*Qué buen guia es la razon artística!*

«Pero sobre todo, Jesus no supo nada de la idea nueva

(1) *Vida de Jesus*, p. 39 á 40.

»creada por la ciencia griega, base de toda filosofía, idea que
 »espresó de un modo admirable Lucrecio, cerca de un siglo
 »antes que él, la idea de que todo se verifica en el mundo sin
 »intervencion de seres superiores.»—¡El ateísmo!—Idea ca-
 pital del mundo de los Claudios y de los Calígulas. «Jesus no
 supo nada de este *progreso*.» Creía en lo sobrenatural, en Dios
 y en su accion particular en la humanidad. «*Credulidad ne-
 cia*» en los demás, pero en él «bellos errores que fueron *el
 principio de su fuerza*.»—¡Cómo!—«*porque le daban sobre
 su tiempo una fuerza*, de que nadie ha dispuesto como él (1).»

Vese, pues, cómo corre parejas la *fuerza* del raciocinio
 con la elevacion de los principios y la delicadeza del gusto, en
 estas páginas de M. Renan.

Pero M. Renan no ha mostrado aun la verdadera fuerza
 de Jesus, la verdadera influencia que operando sobre él, operó
 sobre el mundo. Hála hecho entrever, y no obstante, no la
 adivinaria ninguno de mis lectores, porque nadie la ha des-
 cubierto aun mas que M. Renan, y hubiera permanecido sien-
 do un eterno secreto para el mundo, «si no hubiera llevado á
 »M. Renan la mision científica que tuvo por objeto la explora-
 »cion de la antigua Fenicia, y cuya direccion se le encargó
 »en 1860 y 1861, á residir en las fronteras de Galilea y á
 »viajar por ella con frecuencia (2).» El agente, pues, que ha
 hecho á Jesus, el *único* que ha hecho el Cristianismo y rehe-
 cho la humanidad, es... el paisaje de Galilea y su influencia so-

(1) *Vida de Jesus*, p. 40 á 42.

(2) *Id.*, p. LIII.

bre Jesus; es una deliciosa pastoral; el idilio en toda su frescura:

Al modo de una pastora
Con linda cara de pascua

mejor aun: el regocijo de las *bodas y festines*: hé aquí el reino de Dios que predicó Jesus.

Lector sensato, lector honrado, no me querreis creer: vedlo, pues:

«Todo pueblo llamado á elevados destinos, debe ser un mundo en miniatura, pero completo, encerrando en su circuito los polos opuestos. Asi, la Grecia ofrecia á algunas leguas de distancia, Sparta y Atenas. Lo mismo se verificó en Judea. Menos brillante, en un sentido, que el desarrollo ó manifestacion de Jerusalem (que era el polo del Sud), el del Norte fue en suma mucho mas fecundo. Con sus graves doctores, sus insípidos canonistas, sus devotos hipócritas y atrabiliarios, Jerusalem no hubiera *conquistado la humanidad*. El Norte dió al mundo la cándida é ingenua Sulamita, la humilde Cananea, la apasionada Magdalena, el buen niño José, la virgen María. *El Norte solo ha hecho el Cristianismo.*»

«Una naturaleza arrebatadora contribuia á formar aquel espíritu mucho menos austero que imprimia á todos los sueños de Galilea un giro *idílico y encantador*... La Galilea era un pais en extremo verde y lozano, cubierto de vasta sombra, sumamente risueño, el verdadero pais del Cantar de los Cantares y de los cánticos del bien amado. Durante los meses de marzo y de abril es su campiña un apiñado campo de flores, de colores vivisimos é incomparables. Sus animales son pe-

»queños, pero de una docilidad extraordinaria. Tórtolas es-
 »beltas y vivas, mirlos azules, tan ligeros que se posan en una
 »yerba sin doblarla, alondras coronadas que van á ponerse
 »casi á los pies del viajero, pequeñas tortugas de arroyuelos,
 »de viva y dulce mirada, cigüeñas de aire púdico y grave,
 »deponiendo toda timidez y dejando aproximarse al hombre de
 »muy cerca y como llamándole. En ningún pais del mundo
 »se dilatan las montañas con mayor armonía ni inspiran
 »mas elevados pensamientos. Jesus parece haberlas tenido es-
 »pecial predileccion. Allí era donde se mostraba, á vista de sus
 »discípulos, ya transfigurado... Este lindo pais rebosaba en la
 »época de Jesus, *bienestar y alegría*. Debía ser deliciosa la
 »campiña... Era delicioso el vino y se bebía mucho. Esta vida
 »gozosa fácilmente satisfecha... *se espiritualizaba en sueños*
 »*etéreos, en una especie de misticismo poético que confundía*
 »*el cielo con la tierra*. Dejad en su desierto de Judea al aus-
 »tero Juan Bautista... ¿Por qué han de ayunar los compañeros
 »del esposo mientras él está con ellos? La *alegría* formará par-
 »te del reino de Dios. ¿No es la hija de los hombres de buena
 »voluntad?»

«De esta suerte ha llegado á ser toda la historia del Cris-
 »tianismo naciente, concluye M. Renan, una deliciosa *pasto-*
 »*toral*, un Mesías sentado á las *mesas nupciales*, la cortesana
 »y el buen Zaqueo llamados á sus *festines*, los fundadores
 »del reino del cielo como un *cortejo de paraninfos*: hé aquí lo
 »que la Galilea ha osado, lo que ha hecho aceptar... ¡y detrás
 »de este idilio se agita la suerte de la humanidad (1)!»

(1) *Vida de Jesus*, p. 63, á 68 y 193.

«Jesus vivía y crecía en este *centro arrebatador*. Así re-
 »corria la alegre Galilea en medio de una fiesta perpetua. Ser-
 »víase de una mula (aquí solo se sustituye la mula á la asna
 »para huir de la profecía) cabalgadura en Oriente tan segura
 »tan buena, y cuyos grandes ojos negros, sombreados por lar-
 »gas cejas, son de suma dulzura y suavidad. Sus discípulos
 »desplegaban *algunas veces* (frecuencia inventada tambien
 »aquí para evitar la profecía) á su alrededor una pompa ó
 »aparato rústico, poniéndole sus capas y vestidos por alfombras.
 »Cuando descendía á una casa, era un regocijo general... Las
 »madres le llevaban sus *niños de pecho*, las mujeres acudían á
 »derramar ungüentos sobre su cabeza... Sus discípulos las re-
 »chazaban; pero Jesus *reparaba el mal* proceder de sus ami-
 »gos demasiado celosos, protegiendo á quien queria *honrar-*
 »*le*. Por eso le adoraban los niños y las mujeres. Una de las
 »censuras que sus enemigos le dirigian con mas frecuencia,
 »era la de atraerse y enagenar de su familia á estos seres de-
 »licados, siempre dispuestos á dejarse seducir (¡alusión llena
 »de tacto al niño *Mortara!*). Así fue bajo muchos conceptos
 »la religion naciente *un movimiento de mujeres y de ni-*
 »*ños* (1).»

«*No se casó*. Todo su poder de amar se dirigió á lo que
 »él consideraba como su celeste vocacion. El sentimiento su-
 »mamente delicado que se advierte en él por las mujeres, no
 »escedió en manera alguna de la adhesión esclusiva que tenia
 »á su idea. Trató como hermanas á las mujeres que se pren-
 »daban de la misma obra que él emprendía. Solamente es pro-

(1) *Vida de Jesus*, p. 190, 191.

»bale que estas amaran mas al autor que á la obra. Sin duda
 »fue mas amado que no amó... En él se transformó la ternura
 »del corazon en vaga poesia, en encanto universal. Sus rela-
 »ciones íntimas y sin trabas, pero de un órden enteramente
 »moral, con mujeres de una conducta equívoca, se esplican
 »tambien por la pasion que sentia por la gloria de su Padre, y
 »que le inspiraba una especie de celo á favor de todas las bellas
 »criaturas (las mujeres de una conducta equívoca no pueden
 »menos de ser bellas criaturas) que podian servir para aquella
 »gloria (1).»

Asi es como «el *delicioso ó divertido* doctor que perdona-
 »ba á todos *con tal que se le amara* (2)... *el mas donoso*
 »ó *delicioso de todos los rabís*... (3), el festivo ó alegre
 »moralista (4), como se complace en llamarle M. Renan,
 »fundó en las orillas de su *encantador y reducido lago* (5) el
 »verdadero reino de Dios (6). Su amable carácter, y sin duda
 »una de esas arrebatadoras figuras que aparecen de vez en
 »cuando en la raza judía, formaron en torno suyo como un
 »círculo de fascinacion (7) Acompañado de una *banda de ale-*
 »*gres niños*, predicó el desapego de los afanes de la vida (8):
 »espresábase su suave alegria (9) con reflexiones vivas y ama-

(1) *Vida de Jesus*, p. 68, 72, 73.

(2) *Id.*, p. 68, 72, 73.

(3) *Id.*, p. 219.

(4) *Id.*, p. 91.

(5) *Id.*, p. 312.

(6) *Id.*, p. 344.

(7) *Id.*, p. 80.

(8) *Id.*, p. 176.

(9) *Id.*, p. 176.

»bles chistes (1). Aquellos buenos Galileos no habian oido
 »nunca un lenguaje tan adecuado á su risueña *imaginacion*.
 »Admirábasele, mimábasele, parecíales bien sus palabras y
 »convincientes sus razones (2)...

«Hé aquí al Jesus de los primeros dias, dias castos y se-
 »renos, en los que resonaba en su seno la voz de su Padre,
 »con un timbre mas puro. Hubo entonces *algunos meses, tal*
 »vez un año, en que habitó verdaderamente Dios en la tier-
 »ra (3).»

En todo esto corre parejas la simpleza con el impropio y profanacion, y haria reir si no hubiera por qué llorar.

Sin embargo, he querido citarlo, porque es importante su trascendencia.

De ello resulta una experiencia decisiva del sentido cristiano en el público formal.

En efecto: nada hay que pueda herir humanamente en cuanto dice de Jesus M. Renan, en estos pasajes. Aplicado á otro personaje distinto de Jesus, á Sócrates, á Platon, á Epitecto, podria pasar por elogio. Pues bien, lo que seria elogio para el hombre mas digno y mas puro, es solo para JESUCRISTO un ultraje, una blasfemia. Tal lo ha juzgado el mismo M. Renan. La blasfemia, y la blasfemia mas refinada, es lo que se ha propuesto destilar en la figura de este Jesus risueño y divertido. Para ello, solo ha tenido que hacer des-

(1) *Vida de Jesus*, p. 189.

(2) *Id.*, p. 139.

(3) *Id.*, p. 80.

cender la persona divina al nivel humano mas halagüeño, pero que es tambien el mas repugnante con respecto al ideal que tiene del verdadero Jesus el alma humana.

Con esta ofensa, ha manifestado la santidad, la divinidad del Redentor, haciendo brillar su testimonio en el sentimiento de disgusto y de indignacion que ha experimentado con aquella toda alma honrada.

Asi ha mostrado la estrecha relacion que existe entre la fe cristiana y el sentido moral, el sentido de lo bueno.

Ha mostrado al mismo tiempo, la solidaridad de esta misma fe, con el sentido de lo verdadero y con el sentido de lo bello, con la razon y con el gusto, no menos ofendidos con esta concepcion tan absurda y ridicula como sacrilega.

¿Qué deberé decir en apoyo de esta segunda consideracion que no se haya comprendido y sentido ya por el mismo lector?

JESUCRISTO y su obra, prodigio que escede á toda proporcion humana, se esplica maravillosamente por la fe en su palabra y en su Divinidad. Si os salís de esta esplicacion, ¿á cuál otra os atendreis? Porque es necesario dar una esplicacion sobre este problema que por todas partes os afecta. Pues bien, hé aquí la que os propone la incredulidad; á saber: *Solo ei norte de la Judea ha hecho el Cristianismo, ha conquistado la humanidad.*—¿Y cómo?—*Porque una naturaleza arrebatadora imprimia á todos los sueños de la Galilea, un giro idílico y encantador, habiendo llegado á ser de esta suerte toda la historia del Cristianismo naciente una deliciosa pastoral, un Mesias sentado á los banquetes nupcia-*

les, acompañado de una banda de niños regocijados, etc., etc.

¿A qué se ofende mas con esta esplicacion, pregunto, ahora, á la razon, á la verdad, al gusto histórico ó á la fé?

Diré primeramente, que la descripcion de la Galilea que hace M. Renan, honra poco á la mision científica de que fue encargado y que recuerda indiscretamente en este libro, que ciertamente no tenia la mision de escribir. El estado de la Galilea desmiente con suma fuerza este paisaje á la Wateau, á que atribuye la formacion del *Cristianismo*. Y como preve que no es tan desconocida la Galilea que no pueda reclamarse contra la fidelidad de esta descripcion, cree librarse de ello con esta simple nota: «no cause ilusion ó engaño sobre »esto el *horrible* estado á que hoy se halla reducido el »pais, especialmente junto al lago de Tiberiades. Estos pais »ses, actualmente abrasados, fueron en otro tiempo paraísos »terrenales.»—M. Renan traía á la naturaleza, como al Evangelio (1).

(1) He nombrado á Wateau.—Hé aquí los versos que se compusieron sobre él, y que pueden aplicarse á los mimos y caricias de monsieur Renan:

Un día tuvo el deseo
La dama Naturaleza,
De ver su vivo retrato
Adornado á la francesa.
¿Qué hizo la buena madre?
Parió á Wateau, quien en prueba
De su gratitud, no quiso
Contentarse con hacerla
Un retrato parecido,
Sino que con gran destreza,
Nos la pintó abigarrada,
De los pies á la cabeza.

Pero el Evangelio es quien principalmente reclama contra ese gracejo con que se solaza M. Renan en adornarle y acicalarle.

Sin duda que hay alegría en el Evangelio, y una gran alegría. Hay en él bienaventuranzas, y con ellas se abre la vida y la predicacion de JESUCRISTO. ¿Pero qué clase de alegría? ¿Es la alegría que ríe? Sabido es que dice: «¡Bienaventurados los que lloran! ¡bienaventurados los que padecen! ¡bienaventurados los que son perseguidos! Regocijense y conmuévase de contento, porque su gran recompensa está en los cielos. —¡Desdichados de vosotros, que reís ahora, porque ya llorareis y sollozareis!—El reino de Dios sufre violencia, y solo los arriesgados lo alcanzan.—Si tu ojo te escandaliza, sácatelo; si tu mano te escandaliza, córtatela. Quien desee salvarse, tome su cruz y sígame, etc., etc. Hé aquí cómo es el Evangelio una *deliciosa pastoral, de índole idílica y encantadora*, y cómo es Jesus un *divertido ó delicioso rabi*, que espresaba de continuo su alegría *con amables chistes*, etc. »Y en cuanto á aquellos buenos Galileos, que jamás *habían oído palabras mas adecuadas á su risueña imaginación y que mimaban al delicioso rabi*, hé aquí lo que dice el Evangelio: «Entonces empezó á echar en cara á las ciu-

M. Renan ha aventajado á Watteau, pintando abigarrado lo afeado, y grotesco lo divino. El mismo M. Scherer cree deber recordar á M. Renan que «lo grande y sublime del arte consiste en conformar en todo asunto, su dibujo, su estilo, su tono, al carácter de los hechos que reproduce y que los admiradores de su libro no pueden dejar de censurarle el haber faltado á ello.» (Artículo del 29 de setiembre de 1863.)

»dades de Galilea que no habian hecho penitencia. ¡Ay de tí,
 »Corozain! ¡Ay de tí Bethsaida! porque si en Tiro y Sidon se
 »hubieran hecho los prodigios que se hicieron en vosotras,
 »hace mucho tiempo que en el cilicio y la ceniza habrian he-
 »cho penitencia (1).»—Y oyendo esto los de la Sinagoga, se
 »llenaron todos de ira. Y le echaron fuera de la ciudad y le
 »llevaron á la cima de un monte para precipitarle (2).»

«Lo que debe buscarse, dice M. Renan, en la Vida de Je-
 sus, es la exactitud del sentimiento general, la verdad del
 colorido.»—Y ¿cómo creéis, que lo consigue? No apelo á los
 creyentes, ni tampoco á los pensadores; apelo á los artistas;
 apelo á la memoria y á las obras del pintor de la *Tentacion* y
 del *Cristo consolador* ó del Perdon, de aquel Ary Scheffer,
 cuya sangre mezclada con la de M. Renan, debe refluir ante
 semejante profanacion del arte religioso que fue su culto y que
 es su gloria.

Todo el Evangelio, que desde el pesebre á la cruz, no es
 mas que un reguero, si es lícito hablar así, de sufrimiento, de
 penitencia, de persecucion, de contradiccion, de desprecio y
 de sacrificio; que solo es una subida de la augusta Víctima á
 ese sangriento Calvario donde ha quedado siendo para el mundo
 el divino *Crucificado*; esa faz afeada del Evangelio, pero tanto
 mas amable y adorable, porque solo por amor nuestro está
 afeada, la SANTA FAZ, aparece abigarrada y embadurnada
 por el grotesco pincel de M. Renan. ¡M. Renan nos la presen-
 ta jovial!!! ¡Justo Dios! ¡En qué tiempos vivimos! Y M. Sain-

(1) Math., XI, 21.

(2) Luc., IV, 29.

te-Beuve los presagia todavía peores, en los cuales dice echaremos de menos á M. Renan, y que diremos, «¡que nos vuelvan la *Vida de Jesus* de M. Renan! ¡Por lo menos, aquel no desconocia al dulce maestro (1)!» ¡Ah! ¡Que vengan esos dias mas sombríos! Lo deseamos. ¡Que se nos vuelva el *Ecce Homo* de la Pasion, y que se nos libre del *divertido rabí* de la pastoral! ¡Que se nos teja la corona de espinas, pero que se nos quite la corona de lirio silvestre!

Con razon dice M. Renan: «Los que salen del santuario tienen en los golpes que descargan al dogma, una firmeza de mano que nunca consiguen los seglares.» Asi, ha comprendido perfectamente, que el mejor rasgo para borrar la divinidad de JESUCRISTO era el de la risa. Voltaire se reia del SALVADOR. M. Renan le hace reir: hay progreso en esto. Pero tambien hay una nueva prueba que no dejamos escapar, que volvemos contra el impío.

Háse observado que jamás *se rió* Jesus (2); pero ignoro que se haya dado nunca la razon de esto. En mi juicio, hay dos razones: razon de inteligencia y razon de sensibilidad. Jamás brota la risa, nótese bien, sino cuando se causa una sorpresa al espíritu con una oposicion de cosas ó de situaciones que no habia previsto. Asi, es que el genio cómico que crea las situaciones que causan risa, no es risueño, porque ve demasiado el fondo de las cosas para sorprenderse de ellas; asi

(1) *Constitucional* del 7 de setiembre de 1863.

(2) No digo *sonrio*. La sonrisa no es el diminutivo de la risa. No tiene nada de comun con ésta. Es el rayo luminoso de la benevolencia reflejada, asi como la risa es el relámpago de una sorpresa que se causa á la persona.

es que Moliere no se reia. ¡Cuán incompatible, es, pues, la risa con la divina inteligencia que todo lo ve, que lo sabe todo, y á quien se descubren los corazones, que es como se nos aparece Jesus en el Evangelio! Pero, sobre todo, la risa es incompatible con esa inmensa compasion, con esa infinita misericordia que ha descendido de la felicidad de los cielos al abismo de nuestra miseria y con la cual se ha revestido para curarnos de ella.

El sentimiento de esta infinita sabiduría y de esta infinita misericordia, es lo que hace, á nuestros ojos, imposible la risa, en la sublime figura del HOMBRE DIOS, y lo que constituye de esta suerte, de la disonancia del retrato que de ella hace M. Renan, un testimonio de Divinidad; y de una razon de gusto, una razon de fe.

M. Renan ha ofendido, pues, en todo esto, al gusto, tanto como á la razon, á la verdad histórica y á la fe, haciendo brillar con todas estas ofensas, otros tantos testimonios de esta divinidad de JESUCRISTO que no puede ser insultada, sin insultar á todo: ¡tan verdadera es!

II.

Vengamos al Jesus político.

Esta alegre vida no podia durar mucho tiempo, porque no podia satisfacer á la ambicion del héroe de M. Renan. «Conocia ya que para *hacer un papel de primer orden*, era necesario salir de Galilea, y atacar el judaismo en su plaza fuerte, que era Jerusalem (1).»

(1) *Vida de Jesus*, p. 206.

Habia preludiado, haciéndola servir á sus designios, la in-
 fatuacion de que era objeto por parte de las mujeres y de los
 niños de Galilea. «Estos últimos formaban á su alrededor como
 »una jóven guardia para la inauguracion de su inocente rei-
 »nado, tributándole pequeñas ovaciones *que le complacian*
 »*mucho*; llamándole «hijo de David, gritando *Hosanna*, y agi-
 »tando palmas á su alrededor.» Jesus se complacia mucho en
 »ver á estos jóvenes apóstoles, que no le *comprometian, lan-*
 »*zarse* delante de él, dándole títulos que no se atrevia á to-
 »mar por *sí mismo: les dejaba decir*, y cuando se le pregun-
 »taba, si los oía, contestaba de un *modo evasivo*, que la ala-
 »banza mas agradable á Dios es la que sale de labios ju-
 »veniles (1).»

Detengámonos á respirar; porque se siente oprimida la
 conciencia.

Tenemos ya el tono del Jesus político. M. Renan no lo ha
 encontrado en ninguna parte, lo mismo que no encontró el
 Jesus idílico. Asi como éste ha sido una creacion de su gusto,
 aquel lo es de su conciencia, y ambos lo son de su impiedad.
 Véase su modo de proceder. Moja su pluma en el Evangelio,
 para colorear su novela con un tinte histórico. Toma en aquel
 una poca verdad, porque la necesita y solo la encuentra en él.
 Despues altera al punto esta verdad, pluralizando los rasgos ó
 circunstancias mas singulares, como el rasgo único de la Magda-
 lena, del cual dice: *acudian las mujeres á derramar unguen-*
tos sobre su cabeza; como el de la ovacion del Salvador en Je-
 rusalén, de la cual hace *pequeñas ovaciones que complacian*

(1) *Vida de Jesus*, p. 491.

mucho á Jesus, y en que representa á Jesus, ya en una mula de grandes ojos negros, ya en la *asna* profética, destrozando y borrando asi los rasgos mas culminantes y mas luminosos de la vida del SALVADOR. Hecho esto, presta á estos rasgos ó sucesos intenciones que solo resultan de la frecuencia que falazmente les atribuye, ¡y qué intenciones! ¿Dónde ha encontrado sombra de ellas en toda la vida del *humilde de corazon*, que en la plena conciencia de su grandeza, *sabiendo que el Padre habia puesto en su mano todas las cosas, y que él habia salido de Dios y volvía á Dios, se puso á lavar los pies de sus discípulos* (1)? Intenciones abyectas de truhanería que difamarían al ambicioso mas vulgar, y que M. Renan no teme atribuir al que es *el honor comun de todo lo que tiene un corazon varonil* (2). ¡Tenia yo razon al decir que alternan los ósculos y las genuflexiones con las bofetadas y salivas en la *Vida de Jesus*!

Pero la ambicion de Jesus va á encontrar un rival que le ha tomado la delantera en la popularidad á que aspira, y con el cual, como sagaz político y profundo diplomático, va á luchar en artificio, hipócrita deferencia y concesiones interesadas. Este rival es, no os alarmeis, el precursor Juan Bautista, *el amigo del esposo* que se proclamaba *indigno de desatar las correas de su calzado*, y de quien decia, *á él le toca crecer y á mí disminuir*. Asi, pues, M. Renan ha elegido el ideal mas angélico de la adhesion y de la abnegacion tierna y

(1) Juan, XIII, 3.

(2) *Vida de Jesus*, p. LIX.

humilde, para hacer de él un *rival* de fortuna y para hacer de Jesus su *afiliado*.

Como el lector no está obligado á creerme bajo mi palabra, es preciso citar el testo.

«Jesus dejó la Galilea y se fué con *su pequeña escuela* á
 »reunir con Juan. Los recién llegados se hicieron bautizar
 »como todo el mundo. Los dos maestros eran jóvenes; amá-
 »ronse y compitieron en público en agasajos y deferencias re-
 »cíprocas *Llenos* los dos jóvenes entusiastas *de las mismas*
 »*esperanzas y de los mismos odios*, pudieron hacer causa co-
 »mun y apoyarse mutuamente. Un maestro anciano se hubiera
 »sublevado, viendo acudir á él á un hombre sin celebridad y
 »darse para con él humos de independenciam. Pero la juventud
 »es capaz de toda clase de abnegaciones y puede admitirse
 »que Juan *aceptó* á Jesus sin segunda intencion personal.
 »Pero lejos de *abdicar* el Bautista *ante Jesus*, le reconoció
 »Jesus por superior durante todo el tiempo que pasó á su lado,
 »y no desarrolló su propio genio sino tímidamente. Por otra
 »parte, Jesus *cedió mucho á la opinion* en todas épocas, y
 »adoptó muchas cosas de que *se cuidaba bastante poco*, por la
 »única razon de ser populares... Juan habia puesto en gran
 »favor el *bautismo*; Jesus se creyó obligado á hacer lo que él,
 »y bautizó... En breve igualó el discípulo al maestro, y *fue*
 »*muy solicitado su bautismo*... Por otra parte, se hallaba so-
 »brado reconocida la superioridad de Juan, para que Jesus,
 »poco conocido aun, *pensase en combatirla*. Solamente queria
 »*engrandecerse á su sombra*, y se creia obligado, *para ganar*
 »*la multitud*, á emplear los medios exteriores que habian va-

»lido á Juan *triumfos tan pasmosos* (1). En suma, la influencia de Juan fue mas importuna que útil á Jesucristo, fue una »detencion en su desenvolvimiento... *Todo induce á creer que* »Jesus se inclinó *un momento* á favor del bautismo, por una »especie de concesion (2). Lo único que debió á Juan, fue »en cierto modo, *lecciones de predicacion y de acción popular*... Jesus no será ya, pues, solamente, *un delicioso moralista; es el revolucionario* trascendental (3).—Despues »de la muerte de Juan, fue Jesus, como *compañero afiliado* »suyo, uno de los primeros que supieron este acontecimiento.

Basta citar estas cosas y entregarlas á la vindicta del disgusto. M. Renan ha sido engañado por su ódio mismo. Ha apuntado y disparado demasiado bajo. Su bala pasa por debajo de la conciencia humana, otro tanto cuanto se halla encima de ésta el objeto á que quiere herir.

Sin embargo, Jesus no supo al principio qué carácter (político-religioso) dar á su empresa. Felizmente, la falta ó desacierto de otro rival vino á iluminarle y á hacerle evitar el escollo. Este rival fue Judas el Gaulonita, quien so co-

(1) *Vida de Jesus*, p. 406, 408.

(2) Este *un momento* es increíble, y demuestra hasta qué punto se atreve á todo M. Renan, en las tinieblas de ignorancia en que supone á sus lectores. ¿Quién no sabe, en efecto, que Jesucristo predicó el bautismo hasta el fin, y quién no oye aquellas sublimes palabras que llenaron los siglos, y con las cuales, terminando su mision, imprimió á la Iglesia el carácter de la que esta cumplió por siempre: *Id, pues, y enseñad á todos los pueblos, BAUTIZÁNDOLOS EN EL NOMBRE DEL PADRE Y DEL HIJO Y DEL ESPÍRITU SANTO, y enseñándoles á observar lo que os he mandado?*

(3) *Vida de Jesus*, p. 415.

lor de mesianismo, intentó un movimiento político y fue aniquilado por el presidente Caponio.— «¡*Tal vez* vió Jesus á este
 »Judas, dice M. Renan, que concibió la revolucion judía de
 »un modo tan diferente al suyo; en todo caso, conoció su es-
 »cuela, y *probablemente* por reaccion contra su error, pro-
 »nunció el axioma sobre el tributo al César. Alejado el pru-
 »dente Jesus de toda sedicion, *se aprovechó de la falta de su*
 »*antecesor*, y *soñó* otro reino y otra liberacion (1)! M. Renan
 »se ve poseido de esta idea, y trata de trasmitirla al entendi-
 »miento del lector. Asi es, que vuelve á ella en otra parte:
 »Sin duda, renunció *desde entonces* Jesus á la política, dice,
 »por haberle *mostrado* el ejemplo de Judas el Gaulonita la
 »inutilidad de las sediciones populares (2).»

Asi el axioma sobre el tributo del César, *que decidió del por-venir del cristianismo*; asi, el mismo Cristianismo, esa transformacion religiosa que renovó la faz del mundo, han ocupado *probablemente* el alma de Jesus y se deben á la falta de su antecesor Judas el Gaulonita. Asi, Jesus evitó la via política, y siguió la religiosa por reaccion contra el error y la suerte de aquel, *soñando desde entonces* en otro reino y en otra liberacion. ¡Asi, Jesus llegó á ser el Salvador del mundo por cálculo ambicioso, y no por un sabio y preconcebido designio, como medio de avanzar y de no ser aniquilado!!! A no ser por aquel Judas, se hubiera estraviado Jesus, y se hubiera quedado el género humano sin su glorioso destino.

¡Pero qué! esto no le sirvió tampoco, porque fue ani-

(1) *Vida de Jesus*, p. 61.

(2) *Id.*, p. 119.

quilado por el presidente Poncio Pilatos. Su fin fue absolutamente el mismo. ¿De dónde procede, pues, la pequeña diferencia que hay hoy entre CRISTO presidiendo aun, despues de cerca de dos mil años, los destinos del mundo y el pobre Gaulonita y todos los demás falsos mesías sepultados en el olvido? Únicamente de que, segun pareció en su misma cruz al centurion romano «era aquel verdaderamente Dios.» *Vere Filius Dei erat iste* (1).

Hé aquí á dónde va á parar la peregrina invencion de M. Renan. Igual conclusion proviene de todas sus blasfemias. M. Renan fija y establece todo lo que quiere derribar.

Segun ya hemos visto, M. Renan niega que JESUCRISTO naciera en *Belen*, por la única razon de haberse profetizado que naceria en este lugar, y con esto hace resaltar el prodigio del acontecimiento. Con igual encarnizamiento le niega el título de *hijo de David*, por la sola razon, asimismo, de ser este el título profético del Mesías. No obstante, reconoce que se le tributaba unánimemente este título. ¿En qué se funda pues, para negárselo?—¡Admírese la adivinacion!—En la opinion del mismo Jesus: ¿Y dónde encuentra en él esta opinion tan contraria á toda su conducta? Primeramente, se la atribuye y despues, la concilia con su conducta contraria, atribuyéndole tambien haber procedido en esto contra su opinion, y por maquiavélica aquiescencia á la opinion pública que lisonjeaba su vanidad y su ambicion, dándole este título: ¡Qué gran riqueza debe tener M. Renan de tales sentimientos para prodigarlos tan generosamente!

(1) Math., XXVII, 54.—Mar., XV, 39.—Luc., XXIII, 47.

«Como debía ser el Mesías hijo de David, dice, se le daba naturalmente este título, que era sinónimo del primero. Jesús se lo dejaba dar con placer, aunque le causara algun embarazo, por haber nacido del pueblo (1). El primer título que aceptó fue el de «hijo de David» probablemente, sin tener parte en los fraudes inocentes con que se trató de asegurársele.»

Admírese las caritativas atenuaciones con que M. Renan previene la estrañeza é indignacion de sus lectores, y la union con que destila en ellos la blasfemia. Jesús aceptó, es cierto, un título que no le correspondia, y que estraviaba la opinion pública; pero sin tener parte en el fraude,—probablemente; fraude, por lo demás, inocente, y en el cual hubiera podido, en su consecuencia, tomar parte. Por esto, M. Renan propina la blasfemia en mayor dosis, y dice: «Era creencia universal que el Mesías seria hijo de David y naceria como él en Belen. No era este precisamente el parecer de Jesús. Pero la opinion le hizo una especie de violencia, y se dejó dar un título, sin el cual no podia esperar ningun buen resultado, concluyendo; á lo que parece, por complacerse con él, puesto que hacia con el mayor gusto los milagros que se le pedian llamándole de esta suerte. Aquí, asi como en otros muchos pasajes de su vida, se amoldó Jesús á las ideas que corrían en su tiempo, aunque no fuesen precisamente las suyas.»

Francamente hablando, este modo de escribir la histo-

(1) *Vida de Jesús*, p. 132.

ria y de deshonrar, no digo lo más sagrado que existe, sino lo más vulgar, solo deshonra al que lo emplea. Lo digo así, no á mi parecer y probablemente, sino precisamente y en el lenguaje más claro.

Sin embargo, hasta aquí solo ha sido el héroe de M. Renan un político receloso y atreviéndose apenas á la impostura; pero ahora vamos á verle caer en ella; va á quitarse ya la máscara el joven demócrata (1) convirtiéndose súbitamente en un *revolucionario* trascendente ó de primera clase, y en un *anarquista* que «anuncia á sus discípulos reyertas con la policía, sin pensar un momento que esto causa rubor (para M. Renan toda la policía consiste en la Santa Hermandad.)» En efecto, la idea que ocupaba su mente se desarrolló y se dió á conocer con un grado creciente de fuerza y de *audacia* (2) habiendo tenido que escoger entre los dos partidos, de renunciar á su misión ó hacerse taumaturgo (1). Y no siendo realmente taumaturgo, era hacerse embaucador.—«Hay milagros, si bien no pueden distinguirse, en que »consintió en *representar* un papel, sin que pueda saberse si »las circunstancias y los rasgos *que aparecen de embaucador*

(1) *Vida de Jesus*, p. 277. En la sabia Alemania se han burlado lindamente, aun en las escuelas racionalistas, de la obra de M. Renan, dirigiendo también la burla al carácter francés, particularmente á propósito de ese resabio que se nos atribuye de trasladar á la antigüedad tipos contemporáneos y nacionales, haciendo de Jesus, por ejemplo, un Camilo *Desmoulins* y un *sans-culotte* (*descamisado*) (Véase la *Vida de Jesus y la crítica alemana*, por el abate Meignan.)

(2) *Vida de Jesus*, p. 427.

(3) *Id.*, p. 257.

»son realmente históricos, ó fruto de la credulidad de los narradores (1).»

Pero va á naufragar de un modo mas completo el carácter de Jesus; él que no era ni aun hijo de David, y que revelaba tanto su aldea, va á ostentarse y á afirmarse como Hijo de Dios, como Dios mismo.

«Jesus no enuncia por un momento la sacrilega idea de que sea Dios,» dice desde luego M. Renan, mirando esta vez por el honor de su héroe (2). M. Renan no quiere, ni aun que se haya presentado como Hijo de Dios, si no es de la manera que lo son ó pueden llegar á serlo en diversos grados todos los hombres, y le hace rechazar esta imputacion como una *calumnia* (3).—Tomemos nota de esta delicadeza y de esta susceptibilidad de M. Renan, respecto de Jesus. Es, pues, un sacrilegio y un atentado hacerse pasar por Dios ó por Hijo de Dios. Está entendido.

Ahora, volvamos la hoja.

«Jesus volvió á Galilea, habiendo perdido completamente su fe judía, y *lleno de ardor revolucionario*. Desde entonces se espresan sus ideas con perfecta claridad. Los inocentes aforismos, las bellas predicaciones morales (de los primeros tiempos), van á parar á una *política decisiva*... Ha venido el Mesías, lo es él mismo. El hijo del hombre vendrá después de su muerte, lleno de gloria, acompañado de legiones de ángeles, y serán confundidos los que le rechazaron.—

(1) *Vida de Jesus*, p. 239.

(2) *Id.*, p. 75.

(3) *Id.*, p. 253.

«No debe sorprendernos la *audacia* de semejante concepcion.
 »*Hacia largo tiempo* que Jesus se consideraba con respecto
 »á Dios, como un hijo con respecto á su padre. *Y no debe mi-*
»rarse en él como un atentado lo que fuera en otros orgullo
»insoportable (1).—Recordemos que el primer pensamiento de
 »Jesus... que se referia á las raices mismas de su ser, fue
 »que él era hijo de Dios, el íntimo de su Padre (2)... El es
 »su Padre, su Padre es él... Su poder no tiene límites... Su
 »Padre le ha dado todo poder (3)... El cielo, la tierra, toda
 »la naturaleza, la locura, la enfermedad y la muerte, no
 »son mas que instrumentos suyos (4)... es superior á Da-
 »vid, á Abraham, á Salomon, á los profetas (5), al templo
 »mismo (6)...» Es evidente que ya no le bastaba el título de
 »*Rabí*; ni aun el título de profeta ó de enviado de Dios cor-
 »respondia ya á su pensamiento. *Atribuíase la posicion* de un
 »ser sobrehumano (7).»

¡Qué quiere decir todo esto, sino que Jesus se dió por una
 persona divina, se hizo Dios, como le censuraban los judios,
facis te ipsum Deum (8), sin que rechazara esta imputacion
 como una calumnia!—porque «teniendo la naturaleza de
 Dios, como dice San Pablo, no era usurparla, manifestarse

(1) *Vida de Jesus*, p. 237.

(2) *Id.*, p. 118.

(3) *Id.*, p. 244.

(4) *Id.*, p. 118.

(5) *Id.*, p. 246.

(6) *Alibi*.

(7) *Id.*, p. 146.

(8) Juan, X, 33.

igual á Dios.» *Qui, cum in forma Dei esset, non rapinam arbitratus est ESSE SE ÆQUALEM DEO* (1).

No hay duda alguna sobre este punto. Jesus afirmó que era Dios. «No se niega, dice M. Renan, que hubiera en estas afirmaciones de Jesus el gérmen de la doctrina que debia hacer de él mas adelante una hipostasis divina (2).» «Todos estos arrojios se hallaban cubiertos ó disculpados por una conviccion absoluta, ó por mejor decir, por el entusiasmo que hacia desaparecer en él hasta la posibilidad de una duda (3).»

Hé aquí cómo no *enuncia Jesus por un momento la idea sacrílega de que fuese Dios*. Es verdad que añade M. Renan. «La necesidad que tenia Jesus de *adquirir crédito* acumulaba las nociones mas contradictorias (4).» Pero como *estas nociones contradictorias* solo se hallan acumuladas en la *Vida de Jesus* por M. Renan, es preciso ponerlas en cuenta de la *necesidad que tiene M. Renan de desacreditar á Jesus*.

¿Es pues, Jesus un *sacrílego* y ha *atentado* contra la Majestad Divina, usurpándola en pró de su egoismo? Desviándose M. Renan de su primer juicio, ha contestado ya, que: «no debe considerarse como atentado lo que en otros se tacharia de orgullo insoportable.»—Paréceme que es lo cierto lo contrario, puesto que lo que distingue á Jesus de los demás, es el ser el autor de la moral mas bella que se conoció

(1) Ad Philip., II, 6.

(2) *Vida de Jesus*, p. 247.

(3) Id., p. 152.

(4) Id., p. 251.

nunca, y que en tal caso, habria hecho que la moral mas bella sirviera á la mentira mas odiosa, engañando tanto mas á la humanidad.

Y aquí es donde estrechado M. Renan entre concluir que JESUCRISTO es el *Infame*, lo cual hubiera podido llevarle á otro tribunal distinto que el de la opinion, y entre los principios eternos de la verdad y de la conciencia, no ha temido evadirse sacrificando estos principios, y deshonorando á toda la humanidad, para que no pareciera que deshonoraba únicamente á JESUCRISTO. Tan cierto es, que segun la conciencia humana que ha estudiado en esto, si JESUCRISTO no es Dios es un impostor, y si es un impostor, todo es impostura, y no hay ya sinceridad ni verdad.

Prueba magnífica, prueba admirable de la divinidad de JESUCRISTO, que nadie habia llevado aun como M. Renan hasta su última consecuencia.

No se juzga, pues, aquí únicamente á Jesucristo, sino al honor humano. Para hacer pasar M. Renan sus odiosas acusaciones contra JESUCRISTO, las presenta (procedimiento infernal) *en forma de disculpas*, y estas disculpas son otros tantos atentados contra la conciencia humana.

Así, no dice que fue un impostor Jesus, sino que implicando primeramente á todos los pueblos orientales, dice: «Buena fe é impostura, son palabras, que segun nuestra conciencia rígida, se oponen como dos términos inconciliables. En Oriente (sin distinguir el Oriente actual del antiguo Oriente, es decir, las tinieblas de la luz) hay de la una á la otra mil evasivas y subterfugios. Para nosotros, razas profundamente for-

»males, la conviccion significa la sinceridad consigo mismo, »pero la sinceridad consigo mismo no tiene mucho sentido entre los pueblos orientales (1).»

Así, pues, hé aquí á Jesus acusado de impostura por lo mismo que le disculpa y que estiende esta acusacion á todos los pueblos orientales.

Pero JESUCRISTO no es solamente un oriental, ó si lo es, es ese *Oriente* cuya luz se levanta sobre el mundo; é iluminándole en el seno de las tinieblas y de las sombras de la muerte en que estaba sentado, no ha cesado de dirigir nuestros pasos en la via de la civilizacion. *Oriens ex alto illuminans his qui in tenebris et in umbra mortis sedent ad dirigendos pedes nostros in viam pacis* (2), segun se proclamó en el seno virginal de donde iba á elevarse y cuya aurora era. JESUCRISTO es el tipo de todos nosotros á quien cada uno de nosotros debe lo mejor que tiene (3). De EL se realza la conciencia moderna. No debe, pues implicarse solamente á los pueblos orientales en esta acusacion de impostura para hacer que pase contra *Jesucristo*; sino tambien á nosotros á la humanidad entera, y aun así, se haria á Jesus culpable con ella. Para disculparle, pues, completamente, es preciso negar el mismo principio moral, la misma honradez: es preciso tomar en mano la causa de la mentira y de la impostura contra la verdad y la conciencia; mas aun, es forzoso glorificar aquellas. Hasta aquí tiene que llegar la incredulidad: á ello la condena el carácter de JESUCRISTO.

(1) *Vida de Jesus*, p. 452.

(2) Luc., I, 78.

(3) *Vida de Jesus*, p. 283 y 451.

«Es imposible la historia, si no se *admite* ALTAMENTE que
 »hay muchos modos de medir la sinceridad... Fácil nos es á nos-
 »otros, en nuestra *impotencia*, llamar á esto mentira, y enor-
 »gullecidos con nuestra *tímida honradez*, tratar con desden á
 »los *héroes* que aceptaron con otras condiciones la lucha de
 »la vida. Cuando hayamos hecho con nuestros escrúpulos lo
 »que ellos hicieron con sus mentiras, tendremos derecho de
 »ser severos con ellos, etc., etc. (1).»

Cuando se dice esto, se han ajustado las cuentas con la religiosidad mundana, pero se ha abierto una terrible con la conciencia. A esta costa hay holgura para blasfemar de Cristo, y aun hay derecho á la gratitud por haberle convertido en un héroe de fortuna; por haber edificado al mundo, y arrancado lágrimas de los ojos áridos de nuestros contemporáneos, por la suerte del justo oprimido.

¿Y puede escribirse esta monstruosidad de lesa-buena fe honradez y de lesa-razon?

El *honrado* Marco-Aurelio... «estuvo exento de algunos
 »errores de que participó Jesus, *pero* no tuvo accion duradera
 »en el mundo. Marco-Aurelio (por haber sido honrado) deja en
 »pos de sí libros deliciosos, un hijo abominable, un mundo que
 »se acaba. Jesus (por no haber sido honrado) permanece para
 »la humanidad como un principio inagotable de renacimientos
 »morales (2).»

Quisiéramos poder llamar á esto simplemente locura orgánica, locura irresponsable. Pero no es nada de esto, es locura

(1) *Vida de Jesus*, p. 233.

(2) *Id.*, p. 431.

consciente, la locura lógica, si puede hablarse así, de la incredulidad. Lo sentimos por M. Renan; pero nos felicitamos de ello por la manifestación de la verdad de nuestra fe, á la que justifica y venga en igual grado.

III.

Pero ¿qué decimos de locura? no es M. Renan, no es la incredulidad quien está loco; es la sabiduría eterna; y esto es hasta lógico, puesto que es mentira la Verdad misma.

Henos aquí, pues, retrasados en diez y ocho siglos, en el primer día en que era JESUCRISTO *gentibus autem stultitiam* (1), en los tiempos del buen rey Herodes, que despreciando á Jesus, porque no quiso recrearle con sus milagros, le revistió por mofa con la túnica blanca de los insensatos. Mas esta era siquiera la librea de la imbecilidad inocente; pero M. Renan trata á Jesus con mas formalidad; puesto que le pone la camisola de los locos y nos lo presenta como un furioso.

«Admitimos *sin vacilar* (2), dice, que verificó Jesus *con frecuencia* actos que en el día se considerarían como de ilusión ó locura.»

«Desde muy temprano se reveló su carácter *singular*. La leyenda se complace en mostrárnoslo desde su infancia *rebelado* contra la autoridad paterna, y saliéndose de las vías

(1) *Ad Corinth*, I, 23.

(2) M. Renan, que duda siempre que se trata de comprobar una verdad, no vacila cuando se trata de proferir una idea enorme, pues entonces se afirma en sus estribos, como quien quiere dar un golpe fatal, y adios la graduación y diferencia (*nuance*).

» comunes para seguir su vocacion... No parece haberle ama-
 » do su familia. En breve le veremos en su osada rebelion
 » contra la naturaleza, hollando á sus pies todo lo propio del
 » hombre, la sangre, el amor, la patria, guardando solamente
 » alma y corazon para la idea que se le presentaba, como la
 » forma absoluta de lo bueno y lo verdadero (1).»

Bien pronto, en efecto, «anima todos sus discursos un ar-
 » dor *extraño* .. En sus actos de rigor llegaba hasta suprimir
 » la carne. No conocian límites sus exigencias. Despreciando los
 » *sanos* límites de la naturaleza humana, queria que solo se
 » viviera para él y que solo á él se le amara.» Observemos de
 » paso, que en esto es lógico M. Renan, (salvo el modo de es-
 » presarse) y que Jesus hubiera sido egoísta hasta la locura
 » si no fuera Dios. Toda incredulidad se halla, pues, obligada á
 » seguir á M. Renan en sus imputaciones de locura, asi como
 » en las de impostura. «Entonces se mezclaba en sus palabras
 » algo mas que humano y *extraño*; era como un fuego que de-
 » voraba la vida en su raiz, reduciéndolo todo á un horrible de-
 » sierto. El sentimiento triste y áspero de disgusto hácia el
 » mundo, de estremada abnegacion, que caracteriza la perfec-
 » cion cristiana (2), tuvo por fundador, no al sagaz y alegre mo-
 » ralista de los primeros días, sino al *gigante sombrío*, á quien

(1) *Vida de Jesus*, p. 42 y 43.

(2) ¡Qué desgracia que esta cortedad de vista de la incredulidad no le permita llegar hasta el objeto de la razon; que no vea en la perfeccion cristiana mas que un sentimiento áspero y triste de disgusto y de abnegacion escensiva y no los tesoros de tierna caridad y de heroica adhesion hácia el mundo, cuya generosa fuente y fecundo alimento es ese mismo despegó del mundo!

»lanzaba mas y mas fuera de la humanidad una especie de
»presentimiento grandioso (1).»

«Arrastrado por esta *espantosa* progresion de entusiasmo,
»exigida por las necesidades de una predicacion cada vez mas
»*exaltada*, no era ya Jesus libre... A veces parecia que se
»*turbaba su razon*, y sentia como angustias y agitaciones interio-
»res. Producíale *vértigos* la gran *vision* del reino de Dios, re-
»*lumbrando* sin cesar ante sus ojos. Sus discípulos le creyeron
»*loco* en algun momento... Su temperamento escesivamente
»apasionado, le hacia salirse á cada instante *de los límites* de la
»naturaleza humana... Apremiante, imperativo, no podia sufrir
»oposicion alguna... Aspero y escéntrico, no le comprendian á
»veces sus mismos discípulos, experimentando una especie de
»temor á su presencia. A veces le arrastraba su repugnancia
»á toda resistencia á verificar actos inesplicables, y al parecer
»*absurdos*. Sentíase atormentado y se revelaba al contacto de
»la tierra. Su nocion de Hijo de Dios se turbaba y exagera-
»ba (2)... A veces nos sentimos tentados á creer, que viendo
»en su propia muerte un medio de fundar su reino, concibió
»de propósito deliberado el designio de *hacerse matar* (3).»

Basta con esto, y aun sobra sin duda, para el lector hon-
rado, para el lector sensato.

Y presentando asi por primera vez á *Jesucristo* como un
estravagante y un loco, contra el ideal de sabiduria y de suavidad
celestiales con que se halla impreso con tal anterioridad en el

(1) *Vida de Jesus*, p. 312.

(2) *Id.*, p. 318 y 319.

(3) *Id.*, p. 316.

alma humana, lleva M. Renan el sacrilego desprecio á la verdad y al lector, hasta autorizarse con el Evangelio de donde irradia este ideal divino, remitiéndonos á él al pie de las páginas, por medio de citas que espera no se han de evacuar, y cuya comprobacion le aniquila. Despues de todo, ¿qué es esto sino emplear su método de *solicitar los testos*, es decir, de falsificarlos? ¡Cuánto valor tiene el Evangelio á esta costa! ¡Cuán auténtico y sagrado llega á ser! ¡y qué buen efecto surte autorizarse con él por medio de tantas citas como un doctor de la Iglesia, anegando en ellas á Jesucristo y cociendo el cordero en la leche de su madre!

M. Renan añade para mayor precaucion un rasgo final, que acrecienta el ultraje, pero cuyo peso hace desplomarse sobre él mismo todo su edificio de blasfemia supultándole en él.

M. Renan procede con respecto á la locura, como ha procedido con respecto á la impostura, coronando sus imputaciones con una disculpa, que solo es un modo sumamente pérfido de hacerlas pasar, agravándolas. Estiende estas imputaciones de locura de Jesucristo á la razon misma; asi como estendió la imputacion de impostura á la misma conciencia. Declara abolida la ley intelectual como abolió la ley moral, para hacer pasar la blasfemia que imputa á Jesucristo su violacion.

¿Qué quiere decir, en efecto, locura, estravagancia? «Las ideas *limitadas* que se han divulgado *en nuestros días* sobre la locura estravian gravemente nuestras apreciaciones históricas en las cuestiones de este género. En el día, el que se halla en un estado en que se dicen cosas de que no se tiene conciencia, en que se presenta el pensamiento sin que le llame

»y regule la voluntad (definición gramatical de la locura) se ve
 »espuesto á ser recogido como alucinado. *En otro tiempo* esto
 »se llamaba profecía, inspiración.»

Así, pues, *en otro tiempo* no se tenían las mismas ideas que hoy sobre la locura, y por consiguiente sobre la razón, y por tanto, nosotros carecemos de criterio común con la antigüedad para comprenderla. En tal caso, es preciso proclamar la abolición de la crítica para los tiempos antiguos, puesto que solo podemos juzgarlos por nuestro sentido interno.

Pero no solamente respecto de otros tiempos, sino aun de nuestra misma época y de un modo absoluto, nos falta este sentido interno, y se estravian nuestros juicios sobre la locura, hasta el punto, que en vez de recoger ó secuestrar á ésta, se la debería glorificar y envidiar. «En efecto, las cosas mas bellas del mundo se han verificado con calentura; toda creación eminente lleva consigo una ruptura de equilibrio, un estado violento respecto del ser de quien emana... ¿Quién de nosotros, pigmeos, podría hacer lo que hizo el extravagante Francisco de Asís, la histérica Santa Teresa? Poco importa que haya nombres en la medicina para espresar estas grandes desviaciones de la naturaleza humana; que sostenga que el grande ingenio es una enfermedad del cerebro; que vea en cierta delicadeza de moralidad un principio de tisis; que clasifique el entusiasmo y el amor entre los nuevos accidentes. Las palabras sano y enfermo son enteramente relativas. ¿Quién no preferiría estar enfermo como Pascal á estar sano como un cualquiera, etcétera, etcétera (1)?»

(1) *Vida de Jesus*, p. 452 y 453.

M. Renan debería haber agregado á su *Vida de Jesus* un lexicon que explicara el significado de las palabras y de las cosas, segun el sentido en que él las emplea, tan contrario ó distinto de nuestras ideas *limitadas*. Pero poseemos ya este lexicon; no hay mas que coger el Diccionario de la Academia y entender al revés sus definiciones. Y como todas las lenguas fraternizan en un verbo intelectual comun, es preciso destruir todas las lenguas, todos los libros, ó mas bien este verbo comun de la razon humana. Solamente entonces se comprenderá á la incredulidad.

IV.

Hé aquí hasta dónde llega la incredulidad en M. Renan.

Es decir á una de las mas poderosas, mas triunfantes y mas vengadoras demostraciones de la fe cristiana.

Vamos á despejarla en pocas palabras.

No es necesario hacer resaltar desde luego todo lo que gana la manifestacion del adorable carácter de Jesucristo, tan admirablemente fiel á sí mismo en su tipo incomparable de un punto á otro de su vida, tan humano, tan perceptible, tan concreto á un tiempo mismo; y tan divino, tan atractivo ó insinuante, tan celestial por la armoniosa concordancia de su doble naturaleza y la profunda unidad de su persona,—todo lo que gana, repito, la manifestacion de Jesucristo en esta monstruosa é incoherente discordancia de los diversos Jesucristos que quiere sustituirle la incredulidad; un Jesus idílico, un Jesus político y un Jesus frenético; es decir, un simple, un

bellaco y un loco; sin perjuicio del Jesus heróico que pone como de muestra en la fachada, para hacer que entre el cándido lector á este espectáculo de plazuela.

Y á tí, lector, que sales de él, ¿qué te ha parecido? ¿Cómo puedes conciliar ese ignorante aldeano con ese divertido ó delicioso rabí, ni á éste con el sagaz político que se convierte en un anarquista que llega á ser un charlatan y un impostor, y despues un gigante sombrío, y finalmente, un frenético cuyo creciente parasismo le impulsa á hacerse matar? ¿Y cómo concibes que pueda ser todo esto á un tiempo mismo, *el honor comun de cuanto lleva un corazon vâronil,—el hombre incomparable á quien ha tributado la conciencia universal con justicia el título de Hijo de Dios,—un principio inagotable de renacimientos morales,—el creador del código mas bello de la vida perfecta que trazó jamás moralista alguno,—el fundador de la religion absoluta, no solamente para este mundo, sino para los demás planetas, si tienen habitantes, dotados de razon y de moralidad?* ¿Cómo concillas, finalmente, todo esto con la observacion de que la moral de JESUCRISTO, la religion de JESUCRISTO es el mismo JESUCRISTO; es la imitacion de sus ejemplos, de su conducta, de su vida; es decir, con aplicacion al héroe de M. Renan, de la necedad, de la doblez, de la impostura y del frenesi?

¿Cuál de estos dos Jesucristos te parece digno de tu conciencia, y por consiguiente, de tu fe?

Sin duda dirás que es insensata y abominable la concepcion de M. Renan y que la repudias; que te avergüenzas de que haya podido ver la luz en tu pais y en tu época; pero que

la dejas por cuenta de su autor; y que es precisamente una concepcion de la incredulidad.

¡Honrada ilusion!

No me limitaré únicamente á contestar, que casi todos los órganos de la incredulidad han reconocido esta concepcion y la han ensalzado, y que su oprobio ha llegado á ser el del campo entero que protestará probablemente contra el juicio que hago aqui de ella; sino que diré, que en esto ha sido justa la incredulidad, tanto respecto de M. Renan, como para consigo propia, y hasta tal punto, que yo mismo tomaré la defensa de M. Renan, ó mas bien, la de la verdad, manteniendo esta solidaridad de su obra con la incredulidad.

Sin duda que M. Renan ha puesto lujo en ella, y ha tratado su asunto con odio; y á la manera que aquel pintor de la antigüedad se valió de todas las hermosuras de la Grecia para pintar una Vénus, M. Renan se vale, para componer su Jesus, de todas las fealdades morales que puede reunir, aun cuando se escluyan. No le basta elegir entre la impostura ó la locura; ninguna de las dos ni otras varias están de mas.—Pero, en el fondo, tiene los datos y recursos necesarios á toda incredulidad.

¿Cómo puede ser esto?

Nada mas sencillo.

La conciencia universal y la historia le trazaban de JESUCRISTO y de su obra, un tipo de grandeza y de perfeccion de que no podia desviarse. No nos hallamos ya en el último siglo: hoy es preciso, por lo menos, quitarse el sombrero ante JESUCRISTO, ya que no sea necesario echar de menos con M. Renan, *los*

sitios donde quisiera la humanidad ir á besar la huella de sus plantas; primera necesidad que hemos reconocido con sus consecuencias en el capítulo precedente.

Ahora bien ¿podía atenerse á ese Jesus, *honor comun de todo cuanto lleva un corazon varonil*?

Absolutamente no; y se veía estrechado por una segunda necesidad.

¿Cuál? la de elevarse hasta JESUCRISTO Dios, ó descender á un Jesus infame; la de ponerse sobre el hombre y debajo del hombre; porque este ser escepcional, que no podrá explicar nunca la incredulidad, es necesariamente mas ó menos que un hombre, y es preciso adorarle ó menospreciarle.

Ya hemos visto, en efecto, que JESUCRISTO hizo, y quiso aparentar que hacia milagros en gran número, los cuales tendrían que ser obra de un charlatan, si no lo fueran de un Dios; ya hemos visto el dilema en que hemos encerrado á M. Havet y á M. Scherer, por no haber querido aceptar el atentado de M. Renan contra la conciencia. Pero este dilema se vuelve á presentar aquí independientemente de los milagros, en términos mas absolutos, y que ni aun se ha intentado discutir, en los términos de la pretension, de la afirmacion solemne que hizo JESUCRISTO de ser Dios mismo.

Ahora bien, ó Jesucristo habló con verdad ó con falsía; si con verdad, es Dios; si con falsía (Dios me perdone esta blasfemia, que borra mi corazon á medida que la escribe mi mano), es un impostor ó un loco; y aun llegaré á decir con M. Renan, que es uno y otro.

Si no es Dios Jesucristo, tuvo razon Herodes en tratarle

como un insensato, y el gran sacerdote como un blasfemo. El mismo Jesucristo no protesta contra este trato; lo soporta, como efecto de la ceguedad de los Judíos que no quieren ver en él al Hijo de Dios. La única defensa fue decir que lo era realmente. No se le creyó, y desde entonces es consiguiente que debe tratársele como lo fue en su pasion y en su suplicio.

Ahora bien; esta situacion de JESUCRISTO ante Herodes y ante Caifás, es aun y será siempre la única que pueda tener ante la conciencia humana. Esta conciencia apremiada á pronunciarse sobre su persona, deberia esclamar con Pedro: ¡Tú eres Cristo, HIJO DE DIOS vivo! ó con el gran sacerdote judío: ¡*Ha blasfemado, y es digno de muerte!* En el primer caso, deben seguirse adoracion y amor, en el segundo bofetadas y salvivas (1).

En nuestros *Estudios* hemos consagrado veinte páginas á experimentar este argumento en todas sus fases: y cuanto mas lo experimentábamos, mas se agrandaba, y desplegaban mayor fuerza las objeciones. Como creemos haber apurado allí su

(1) Hé aquí cómo terminan dos notables artículos que ha publicado recientemente M. Caro, en el periódico la *Francia*: «O Jesus es el »hijo de Dios, realmente Dios, ó no es ni siquiera un hombre superior, ni un hombre de moralidad elevada... O el cristianismo es la »verdad religiosa, absoluta, definitiva, suprema, ó solo debe verse en »él una prolongada mentira de veinte siglos... M. Renan parece no »advertir, que todo lo que ha quitado al Dios en el Cristo, disminuye »otro tanto al hombre á nuestros ojos, y aun llega á envilecerle ante »la conciencia humana. Si eliminais de esta vida lo sobrenatural, haceis »de él menos que un grande hombre, menos que un hombre de bien... »porque engañó al mundo!... Esta *Vida de Jesus* es un apremio de la »conciencia moderna ante el cristianismo. Por nuestra parte, ya hemos »elegido.»

estudio, nos atrevemos á suplicar al lector que recurra á ellos (1).

Pero confieso que M. Renan ha superado nuestras hipótesis con sus demasías. No parece sino que en esto, como en tantos otros puntos, ha hecho fuego en vista de nuestras demostraciones, oponiendo una resistencia mas allá de los límites en que la creíamos posible.

Así, hemos previsto y discutido el argumento del *triumfo* de JESUCRISTO; el argumento del *beneficio*; el argumento también de la *separacion* que quiere hacerse entre su persona y su obra, y finalmente, el argumento de la *hipótesis* de su divinidad creada por él para ejecutar su designio; y no hemos tenido dificultad en demostrar, que el triunfo de la mentira sería su reinado; que el beneficio del cristianismo suponía su verdad; que la *separacion* entre Jesucristo y su obra era imposible, pues que esta obra era ÉL MISMO aplicado al mundo; finalmente, que la hipótesis de que creó ó inventó su divinidad para dar un fundamento á su sistema, habría á lo mas usurpado el objeto con la idolatría de su persona y contrariado este mismo fin con todos los obstáculos que suscitó en el mundo la idea de un Dios crucificado y de los que no pudo triunfar sino precisamente porque era verdad esta idea.

Pero en todos estos razonamientos que hemos desarrollado, hemos tomado siempre por punto de apoyo la conciencia y la razon; no habiéndonos jamás ocurrido que pudiera suprimírselas.

Y no obstante, comprendo que M. Renan, á no rendirse,

(1) Tomo IV, c. II. *De la persona de Jesucristo*, p. 60 á 80.

se haya visto obligado á llevar hasta este punto la osadía de la desesperacion.

Pero con esto solo ha conseguido demostrar hasta lo sumo la fe cristiana.

Ha demostrado, en efecto, que no se podía negar á Jesucristo sin atacar á la conciencia y á la razon; que habia solidaridad, equacion, identidad entre Cristo y la Verdad; entre Cristo y la Razon esencial, ó el Verbo que habla en nosotros: y que esta Verdad, esta Razon, este Verbo encarnados en ÉL, no han hecho desde entonces mas que afirmarse y proclamarse á sí mismos, cuando dijo:

«Yo soy la Verdad.—Yo soy la Luz del mundo.—Yo soy el Principio, el mismo que os hablo.» EGO SUM VERITAS (1).— EGO SUM LUX MUNDI (2).—PRINCIPIUM QUI ET LOQUOR VOBIS (3).

(1) Juan, XIV, 6.

(2) Id., VIII, 12.

(3) Id., VIII, 25.

CAPITULO XI.

NUEVA PASION DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

REVISION DE SU PROCESO.—SUERTE DE SUS ENEMIGOS.

Aunque todo el Evangelio es admirable, lo es mas, á mi juicio, en el relato de la Pasion del HOMBRE-DIOS. En ella llegan á ser en cierto modo mas intensas la exactitud, la precision, la sencillez, la veracidad, y mas concentrado el foco de luz histórica. En ella se eclipsan mas que nunca los cuatro secretarios de la verdad, entregados enteramente á ella para mostrarla. No omiten ningun pormenor, no se permiten reflexion ni emocion alguna. Impasibles á fuerza de la fe que les absorbe sobre el asunto mismo, dejan que produzca por sí solo su efecto en nosotros. Tienen toda la conciencia de la magestad con que debia aparecérsenos la verdad en la mayor de sus humillaciones; de las lágrimas que debia hacer derramar en todas las edades sucesivas, en lo mas fuerte del odio que la abruma; del precio de gracia y de gloria que debia valer en los destinos del género humano cada ultraje, cada crueldad que padece; y nos reservan todas estas impresiones, todas estas apreciaciones, hasta el punto de no tomar parte alguna en ellas al parecer ellos mismos. Entre los siglos pasados que

predijeron este gran sacrificio, y los siglos futuros que debían regenerarse en él, se sienten y se reconoce en ellos á los historiadores del hecho central de toda la historia hasta los últimos límites del tiempo y las profundidades de la eternidad.

M. Renan ha procedido de un modo absolutamente contrario al de todos estos historiadores, recogiendo y amontonando todo el odio y la perfidia que había sembrado en la *Vida de Jesus*, en el relato de su Pasion y de su suplicio, y si alguna vez falta á este procedimiento en todo el resto de su obra, se puede decir que al fin se denuncia. No parece sino que celoso de los Judíos, se ha encargado de la defensa de Judas. Solo se cuida de dos cosas: de rivalizar con los enemigos de *Jesus* y de disculparles. Informa *pro domo*, y mira como *propias* todas las maldiciones con que ha estigmatizado la conciencia universal al Deicida y todas las adoraciones con que lo ha vengado. Revisa el relato evangélico y presenta problemáticamente cuanto puede interesar á la víctima ó acusar á sus verdugos, y concluye reformándolo, y por fin de cuenta, presentándolo al revés, hasta el punto de aparecer culpables solamente los cristianos.—¡Cómo es esto! La curiosidad del hecho merece que esperemos. No puede imaginarse ninguno de los medios y expedientes á que ha recurrido M. Renan con este objeto: es una obra maestra de *insidia*.

Mas por esto mismo es una obra perfecta de acusacion y de justicia contra su autor, de reconocimiento, de confesion y de homenaje á favor de la Verdad. Cada uno de sus rasgos ó pasajes hace traicion en ella á la mano y al corazon del modo mas irrisorio. Hubiéramos podido ignorar ú olvidar la importancia

profética ó demostrativa de cada uno de los rasgos de este gran cuadro que agotará por siempre la contemplacion de las almas; mas M. Renan se ha encargado de la tarea de señalarlos y hacerlos resaltar, llevando ó poniendo en ellos la mano, con el único móvil de un interés impío que revela esta importancia. Es una verdadera *prueba*, aunque por distinto rumbo, en que se hace sombrío todo cuanto es luminoso en el original, y *vice-versa*, de tal suerte, que si llegara á faltar este original, se le podría encontrar en la *contraprueba*.

Demostremos esto con algunos ejemplos.

I.

Preocupado M. Renan anticipadamente de la indignacion que debe provocar la evocacion de la Pasion, y celoso por disculpar de ella á los verdaderos culpables, incluso Caifás, trata de hacer recaer esta indignacion sobre un personaje al que da con este solo objeto, una importancia que le rehusa el relato divino. Este es Anás ó Hanan, como él le llama, padre de Caifás. Hanan pagará, pues, por su yerno mientras se libra á este mismo. «La responsabilidad de los actos que van á seguir debe »recaer sobre Hanan y los suyos, dice nuestro escritor... Hanan fue el actor principal de este drama terrible, y *hubiera debido* llevar el peso de las maldiciones de la humanidad con »muchas mas razon que Caifás y muchas mas que Pilatos (1). »¿Por qué? ¿en qué se funda M. Renan para hacer surgir en »1863 este personaje pasivo en la historia?—No pidais otra ra-

(1) *Vida de Jesus*, p. 167.

»zon que la simpatía de M. Renan por Caifás, es decir, su odio
»contra JESUCRISTO.»

«El Evangelista *se empeña* en poner en boca de Caifás, con-
»tinúa M. Renan, la palabra decisiva que dictó la sentencia de
»muerte de Jesus: *Mas vale que muera un hombre por el pue-*
»*blo, que no que perezca toda la nacion.*»

¿Por qué suponer que se *empeña* el Evangelista, como ha-
ceis vos, en culpar á una persona mas que á otra cualquiera?
¿No equivale esto á decir que sois vos quien se empeña en esta
parcialidad? Por lo demás, M. Renan dedica dos páginas á
demostrar que Caifás y el mismo Anás *tenían derecho* de
proceder como procedieron, y no fueron culpables de falta de
tacto ó habilidad, porque «si se hubiera dejado libre á Jesus,
»se hubiera gastado en una lucha desesperada contra lo im-
»posible, y que asi el odio ininteligente de sus enemigos
»*decidió* del buen éxito de su obra, y puso el sello á su divi-
»nidad (1).»

En la *Vida de Jesus* se hallan muchas cosas que han deci-
dido del buen éxito de Jesus. Cada una de ellas ha tenido este
poder, y sin embargo, es necesario buscar siempre otras nue-
vas; tan cierto es que la única que tuvo este poder es aquella
que no se confiesa, ó mas bien que se confiesa por el mero
hecho de callarla. En cuanto á la que acaba de indicar M. Ren-
nan, está refutada por la conducta contraria que observaron
los Judíos para con los Apóstoles, segun el consejo de Gama-
liel, «de dejarles seguir en su empresa, porque si provenia de

(1) *Vida de Jesus*, p. 369.

los hombres, pronto se desvanecería (1).» Lo cual no sirvió para que se gastaran en *una lucha desesperada contra lo imposible*. Y sin embargo, ¡cuánto mas no se empeñaron ellos en lo imposible que lo había hecho su Divino Maestro!

La escena inefable de la agonía del Salvador en el huerto de los Olivos, donde, bajo la presión de la justicia divina que veía en ella solo la *iniquidad de todos nosotros*, sudó sangre la víctima del género humano, y cayendo, la faz á tierra, á vista del cáliz de reprobación presentado á su santidad, hizo oír aquellas palabras tan humanas por el sufrimiento que revelaban, como divinas por su resignación: «Padre mio, si es de tu agrado, aparta de mí, este cáliz; no obstante, no se haga mi voluntad, sino la tuya.»—Esta escena, manantial inagotable de compasión y de ejemplo, que emponzoña todo el encanto de los placeres culpables con el cuadro ó espectáculo de los dolores que han costado,—se refleja en el alma de M. Renan de esta suerte:

«En aquellos días parecía haber llenado una gran tristeza el alma de Jesús por lo común tan alegre y serena... Dispersóse por un momento la naturaleza humana. *Tal vez* él mismo se puso á dudar de su obra. ¿Recordó las cristalinas fuentes de Galilea donde hubiera podido *refrescarse*; la viña y la higuera á cuya sombra había podido sentarse; *las jóvenes doncellas que hubieran quizá consentido en amarle*? ¿Maldijo tal vez su duro destino que le había prohibido los goces concedidos á todos los demás? ¿Dolióse de su naturaleza demasia-

(1) Hechos de los Apóstoles, V, 38.

»do elevada, y víctima de su grandeza, lloró por no haber permanecido simple artesano de Nazaret? *Se ignora* (1).»

La sangre sube al rostro y la frente se baña de sudor al leer estas líneas incalificables. ¿Para quién las ha escrito M. Renan, se pregunta? Iba á contestar que para las jóvenes de la ópera, pero pido perdon por haber tenido este pensamiento. No conozco á nadie cuya dignidad moral, cuyo gusto y sentido no ofendan, escepto M. Renan; y aun él mismo tiene demasiado gusto, de ese misma clase que ellas sublevan, para que no haya sido sacrificada aquí á sabiendas la razon artística al solo cálculo de la impiedad y del odio. Pero este cálculo es falso y ha profundizado demasiado bajo. ¿Y por qué? ¿Por que no pueden esas invenciones, de que no se ofenderia ningun ser humano, acercarse siquiera á la víctima de Getsemaní, si no porque las rechazan las ideas, los datos que tenemos de Jesus? Datos é ideas que no nos permiten concebirlo de otra suerte que como la santidad misma, y tanto mas exento de nuestras debilidades y flaquezas, cuanto que se las asumió para purificarnos de ellas, y que le horrorizaron hasta la agonía.

«Resolvióse el inmediato arresto de Jesus. *A todas las medidas que se tomaron para ello, presidió, dice M. Renan, un gran sentimiento de orden y de policia conservadora* (2).» Sí por cierto; y se dirigieron á donde estaba Jesus armados de espadas y palos, como para prender á un ladron, á pesar de

(1) *Vida de Jesus*, p. 378 y 379.

(2) *Id.*, p. 380.

que él mismo se les entregaba sin defensa todos los dias en el templo, segun les motejó con dulzura (1).

¿Qué bien hubiera presidido M. Renan á estas medidas de orden y de policia, como preside ahora y se asocia á ellas en cuanto le es posible con esta apologia!

Concibese ya que tome parte y defensa por Judas Iscariote, que *con gran sentimiento de orden y de policia conservadora* tomó por sí la parte principal de todas *las medidas*, la de hacer traicion y entregar al HIJO DEL HOMBRE con un beso.

La defensa que hace M. Renan de Judas, es un modelo de insinuante elocuencia. La recomiendo á los abogados noveles, encargados de oficio de la defensa de los mas desesperados criminales. El mismo Judas no se hubiera defendido mejor.

«Este desgraciado vendió á su maestro, por motivos que es
»imposible explicar, dió todas las indicaciones necesarias, y se
»encargó él mismo (aunque sea apenas creible tal esceso de
»maldad) de conducir la comitiva que debió verificar el arresto.
»La horrorosa memoria que la necesidad ó la maledicencia dejó
»de este hombre en la tradicion cristiana, *debió* adolecer de
»alguna exageracion sobre este punto. Hasta entonces habia
»sido Judas un discípulo como los demás.... La avaricia á que
»achacan los sinópticos el crimen de que se trata, no basta para
»explicarlo. ¿Quedó tal vez herido su amor propio, con la amonestacion que sufrió en la comida de Bethania (2)? No es esto

(1) Math, XXVI, p. 35.

(2) Insinuacion que no se dirige solo á disculpar á Judas, sino á inculpar al Divino Maestro.

»suficiente. Segun Juan, apareceria como un ladron. Es preferible creer que ocurrió alguna disension intestina; hipótesis que se halla confirmada por el odio particular que demuestra Juan contra Judas... Sin negar que Judas de Kerioth contribuyese al arresto de su maestro, creemos, pues, que hay *alguna injusticia* en las maldiciones con que se le abruma. *Tal vez* hubo en su accion mas torpeza que perversidad. Pero si la loca ambicion de algunas monedas de plata *trastornó el juicio* al pobre Judas, no parece que hubiera perdido completamente el sentimiento moral, puesto que, al ver las consecuencias de su culpa, se arrepintió de ella y se ahorcó, segun se dice (1).»

Yo no sé si Judas será absuelto por el jurado del género humano, dejándosele en libertad para que vaya á ahorcarse ó á llevar una *vida tranquila*, como se place en hacerlo entrever su defensor; pero lo que si sé es que, en todo caso, este veredicto pareceria descolorido al lado del de M. Renan.

Jesus es conducido ante Anás. Interrogado sobre su doctrina, se refirió á su enseñanza que habia sido pública, empeñando al pontifice á que interrogara á los que le habian oido.— «El respeto exagerado de que estaba rodeado el anciano pontifice hizo que pareciera audaz esta respuesta, hasta el punto de que uno de los asistentes contestase á ella, segun se dice, con una bofetada (2).»

¡Cuán hábilmente interpuesto se halla este *segun se dice*, que recae sobre el Evangelio, para dejar en duda esta bofetada,

(1) *Vida de Jesus*, p. 381 y 382.

(2) *Id.* p. 395.

despues que se ha tenido el cuidado de escusarla! ¡Cuán fácilmente toma M. Renan su partido sobre este brutal insulto á la triple magestad de la desgracia, de la inocencia y de la defensiva! Insulto tal, que cediendo esta vez la paciencia á la dignidad, protestó la gran Víctima contra él, á nombre de la humanidad entera, por medio de aquella respuesta sencilla y firme de que no hace caso M. Renan: «Si he hablado mal, da testimonio del mal, y si bien ¿por qué me hieres (1)?»

Llevado en seguida Jesus ante Caifás, se le acusó de haber blasfemado. Citóse por dos testigos la palabra fatal que pronunció *realmente* Jesus (M. Renan lo atestigua). «Destruiré el templo de Dios, y lo reedificaré en tres dias,» y era realmente una blasfemia, como lo advierte tambien M. Renan. «Jesus se negó á esplicar la palabra de que se le acusaba. *Si ha de darse crédito á un relato*, entonces el gran sacerdote le *habria* apremiado á decir si era el Mesias; Jesus lo *habria* confesado y *habria* proclamado ante la asamblea la *próxima* llegada de su reino celestial (2).—Mas el valor de Jesus, decidido á morir, no hace esto necesario, dice M. Renan; y es *mas probable* que tanto aquí como delante de Hanan, guardó silencio (3).»

M. Renan hace ver tambien aquí el pasaje del relato que le hiera ó disgusta, y en su consecuencia, el que es importante. La divinidad de JESUCRISTO proclamada solemnemente por él mismo ante el representante oficial del sacerdocio y en pre-

(2) Juan, XVIII.

(4) *Vida de Jesus*, p. 396 y 397.

(3) La palabra *próxima* no está en los testos.

sencia de toda la nacion, es un hecho grave, referido no ya por *uno* solo, sino por *tres* evangelistas (1). Esto es dudoso para M. Renan tan solo por ser decisivo. ¿Cómo en efecto había de ser dudoso, cuando se recomienda por los mismos testimonios que el hecho de la comparecencia de Jesus ante Caifás, de que no duda M. Renan? ¿Dónde está el criterio que le hace discernir esta comparecencia admitida por él, de sus circunstancias que rechaza? Evidentemente, en el valor y la trascendencia de estas mismas, y el cual hace resaltar por el mero hecho de dudar de ellas. El valor de Jesus, resuelto á morir, *no exige* esta contestacion, dice. Es decir, que oponéis una *opinion* vuestra á un *hecho* de la historia. ¡Y qué opinion! ¿No debería deducirse mas bien, de hallarse dispuesto Jesucristo á morir por la verdad, que debió rendir testimonio de ella? Y en cuanto á la probabilidad de que guardó silencio, lo mismo ante Caifás que ante Anás, solo adolece de un defecto; el de no ser exacto que guardara silencio ante Anás, puesto que fue efecto de sus respuestas aquella odiosa bofetada contra la que protestó con una palabra, respecto de la cual solo M. Renan *guarda silencio*.

Pero sigamos al SALVADOR ante Pilatos y en esta reproduccion de la Pasion revisada y completada por M. Renan, juzguemos con él el gran proceso.

II.

«Hallándose sentado Pilatos en su tribunal interrogando á »Jesus, dice el Evangelio, envió á decirle su mujer: nada te

(1) Math., XXVI, 64.—Marc., XIV, 62.—Luc., XXII, 69.

»mezcles en las cosas de ese justo, porque he padecido mucho hoy por causa suya en un sueño (1).»

Apoyándose justamente Grocio, con todos los comentadores, en la palabra *justo*, y en la impresión de respeto que esta palabra en boca de esta mujer supone en su corazón, reflexiona que sin duda, le fue revelada por Dios en sueños »la inocencia de Jesús, así como tal vez el daño que podría resultarle á Pilatos de condenarle injustamente. Y podría ser, »añade Grocio, que fuera una mujer que tuviese el temor de »Dios, tal como se ve en esta época en las mujeres de algunos »otros presidentes romanos (2).» Así habla el sabio y juicioso Grocio.

M. Renan es un crítico de otra raza.

Tiene celos de esa única muestra de interés que encontró el divino Acusado en el desencadenamiento de todos los insultos y de todos los furoros de que es juguete y víctima. Así es, que primeramente la pone en duda y en cuanto lo es posible la retira. «Segun una *tradicion*, dice (así llama á la historia »escrita por un testigo ocular), Jesús encontró un apoyo en la »mujer del presidente.» Despues mancha este generoso sentimiento, de esta suerte: «Esta mujer pudo *entrever* al dulce »Galileo desde algun *balcon* del palacio que diera á los patios »del templo, y tal vez le volvió á ver en sueños y le causó una »pesadilla la *sangre* que iba á verterse de aquel *hermoso jó- »ven* (3).»

(1) Math., XXVII, 19.

(2) *Anotaciones in Evangelia*, p. 267.

(3) *Vida de Jesús*, p. 403.

¡Digno es verdederamente de lástima M. Renan!!!

No es culpa nuestra si se convierte el proceso de JESUCRISTO en su propio proceso, por la parte que le place tomar en él. *¿Por qué se mezcla en lo concerniente á este Justo?*

M. Renan admite «*segun todos los ritos*, la repugnante es-
»cena de los soldados que pusieron á Jesus una túnica encar-
»nada y una corona formada de ramas con espinas en la ca-
»beza, y una caña en la mano, descargando sobre su rostro
»bofetadas y salivas y saludándole con genuflexiones por rey de
»los judíos.»—Mas añade inmediatamente. «Es difícil de com-
»prender que se prestara la gravedad romana á tan vergon-
»zosos actos».—¿Por qué no, cuando los renueva hoy dia la
gravedad crítica sobre el rey de los siglos y cuando se encela
del interés que de ello le resulta?

Pero sobre todo, y esta es la coronacion de la obra, que su-
pera, no solamente á todo lo que se ha visto sobre este asunto,
sino tambien á todo lo que se verá, M. Renan insiste en discul-
par á Pilatos y á los judíos del Deicidio. Esta sangre del Justo
que ellos mismos atrajeron sobre si y sus hijos, cae en mi jui-
cio, con todo su peso, sobre él solo, como una pesadilla. Es ne-
cesario que la rechace. Necesita rechazarla, pero no queda en-
teramente satisfecho si no la hace recaer ¿sobre quien?—sobre
la víctima, sobre los cristianos.—Eso no es creible, se dirá.—
Es verdad, pero asi es.

Comienza primeramente por lavar de nuevo las manos á
Pilatos.—Estas palabras: *Que recaiga su sangre sobre nos-
otros y sobre nuestros hijos*, que proclamaban la responsabili-

dad del presidente romano sin librarle de ella, «estas palabras, »dice M. Renan, ¿se pronunciaron en realidad? Puede dudarse; pero son la espresion de una profunda verdad histórica.» —Como se ve ya, aparta esta sangre de las manos de Pilatos y de la cabeza de los judíos, y la guarda por cuenta de aquel á quien pertenezca.—«Vista la actitud, continúa, que habian »tomado los romanos en Judea, *no podía hacer Pilatos sino lo »que hizo*. ¡Cuántas sentencias de muerte dictadas por la *intolerancia religiosa* han forzado la mano al poder civil! El »rey de España (¡qué bien traído está el rey de España!) (1) »que para contentar á un *clero fanático* (este es el caso) en »tregaba á la hoguera centenares de súbditos, ha sido *mas »censurable que Pilatos*, porque representaba un poder mas »completo que el que tenian entonces en Jerusalem los romanos. El brazo secular, tras el cual se escuda la *crueldad clerical*, no es el culpable, etc., etc.»

Segun se ve, están ya las cosas muy adelantadas, y si M. Renan no deduce desde ahora que es el culpable el partido clerical, da pruebas de gran moderacion. ¡Pero paciencial! Sigamos la *degradacion de los matices*.

«No fueron, *pues*, ni Tiberio ni Pilatos los que condenaron »á Jesus. Fue el *antiguo partido judío*; fue la ley mosaica. »Segun nuestras ideas modernas, no hay trasmision alguna de »demérito moral de padre á hijo... Por consiguiente, todo judío que sufre aun hoy dia, por la muerte de Jesus, *tiene de-*

(1) ¿Por qué cita M. Renan á Felipe II de España, y no á Isabel de Inglaterra, la cual quemó y asesinó mas católicos que hereges pudiera matar la Inquisicion en España? N. O. T.

»recho á quejarse. Pero las naciones tienen su responsabilidad, así como los individuos. Ahora bien, si hubo jamás crimen alguno que fuera el crimen de una nación, este crimen fue la muerte de Jesús. Esta muerte fue LEGAL en el sentido de haber sido su causa primera una ley que era el alma misma de la nación.»

¿Cómo? ¿una ley de inmolar aquel cuyo juez mismo proclama que no ha encontrado en él la culpa de que se le acusa y á quien no se le ha probado crimen alguno (1); cuyo juez pregunta ¿qué mal ha hecho (2) y que arroja sobre sus acusadores la sangre de este Justo (3), acusándoles de perseguirle solo por envidia (4)? ¡Semejante ley de iniquidad jurídica, sería el alma, no de un partido, sino de una nación! Pero esta es una calumnia de M. Renan, de la que, en mi juicio, tiene derecho de quejarse todo judío.

M. Renan, no obstante, explica su pensamiento, y los judíos van á ser disculpados á costa de Jesús.

«La ley mosaica, en su forma moderna, es verdad, pero aceptada (¿no es ya, pues, el antiguo partido judío?) imponía la pena de muerte por toda tentativa para variar el culto establecido. Pues bien, Jesús atacaba sin duda alguna este culto y aspiraba á destruirlo. Los judíos dijeron á Pilatos con SENCILLA Y VERDADERA FRANQUEZA (!!!): «Tenemos una ley, y según ella, debe morir; porque se llama Hijo de Dios.» La

(1) Luc., XXIII, 14, 22.—Juan, XIX, 6.

(2) Marc., XV, 14.

(3) Matth., XVIII, 24.

(4) Matth., XXII, 18.—Marc., XV, 10.

»ley es detestable; pero era la ley de la ferocidad antigua, y el »héroe que se ofrecia á abrogarla, *debía ante todo sufrir-»la* (1).»

Hé aquí al SALVADOR DEL MUNDO plenamente convicto, y á sus verdugos apoyados por el señor fiscal Renan, en el pretorio imperial de Judea, esponiendo su acusacion en la causa.

Pero si mi Salvador, arrojando sobre mi nada, una de esas miradas escitadoras, hubiera dispensado á mi amor, la gracia de permitirme su defensa, hé aquí cuál hubiera sido mi informe.

III.

Es verdad, *hay una ley segun la cual se ha dicho que debe morir, porque se llama Hijo del Dios* (2). Esta ley en sí misma es justa y el acusador público que la invoca acaba de calumniarla, llamándola *la ley de la antigua ferocidad*. Porque ésta es la ley de lesa-magestad en la que descansan todos los imperios y que conserva todas las soberanías; en Roma á César; en Judea á Dios; segun esta palabra del divino acusado, acuñada en el troquel de la sabiduria divina: «*Dad al César lo que es del César y á Dios lo que es de Dios!*»

Pero esta ley presupone al aplicarse á Jesus, un punto que examinar, una cuestion que resuelve la acusacion por sí misma, segun su modo ordinario de razonar, y es que no sea Jesus, en efecto, Hijo de Dios, que no sea ese CRISTO, ese Mesías que debe venir, deseado por todas las naciones, esperado por la nuestra en aquella época, y todas cuyas señales indicado-

(1) *Vida de Jesus*, p. 411 y 412.

(2) Juan, XIX, 7.

ras han aparecido ya. Apelo de ello al interrogatorio. Hábeis preguntado si era CRISTO HIJO DE DIOS. Hay, pues, un Cristo, Hijo de Dios, á quien debemos conocer, á quien debemos escuchar. Y siendo así, ¿no es acaso ese mismo que está aquí en pie en medio de vosotros, quien sería ese Cristo á quien perseguís con vuestro odio y á quien deberíais seguir con vuestro amor? El ha contestado que lo era, y esta respuesta, cuya magestad debería respetar vuestra fe, solo sirve para atizar vuestra rabia. Sin embargo, era por lo menos una cuestión prejudicial que debía examinarse; un grande hecho que debía comprobarse; la cuestión misma, el hecho mismo del proceso que os acusa á todos ante EL, antes que él pueda serlo ante vosotros. Porque, si es Cristo, se vuelve contra vosotros la ley que invocáis y debéis temer su venganza.

Pero hay mas: abramos esta ley. ¿Cómo, el acusador público que sabiendo la ciencia de la Escritura, no puede ignorarla, cómo la ha eludido de un modo tan extraño?

Esta ley es la ley de Moisés, capítulo XVIII del Deuteronomio. Compónese de muchos artículos ó versículos íntimamente encadenados y consecuentes.—El artículo único á que se ha aludido es el artículo 20, concebido en estos términos:—«Si un profeta corrompido por la soberbia, emprendiera hablar en mi nombre lo que yo no le mandé decir, ó hablase en nombre de dioses ajenos, sea castigado de muerte.»

Fácil me sería demostrar, si osarais empeñar la discusión sobre la vida y la doctrina de Jesús, á las cuales no cesó de apelar él mismo, que lejos de serle aplicables estos caracteres, ofrecen la mas perfecta oposición á ellos.

Pero ya he dicho que este artículo se refiere estrictamente á los que le preceden y á los que le siguen.

Pues bien, ¡escucha oh Israel, estos versículos de tu Ley, oye la voz de Moisés, la voz de tu Dios que se levanta contra tí, que te persigue y te perseguirá, á tí y á toda la incredulidad de siglo en siglo!

Versículos 4, 5, 16 y 17.—«El Señor vuestro Dios os suscitará un profeta como yo, de vuestra nacion y de entre vuestros hermanos,—y á él es á quien oireis.—Conforme se lo pedisteis al señor Dios vuestro en Horeb, cuando se juntó todo el pueblo diciendo: No oiga yo otra voz que la voz del Señor Dios mio, ni vea mas este fuego espantoso, porque no muera.—A lo que contestó el Señor. En todo lo que ha dicho, ha hablado bien ese pueblo.»

Versículo 18.—«Yo le suscitaré un profeta de en medio de sus hermanos semejante á tí, y pondré mis palabras en su boca, y les hablará todo lo que yo le mandare.»

Versículo 19.—«Si alguno no quiere oír las palabras que este profeta hablará en mi nombre, experimentará mi venganza.

Despues de estos, sigue el versículo 20 ya citado, que condena al falso profeta que usurpa los derechos del verdadero.

Finalmente, los versículos 21 y 22, que marcan las señales en que deberá discernirseles.

Hé aquí la ley, toda la ley.

Este profeta anunciado, semejante á Moisés, legislador como él, taumaturgo como él, profeta como él, es el Mesías. Toda la Sinagoga conviene en este punto; apelo de ello á todos los ancianos *rabís*.

Y ahora, digo que este profeta legislador, que este Mesias es Jesus de Nazareth á quien perseguís y á quien *vengará* Dios mismo.

Otras mil profecías os lo señalan; pero esta sola basta para vuestra condenacion (1).

Y así, la ley en cuyo nombre pedís su muerte, le escuda á él y os destruye á vosotros. No es él, es vuestra misma Ley, es Moisés quien os acusará, según os lo decía há poco en el templo.—«No penseis que yo os tengo de acusar delante del »Padre. Moisés en quien vosotros esperais, es el que os acusa. »Porque si creyerais á Moisés, me creeriais también á mí, porque EL ESCRIBIÓ DE MÍ (2).»

Y lo que os confunde, sobre todo, es que estos signos, en los que os dijo Moisés que le distinguiriais, los hizo en gran número en medio de vosotros. El os lo dijo: «Las obras que »me dispensó hacer el Padre, esas obras que yo hago, dan testimonio de mí, de que el Padre me envió (3).» «Si yo no hu-

(1) En el tomo 4.º, pág. 215 á 221 de nuestros *Estudios*, hemos apreciado esta gran profecía, y pesado todas sus palabras, en su relacion con otros textos próximos que son como sus confrontantes. Atrevémonos á decir, que no hay demostracion que aventaje á la *evidencia* de que solo es aplicable á *Jesucristo*. Remitimos á ella con confianza al lector; indicando especialmente la relacion que tiene con la *Transfiguracion* en que reapareciendo Moisés mismo, viene á testificar que Aquel de quien habia dicho: *IPSUM AUDIES* (Deuter. XVIII, 15), es indudablemente Aquel de quien dijo en la nube su Padre Celestial: *IPSUM AUDITE* (Math., XVII, 5.) Y no se diga que esta correlacion la ha dispuesto el Evangelista, porque no lo advierte, y yo no sé que la haya descubierto nadie antes que yo.

(2) Juan, V, 45 y 46.

(3) Id., *ibid.*, 37.

»biera hecho entre ellos obras cuales ninguno otro hizo, no »tendrian pecado; mas ahora ellos las han visto, y me han aborrecido á mí y á mi Padre, para que se cumpla la palabra que »está escrita en la ley de ellos, que me aborrecieron sin motivo (1).»

Pero vuestros murmullos sanguinarios cubren mi voz. Triunfa la iniquidad: sedienta de la sangre divina que arde por derramarse para la salvacion del mundo, ella la atrae sobre su cabeza. ¡Pues bien! que recaiga esa sangre del Justo sobre vosotros y sobre los que, mas culpables aun que vosotros, se erigirán un dia, del medio de las luces que van á brotar de ella, en apologistas del Deicidio. En cuanto á mí, discípulo de JESUS MI SALVADOR, que me ha preservado de esta ceguedad, solo pido al concluir, una gracia; la de seguirle al suplicio, auxiliándole á llevar su Cruz al Calvario y morir allí con EL.

IV.

Hé aquí lo que hubiera yo dicho, con *sencilla y verdadera franqueza*, en el proceso que se vió ante Pilatos. Hé aquí lo que digo al revisarlo.

Pero ¿por qué defiendo á mi Dios y acuso á sus enemigos? Mejor haria en defenderme á mí mismo. Porque no fueron los judíos, no es M. Renan, sino yo, nosotros los cristianos, es el mismo Jesus quien es culpable y responsable de la iniquidad que ha continuado derramando en su nombre la sangre de los justos. Esto es lo que ha insinuado ya M. Renan, volviendo á esta moraleja y terminando con ella.

(1) Juan XV, 24 y 25.

«¡Ay! mas de mil ochocientos años serán necesarios para
 »que dé sus frutos la sangre que va á derramar. Durante siglos
 »enteros, se hará sufrir *en su nombre* tormentos y la misma
 »muerte á pensadores tan *nobles como él*. Aun hoy dia, se im-
 »ponen penas por delitos religiosos en paises que se dicen cris-
 »tianos. Jesus no es responsable de estos extravíos. No podia
 »prever que tal pueblo de imaginacion estraviada, le concí-
 »biera un dia como un horrible Moloch, ávido de carne que-
 »mada. Si en vez de perseguir el cristianismo á los judíos con
 »un odio ciego, hubiera abolido el régimen que mató á su fun-
 »dador, ¡cuánto mas consecuente no hubiera sido, y cuánto
 »mas no hubiera merecido del género humano! (1).»

Así, pues, no es sobre Pilatos, no es sobre Judas, no es sobre los judíos, es sobre el cristianismo, y en tal sentido, sobre el mismo Jesucristo, sobre quien recae la odiosidad de todo esto.

¿Pero sobre quién recae la odiosidad de esta odiosidad?

Por lo demás, para afirmar mayormente esta conclusion, al mismo tiempo que la hace caer M. Renan sobre el Cristianismo, se empeña todavía otra vez en librar de ella á los enemigos de Jesus. Como si la sangre que quiere borrar de sus manos y de su frente, reapareciera de continuo, acusándole como cómplice, no teme, en un capítulo especial que tiene por titulo, **SUERTE DE LOS ENEMIGOS DE JESUS**, insultar á la conciencia humana, á la Providencia y á la historia, presentando á Pilatos «como no
 »habiendo en su retiro pensado un momento en el episodio ol-

(1) *Vida de Jesus*, p. 412 y 413.

»vidado que debía trasmitir su triste fama á la posteridad mas
 »remota.»—«A Hanan, siendo tenido por uno de los hombres
 »mas dichosos de su siglo, y al verdadero culpable de la muerte
 »de Jesus, pasando su vida colmado de consideraciones y de
 »honores;» y finalmente, de Judas, que no parece tener otra
 culpa á los ojos de M. Renan, que la de haberse arrepentido
 de su crimen, dice con un refinamiento de piedad moral: «*Tal*
 »vez, retirado á su campo de Hakeldama, es decir, *campo de*
 »*sangre*, como se le llama por los judíos mismos, porque fue
 »comprado con el precio del Deicidio (1), llevó Judas una vida
 »tranquila y oscura, mientras sus antiguos amigos conquis-
 »taban el mundo, divulgando por él la noticia de su infa-
 »mia (2).»

Si entrando en la via que me abre M. Renan, quisiera tomarme como él licencia de hacer conjeturas, podria decir: *Tal vez* no murió Judas y anda todavía vagando por la tierra... *Tal vez*, poseido siempre del mismo espíritu de apostasia y de odio que le animaba, trata en todo tiempo de vender al HIJO DEL HOMBRE con un beso... *Tal vez* M. Renan solo es un seudónimo suyo, y el Iscariote el verdadero autor de la *Vida de Jesus*...

¡Quimera! direis. Convengo en ello; pero no obstante, quimera por quimera, ésta no es contraria á toda verosimilitud moral como la de M. Renan.

Porque efectivamente, es una verdad que no ha muerto el espíritu de Judas, aquel espíritu que entró en él cuando come-

(1) Actos, 1, 18, 19.

(2) *Vida de Jesus*, p. 433 y 428.

tió su sacrilegio (1), y que domina de continuo en los hijos de la incredulidad, como dice San Pablo (2).

Y solo Judas ó el espíritu de Judas en el mundo, podría yo añadir, puede interesarse de tal suerte por Judas.

(1) Intravit autem Satanás in Judam, *Luc.*, XXII, 3.

(2) Spiritum qui operatur in filios diffidentiae, *ad Ephes.*, II, 2.

CAPITULO XII.

MUERTE DE JESUCRISTO.

Fuerza es que nuestros lectores se resignen á un nuevo dolor, el de ver el suplicio de Nuestro Señor Jesucristo degradado y agravado por M. Renan.

Fiel, en efecto á su sistema de alterar el Evangelio, según sus miras impías, va á seguir el divino relato paso á paso para eludir, suprimir ó eclipsar todo lo que en él tiene un carácter histórico de grandeza divina y de verdad.

Su método para ello es siempre muy sencillo.

Nunca es verdadera ó falsa ó dudosa en sí misma una circunstancia, un rasgo, cualesquiera que sean las condiciones históricas que lo justifiquen; pero *llega á serlo* relativamente á su importancia en el debate ó discusión.

De lo que se sigue, que con M. Renan siempre hay seguridad de saber cuáles son los rasgos que llevan en sí, que determinan, que tienen un gran valor testimonial y de verdad.

Tales son todos los que él pone en duda, disimula ó altera.

En esto, es su libro de una rara utilidad que no me can-

saré de repetir; la de ofrecernos el criterio *á contrario*, de la verdad de nuestra fe.

Esto es lo que hemos visto hasta ahora, y lo que vamos á ver aun hasta el fin.

I.

La reflexion que hemos hecho al principio del capítulo precedente, sobre el carácter del relato evangélico de la Pasion de NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, adquiere mas fuerza al parecer, conforme se llega á su suplicio y á su muerte. Estos instantes solemnes se contraen, en cierto modo bajo la pluma de los evangelistas, en rasgos mas ó menos sóbrios, precisos y contados. Ningun pormenor ocioso, ninguna reflexion que les sea propia, ningun ímpetu de emocion. Todo, hasta una coma, se halla dictado en ellos por la verdad misma, y burilado por la autenticidad. Es un testamento autorizado por los notarios públicos de la historia. Son las últimas palabras (*Novissima Verba*) del Amor eterno inmolándose á la Justicia infinita por la salvacion del mundo, recogidas por una piedad filial, cuyo respeto garantiza su fidelidad. Es todo lo pasado profético y todo el porvenir evangélico, testigo y fiador de la verdad de ese punto eterno en que se *consuman*. Es finalmente, la ley de gracia ó de reprobacion esperimentada para siempre por la vida ó la muerte del mundo.

Esto es lo que viene á atacar M. Renan. Al pie de esta cruz es á donde viene á enroscarse la serpiente de su crítica y á exhalar su veneno y á afilar sus dientes.

Comienza privando á la víctima del interés compasivo de

aquel gentío piadoso y de aquellas santas mujeres que le seguían llorando por el camino de su suplicio. Y para eclipsar esta circunstancia que refiere San Lucas, tan honrosa para la naturaleza humana, y que hacen tan verosímil todos los beneficios con que sembró Jesús la Judea, le basta esta sencilla nota: «Esta circunstancia, Lucas XXIII, 27, 31, es de aquellas en que se advierte el trabajo de una imaginación piadosa y enternecida. Las palabras que en ella se prestan á Jesús no han podido escribirse sino después del sitio de Jerusalén (1).»

Estas palabras, recuérdese que son aquellas en que refiriendo ó aplicando (¡bondad admirable en tal momento!) á aquellas santas mujeres las lágrimas de que él era objeto, predijo los horrores del sitio de Jerusalén. Este testimonio de divinidad que resulta de esta profecía, es lo que ha motivado la supresión.

Pues bien, esta profecía se halla referida en otra parte por San Mateo y por San Marcos, y finalmente la confiesa y reconoce el mismo M. Renan, como hemos visto al fin de nuestro capítulo sobre las profecías.

M. Renan pues, para negarla, atribuye gratuitamente á la imaginación piadosa y enternecida de San Lucas un episodio, cuya verosimilitud no puede desconocerse sino por una imaginación prevenida y hostil.

La gran palabra: «PADRE, PERDÓNALES, PORQUE NO SABEN LO QUE HACEN,» palabra tan conforme con el carácter del SALVADOR, tan aplicable á los enemigos de JESUCRISTO, y por esto

(1) *Vida de Jesús*, p. 418.

mismo tan despreciada por ellos, debía serlo por M. Renan. Sin embargo, M. Renan reconoce que esta palabra debió sentirse por el corazón de Jesús; pero no admite que la pronunciaran sus labios. — ¿Por qué?— Sin duda, porque estaba en su corazón.— «Segun una tradicion, dice, pronunció Jesús esta palabra, que estuvo en su corazón, ya que no en sus labios: »Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen.»— Después, como si no fuera bastante lanzar esta sospecha sobre la Escritura que él llama *tradicion*, dice en una nota:— «*En general* las últimas palabras que se *atribuyen* á Jesús, sobre todo tales como las refiere San Lucas, *dan ocasion á dudas*, »y en ellas se advierte la intencion de edificar ó de mostrar el »cumplimiento de las profecías (1).»

La *intencion* de edificar y de demostrar el cumplimiento de las profecías podría confesarse ó reconocerse seguramente, aunque no apareciera en los Evangelios, y sobre todo aquí donde no se trata de profecía. Pero ¿qué decir de la *intencion* de escandalizar y de desmentir las profecías y los relatos mas dignos de fe, única regla de vuestra crítica?

M. Renan no puede creer que estuviese al pie de la Cruz MARÍA, madre de Jesús. Admite á todo el mundo, escepto á ella, y solo la tolera á *cierta distancia*. ¡Hé aquí cómo rechaza la gran palabra por la cual su divino Hijo la legó por Madre á todos los cristianos!

Ya vengaremos este artículo del testamento divino, en un capítulo final sobre la VIRGEN MARÍA. Digamos solamente aquí,

(1) *Vida de Jesús*, p. 421.

que no es ahora sobre San Lucas , sino sobre San Juan , sobre quien M. Renan hace recaer toda la malevolencia y toda la impotencia de su crítica. «*Si hemos de creer á Juan*, dice, María madre de Jesus, se halló tambien al pie de la Cruz.»

¿Y por qué no se ha de creer á Juan, bajo todos conceptos, mas que á M. Renan, que solo le opone esta ofensa?

«Los sinópticos , dice, están acordes en colocar al grupo »fiel lejos de la Cruz , á Juan , dice, á un lado , dominado por »el deseo que tiene de hallarse muy próximo á la Cruz de »Jesus (1).»

Fuerza es dolerse de M. Renan por comprender de esta suerte al discípulo de la caridad, atribuyendoun deseo tan vano á su alma apostólica , y por no ver hasta qué punto muestra él mismo aquí el triste *deseo de que se halla dominado*.

M. Renan omite el hecho «de haber echado suertes sobre las »vestiduras de Jesus,» no obstante recomendarse á su incredulidad por caracterizar el cumplimiento de su profecía. «Se repartieron mis vestiduras y echaron suertes sobre mi túnica (2).» —Pero es verdad que tenia que habérselas contra los cuatro Evangelistas.

La admirable escena del buen ladron, en que el Salvador del mundo, en lo mas fuerte de la crueldad que le inmola y de la postracion á que se ve reducido , hace brillar la grandeza de su gracia y la riqueza de su gloria, perdonando toda una vida criminal, y disponiendo para ella de un sitio en su reino,

(1) Salmo XXI, 19.

(2) Id., id.

no es del gusto de M. Renan, y al paso que admite, sin embargo, los ultrajes del mal ladrón, no admite el arrepentimiento del bueno. En general, tiene la desgracia de no creer en los buenos instintos de la conciencia humana. «Aquí ha modificado Lucas la tradición, dice, siguiendo su gusto por la conversión de los pecadores (1).» ¡Como si fuera la conversión de los pecadores un hecho aislado y un gusto singular en una obra que ha tenido por único objeto la *conversión* del mundo, y particularmente en el momento de este sacrificio, que difundía sobre el mundo la gracia de esta *conversión*!

M. Renan que despoja el relato de la muerte de Jesús de todo su carácter, no solamente divino, sino moral, se fija en compensación, en imaginar y presentar todo su aspecto material y físico, dedicando á este objeto toda una página en que hace de él una descripción anatómica. «Todo induce á creer, que al cabo de tres horas, le causó una muerte súbita la ruptura instantánea de un vaso del corazón (2).»

Bajo el solo punto de vista del gusto y del arte, este gran asunto de la *Crucifixión*, que ha inspirado tantas obras maestras y agotado tantos genios con su *inacontecible* sublimidad, no ha tentado siquiera la fantasía de M. Renan, si no es para reducirlo á las proporciones, y á las condiciones de una ejecución vulgar.

La sed del divino Crucificado y aquella divina palabra: *srro*,

(1) *Vida de Jesús*, p. 424.

(2) *Id.*, p. 425.

palabra deliberada por el Dios moribundo, porque, «sabiendo que se habian cumplido todas las profecías, no faltaba mas que este rasgo á su consumacion (1), solo inspira á M. Renan esta nota : Marc. XV, 23 ; Mat. XXVII, 54 (á la que hubiera debido añadir, Juan XIX, 28), falsificando este pormenor para obtener una alusion mesiánica al Salmo LXIX, 22 (2).»

Por consiguiente, esta palabra suprema: ¡*Consumatum est!* que cierra el Antiguo Testamento y abre el Nuevo, que debia repetir el eco histórico de un extremo á otro de los tiempos, y cuya influencia debia afectar los destinos eternos de los seres, —esta palabra central, á cuyo alrededor se desarrolla todo en el mundo, —no tiene valor alguno para M. Renan.

«Súbitamente, dice, lanzó un grito terrible (voce magna) que unos entendieron por: ¡Oh Padre, entrego mi espíritu en tus manos!» y otros mas *preocupados* con el cumplimiento de la profecía (no hay nada como un hombre preocupado de una idea fija para ver una preocupacion contraria en todos los que no participan de la suya) entendieron por estas palabras: ¡Todo se ha consumado! E inclinando su cabaza sobre su pecho, espiró (3).»

El Evangelio y la misma historia profana refieren que á este último aliento del Crucificado se estremeció toda la naturaleza, como para manifestar su duelo por su Autor y para justificar aquel grito misterioso de que dice Plutarco: «¡El gran Todo ha muerto!» Añade el Evangelio que á este espectáculo,

(1) Juan, XIX, 28.

(2) *Vida de Jesus*, p. 419.

(3) *Id.*, p. 426.

el centurion romano que presidia el sepulcro y el grupo que estaba con él, se golpearon el pecho y bajaron del Calvario gritando, sobrecogidos de temor: ¡*verdaderamente era éste el Hijo de Dios!* (1).

M. Renan no dice una palabra de todo esto.

¡Cuán cruel es la impiedad para los suyos, no solamente prohibiéndoles admirar todo lo mas grande y mas santo que existe, sino condenándoles al trabajo forzado de la negacion, de la envidia, del menosprecio y del odio!

Pero en esto sirve las miras de la verdad, haciéndola resaltar con la prueba y embelleciéndola con la iniquidad.

Así, M. Renan no advierte que deprimiendo como se ha cebado en hacerlo tan ingratamente la muerte de Jesus, ha suministrado una nueva demostracion de su divinidad.

Voy á intentar mostrarlo.

II.

Dos modos hay de probar la verdad; el uno es haciendo ver la belleza y la forma de sus caracteres; el otro es mostrar que quitando estos caracteres, es un error lo que resta.

Así, la divinidad de JESUCRISTO resalta de todos aquellos rasgos de su vida y de su muerte, que obligaron á decir tan justamente á Juan Jacobo: «Si la vida y la muerte de Sócrates son de un sabio, la vida y la muerte de Jesus son de un Dios.» Pero, suprimanse estos rasgos, retíreseles, y tendreis otra prueba de esta divinidad, por la imposibilidad en que os pondreis de esplicar sin ella todo lo que ha seguido.

(1) Matth., XXVII, 54.—Marc., XV, 39.—Luc., XXIII, 47.

Esto es lo que acaba de hacer M. Renan, como para producir este resultado.

Ha quitado uno á uno todos los rayos de la divinidad de JESUCRISTO en su muerte, convirtiéndole en un muerto vulgar y ordinario.

Lo ha hecho, no solamente en la parte exterior, sino en lo que ha supuesto pertenecer á lo interior, en las intenciones y en las miras de JESUCRISTO. Y ha disimulado ó eclipsado en Jesus ese plan único, tan admirablemente sostenido, que aparece de un extremo á otro de su vida, y que hace de él una víctima tan bella en todo; la redencion de la humanidad; la voluntad de sellar la nueva alianza con su sangre. Y en su lugar nos ha representado á un frenético que quiere *hacerse matar* para concluir; que en la fuerte angustia que le causaba, segun la fe, la imputacion de los pecados del mundo, solo le agitaba el pensamiento de no volver á ver á su hermosa Galilea, y el recuerdo de las jóvenes doncellas que hubieran podido amarle; y que en fin, hasta en la solemnidad de su sacrificio *se arrepintió de padecer por la raza vil* que le inmolaba (1).

En una palabra, ha humanizado perfectamente á JESUCRISTO.

Pero en esto ha probado perfectamente, por las absurdas consecuencias que van á resultar, que no puede ser JESUCRISTO un puro hombre.

Y en efecto:

¿Cómo pudo cambiar la faz del mundo este muerto, semejante en todo á los demás muertos, segun M. Renan, y cómo

(1) *Vida de Jesus*, p. 424.

tuvo mas accion que ninguna otra vida? Comunmente la vida es la que funda y la muerte la que derriba; mas en Jesucristo es á la inversa, pues su misma vida fue infecunda y solo en su muerte y por su muerte, redimió al mundo. De lo alto de su cruz fue de donde lo atrajo todo, á sí y lo sacó de sí todo: y en aquel cadalso y en este estado es donde continúa, al cabo de dos mil años, santificando y vivificando al mundo.

Considerad cómo se presenta esta muerte por JESUCRISTO mismo y por el Evangelio, y entonces se os aparece proporcionada al acontecimiento que ha efectuado, tanto mas, cuanto que fue predicho por JESUCRISTO este acontecimiento, mostrando así que era autor de él desde el principio. Es verdad que os es preciso creer en una intervencion sobrenatural; pero esta creencia no hace mas que elevar la razon á un órden superior, sin oponerse á ninguno de sus principios, satisfaciendo tambien, además de esta lógica, que es su ley, sus mas nobles y mas santas aspiraciones.

Por el contrario, despojad á este muerto de su carácter sobrenatural y divino; que no sea Jesucristo sino lo que nos presenta M. Renan, y entonces, cuanto mas lo reduzcais á esta proporeion, mas se acrecerá su desproporeion con el acontecimiento, y mas imposible será que se relacione con éste. Entonces nos hallamos con lo absurdo: con un efecto sin causa; peor aun, con un efecto incalculable que tiene por causa un nada, una monstruosidad que hace perder la razon; por consiguiente, una de las pruebas mas fuertes, *á contrario*, de la verdad de nuestra fe.

Como para servirla mas aun, hace notar M. Renan que en

aquel tiempo abundaban en la Judea falsos mesías, pero que todas sus diversas tentativas tenían el mismo resultado: «al año siguiente se olvidaba su muerte (1).»

Y hasta la muerte de JESUCRISTO recibe aun despues de dos mil años, la lanzada del impío, sin que le haga la menor herida, ¡y antes constituye la única celebridad de este ataque insensato! Unica muerte que burlándose de la muerte misma vencida por ella, ha podido decirle: «¡Oh Muerte, dónde está tu victoria! ¡Oh Muerte, dónde está tu aguijon! (2). ¡Oh muerte, tú te has perdido en tu triunfo! (3). ¡Oh Muerte, oh Muerte, yo soy tu muerte! (4).

(1) *Vida de Jesús*, p. 62.

(2) *Corinth.*, XV, 53.

(3) *Id.*, id., 54.

(4) *Oseas*, XIII, 14.

CAPITULO XIII.

LA RESURRECCION.

Inspirándose sin duda Chateaubriand, en sus *Mártires*, con las grandes palabras de la Escritura que acabo de citar, representa á las puertas del Infierno á la Muerte, teniendo en una mano su guadaña, y ocultando con la otra la única herida que recibió jamás y que le hizo en el pecho JESUCRISTO vencedor en la cumbre del Gólgota (1).

Esta misma herida la ha recibido la Incredulidad, intentando tambien ocultarla como la Muerte.

Pero los mismos esfuerzos y precauciones de que se vale para ocultarla, la indican y señalan.

Esto es lo que aparece en M. Renan.

I.

Despues de este capítulo de la *Muerte de Jesus*, en que consigna y santifica como un médico legal, en una diligencia y dictámen de autopsia, todos los caracteres físicos de esta muerte, causada por la *ruptura instantánea de un vaso del cora-*

(1) *Los Mártires*, cant. VIII.

zon, y que concluye con el *espiró*; despues de este apóstrofe: *Reposa ahora en tu gloria*, etc., etc., que sella tambien el sepulcro de Jesus con una peroracion fúnebre, M. Renan, preocupado inmediatamente, como los Judíos, con la eventualidad de una resurreccion, toma en su consecuencia, sus precauciones.

La primera ¿quién lo creeria? consiste en poner en duda esta misma muerte de Jesus que acaba de consignar y justificar, y aun de embalsamar.

¿Y no es por cierto tristemente significativo el modo como serpentea su crítica entre el si y el no, hasta que los confunde en sus repliegues?

«Traspasóle el costado de una lanzada, dice, y se *creyó* ver correr sangre y agua, lo cual se consideró como una señal de la cesacion de la vida.—Juan que *pretende* haberlo visto, insiste mucho sobre este pormenor. Es *evidente*, en efecto, que se suscitaron dudas sobre la *realidad* de la muerte de Jesus, porque varias personas habituadas á ver crucifixiones, creyeron que no eran algunas horas de suspension en la cruz de modo alguno suficientes para producir tal resultado. Citábanse muchos casos de crucificados, que habiendo sido desprendidos á tiempo, habian vuelto á la vida, á virtud de remedios enérgicos. Mas adelante se *creyó* obligado Orígenes á invocar el milagro para explicar un fin tan rápido. Igual admiracion se encuentra en el relato de Marcos (1). A *decir*

(1) M. Renan abusa aquí de las autoridades de San Marcos y de Orígenes, así como de la insistencia de San Juan. No dice que si pareció y fue en efecto la muerte del Salvador mas pronta que la de los otros dos crucificados, á los cuales debió romperseles los miembros, mas

»*verdad*, la mayor garantía que posee el historiador sobre un
 »punto de esta naturaleza, es el odio sospechoso de los ene-
 »migos de Jesus (á juzgar sobre todo por el vuestro). Es *du-*
 »*doso* que se hallasen desde entonces preocupados los Judíos
 »con el temor de que pasase por resucitado Jesus; pero en todo
 »caso, debian vigilar porque estuviera bien muerto. *Cualquie-*
 »*ra que haya podido ser* en ciertas épocas *la negligencia* de
 »los antiguos, *en todo lo relativo á justificaciones legales* y
 »estricto procedimiento en los asuntos, *no se puede creer*
 »que no tomaran los interesados *algunas* precauciones respec-
 »to á esto (1).»

Sobre esta suave y blanda duda, puede descansar la in-
 credulidad y soñar en alguna resurreccion á la manera de la
 de Lázaro, según M. Renan (2).

Aun habiendo muerto realmente el Salvador, hay arbitrio

pronta que hacía presagiar el *gran grito* con que espiró, esta observa-
 cion no se hizo en manera alguna porque se dudara de su muerte, sino
 porque se vió en ello un carácter de divinidad atestiguada por el cum-
 plimiento de la profecía: «No se le quebrantarán los huesos;» atestiguada
 tambien por el imperio sobre la muerte que le hizo consumir espontá-
 neamente este último artículo de la profecía, previniendo el oficio del
 verdugo, y el aniquilamiento mismo de la naturaleza: *entregando él mis-*
mo á su hora, su alma en manos de su Padre; muriendo, en una pa-
 labra, como dice San Agustín, *por potestad*. Por lo demás, esto solo
 fue causa para que se tomase una precaucion mayor, cual fue la lan-
 zada en el corazon que hubiera causado la muerte, si no la hubiera
 demostrado.

(1) *Vida de Jesus*, p. 429.

(2) Parece que se han explotado despues de la publicacion del libro
 de M. Renan, las dudas que insinúa sobre este asunto en una obra que
 ha salido á luz, como tantas otras, de ese pozo del abismo que ha
 abierto *La Vida de Jesus*.

para encubrir su resurreccion y salir de este paso por medio de cualquiera clase de suposiciones. Para esto todas son buenas, pues la incredulidad es poco escrupulosa en materia de razon.

«En la mañana del domingo acudieron muy temprano al sepulcro las mujeres, María de Mágdala la primera, y hallaron la piedra separada de la boca y que no estaba el cuerpo donde se habia colocado. Al mismo tiempo se divulgaron entre los cristianos los mas estraños rumores y circuló entre los discípulos, como un relámpago, el grito «¡ha resucitado!» al que el amor hizo *encontrar por do quiera fácil crédito*. Tal era la impresion que habia dejado Jesus en el corazon de sus discípulos y de algunos amigos adictos, que durante semanas enteras estuvo aun vivo y consolándoles. ¿Fue quitado su cuerpo del sepulcro, ó bien produjo despues el entusiasmo siempre crédulo los relatos con que *se trató* de fijar la fe en la resurreccion? Esto es lo que, *á falta de documentos contradictorios, ignoraremos siempre*. Digamos, no obstante, que la viva imaginacion de María de Mágdala hizo en esta circunstancia un papel capital. ¡Poder divino del amor! ¡momentos sagrados en que la pasion de una alucinada dió al mundo un Dios resucitado! (1).»

M. Renan que cree haber salido del paso á tan poca costa; no ha hecho mas que prepararnos un triunfo fácil.

Y en efecto:

La resurreccion de JESUCRISTO es quimérica segun M. Renan, porque acontecieron los hechos tal como los esplica.

(1) *Vida de Jesus*, p. 433 y 434.

Si pues acontecieron los hechos á la inversa de esta explicacion, no es una quimera la resurreccion de JESUCRISTO.

Sobre este punto capital, asi como sobre todos los que preceden, nos ha suministrado el mismo la réplica, como un argumentista que se deja vencer por el sustentante, haciendo simuladas objeciones para edificacion del auditorio; segun vamos á ver.

Digamos en primer lugar que la sabia Alemania, que no se deja sorprender fácilmente, y la Alemania *racionalista* en particular, que no se lisonjea en manera alguna de lo malo que le ha tomado M. Renan, se aprovecha de ello para disciplinarse... en las espaldas del Strauss francés.

Hé aquí cómo juzga esta parte de la obra de M. Renan, el jefe de la escuela de Tubinga, el doctor Keim.

«M. Renan tratará en su segundo volumen de la resurreccion de Jesucristo; pero ya revela su pensamiento sobre el carácter de este gran suceso. Para él la resurreccion, es puramente subjetiva y fue enteramente imaginada por los discípulos. Aplázase la explicacion de los pormenores sobre este particular; pero entre tanto, se insinúa que hizo un gran papel junto *al sepulcro provisional* de Jesucristo la imaginacion inflamada de la nerviosa Magdalena, y que el poder divino del amor y el imperio de la alucinacion dotaron á la humanidad de un Dios resucitado. No queremos discutir, dice el sabio profesor, esta interpretacion, tomada y renovada en parte de Celso, que recusaba tambien el testimonio de las mujeres. Segun Renan, el Cristo moralista y revolucionario no debia, no podia resucitar; pero nosotros requerimos al cri-

»tico francés á que tome en consideracion un testimonio digno
 »de toda confianza, el de San Pablo que cita á San Pedro
 »como uno de los primeros testigos de la resurreccion de Jesu-
 »cristo.—Empeñámosle, además, á que se interroge á sí mis-
 »mo, sino hay algo mas difícil de esplicar que la resurreccion
 »de Cristo, á saber; la fundacion y el carácter de la Iglesia, á
 »no haberse verificado la resurreccion —¿Cómo pudo nacer del
 »seno del fanatismo y de la locura de los visionarios la Iglesia
 »primitiva, cuyas palabras y cuyos actos están llenos de tanta
 »calma, razon y sabiduría? Los visionarios que rodean el se-
 »pulcro de Jesucristo deben encontrarse mas adelante en me-
 »dio de los apóstoles y en medio de la comunidad cristiana de
 »Jerusalen. ¡Hubiera de haber sido todo el siglo primero un foco
 »de ciego fanatismo! ¿Creeríais en tal enormidad, y la persua-
 »diríais al mundo? (1).»

Hé aquí á la ciencia hablando por boca del buen sentido.
 Demostrémoslo con un breve comentario.

II.

El *hecho* de la resurreccion de JESUCRISTO es la cúpula de todo el Cristianismo.

Por pasmoso que parezca á la incredulidad, es lo mas *his-
 tóricamente* probado y mas *moralmente* demostrado que hay
 en el mundo; dos fundamentos de credibilidad de que no se
 puede prescindir sin incurrir en algo mas pasmoso que la re-
 surreccion de JESUCRISTO en el sepulcro, por decirlo asi, de la
 historia y de la razon.

(1) *La Vida de Jesus* y la critica alemana, por el abate Meignan.

En mis Estudios he presentado estas dos fases demostrativas, en dos partes muy diferentes y sin pensar hasta qué punto formaban un todo:—La prueba histórica en mis *nuevos Estudios* sobre la *Virgen María*; y la prueba moral en mis primeros *Estudios*.

La prueba histórica con la cual me encuentro haber refutado mas particularmente á M. Renan, con anterioridad á su obra, ofrece una prueba singular á mi vista, la de tener este carácter sin que yo me lo haya propuesto y enteramente por sí misma

Váse á comprenderlo y á apreciarlo; hay en esto como un resultado providencial.

En la parte de mis *nuevos Estudios* que tratan de la *Virgen María segun el Evangelio*, no pensaba en probar la verdad de la resurreccion á los lectores generalmente creyentes que tenia en mi idea. Sin embargo, he tenido que tratar de la resurreccion para explicar *segun el Evangelio*, la completa ausencia de la Virgen Madre en las diversas escenas de este gran desenlace del destino terrestre de su divino Hijo, habiendo tenido tambien que investigar para este objeto, cuáles fueron los motivos y los efectos de estas diversas escenas Y ¿qué es lo que he visto entonces, qué es lo que he demostrado, estrechando de cerca los textos evangélicos y haciendo brotar de ellos su espíritu? Que no habian tenido otro objeto las apariciones de Jesucristo que obligar ó impulsar á creer á una incredulidad de tal especie, que hacer intervenir en ellas á la Santísima Virgen hubiera sido injurioso para su fe. Asi, no ocupándome mas que de este último punto de vista, me he en-

contrado haber hecho una verdadera demostracion histórica de la resurreccion por la incredulidad de los Apóstoles. De tal suerte, que teniendo que hacer hoy una demostracion semejante para responder á la esplicacion de M. Renan, sacada de que *hizo hallar el amor por do quiera una creencia fácil* en este suceso, no puedo hacer cosa mejor que dar aquí esta refutacion, que por otra parte puede considerarse como inédita para muchos lectores de la presente obra.

Para contestar á la pregunta (relativa á la ausencia de la Santísima Virgen), decíamos, pues, no hay mas que investigar las causas de estas apariciones y sus efectos en aquellos á quienes se dirigieron.

Ahora, pues, lo que mas resalta de esta investigacion, es la falta de inteligencia, la incredulidad, la flaqueza, la tosquedad de los Apóstoles y de los discípulos de Jesus, tan ignorantes, tan desconfiados, tan confusos con el suceso de la Resurreccion, como si nunca su divino Maestro se lo hubiera anunciado ni les hubiera dado prendas de su verdad. Y ellos son los que dan contra sí mismos este humilde testimonio con sus propios relatos, é imprimen en ellos de este modo el sello de la mas concienzuda é ingenua siceridad.

Y hay en esto una economía admirable. Para ser testigos no sospechosos para todos los incrédulos venideros, era necesario, no solo que fueran sinceros los Apóstoles, sino que no estuviesen preocupados por una fe que hubiera dominado el acontecimiento: era necesario que se hallasen en la misma disposicion de incredulidad que todos aquellos á quienes debia con-

vencer su testimonio; que fueran como sus representantes; que vieran la Resurreccion como la hubiéramos nosotros visto, para que nosotros la viéramos tambien en ellos.

Recorramos las varias escenas de este gran acontecimiento, para convencernos bien del glorioso testimonio que resulta de ello para su fe.

No son los Apóstoles, son las mujeres las que van primero al sepulcro, y María Magdalena antes que todas; pero no las lleva allí la esperanza de la Resurreccion, aunque ha llegado ya el tercero dia. Van á embalsamar el cuerpo del Salvador para preservarle de la corrupcion: no lo encuentran; ven quitada la piedra que lo cubria, y ni aun entonces les ocurre el pensamiento de que pueda haber resucitado. Magdalena *corre á* decir á Simon Pedro: *Han llevado al Señor del Sepulcro, y no sé dónde le han puesto* (1). Las otras dos mujeres, María y Salomé penetran en el sepulcro; *se espantan* (2) de no hallar el cuerpo de Jesus: se les aparecen dos Angeles resplandecientes y las dicen: *¿Por qué buscáis entre los muertos al que está vivo?* no está aquí, resucitó como lo dijo. *Acordaos de lo que os habló... Id, pues*, corriendo y decid á sus discípulos y á Pedro que ha resucitado... *Se acordaron entonces de las palabras de Jesus* (3); y aun se fueron *sobrecogidas de temor y gozo* (4).

(1) Cucurrit ergo... et dicit illis: Tulerunt Dominum de monumento et nescimus ubi posuerunt eum. (Joan, XX, 1, 2).

(2) Dum mente consternatæ essen de isto (Luc., XXIV, 4).

(3) Et recordatae sunt verborum ejus. (Ibid., 8).

(4) Cum timore. (Matth., XXVIII, 8).

Tal es la impresion primera que produce la Resurreccion del Salvador en Maria Magdalena y las santas mujeres. Seguramente nada hay ahí, en esa crasa equivocacion, en ese olvido, en esa falta de inteligencia de las palabras de Jesus, en esa turbacion y ese desorden de una fe dominada por la naturaleza, nada que no sea lo contrario de esa predisposicion de credulidad en la resurreccion que supone M. Renan. Hay aqui de particular, asimismo, que Maria Magdalena, de quien hace partir la chispa eléctrica de esa credulidad, es precisamente la única de las mujeres, que por su presteza en creer en el hecho natural de que se hubieran *llevado* el cuerpo de Jesus, y en anunciarlo, demuestra cuán agena estuvo de la *alucinacion* de la aparicion de los Angeles. ¿Será, pues, verdad que se propagase y ganara á la comitiva apostólica, como un relámpago, esta chispa que encontró tan tardía disposicion en las otras dos mujeres? Pero volvamos á tomar la serie de este relato.

Entre tanto, Pedro y el otro discípulo á quien Jesus amaba, avisados por Maria Magdalena, vinieron al sepulcro *corriendo*. Pero aquel otro discípulo *corrió mas aprisa* que Pedro, y llegó primero al sepulcro (1); y habiéndose inclinado, vió puestos en tierra los lienzos, pero no entró. Llegó despues Simon Pedro, y habiéndose bajado á mirar, solo vió los lienzos puestos en tierra; despues, *habiendo entrado en el sepul-*

(1) Juan XX, 3, 4. Este discípulo es el mismo que refiere el hecho: Juan *corrió mas aprisa* que Pedro, porque era mas joven, y quizá tambien porque amaba mas á Jesus, pero asi como Maria Magdalena, con un amor todavia muy natural; precipitado en ver, pesado en creer.

cro (1), vió el sudario que habia estado sobre la cabeza de Jesus separado de los lienzos y doblado en otro lugar. Entonces el otro discípulo que habia llegado primero, entró en el sepulcro y vió y *creyó*.---¿Qué fue lo que creyó? ¿que Jesus habia resucitado? Nada menos. Creyó lo que no habia creído por la relacion de la Magdalena, y lo que habia venido á comprobar: que se hubiesen llevado el cuerpo del Salvador; *porque*, dice él mismo como historiador, *aun no entendian la Escritura, segun la cual convenia que Jesus resucitase de entre los muertos* (2).

Hé aquí la primer conducta de los Apóstoles, torpe, curiosa, desconfiada, precipitada en ver, tarda en creer, tal, en una palabra, cual conviene á testigos históricos.

No bastando estos mudos testimonios, es necesario que el mismo Jesucristo se aparezca para convencer á una incredulidad tan natural, y lo hace por primera vez á la Magdalena. Habiéndose vuelto á sus casas los discípulos, ésta fiel seguidora de Jesus se quedó cerca del sepulcro llorando, y como llorase, se inclinó y miró hácia adentro, y vió sentados á dos An-

(1) *Ætate prudentior*, dice Grocio, *idcoque diligentius omnia explorans*. ¿Qué matices de verdad hay en el Evangelio! Y ¡cuán opuestos son á la fe, y mas aun á creer bajo palabra, todos estos pormenores de curiosidad propensa á ver y comprobar!

(2) *El vidit et credidit: nondum enim sciebant scripturam, quia oportebat eum a mortuis resurgere* (Joan. XX, 8, 9). El sentido de este *credidit*, como refiriéndose, no á la resurreccion, sino al rapto del cuerpo del Salvador, no es dudoso, segun esta reflexion de San Juan y el objeto mismo de la venida de los discípulos al sepulcro, que era comprobar el relato de Magdalena. *Credidit certo abesse Corpus*, dice Grocio, *quod Mariæ Magdalene referenti non crederat*.—Anot. ad Joan.

geles que la dijeron: Mujer, ¿por qué lloras? Respondiéndole ella: Porque *se llevaron* á mi Señor y no sé dónde le han puesto. Habiendo dicho esto, se volvió hácia atrás y vió á Jesus en pie, pero no sabia que era él. Jesus la dijo: Mujer, ¿por qué lloras? Ella, pensando que era el hortelano, le dijo: Si tú lo has *quitado*, dime dónde le has puesto, y yo le llevaré. Díjole Jesus—María. Volviéndose entonces ella, le dijo: Maestro. Díjole Jesus—No me toques; mas vé á mis hermanos y díles: Subo á mi Padre y vuestro Padre á mi Dios y vuestro Dios (1). María Magdalena *fué* (2) á los Apóstoles diciendo: Que *habria* visto al Señor y que le *habria* dicho esto (3).

(1) ¡Qué espresion tan tierna del Hijo de Dios á los hombres! *Hermanos míos*, espresion cuya fuerza se acrecienta con el acontecimiento de su muerte y de su resurreccion que le han constituido *nuestras premisas, el primer nacido y resucitado de entre sus hermanos*. Pero al volvernos tales y al hacernos tambien hijos de Dios, no puede hacer que esto sea con el mismo título que él, sino á título de adopcion. Asi se distingue de nosotros con relacion á su Padre, no diciendo *nuestro Padre, nuestro Dios*, sino *mi Padre y vuestro Padre, mi Dios y vuestro Dios*. Mi Dios porque yo soy su *hombre*; mi Padre por otro título que el vuestro, porque yo soy su Hijo por generacion, y su igual por esencia, porque yo soy *Dios*. ¡Qué verdades espresa y contempla el Evangelio y cuán elevado se halla todo esto sobre las miras rastreras de nuestros críticos!

(2) Cuando se trata de anunciar á Jesus *resucitado*, dice el testo, ella *vino*. Anteriormente, cuando se trata de anunciar que han *quitado* ó se han *llevado* á Jesus, segun ella creia, dice el testo, ella *corrió*; en este caso, se ve impelida por su amor y su imaginacion; en el otro, se ve retardada por este mismo amor y por su vacilacion. Son dignas de observarse y admirarse todas estas diferencias, porque son otros tantos vestigios de la verdad que la revelan mas que los mas grandes rasgos y que están en sentido contrario de la suposicion de M. Renan y de las miras de la incredulidad.

(3) El verdadero testo no es como el de la Vulgata *quia vidi Do-*

¡Qué relacion! ¡qué pintura! ¡y cómo respira ahí la verdad sin compostura ni artificio! (1). Admirad el carácter de la Magdalena, cuán fiel es á sí mismo, tal como se reveló la vez primera, en la pluma de otro Evangelista (2), cuando fué á besar, á regar con sus lágrimas y enjugar con sus cabellos los pies del Salvador en casa del Fariseo: cómo es la misma que tornamos á hallar aquí, en esa persistencia en el sepulcro, y en ese llanto que no cesa de derramar, y en estas palabras tan candorosas y tiernas: *¡Si tú lo has quitado, dime dónde lo has puesto y yo le llevaré!*

¿Puede verse cosa mas verdadera, mas natural, mas patética; pero al mismo tiempo, mas distante de una fe predispuesta á la resurreccion? Magdalena lo imagina todo, lo cree todo, lo ve todo, escepto á Jesus resucitado. Su alucinamiento consiste en no reconocerle, aun cuando está allí, y en ver en él al *jardinero*.

¡Hé aquí cómo *dió al mundo un Dios resucitado la pasión de una alucinada!*

Pero, en fin, ahora que ha reconocido al Verbo de vida en

minum; porque HE VISTO AL SEÑOR, sino como lo hace notar Grocio: *Quod vidisset Dominum*, porque HABRIA VISTO al Señor. Esto es, que ella habia visto una apariencia del Señor. «Porque, observa Grocio, ella dudaba aun, si era una vision incorpor.al»—Hé aquí la verdad, segun el testo, la cual es tanto mas contraria á la novela de *la alucinacion de Magdalena*. (Véase la nota al fin de la obra.)

(1) Y no obstante, cosa admirable, es lo que ha inspirado mas el arte. Asi debia ser, siendo divino el Evangelio, y esto lo prueba.

(2) De San Lucas, lo que prueba claramente la verdad del personaje de la Magdalena y de todo lo que de ella cuentan dos evangelistas tan diferentes.

su voz, en esta voz tan tierna para ella y para los Apóstoles, va á encontrar, llevado por ella, un eco simpático, una *creencia fácil*, gracias á la *impresion que dejó Jesus en el corazon de sus discípulos*.

Veamos:

Otra segunda aparicion de Jesus se agregó á la primera para multiplicar los primeros testimonios de la resurreccion respecto de los Apóstoles. Verificóse á las otras santas mujeres cuando volvian del sepulcro donde se les habian aparecido los Angeles. Presentóse á ellas en su camino, y ellas (preparadas ya á esta aparicion por las palabras del Angel que les habia anunciado la resurreccion) acercáronse á él y le adoraron, besándole los pies. Sin embargo, los Apóstoles, informados por ellas y por María Magdalena de esta aparicion de Jesus, *tuvieron esto por un delirio y no las creyeron*, segun el relato de tres Evangelistas (1). No hubiera sido M. Renan mas incrédulo.

Esta incredulidad de los Apóstoles en que no han podido hacer mella ni testimonios tan formales, ni mensajes de Jesus tan esplicitos, va por fin á disiparse con la vista del mismo Jesus; pero ¿de qué manera? ¡y cómo esta tercera aparicion va á hacer resaltar esa incredulidad antes de convencerla!

Aquí viene á colocarse la aparicion de Jesus á los discípulos de Emmaus, que todos recuerdan, y que debe releerse toda en el testo (2). ¡Ay de quién no ve salir la verdad de cada

(1) Et illi audientes non crediderunt, Marc., XXVI, 11.—Et visa sunt ante illos; sicut deliramentum, verba ista: et non crediderunt illis. Luc., XXIV, 11, v. Matth., XXVIII, 9, 10.

(2) Luc., XXIV, 10, 32.

rasgo de esa relacion viviente, y que acabada su lectura, no cierra el libro esclamando : ¡Creo! ¡Qué falta de invencion, qué naturalidad encantadora en esa ida de los discípulos á Emmaus conversando entre sí de lo que habia pasado, en ese encuentro de Jesus que se les incorpora en el camino y anda con ellos en hábito de peregrino á quien sus ojos *retenidos* no reconocen (1); en aquella pregunta con que traba conversacion con ellos : *¿Qué plática es esa que llevais entre vosotros por el camino, y por qué estais tristes?* Y en esta respuesta de uno de ellos : *¿Tú solo eres el forastero en Jerusalem que no sabes las cosas que han pasado en ella estos dias?* Y finalmente; en esa admiracion interrogatoria de Jesus que motiva la narracion de todo lo que ya hemos visto, pero que se reproduce en boca de los discípulos con un tono de desaliento é incredulidad inimitable! «Nosotros esperábamos que habia de redimir á Israel »*sperabamus* (2), y despues de todo, hé aquí que estamos »hoj en el tercer dia despues que sucedió esto. Y aun algunas »mujeres de las que estaban con nosotros, nos han espantado, »porque fueron al sepulcro antes de ser de dia, y no habiendo »hallado su cuerpo, vinieron diciendo que tambien habian te- »nido una vision de Angeles que aseguraban que estaba vivo. »Y algunos de los nuestros fueron al sepulcro y hallaron que »era asi, como las mujeres lo dijeron, mas á Jesus no le en-

(1) ¡Era tal la incredulidad de los Apóstoles, que hallándose presente el mismo Jesus, no le veian, por una ceguedad sobrenatural, como si no hubiera ofrecido suficiente garantía su incredulidad natural!

(2) *Vox indicans magnum fidei deliquium*, dice Grocio con suma exactitud.

«contraron (1).» Este es el espejo mas fiel del alma de los discípulos de Jesus, la confesion mas humillante de su postracion moral, de que solo podrá levantarlos el *hecho* de la manifestacion de Jesus, y que es por consiguiente, el mas perfecto de sus testimonios. Y cómo antes de manifestarse asi, confunde Jesus tanta incredulidad y la encarece con estas palabras: *¡Oh necios y tardos de corazon para creer todo lo que anunciaron los profetas! ¿Por ventura, no era necesario que el Cristo padeciera todas estas cosas y entrase de este modo en su reino?* explicándoles luego, comenzando por Moisés y los Profetas, lo que de él estaba consignado en las Escrituras! Sin embargo, á pesar de esta explicacion, á pesar de este lenguaje que revela á Dios, á pesar de lo que se dijeron el uno al otro despues: *¿No es cierto que nuestro corazon ardía dentro de nosotros, cuando nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?* todavía no creen, todavía no reconocen á ese Jesus cuya palabra los abrasaba, y es preciso (¡enseñanza admirable para los que esperan tener una fe completa antes de adquirirla en los Sacramentos que la vivifican y consuman!), es preciso que el Cristo se dé en alimento á su cuerpo y su corazon para que su espíritu lo vea al fin: solo entonces *se abrieron sus ojos y le conocieron.*

Pregunto ahora, ¿esta tercera aparicion no confunde tambien esa suposicion de haber encontrado *fácil creencia* en los Apóstoles el anuncio de su resurreccion?

(1) ¡Cuán recargado de incredulidad es todo este lenguaje de los discípulos! y ¡qué interés dramático le presta la presencia del divino interlocutor, de quien ellos hablan á él mismo!

Esta verdad superabunda tambien en las otras apariciones de Jesus.

La cuarta aparicion, que se verificó á Simon Pedro, se menciona sin pormenor alguno (1); pero ya hemos visto cuál habia sido la incredulidad de este jefe de los Apóstoles en el sepulcro del Salvador. En cuanto á los demás Apóstoles que tenian noticia de esta aparicion y de la que fueron á contarles los discipulos de Emmaus, *todavía no podian creerla* (2).

En esta disposicion se hallaban, cuando se apareció Jesus en medio de ellos y les dijo: ¡La paz sea con vosotros! yo soy; no temais. Pero ellos llenos de turbacion y espanto, *imaginaban ver algun espíritu* (3). Entonces Jesus *les reprendió su incredulidad y la dureza de su corazon*, porque no creyeron á aquellos que le habian visto resucitado (4). Y añadió: «¿Por qué os turbais y vienen á vuestro corazon estos pensamientos? »Ved mis manos y pies; yo mismo soy; palpad y ved; porque »el espíritu no tiene carne ni hueso como veis que yo tengo. Y »habiendo dicho esto, les mostró las manos y los pies. Y *no creyéndolo aun* ellos de puro gozo y admiracion, les dijo: ¿Tenéis alguna cosa que comer? Y habiendo comido delante de ellos, tomando las sobras, se las dió y les dijo: Estas son las cosas que os anunciaba cuando estaba aun con vosotros: que era necesario se cumpliese todo lo que está escrito de mí en la ley de Moisés y en los Profetas. Entonces *él les abrió el sen-*

(3) Luc. XXIV, 34.

(2) Nec illis crediderunt.—Marc., XVI, 13.—Luc., XXIV, 35.

(3) Luc., XXIV, 36 y 37.—Un espíritu falaz, como significa en el lenguaje del Evangelio la palabra *espíritu* sola.

(4) Marc., XVI, 14.

«*tido para que entendiesen las Escrituras, y cómo era necesario que Cristo padeciese y resucitase de entre los muertos al tercer día (1).*»

¿Qué diremos ahora de la incredulidad apostólica personificada en Santo Tomás? *Si no veo en sus manos el agujero de los clavos, habia dicho este Apóstol, y meto mi dedo en el lugar de los clavos, y mi mano en su costado, no lo creeré.* Esta pesada y carnal incredulidad es la que determina la sesta aparicion de Jesús, y estas palabras que todos los siglos han repetido y repetirán con emoción: *Metete aquí tu dedo, Tomás, y mira mis manos; y trae tu mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo, sino fiel.* Y como Tomás esclamase: ¡Señor mio y Dios mio! díjole Jesús: *Tomás, has creído porque me viste; ¡bienaventurados los que no vieron y creyeron!* (2).

Este grito de Santo Tomás: «¡Mi Señor y Dios mio!» tiene una fuerza y un sentimiento sublimes. Es la esplosion de la fe retardada y que quiere compensar este retraso. Es notable que salga aquí por primera vez de boca de los Apóstoles el nombre de *Dios*, con aplicacion á Jesucristo, como demostrado para en adelante por el prodigio de la resurreccion; y que sea el mas incrédulo y el testigo mas experimentado de la resurreccion á causa de esta misma incredulidad, el primero que profesa en términos absolutos la divinidad de Jesucristo. Es finalmente notable que este mismo Apóstol, al principio el mas

(1) Esta circunstancia sensible y sacramental de la *fraccion del pan*, de la comunión de alimento, que habia abierto ya los ojos á los discípulos de Emmaus, fue la que decidió la conviccion de los Apóstoles, como lo refiere San Pedro en los *Actos*.

(2) Juan, XX, 25-29.

incrédulo, sea el que llevó despues la fe mas lejos, y que aislado de todos los otros en las Indias y en China, viviera mas de su fe propia é individual; ¡á tal punto le habia convencido el acontecimiento de la resurreccion!—Todo esto es admirable y de evidencia arrebatadora.

Otra aparicion (la sétima) hubo de Jesucristo á sus discipulos junto al mar de Tiberiades (1), y allí tambien se ve obligado Jesus á darse á conocer por señales palpables de existencia.

La octava y última aparicion fue la que se verificó en la ascension de NUESTRO SEÑOR. Allí tambien *hubo algunos que dudaron* (2); allí tambien reprendió Jesus á sus discipulos su incredulidad y la dureza de su corazon (3); allí, en fin, les esplicó por última vez las Escrituras, y les envió á llevar al mundo la antorcha de la fe que tampoco ellos tenian aun completamente y que debia ser el don de ese Espíritu Santo, de esa virtud de lo alto que promete enviarles al partir.

Hé aquí la historia auténtica, verídica de la resurreccion del Salvador.

Pregunto, pues, si hay en toda la historia un hecho tan experimentado, por la incredulidad misma y por el desinterés de los testigos. Es *proverbial* la incredulidad de los apóstoles en la resurreccion. El relato que ellos mismos hacen de ella es una confesion de esto. No se pueden imaginar mas garantías, si no es la fe que desplegaron cuando les hubo convencido el hecho tan experimentado.

(1) Juan, XXI, 1, 14.

(2) Quidam autem dubitaverunt.—Matth. XXVIII, 17.

(3) Et exprobatit incredulitatem eorum et duritiam cordis, quia is qui viderant eum resurrexisse, non crediderunt.—Marc., XVI, 14.

Si, pues, para admitir que fue quimérica la resurreccion del Salvador es fuerza suponer con M. Renan una predisposicion á creer en ella y una facilidad de persuasion en los Apóstoles, no hay duda alguna de que es el acontecimiento mas atestiguado y el mas real de la historia.

Esto en cuanto á la prueba histórica.

Veamos ahora la demostracion moral.

III.

Esta demostracion, podemos decirlo, no deja salida á los que hubieran podido evadirse de la prueba histórica. La prueba histórica no necesitaba de esta otra, la cual hubiera podido tambien bastarse á sí misma; pero las dos forman un cuerpo de certidumbre que subyuga al escepticismo, apoderándose de la conviccion por todos sus elementos. Asi ha visto rendir ante ella su pabellon á la incredulidad mas aventurada.

Esta demostracion puede prestarse á bellas esplanaciones; pero tambien puede reducirse á términos muy sencillos.

El autor del *arte de pensar* y de razonar, Condillac, la formula de esta suerte:

«¿Cómo se han hecho tan valientes estos hombres tan cobardes? Porque han sido convencidos, y lo han sido porque han visto. Todas las circunstancias de las apariciones de Nuestro Señor prueban que no creyeron á la ligera.—Si solo hablase de los motivos que tenemos de creer (de la prueba histórica solo), podria decir el incrédulo que inventaron estos hechos los Evangelistas. Pero los Apóstoles no hubieran podido creer movidos de unos hechos que hubieran inventado des-

»pues los Evangelistas. Si pues creyeron fue porque vieron, y
 »en su consecuencia, no fueron inventados los hechos. Y no
 »puede quedarnos ninguna duda de que hayan creído (1).»

San Juan Crisóstomo reducía esta demostracion á términos muy sencillos: «Es muy comun, dice, olvidar despues
 »de muertos á los que se amó con mas ternura. Los Apóstoles
 »abandonaron y negaron á Jesucristo mientras vivía, y cuando
 »hubo sido crucificado, mueren por él. Por consiguiente, lo
 »vieron resucitado.»

No comprendo qué pueda contestarse á esto. Es la conciencia humana, que en la conducta de los Apóstoles, supone y prueba invenciblemente el hecho de la resurreccion.

Estudiemos un poco esta conducta.

Es cierto, pues los Evangelios deben ser creídos, á lo menos en lo que nos dicen en contra de sí mismos, que durante la vida de Jesucristo, los Apóstoles no sentían por él mas que una adhesion nada ilustrada y tosca, que les hacia equivocarse á cada instante sobre el sentido espiritual de la felicidad y del poder que constituían el fondo de todas sus promesas. Con frecuencia se les vió vacilar entre él y sus enemigos, y á veces hasta compartir con estos la incredulidad y las murmuraciones. Uno de ellos le hizo abierta traicion. Sin embargo, se mantuvieron cerca de su persona mientras fue objeto de la pública admiracion, y pudieron enorgullecerse con sus favores. A este precio habian abandonado las redes que una secreta inclinacion de hábito y desconfianza les hizo, no obstante, volver á tomar

(1) *Consideraciones sobre los progresos de la Religion en los tres primeros siglos.*

muchas veces: pescadores y apóstoles á la vez. Pero llegó el momento de la gran prueba. Para confortarlos, en su postrer banquete, les dió el buen Maestro los mas tiernos testimonios de su amor y las mas reiteradas seguridades del próximo cumplimiento de sus promesas. No les disimuló, empero, las ignominias, los sufrimientos y la muerte porque tenia que pasar; pero hizo brillar al través de todo la esperanza de su resurreccion, y la efusion de aquel Espiritu que debía enseñarles todas las cosas, y realizar por medio de ellos la dominacion universal, el reino eterno del Cristo, que era la grande espectacion hereditaria de su nacion. Deslumbrados por esta esperanza y conmovidos sin duda con tanto amor, prometieron ser fieles; pero ¡vana promesa! ¡ardor quimérico que la simpática confianza con Jesucristo alimentaba en aquellas almas sencillas, pero que la espantosa realidad de su pasion y de su ignominiosa muerte debía disipar, interponiéndose entre él y ellos! Muy pronto, en efecto, no le vemos mas que solo en manos de sus verdugos. Al principio Pedro le sigue todavía, pero *de lejos y por ver en qué pararía aquello* (1). Un instante despues, lo niega á las preguntas de una simple criada, y protesta por tres veces que nunca lo ha conocido. En fin, aquel tímido rebaño, digno de semejante pastor, se disipa hasta el punto de no dejarse ver ya mas ni uno de ellos, escepto el apóstol San Juan, cuya compasiva amistad vuelve á aparecer entre las santas mujeres al pie de la cruz, cuando la muerte de la víctima ha desarmado á sus verdugos, y que ya nada hay que hacer sino darle sepultura.

(1) Luc. XXII, 54.

No obstante, en este completo naufragio de la fidelidad apostólica, en que nuestros pescadores se muestran tan completamente hombres, parece que no hubiera debido abandonarles la esperanza, pues nada había sucedido que su Maestro no les hubiese anunciado, y además, éste había aplazado para despues de su muerte la manifestacion de su poder. Podia resucitar al tercero dia, conforme había prometido. No importa, esta esperanza había sido impotente para conservarlos fieles. ¿Qué hubiera sucedido, pues, si no resucitando Jesucristo, no solamente les hubiese acabado de abandonar aquel débil sentimiento de esperanza, sino que se hubiese convertido en justo despecho por haber sido engañados?

Tales eran las disposiciones de los apóstoles, disposiciones que bien merecian que Jesus les apostrofase de repente: «¡Oh necios y tardos de corazon para creer!»

Hay todavía otra circunstancia que acaba el cuadro de la incredulidad y desaliento apostólico; circunstancia sencilla pero muy significativa, que nos proporciona el mismo Pedro, el jefe del rebaño: *Me vuelvo á pescar*, le dice á Tomás y á algunos otros discípulos; *y tambien nosotros vamos contigo*, le contestaron estos (1).

Hé aquí á los Apóstoles vueltos pescadores. Hasta aquí habían esperado, aunque débilmente: *sperabamus*; pero ahora hé aquí que el mismo jefe da la señal y el ejemplo del abandono, *vado piscari*; y vuelve á tomar su primer oficio.

Tales eran los Apóstoles entonces mismo en que la presencia de Jesucristo, ó su reciente memoria, ó en fin, la es-

(1) *Vado piscari, venimus et nos tecum.* (Joan., XXI, 3).

peranza de sus promesas, podian todavía animarlos: gente sencilla pero tosca, incapaz de adhesion, de valor, de fe, de nada generoso y extraordinario, y dejándose arrastrar torpemente por su natural condicion.

Y sin embargo, despues de algunos dias volvemos á encontrar á estos mismos hombres reunidos todos en un solo proyecto, que es morir por Jesucristo, tomar su cruz y hacerla adorar en aquella misma ciudad que está humeando todavía con su sangre, en medio de aquel mismo pueblo que gritaba poco antes: *¡Crucificalo, y caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos!* y en presencia de aquellos mismos Fariseos y magistrados que sublevaron á este pueblo y legalizaron su rabia sanguinaria. En aquella misma ciudad, repetimos, en medio de aquel mismo pueblo, en presencia de aquellos magistrados, han resuelto los Apóstoles, tan indolentes en defender á Jesucristo mientras vivia, hacerlo adorar despues de muerto. Su celo por la gloria de este ajusticiado, de este maldito, no se limita á esto: quieren que toda la Judea, toda la Samaria, toda el Asia, la Grecia y la misma Roma caigan de rodillas á los pies del instrumento de su suplicio. Aun no es esto bastante para sus almas enardecidas, codician mas todavía, y las miras de su proselitismo abrazan desde luego el universo entero. Tan circunspectos y tardios en creer, tan fugitivos y dispersos, vueltos poco antes á sus redes, de repente los vemos hechos otra vez apóstoles fervorosos: se confortan para no incurrir ya mas en desliz, avanzan para no retroceder ya mas ni un solo paso, y sin embargo, de todas partes llueven mofas, amenazas, tormentos y todo género de muerte; y JESUCRISTO no está

con ellos, y murió, y no ha cumplido su palabra de resucitar, y todo para ellos se ha perdido, hasta esta frágil esperanza.

¡Cualquiera que seas, oh lector, consulta tu naturaleza humana, y pregúntate si todo esto no la desmiente de una manera cien veces mas inadmisibile que la resurreccion; porque la resurreccion supera á la naturaleza elevándola, y esto la trastorna desviándose de ella! ¿De dónde ha podido salir repentinamente, en semejantes hombres y en tales circunstancias, esa confianza? ¿de dónde una energía tan inaudita? ¿de dónde ese celo y esa seguridad que de todo se rien y que no temen ni la muerte, no solamente en sí misma, sino por el perjuicio que va á causar á su empresa?... Si han visto á JESUCRISTO resucitado, si lo han visto bien, si lo han visto todos, si han recibido la invisible fuerza del Espíritu de Dios, si ellos mismos dan á cada instante prueba de esa asistencia sobrenatural obrando milagros, si con su sola sombra curan paralíticos, si hacen temblar á los demonios, concebimos que no tiemblen ellos; concebimos que el celo y el amor de la verdad, de la cual tienen ellos en sí tantas garantías, los arrastren á desafiar el universo, seguros de regenerarlo con la ayuda de AQUEL que lo crió: concebimos toda su vida santa y apostólica; concebimos su heroica y generosa muerte, lo concebimos y admiramos todo... Pero si no hay nada de todo esto, si Jesucristo ha permanecido en su sepulcro, si no se les ha aparecido como ellos mismos dicen, si la pusilanimidad y desconfianza, contra las que habian podido precaverse durante su vida, son justificadas por una muerte sin resurreccion; si nada de nuevo les ha acontecido, ni nada ha ocurrido á su alrededor desde que los dejamos amedrentados y

fugitivos no esperando ya, y volviéndose á sus barcas de pescadores... ¡oh! entonces nada de todo esto concebimos, nuestra imaginacion se pierde en un caos de imposibilidades sin solucion, y en lugar de un suceso que comprendemos muy bien poder existir en el órden sobrenatural, que escede á lo acostumbrado sin chocar á la razon, y que hasta la eleva y ennoblece, anudándose con un órden de verdades que preceden y que siguen, y cuyo encadenamiento compone el mas armonioso todo, nos encontramos con un suceso que deberia ser enteramente claro é inteligible, y que es, no obstante, el mas completo trastorno de la naturaleza y la desesperacion de la razon... No podemos vacilar: incredulidad ó absurdo. ¡Esto es demasiado! Nosotros nos inclinamos decididamente hácia el lado en que se manifiestan la razon y la fe.

Hé aquí lo que decia en mis *Estudios*: hé aquí lo que no ha tocado siquiera M. Renan, ó mejor lo que ha confirmado, mostrando que no hay nada que oponer á ello... mas que la *viva imaginacion de María de Mágdala*.

IV.

Para convencernos mejor aun de esta verdad capital, despues de haber leído hasta qué punto se convencieron de ella los Apóstoles, tan incrédulos sobre la resurreccion, es conveniente ver de qué manera y con qué acento se espresaba esta conviccion en su testimonio.

Vamos á oírles á ellos mismos en sus *Hechos* y sus *Epístolas*, documentos á los que no ceden ciertamente los Evangelios en

autenticidad y en veracidad; pero que tienen el privilegio de hallarse enteramente admitidos por la incredulidad, sin que haya intentado ponerlos nunca en tela de juicio en sus aventurados arrojós, no obstante emanar de las mismas fuentes que los Evangelios y formar cuerpo con ellos.

El acontecimiento de la resurrección aparece allí, no como habiendo causado en los Apóstoles aquella impresión exaltada y delirante que atribuían en su primitiva incredulidad á los que iban á anunciárselo, sino una impresión de convicción fundada, serena y dominándose completamente á sí misma, tal, en fin, como debía ser una convicción, fruto de la experiencia y á prueba de este primer fondo de incredulidad en que habían venido á fijarse sus elementos.

Los Apóstoles no se disimulan á sí propios desde luego, y no disimulan al mundo que toda la fe que predicán, que todos los sacrificios que esta fe reclama, que, en una palabra, todo el Cristianismo estaba suspendido de la verdad de este acontecimiento: no porque no sean muy importantes todos los demás testimonios de la divinidad de Jesucristo, sino porque hubieran sido vanos, sin éste que los consume y los hace llegar al fin.

«Si Cristo no resucitó, vana es nuestra fe. Si nosotros solo tenemos esperanza en Cristo, mientras dura nuestra vida, y si no ha venido á ser como las primicias de los difuntos, somos los mas desdichados de los hombres (1).»

Este es el grande argumento apostólico. Y en efecto, si ha resucitado Jesucristo, solo pudo resucitar por virtud de Dios,

(1) Primera á los Corinth. , XV, 17, 19, 20.

y á fin de realizar el anuncio que él mismo habia hecho de este prodigio, y dar á sus discípulos, en su persona, una prenda manifiesta y brillante de la resurreccion futura y de la gloria eterna que les prometió. Todas las demás pruebas de la divinidad de JESUCRISTO, todo el edificio histórico y dogmático del Cristianismo va á terminar al acontecimiento de la resurreccion de *Jesucristo* como á una cúpula.—Por el contrario, si no ha resucitado JESUCRISTO, queda desmentido en el acto decisivo de su divinidad; toda su doctrina, que solo es una predicacion de sacrificio, de penitencia, de cruz y de muerte en vista de la vida y de la felicidad eterna, es un engaño. Demasiado miserable é infeliz es el hombre en esta vida; pero los cristianos que vinieran á agregar aun á todas estas miserias necesarias las miserias voluntarias de la disciplina evangélica, sin tener por garantía del destino glorioso que adquieren á este precio la realizacion de este mismo destino en JESUCRISTO, «serian los mas miserables é infelices de todos los hombres.» *Miserabiliores sumus omnibus hominibus.*

Hé aqui, pues, el argumento apostólico. Fundados en la resurreccion de JESUCRISTO es como llegaron á ser tan generosos los Apóstoles, que eran antes tan personales. Ellos mismos lo reconocen y lo anuncian al mundo. Su fe sobre este punto es de las mas razonadas y cautas.

Debe, pues, ser tambien, la mejor informada.

Por lo que, habiendo sido el suceso de la resurreccion la prenda sobre la cual entregaron su vida á toda clase de sacrificios, y su muerte á toda clase de tormentos, esta vida y esta muerte heroica, llegan á ser tambien para nosotros la prenda

manifiesta y brillante del acontecimiento de la resurreccion.

Asi San Pablo en aquel primer capitulo en que descubre la razon determinante de su fe y de la nuestra, recuerda los testimonios que la justifican y que la ponen á cubierto de toda sospecha de error:—«Cristo resucitado fue *visto*, dice, por Cephas ó Pedro, y despues por los demás apóstoles;—posteriormente fue *visto* por mas de quinientos hombres en una sola vez, de los cuales viven la mayor parte todavía, aunque han muerto algunos;—se *apareció* tambien á Santiago y despues á los apóstoles todos;—finalmente, despues de todos, se me apareció tambien á mí, que vengo á ser como un abortivo; porque yo soy el menor de los apóstoles, que ni merezco ser llamado Apóstol, pues que perseguí á la Iglesia de Dios (1).»

¡Qué testimonio! ¡qué confirmacion de los relatos evangélicos! ¡qué conviccion tan ilustrada en sus elementos como razonada en sus consecuencias! ¡qué carácter, en fin, de sinceridad y de fuerza en la humildad de este último rasgo ó circunstancia por el que se coloca el grande Apóstol debajo de todos por haber perseguido á la Iglesia de Dios, añadiendo con esto mismo, á todos los demás testimonios de la resurreccion, el de su famosa conversion! resultado inmediato de la aparicion del mismo JESUCRISTO (2).

Despues de esto se concibe que escriba el grande Apóstol á Timoteo: «Soporta el trabajo y la fatiga como buen soldado de JESUCRISTO... Entiende bien lo que te digo... Acuérdate que nuestro SEÑOR JESUCRISTO del linaje de David resucitó de entre

(1) Primera á los Corinth., XV, 5, 9.

(2) Hechos, XXVI, 19.

los muertos, según mi Evangelio, por el cual estoy yo padeciendo hasta verme entre cadenas (1).»

Este testimonio de San Pablo, tan auténtico por el documento que nos lo trasmite, y tan experimentado en las informaciones y en las razones que lo constituyen, ha hecho confesar á la crítica misma de Strauss, que todo cuanto ella ha podido hacer «no altera el pasaje de la primera epístola á los Corintios, la cual siendo incontestablemente auténtica, ha sido escrita hácia el año 59 despues de Jesucristo, y por consiguiente menos de treinta años despues de la resurreccion.» Y que «por este dato debemos creer que estaban convencidos muchos miembros de la primera comunión de los fieles que vivian aun en la época en que se escribió la epístola, y entre otros, los apóstoles, de que se les había aparecido Jesucristo resucitado (2).»

Dominado Strauss por la fuerza de la verdad, se ve impulsado á convenir mas adelante en que «tienen razon los apolo- gistas en insistir sobre el punto de que *no podia explicarse* la inmensa revolucion que se verificó en el espíritu de los apóstoles, desde el desaliento mas profundo y la pérdida de toda esperanza, al morir Jesus, hasta la fe y el entusiasmo con que lo anunciaron como Mesías en el siguiente Pentecostes, si no hubiera ocurrido en este intermedio algun acontecimiento lleno de extraordinario consuelo, y especialmente, un acontecimiento que les hubiera convencido de la resurreccion de

(1) Segunda á Timoth., II, 3, 7, 8 y 9.

(2) Tercera secc., cap. IV., § 136.

»Jesus crucificado (1).»—En nuestro juicio, dice con gran razon M. de Coguerel, los cuatro volúmenes de la obra de Strauss dicen infinitamente menos *contra* la verdad del Cristianismo, que lo que dicen *en pro* del Cristianismo las líneas que se acaban de leer escritas por un incrédulo como él.

La resurreccion de JESUCRISTO es igualmente el primer hecho atestiguado, el primer argumento de que se hacen cargo los demás apóstoles en su predicacion: «Dios ha resucitado á este Jesus á quien os hemos anunciado, dice San Pedro, *de lo cual somos todos nosotros testigos* (2).» «No de oidas, añade Grocio, sino por todo lo que hemos visto, oido y tocado respecto de su persona. *Todos* nosotros lo atestiguamos igualmente, sin que de ello réportemos otra ventaja que persecuciones, golpes, cadenas y la muerte; por lo cual no teneis razon en no creer nuestro testimonio (3).»

Los sacerdotes y los prepósitos ó encargados del templo, irritados de que anunciaran los Apóstoles de esta suerte la resurreccion de JESUCRISTO, los prendieron. Tenian tambien otro agravio contra ellos; el haber hecho un milagro en apoyo de su predicacion. Habiendo visto un cojo de nacimiento, que se situaba cada dia en la puerta del templo, á Pedro y á Juan que entraban alli, les pidió limosna. Fijando Pedro, con Juan los ojos en él, le dijo: míranos. Y el cojo les miró, esperando que le dieran algo. Mas Pedro le dijo: no tengo oro ni plata,

(1) Tercera secc., cap. IV, § 137.

(2) Hechos, II, 33.

(3) *Annot ad Acta.*

pero te doy lo que tengo: en nombre de JESUCRISTO Nazareno, levántate y anda. Y cogiéndole la mano derecha, lo levantó, y al punto se afirmaron los pies y las piernas de aquel hombre. Y entró con ellos en el templo delante de todo el pueblo, andando y saludando y alabando á Dios. Por lo cual se reunieron en Jerusalem los Magistrados, los Ancianos y los Scribas, é hicieron comparecer ante ellos á los Apóstoles y les interrogaron sobre este suceso en presencia del cojo á quien habian curado y que estaba allí como testigo. Entonces, lleno del Espíritu Santo, les dijo Pedro: príncipes del pueblo y Ancianos, sabed vosotros y todo el pueblo de Israel, que este hombre se halla en pie ante vosotros en nombre de NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO el Nazareno, á quien habeis crucificado y á quien *resucitó Dios de entre los muertos*. Este Jesus es aquella piedra que vosotros desechásteis al edificar, la cual ha venido á ser como la piedra angular; y no se ha dado á los hombres otro nombre bajo el cielo, por el cual debemos salvarnos.

Viendo, pues, la firmeza de Pedro y de Juan, y constándoles por otra parte que eran hombres sin letras y del vulgo, quedaron admirados... Viendo tambien en pie y cerca de ellos al hombre que habia sido curado, no tuvieron nada que replicar en contrario... Mandáronles, pues, salir fuera de la junta, y deliberaron entre sí, resolviendo limitarse á amenazarles por hallarse conmovido el pueblo con aquel prodigio. Habiendo, pues, vuelto á llamar á los Apóstoles, les intimaron que no hablaran ni enseñaran mas en nombre de JESUS. Pero Pedro y Juan les contestaron: juzgad si es justo que os obedezcamos mas que á Dios; porque *nosotros no podemos dejar de hablar*

de lo que hemos visto y oído. Y despedidos los Apóstoles, rindieron testimonio con gran valor de la *resurrección* del SEÑOR JESUCRISTO (1).

¡Vamos! ¡Vamos! Que la incredulidad, que M. Renan, que M. Scherer, que M. Havet, que reconocen la integridad histórica del libro de los *Hechos* y de las Epístolas de San Pablo, expliquen todo esto según su sentir. Que expliquen la correlación tan viva y tan enlazada de esta conducta posterior de los Apóstoles con las primeras escenas de la *resurrección* en el Evangelio. Que persuadan al lector, que se persuadan á sí mismos que este conjunto de relatos y de hechos, tan perfectamente correlacionados y sostenidos en documentos múltiples y diversos, es mera leyenda; y de consiguiente, que es leyenda la grande historia del Cristianismo que brota de él con un caño tan lleno y tan vigoroso.

Todo está en la historia lleno de JESUCRISTO resucitado, el cual es el único que constituye el valor de JESUCRISTO crucificado. El CRUCIFICADO no es la salud del mundo, sino porque triunfó de la muerte recibéndola; porque la dejó clavada á la cruz, resucitando. La Cruz es el signo de la victoria. Ella es, en el aniquilamiento y en la ignominia que representa, una divina ironía del poder del mal que triunfa en ella. ¿Por qué? Porque detrás de ella se levanta la gloria de Cristo triunfando de ese mismo triunfo del mal; porque, por ella entramos Cristo y nosotros en esta gloria «llevando despojados y cautivos y espuestos públicamente en espectáculo á los principados y potestades infernales (ó de la muerte y del mal) de quienes triun-

(1) *Hechos*, cap. IV.

fó valerosamente en su propia persona ó por su pasion y muerte. (1)»

La Resurreccion, es, pues, el gran hecho que se refleja sobre toda la historia y la doctrina de JESUCRISTO, adquiriendo de esto mismo toda su importancia y certidumbre, ó mas bien es ella la que les da esta certidumbre é importancia. Asi es que se manifiesta y fulgura por do quiera. Por todas partes aparece á nuestros ojos JESUCRISTO resucitado; en los Evangelios, en los Hechos, en las Epistolas, al través de la vida y de la muerte de los Apóstoles, entre los testimonios de los confesores y de los mártires, al través de la fe del género humano: ¡todo parte, todo se lanza del sepulcro de JESUCRISTO, el cual tiene por testigo de su resurreccion la del mundo!

(1) Ad Colos., II, 15.

CAPITULO XIV.

LOS APÓSTOLES Y LA IGLESIA.

Circunscribiéndonos al cuadro de M. Renan, y refiriéndonos á nuestros *Estudios*, donde hemos tratado estensamente este asunto (1), solo diremos aquí algunas palabras; pero estas palabras, serán, gracias á M. Renan, decisivas.

Lo que acabamos de ver de los apóstoles, bastaria ya para apreciar su juicio con respecto á ellos.

Debe añadirse, no obstante, que los barqueros de Genesareth que convirtieron al mundo, no hablaron solo á impulso de la sensacion que les causó el acontecimiento de la resurreccion, sino igualmente á impulso del espíritu de JESUS, del Espíritu Santo, que recibieron en el prodigio de Pentecostes y que quedó como el inspirador de la Iglesia.

Este prodigio que se refiere en los Hechos de los Apóstoles se nota mas en ellos, si cabe, que el de la resurreccion. Preciso es que el Espíritu de lo alto descendiera sobre ellos y á

(1) Véase el tom. III, cap. XII, *De la Iglesia*, y tom. IV, cap. VI. *Establecimiento del Cristianismo*, y cap. VIII. *Estabilidad del Cristianismo en la perpetuidad de su constitucion católica*.

ellos, puesto que vemos cómo los inspira. El prodigio se nota mas aun en el resultado que en el medio, pues, en efecto, el resultado supone é implica el medio, y un medio efectivo, realizado. Ahora bien, este prodigio del resultado se halla á nuestra vista. Es cierto en verdad, por la conducta, por la predicacion de los Apóstoles, por sus escritos que tenemos en nuestras manos y en los que hablan con nosotros, que estos oscuros barqueros de un reducido lago de la Judea llegaron á ser un dia los doctores del mundo nuevo, y estos pescadores de peces, pescadores de naciones.

¿Y no es esto un prodigio? Seguramente y cual jamás lo hubo.

¿Cómo esplicarlo?

¿Humanamente? Es imposible.

¿Por la efusion de una inspiracion, de un aliento sobrenatural? Asi es evidente; puesto que sentimos esa inspiracion, que la vemos en ellos; puesto que habiendo salido de ellos, se ha propagado por todos los siglos y hasta el cabo del mundo se han oido sus palabras: *In omnem terram exivit sonus eorum* (1); puesto que él mismo se anunció en ellos.

Aquí se hace palpable el objeto de la fe. Para verlo demostrado por el prodigio, no se trata ya de creer en los Hechos de los Apóstoles, cuya historia es indudable; basta tomar un Nuevo Testamento, abrirlo, y leer las Epistolas de San Pedro, de San Juan y de San Judas, y finalmente, la epístola de Santiago que á los ojos de toda critica filosófica y aun literaria, eclipsaria á Platon, si no la hiciera superior á com-

(1) Salm. XVIII.

paracion semejante la superioridad del espíritu que respira en ella.

Si busco otra explicacion distinta que la bajada de este Espíritu sobre los Apóstoles, no me es posible imaginarla.

Pero M. Renan viene en mi auxilio, á darnos una explicacion, haciendo tambien con esto el oficio del argumentante que solo presenta objeciones para procurar la gloria de resolverlas.

Aquí ni aun habrá nada que resolver; bastará esponer.

Pero en primer lugar, ¿quiénes fueron primitivamente los Apóstoles?

Fueron, «una buena gente... Entre ellos no habia penetrado nada de lo que entendemos por civilizacion... familias de pescadores que formaban una sociedad grata y apacible (1).»—«Todos aquellos de quienes se sabe algo, habian comenzado siendo pescadores. En todo caso, ninguno de ellos pertenecia á una clase social elevada. Solo Mateo ó Levi habia sido publicano; pero aquellos á quienes se daba este nombre en Judea, no eran como los llamados así en Roma, sino empleados de baja clase... Estas pobres gentes, relegadas de la sociedad se veian mutuamente (2)... Tal era el grupo que rodeaba á Jesus á orillas del lago de Tiberiades. En él se hallaba representada la aristocracia por un publicano, por la mujer de un alcabalero. El resto se componia de pescadores y gente comun. Su ignorancia era estremada, su en-

(1) *Vida de Jesus*, p. 147-148.

(2) *Id.*, p. 159, 160, 161.

»tendimiento limitado, y creían en espectros, en apariciones y
 »en espíritus. Ni un solo elemento de cultura helénica había
 »penetrado en este primer cenáculo, y era muy incompleta en
 »ellos la instrucción judía (1).»

Hé aquí aquellos que reunió JESUCRISTO, ó mas bien que
 »escogió, para llevar la nueva luz por toda la tierra. «No es
 »posible dudar, dice M. Renan, que no eligiera él mismo en-
 »tre sus discípulos, á aquellos á quienes se llamaba por esce-
 »lencia los «apóstoles» ó «los doce (2).»—El mismo se lo de-
 »cia: *Yo os he escogido y os he destinado para que va-*
yais... (3). Y San Pablo se complace en hacer resultar este
 plan de la Sabiduría celestial, que «eligió á los flacos del mun-
 »do para confundir á los fuertes, y á las cosas viles y despre-
 »ciables del mundo y á aquellas que eran nada, para destruir
 »las que son al parecer mas grandes (4).»

Estas mismas pobres gentes son de quienes nos dice des-
 pues M. Renan: «Mateo fue el *Xenofonte* del Cristianismo na-
 »ciente (5).—Juan fue el biógrafo de Jesus, como Platon lo
 »fue de Sócrates (6). Pedro fue, en este grupo de discípulos
 »privilegiados, aquel á quien confió Jesus el cuidado de propa-
 »gar su obra (7).» ¡Pálidas asimilaciones! ¿Qué son, en efec-
 to, qué fueron Xenofonte y Platon y el mismo Sócrates, com-

(1) *Vida de Jesus*, p. 164.

(2) *Id.*, p. 190.

(3) Juan, XV, 16.

(4) Corinth., I, 27, 28.

(5) *Vida de Jesus*, p. 132.

(6) *Id.*, p. 156, 157.

(7) *Id.*, p. 291.

parados con los Apóstoles, con Juan el pescador, que llegó á ser el Aguila de Pathmos y que arrebató de entusiasmo, por la sublimidad de su vuelo, á los mismos platónicos?

Veamos ahora, cómo se verificó en ellos esta prodigiosa trasformacion.

En primer lugar, no fue ni un desarrollo de su naturaleza, ni un accidente imprevisto de la inspiracion. Para testificar bien JESUCRISTO que él era su autor y dispensador supremo, se la predijo cuando era mayor su ignorancia y su oscuridad.

M. Renan conviene en ello.

«Su plan era, dice, volver á echar las grandes pruebas »despues de su muerte; no mostrarse completamente sino á sus »discípulos, confiando á estos el cuidado de mostrarle mas »adelante al mundo (1).»

¡Confiar á estos pobres ignorantes que solo manejaron hasta entonces redes el cuidado de *demonstrar* al mundo de aquel tiempo, al mundo de los Nerones y de los Calígulas, la doctrina de Dios crucificado, que ellos mismos no comprendian entonces de modo alguno! ¿Cómo podia ser esto?—Es una locura concebirlo, si no es un milagro ejecutarlo, é implica una asistencia milagrosa.

Por esto, dice M. Renan, fiel narrador en todo ello de la historia evangelista: «el Espíritu Santo enviado por el Padre »les enseñará toda verdad, atestiguando las que él mismo ha »promulgado. Jesus se valia para designar este espíritu de la »palabra *peraklit*, que parece haber tenido en su mente la »significacion de «abogado consultor» y á veces la de «intér-

(1) *Vida de Jesus*, p. 291 y 292.

»prete de verdades celestiales,» de «doctor encargado de re-
 »velar á los hombres los misterios aun ocultos (1)...» Que no
 »preparen su defensa al verse arrestados y conducidos ante
 »los jueces; el abogado celestial les inspirará lo que deben de-
 »cir. El Padre les enviará de lo alto su espíritu, que llegará á
 »ser el principio de todos sus actos y el director de sus pen-
 »samientos, su guia al través del mundo (2).»

Todo esto es perfectamente lógico. Lejos de ser difícil de creer el prodigio de esta asistencia sobrenatural, sirve de auxilio para comprender el prodigio patente de la trasformacion de los Apóstoles y del buen éxito de su mision. Nosotros esperamos el acontecimiento de Pentecostes tal como se refiere en los Hechos, mas que lo espera la fe de los Apóstoles. Esta fe fundada en la resurreccion era ya racional; pero la nuestra, fundada además en la grande historia de la conquista del mundo por los Apóstoles, no es ya fe, es la razon misma que reclama en cierto modo el prodigio de Pentecostes, como explicacion necesaria del de la conversion del género humano.

Es cierto que de ello resulta, que JESUCRISTO, que predijo y envió esta asistencia, obrando así la conversion del mundo con doce marineros, es Dios; ¿pero qué hacer y como sustraernos de ello? Si fuera artículo de fe, lo comprenderia; pero es artículo de razon, como todos los demás fundamentos del Cristianismo. Y ¿quién quiere sacrificar su razon? Es preciso ser libre pensador para ello, y llevar la incredulidad hasta la credulidad mas bonachona.

(1) *Vida de Jesus*, p., 298.

(2) *Id.*, p. 310.

Véase si no.

«Jesus, dice M. Renan, anunció á sus discípulos un bautismo de fuego ó inteligencia... bautismo que estos *creyeron* recibir un día, despues de la muerte de Jesus, en forma de un gran viento y de mechas de fuego (1).»

M. Renan no cree en estas *lenguas ó mechas de fuego*. Es muy libre en no creer; pero entoncés fuerza es que nos explique de otra suerte la trasformacion de los Apóstoles. Hácelo en efecto; pero ¿cómo? Creyendo y proponiéndonos creer en otra *lengua ó llama*, en otro prodigio, ó mas bien en una patente simpleza que ofende á la razon otro tanto como la satisface la comunicacion del espíritu de Dios.

Despues de haber mostrado, en efecto, la crasa ignorancia de los pescadores galileos, cree haber rechazado el argumento que se alza contra la incredulidad, con giros y rasgos de pluma, de esta suerte:—«El hermoso clima de Galilea (este mágico clima que ha formado á Jesus y al Cristianismo) ha encan-to perpetuo: No es *fácil figurarse* la embriaguez de una vida que se desliza asi á la faz del cielo, la dulce y viva *llama* que anima este perpetuo contacto con la naturaleza, los sueños de estas noches que se pasan á la claridad de las estrellas, bajo una bóveda de azul de transparencia sin fin. Los claros y dulces ojos de aquellas almas sencillas contemplaban al universo en su ideal origen; el mundo reveló *quizá* su secreto á la conciencia divinamente lucida de aquellos felices niños,

(1) *Vida de Jesus*, p. 297, 298.

»cuya pureza de corazón mereció un día ver á Dios (1).— Anteriormente M. Renan había salido al encuentro de la dificultad con esta frase: «Podemos figurarnos á estas buenas gentes bastante parecidas á las de las mejores poblaciones del Libano, pero con el *don* que no tienen estas, de *dar grandes hombres* (2).»

Hé aquí, pues, cómo se propone á nuestra credulidad, que el clima de la Galilea hizo, con su *dulce y viva llama*, y con el *don de sus poblaciones de dar hombres grandes*, de Simon, de Juan, de Santiago y de otras simples gentes hasta el número de doce, los conquistadores evangélicos del universo.

Creed en esto, y quedareis á esta sola costa, es decir, á costa de vuestra razón, libres de la fe.

Pero esta razón no permite tal clase de burlas; sino que pregunta cómo esta *llama* y este *don* de la Galilea, naturalmente fecundo en grandes hombres, no produjo más que doce en toda la serie de los tiempos. Pregunta cómo produjo á un tiempo mismo estos doce hombres, y cómo es que fueron precisamente los Apóstoles. Pregunta cómo tardaron estos grandes hombres en llegar á serlo, habiendo sido gente tan sencilla durante toda la vida de JESUCRISTO, y cómo no se desarrolló hasta *mas tarde* (3) la personalidad de este hombre extraordinario que imprimió tan vigoroso giro al Cristianismo naciente, como dice de Juan M. Renan. Pregunta cómo es que este singular *mas tarde* es precisamente el tiempo en

(1) *Vida de Jesús*, p. 163.

(2) *Id.*, p. 149.

(3) *Id.*, p. 156.

que predijo Jesucristo que acontecería esto, y en el que colocan los Apóstoles el acontecimiento sobrenatural á que hacen remontar su saber.—Pregunta cómo es también que precisamente, cuando dejaron el clima *inspirador* de Galilea, fue cuando llegaron á ser grandes hombres, y cómo lejos de su país, en Jerusalem, en Antioquía, en Corinto, en Efeso, en Atenas, en Roma, entre los filósofos, ante los magistrados, en medio de las muchedumbres enemigas, bajo el hacha de los verdugos, solamente entonces fueron tan ilustrados, tan superiores, tan persuasivos y tan intrépidos.—Pregunta si la expresión de *grandes hombres* aplicada á gentes tan inferiores y superiores á este carácter, no acusa por sí sola, con su impropiedad y su disonancia, á la incredulidad que rehusa ver en ellos, órganos naturales de la revelación.—Pregunta en fin, cómo estos mismos hombres *de claros y dulces ojos, de conciencia divinamente lucida, á quienes les mereció la pureza de su corazón un día ver á Dios*, no habían de haber sido más que una compañía de farsantes, fingiendo inspiración y don de lenguas, y cómo había de haber sido todo el universo y sería aun en el día víctima y objeto de esta farsa.

Esto es todo lo que pregunta la razón á vosotros sus pretendidos apóstoles, que no hacéis más que sobornarla y á quienes ella principia en fin á conocer.

La razón ha elegido ya entre los apóstoles de la fe y los apóstoles de la incredulidad.

M. Renan habla poco de la Iglesia en su libro. Sin embargo, lo que dice de ella, debe recogerse como confesión.

«Jesus, dice, echa con gran *seguridad de miras* las bases
 »de una Iglesia *destinada* á durar mucho (1). Los *doce*, for-
 »maban un grupo de discípulos privilegiados en que guardaba
 »Pedro su primacía enteramente fraternal, y al cual confió
 »Jesus el cuidado de propagar su obra (2).»

No se puede espresar mas exactamente:—la institucion y los
 destinos de la Iglesia;—la primacía pontificia;—y en fin, la
 direccion suprema conferida, adherida á esta primacía.

Añadiré que no hay cosa mejor ideada, á no admirarse
 de esa maravilla que presenta la Iglesia subsistiendo y resis-
 tiendo en su debilidad natural, despues de diez y ocho siglos
 de asaltos, si es que no se ve en ella la fuerza misma de Dios.
 Cuando la incredulidad cree poder negar lo sobrenatural, no
 deja pasar un mosquito; cuando esta sobrado manifiesto, se
 traga un elefante.

M. Renan confiesa ó reconoce igualmente la tradicion.

«Jesus guardaba para los doce evidentemente secretos que
 »les prohibia comunicar á todos... Lo cierto es que tenia para
 »los apóstoles enseñanzas reservadas (3)... Inútil será obser-
 »var cuán lejos estaba del pensamiento de Jesus la idea de un
 »libro religioso que contuviera un código y artículos de fe. No
 »solamente no escribió, si no que era contrario al espíritu de
 »la secta naciente hacer libros sagrados... En un principio tu-
 »vieron los Evangelios un carácter privado y una autoridad
 »mucho menor que la tradicion (4)... Trataba de establecer de

(1) *Vida de Jesus*, p. 290.

(2) *Id.*, p. 291.

(3) *Id.*, p. 291, 292.

(4) *Id.*, p. 299.

»todas maneras como principio que él mismo era su apostolado (1).»

Sin embargo, M. Renan no admite que hubiese en la enseñanza de Jesús rastro ó señal alguna de moral aplicada, ni teología alguna, ni ningún símbolo ni ningún sacramento.

Pero contra semejante negación, se levantan todos los textos evangélicos.

En ellos se ve y se lee manifestamente.

La *Trinidad* en la noción tan multiplicada del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y su intervención distinta y una en la obra de la salvación humana. El Padre que envía, el Hijo que se ofrece y que viene, el Espíritu Santo que debe venir: los tres manifestados sensiblemente en el Bautismo de JESUCRISTO, donde el Padre proclama en él al Hijo de sus complacencias, y donde el Espíritu Santo desciende sobre él en figura de paloma (2).

La *Encarnación*, en la angélica escena de la *Anunciación* y en la sublime genealogía del *Verbo hecho carne* (3).

La *Redención* en todos aquellos pasajes en que habla el Salvador de su sacrificio en términos de expiación universal, según los cuales lo habían anunciado las profecías, y en que llama á su sangre *la sangre de la nueva Alianza que debe derramarse por la remisión de los pecados* (4).

La *Resurrección de los muertos*, en estas palabras de aquel que se anunciaba ser la *Resurrección* misma. «Todos los que es-

(1) *Vida de Jesús*, p. 294.

(2) Marc., I, 10.—Juan, I, 32.

(3) Luc., I, 26.—Juan, 1 y 14.

(4) Math., XXVI, 28.—Marc., XVI, 24.

»en los sepuleros oirán la voz del Hijo de Dios, y los que hubieren hecho obras buenas, resucitarán para la vida, mas los que las hubieren hecho malas, resucitarán para la condenacion (1).

El *Juicio*, en aquel gran Tribunal en que «viniendo el Hijo del Hombre revestido de su magestad y todos los ángeles con él, se sentará en el trono de su gloria, y se congregarán delante de él todas las gentes, y separará los unos de los otros, como un pastor separa las ovejas de los cabritos (2).

El *Paraiso*, en el que hace entrar Jesus al morir al buen ladron y que es ese *Reino* de Dios preparado para sus escogidos desde el origen del mundo (3).

El *Infierno*, representado con tanta frecuencia bajo la terrible imágen de aquellas tinieblas exteriores donde habrá llantos y rechinar de dientes, y de aquel fuego eterno inextinguible, preparado para el diablo y sus ángeles (4).

El *Bautismo*, «id y bautizar á todas las naciones en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo (5).»

La *Confesion*, «Aquellos á quienes remitiéreis ó perdonáreis los pecados, les serán perdonados, aquellos á quienes se los retuviéreis, les serán retenidos.—Todas las cosas que atáreis ó desatáreis sobre la tierra, serán atadas ó desatadas en el cielo. (6).»

(1) Juan, V, 28 y 29.

(2) Math., XXV, 31, 32.

(3) Luc., XXIII, 43.—Math., XXV, 34.

(4) Luc., XIII, 28.—Math., VIII, 12; XXV, 34.

(5) Math., XVIII, 19.

(6) Math., XVIII, 18.

La *Eucaristía*, «Tomad y comed, éste es mi cuerpo, tomad y bebed, esta es mi sangre.—Mi cuerpo es verdaderamente vianda, mi sangre verdaderamente bebida: haced esto en memoria mia (1).»

El *Orden*, «En ese poder privilegiado de bautizar, de perdonar los pecados, de hacer conmemoracion de la cena, y en el de instruir á las naciones y enseñarles á observar todo lo que habia ordenado Jesucristo.»

El *Matrimonio*, cuya indisolubilidad se restablece por el plan primitivo de la creacion, con estas palabras: «No separe el hombre lo que Dios unió.»

Forzoso nos es concretarnos, y esta rápida esposicion de los textos evangélicos basta para dejar en su verdadero valor la asercion hecha tan á la ligera por M. Renan.

Los Apóstoles divinamente inspirados; la Iglesia asistida de un modo sobrenatural; la fuente evangélica de sus enseñanzas y de sus sacramentos; todos estos puntos de nuestra fe, están pues vengados, y su verdad resalta de un modo patente y brillante de las confesiones ó de la impotencia de la incredulidad.

(1) Luc., XXII, 19.

CAPITULO XV.

LA VIRGEN MARÍA, MADRE DE DIOS Y MADRE DE LOS HOMBRES.

La Encarnacion es el dogma inicial del Cristianismo. Los demás misterios, el Apostolado, la Eucaristía, la Muerte, la Resurreccion y la Ascension del Hijo de Dios, son solo el des-
envolvimiento y la consumacion del designio que comenzó desde entonces. En ella están todos contenidos; y al romperse sobre la Cruz, segun la opinion de un Santo Padre, la vida del SALVADOR, concebida en el seno de MARIA, derramó ó difundió para la redencion del mundo, el precio que ocultaba desde el principio.

Este precio traído del cielo ha sido atraído en María pero no sin María, por una operacion celestial, pero no sin su cooperacion virginal, no sin el FIAT de su fe, de su amor, de su pureza inmaculada.

La importancia de la VIRGEN MADRE se mide desde entonces por este misterio de los misterios de que ella fue voluntario y digno instrumento. El nombre de Hijo, que es la cualidad propia del Redentor, y que es única en él como su persona, en sus dos naturalezas divina y humana; este gran titulo

de HIJO DEL HOMBRE que él se daba con preferencia aun al de Hijo de Dios; que lo llevó consigo á la gloria y que traerá un dia al Juicio final del universo, llama al de la MADRE, al cual corresponde en la tierra, como al del PADRE en los cielos. Refleja su magestad y su gracia sobre esta Maternidad virginal que él implica, y á la cual comunica en la eternidad de su predestinacion como en la de su gloria, su soberana y misericordiosa actividad.

Todo el Cristianismo dogmático, evangélico é histórico, puede considerarse asi con relacion á la humilde MARIA, Madre de Dios y Madre de los hombres. Asi hemos tratado de demostrarlo en los *Nuevos Estudios filosóficos sobre la Virgen María en el Plan divino; La Virgen María segun el Evangelio; y La Virgen María viviendo en la Iglesia.*

Este asunto que la preocupacion racionalista ha relegado al dominio de las pequeñas prácticas devotas, agota la contemplacion de la inteligencia, otro tanto como se presta á la sencillez del corazon. Popular y sublime, fue en todo tiempo patrimonio de los sencillos y de los grandes ingenios; asi como tuvo siempre en contra suya los espíritus alambicados y á las medianías, «espíritus toscos y pesados en su pretendida sutileza,» como los llama Bossuet (1).

Debía tener contra sí á nuestros críticos. Menospreciadores de JESUCRISTO, debían serlo de su divina Madre, y en esto, como en todo lo demás, debían fundar lo que atacaban.

¡Admirable enlace de verdades de nuestra fe demostrado

(1) Discursos á las religiosas de Santa María, en el dia de la festividad de la visitacion de la Santísima Virgen.

por sus enemigos ! No pueden atacar á JESUCRISTO, sin atacar por una parte á Dios y por otra la maternidad de María; sin negar lo sobrenatural en su esencia y en su operacion. Esta operacion cuya sede y santuario es María; de donde se ha mostrado á nosotros el Invisible; se ha entregado á nosotros el Inaccesible; se ha hecho Dios con nosotros el Terrible, y donde el *Verbo se hizo carne y hábito entre nosotros*; esta operacion, repito, en que ha descendido por Amor el Altísimo hasta á revestirse con nuestra naturaleza decaida, para elevarse á los esplendores de su divinidad, y que es la fuente sagrada de donde se ha difundido y espaciado en el mundo lo sobrenatural, debia valer á María el honor de ser blanco de los mismos ataques que su divino HIJO, y que Dios mismo.

En esto se cumplió á la letra la profecía del anciano Simeon, cuando dirigiéndose á MARIA, y anunciando que el Niño Dios seria blanco de contradiccion, añade: *et tuam ipsius animam pertransibit gladius*, «y serás traspasada con el mismo cuchillo que á él le hiera,» con la espada de la calumnia, segun el sentido que tenia á veces aquella palabra entre los Hebreos, dice el sabio Grocio.

Hé aquí, pues, que en una empresa cuyo objeto y cuyo medio es la negacion del orden sobrenatural, la negacion de Dios y de toda religion en JESUCRISTO, es preciso comprender á MARIA, implicarla en la misma impiedad y en la misma blasfemia.

Aprended en esto, semi-cristianos y protestantes, aprended del impío y del ateo, á no escluir á MARIA del culto de vuestra piedad y de vuestra fe.

Y como si no fuese bastante este ataque comun á MARIA, á JESUCRISTO y á Dios, para mostrarnos la relacion que nos la recomienda, nos señala el enemigo los puntos particulares que deben motivar nuestro culto, dirigiendo á ellos su agresion, con el infalible instinto del odio.

Estos puntos son dos:

- 1.º La virginidad de María por la que aparece MADRE DE DIOS.
- 2.º La parte que ha tenido en el misterio y en el testamento de la cruz, donde ha sido instituida *Madre de los hombres*.

I.

La virginidad de María no podia desatenderse por M. Renan.

Si la hubiera dejado subsistir en su obra, hubiera dejado subsistir la divinidad de JESUCRISTO, y en esta, la Divinidad misma.

En efecto: así como era conveniente, dice Tertuliano, que naciera de la mujer el Hijo de Dios, para que en esto fuese Hijo del hombre; asimismo convenia que no naciera de la semilla del hombre, no fuese que si era enteramente hijo del hombre, no pareciera Hijo de Dios (1).

Así ¡admirable economía! á la manera que la maternidad de MARIA descubre la humanidad del Verbo, así su virginidad descubre la divinidad, y la armonía ó correspondencia de la maternidad y de la virginidad de MARIA, descubre la armonía

(1) De carn. Christ., XVIII.

de la humanidad y de la divinidad en JESUS. La MADRE VIRGEN testifica al HOMBRE DIOS.

Por esto la VIRGEN MARIA ha sido en todo tiempo el escudo y la espada de la fe cristiana contra todas las heregías que se han dirigido á JESUCRISTO; el argumento de dos filos por el cual ha tenido la Iglesia razon contra las sutilezas del error. A las primeras heregías que negaron la carne del Verbo, se opuso la maternidad de MARIA; á las que negaron despues la divinidad de JESUCRISTO se opuso la virginal y celestial concepcion por la cual se hizo carne; finalmente, á las que vinieron á negar la union personal en él de las dos naturalezas, se opuso la maternidad divina de que era único fruto.

Con todos estos titulos se ha acrecentado en el mundo el culto de Maria, como el paladion de la fe.

M. Renan, pues, debia justificarlo una vez mas, atacando la divinidad de JESUCRISTO en la virginidad de MARIA.

Pero batido anticipadamente en sus predecesores, solo ha demostrado su debilidad y la fuerza de la verdad á que se ha esquivado.

En el siglo IV, un tal Helvidio se granjeó un nombre irrisorio por la pobreza y la ignorancia de los argumentos con que atacó la virginidad de MARIA. San Gerónimo lo confundió para siempre, y desde entonces, católicos y protestantes, solo han recordado su empresa para despreciarla. — «Helvidio se »mostró sobrado ignorante, dice Calvino, diciendo que Maria »tuvo muchos hijos, por mencionarse en algunos pasajes á los »hermanos de Cristo. Ya hemos dicho, en efecto, que segun

»costumbre de los hebreos, se llamó hermanos á todos los parientes (1). Añadamos á esto, que el Evangelio llama á los »hermanos de Jesus por sus nombres, como hijos de María de »Cleofás, hermana de María, madre de Jesus, y por consiguiente, como no siendo á la letra mas que primos hermanos de »Jesus.»

Es necesario ser *sobrado ignorante* para no saber esto, ó burlarse demasiado del público para callarlo. Asi M. Renan se acusa á sí mismo sobre este punto.

«Tenia, en efecto, María, dice, una hermana llamada tambien María, que se casó con cierto Alfeo ó Cleofás y que tuvo »muchos hijos, que hicieron un papel importante entre los discípulos de Jesus. Estos *primos hermanos* tomaron el titulo de »hermanos del Señor (2).»

No obstante, M. Renan reproduce en su obra la tentativa de Helvidio. No puede resignarse con la virginidad de María, y su critica tan indócil como impotente, se replega ó enrosca en insidiosas maquinaciones contra esa planta virginal, de la que se ha escrito: *Ipsa conteret caput tuum et tu insidiaberis calcaneo ejus* (3).

(1) *Comment. sobre la armonia evang.*, p. 285. No solamente era uso entre los hebreos llamar *hermano* por *primo*, sino tambien entre los griegos y los romanos. *Quem Jesu FRATREM id est CONSOBRINUM, loquendi genere etiam Græcis et Romanis noto*, dice Grocio.—Hoy mismo, no existe en Rusia nombre para significar al primo y al primo hermano, etc. Se llama *hermano* á todos los próximos parientes. Para distinguir á los hermanos, propiamente dichos, de los primos, se dice *hermano de padre*.

(2) *Vida de Jesus*, p. 24.

(3) Genes., III, 14, 15.

Prestemos nuestra atencion á este espectáculo, que aunque triste, es de los mas instructivos.

«La familia, dice M. Renan, bien proviniese de *uno ó de muchos* matrimonios, era bastante numerosa. Jesus tenia hermanos y hermanas de los cuales *parece haber sido el mayor* (1).»

Hé aquí, pues, á la Madre de Jesus, despojada de esta aureola de virginidad y de casto aislamiento con su divino hijo, á la vista contemplativa y distante de José, tal como nos la hace adivinar el pincel de Rafael, inspirado por el Evangelio, en tantas obras maestras, y trasformada en una madre de familia á la manera de las de Greuze, que no tenia aun el carácter de dignidad que los paganos realizaban en la esposa cuando escribian en su sepulcro: *univiral*

En apoyo de esta asercion, indica profusamente M. Renan, por medio de citas al pie de las páginas, los Evangelios, los cuales nunca han sido para él tan auténticos ni tan sagrados.

Sin duda para evitar que se le confunda comprobando los testos, ó por el conocimiento que se tiene ya de ellos, confiesa muy en breve, que estos pretendidos hermanos de Jesus, llamados Jacob, José, Simon y Judas, hijos de María de Cleofás, hermana de María y de Jesus, solo eran primos hermanos. Pero por de pronto, queda ya la mala impresion y esto ya es una ventaja.

Despues, en la misma retractacion, se insintía con refinada perfidia un ataque secreto, una confesion envenenada, dicien-

(1) *Vida de Jesus*, p. 23.

do en nota:—«En efecto, las cuatro personas *que se dan* »(Matth. XIII, 55; Mar. VI, 3); *por hijos de María, madre* »*de Jesus*, Jacob, Josef ó José, Simon y Judas, vuelven á en-
»contrarse poco despues como hijos de María y de Cleofás (1).»

Que se dan por hijos de María, madre de Jesus ¡Y os atreveis á indicar los testos! ¡Estos testos en que no se encuentra ni la palabra de *hijo*, ni ninguna otra que haga la menor alusion á esta filiacion; en los que solo se les nombra *hermanos de Jesus*! ¡Y os atreveis á hacer decir asi al Evangelio, que estos *hermanos* eran *hijos de María, madre de Jesus*!!!—Denuncio este indigno procedimiento á la honradez del lector. Es la teoria de la sinceridad de muchas medidas, practicada sin medida alguna.

Y nótese bien todo lo culpable que hay en esta táctica, por todo el cálculo que encierra.

No es solamente una mala salida de la confesion que se venga de la verdad por medio del insulto, dejando en ella su veneno; es la preparacion de todo un sistema.

M. Renan necesita que haya una dificultad respecto de estos primos hermanos de NUESTRO SEÑOR y una dificultad grave, para tener ocasion de introducir una conjetura.

Ahora bien, no hay sombra de dificultad, si solo nombra el Evangelio á los primeros hermanos de JESUS como hermanos de Jesus, cuando, designándolos por sus nombres, dice que son hijos de María de Cleofás, hermana de MARIA, madre de JESUS.

Pero si el Evangelio *diera* estos mismos individuos, por una parte, como hijos de María de Cleofás, y por otra, *como*

(1) *Vida de Jesus*, p. 24.

hijos de María, madre de Jesús, entonces habría ya dificultad, habría campo para la conjetura, materia para la hipótesis, y esto es lo que ha querido, esto es lo que ha inventado y maquinado M. Renan.

¿Hay en lo que digo, engaño ó calumnia?

Veamos.

«La hipótesis que nos proponemos,» —añade al punto, después de haber dicho que las personas en cuestión se dan (Matth. XIII, 55, y Mar. VI, 3), *como hijos de María madre de Jesús*, —«es la única que disuelve la *enorme dificultad* »que se encuentra en suponer á dos hermanas, como *teniendo cada una tres ó cuatro hijos*, que llevaron los mismos nombres (1)...»

¿No es esto proceder deslealmente cuando no hay una sola palabra en el Evangelio que dé á María ningun otro *hijo* mas que Jesús, y cuando la *enorme dificultad* de que *cada una de las dos hermanas tuviera tres ó cuatro hijos con iguales nombres*, no es mas que una *enorme falsificación*?

Desenmascarada así la dificultad inventada por M. Renan, para introducir su hipótesis, no es ya necesario examinar ésta.

Sin embargo, no hagamos gracia de este exámen.

Estando esta hipótesis modelada sobre la dificultad, y consistiendo ésta en la fábula de darse á *una* y *otra* de las dos Marías por madre de tres ó cuatro hijos que tuvieran los mismos nombres, consiste la hipótesis en suponer dos series de hijos de estas dos hermanas, dos series de hermanos de Jesús; los unos primos hermanos suyos, con el nombre de hermanos; los

(1) *Vida de Jesús*, p. 24.

otros, verdaderos hermanos suyos, siendo hijos verdaderos de María su madre.

Es verdad que el mismo Evangelio que se opone á la dificultad, no se opone menos á la hipótesis que la resolvería: que en ninguna parte se hace alusion alguna á la existencia de *estos verdaderos hermanos* de JESUS, porque en ninguna parte se hace la menor alusion á la maternidad de MARIA, sino es como MADRE DE JESUS, que es el único nombre con que se la designa. Pero M. Renan no conoce mas dificultades que las que él inventa. «Todos (estos pretendidos verdaderos hermanos »de Jesus) han quedado en la oscuridad» dice:—«Su nombre »era desconocido.»—«Siempre han permanecido en la oscuridad.»

Pues entonces ¿qué es de vuestra hipótesis?

No importa: los cuatro hijos de María de Cleofás *dábanse* (Matth. XIII, 55; Mar. VI, 3), *como hijos de María, Madre de Jesus*, segun la invencion de M. Renan,—por lo cual, es preciso que haya tenido Jesus verdaderos hermanos.—Solamente que era desconocido su nombre. Y lejos de oponerse esta oscuridad impenetrable de los verdaderos hermanos de Jesus, aun á los ojos de sus contemporáneos, á la hipótesis de su existetencia, sirve de apoyo á esta hipótesis, esplicando por qué no se les ha nombrado; mas aun, por qué se ha nombrado siempre en su lugar á los primos hermanos de Jesus.

Creeréis, queridos lectores, que me burlo de M. Renan, al prestarle esta lógica.

De ninguna manera: él es quien mas bien se burla de vosotros. Hé aquí sus propias palabras: «Era su nombre descono-

»cido hasta el punto de que, cuando pone el evangelista en boca
 »de las gentes de Nazareth la enumeracion de los hermanos se-
 »gun la naturaleza (este *segun la naturaleza* es pura invencion)
 »se presentan á su imaginacion desde luego los hijos de Cleofás.»
 «Habiendo oido el evangelista llamar á estos cuatro hijos de
 »Cleofás, «hermanos del Señor,» pondria equivocadamente los
 »nombres de los verdaderos que permanecieron siempre oscu-
 »ros (1).»

¡Oh incredulidad á qué te ves reducida! ¿cómo calificar
 ésta lógica y esta táctica? No lo haré yo, ni es esto necesario,
 porque me basta con esponderlo.

A la asercion tan ponderada de que tenia Jesus hermanos y
 hermanas, ha añadido M. Renan «de los cuales parece haber
 sido Jesus el mayor,» y despues remite para esta palabra, *ma-
 yor*, á Matth. I, 25.

Todo está calculado y combinado en el autor de la *Vida de
 Jesus*, hasta su circunspeccion. Acudiendo al testo evangélico
 que él indica, se lee, respecto de José y de María. «Y no la
 »conoció hasta que parió á su hijo primogénito.» Hé aquí cier-
 tamente un testo que parece prestarse á conjeturas é hipótesis
 contra la virginidad de María, para un enemigo tan poco es-
 crupuloso como M. Renan. ¿De dónde viene, pues, que se haya
 limitado á esta simple insinuacion: «de los cuales parece haber
 sido el mayor?»

Esto consiste en que el argumento que intentó sacar de
 este testo el antecesor de M. Renan, Helvidio, fue tan mal re-
 cibido, que ha juzgado prudente M. Renan no atraerse esta

(1) *Vida de Jesus*, p. 23 y 24.

desventura; desventura tal, que es hasta temerario que M. Renan se arriesgue á esta simple insinuacion.

Podria citar en apoyo de este parecer muchas autoridades; mas estando todas unánimes, me limitaré á una que no es sospechosa; es tambien la de Calvino.

«A pretesto de este pasaje: *Y no lo conoció hasta que parió á su Hijo primogénito*, dice, produjo Helvidio en su tiempo grandes turbulencias en la Iglesia, porque quiso sostener con él que no fue virgen María, sino hasta su parto, y que des- pues habia tenido otros hijos de su marido. San Gerónimo sostuvo con gran energia y constancia la virginidad perpétua de María, escribiendo sobre ella ampliamente. Pues bien, bástanos decir, que esto no tiene que ver con las palabras del Evangelista, y que es una locura querer deducir de este pasaje lo que aconteció despues del nacimiento de CRISTO (1). Llá- masele primogénito, mas no por otra razon, sino para que sepamos que nació de una madre virgen y que jamás tuvo hijo. Dicese que no la conoció José hasta que hubo parido, lo cual debe restringirse al mismo tiempo. El Evangelio no dice una palabra en cuanto á lo que ocurrió despues del parto. Sabido es, que segun el uso comun de la Escritura, estos modos de hablar deben entenderse así. Verdaderamente es este un

(1) «La propia intencion del Evangelista, dice Grocio, con perfecto sentido, nos prescribe detenernos en este tiempo del parto de que habla, no teniendo intencion su mente de otra cosa que de dar á conocer que José fue extraño á aquel suceso. Por lo cual, no tenia objeto ninguno mencionar lo relativo á un tiempo posterior.» (*Annot. in Matth.*)

»punto, sobre el cual no promoverá jamás disputa hombre alguno, á no ser algun zumbon y testarudo (1).»

Compréndese actualmente, á un tiempo mismo, la reserva y la temeridad de M. Renan, sobre este punto.

Notaré yo ahora la afectacion con que ha escrito M. Renan: «¡José murió antes que llegara su *Hijo* á hacer papel alguno público, quedando por ello María por cabeza de la familia, y asi se esplica por qué se llamaba á su *Hijo* las mas veces Hijo de María, cuando se le queria distinguir de sus numerosos homonimos!...»

Esto da lugar á una reflexion que no solamente rectifica la de M. Renan, sino que demuestra plenamente la gloriosa importancia de María.

Aunque durante la vida de Jesucristo, haya sido velada la virginidad de su nacimiento por la paternidad adoptiva de Josef, es sin embargo notable, que se halle éste siempre en segundo término en las escenas en que figura (comprendidas admirablemente en este punto por el arte cristiano) y que solo aparezcan en primer término el *Niño con María su Madre* (2). Asimismo, en esas escenas de la infancia de Jesus, en que se halla presente Josef, aparece la Virgen María mayormente con ese brillo que reflejaba sobre ella la divinidad de Jesus y las adoraciones de que era objeto por parte del cielo y de la tierra. Y de aquí proviene que los Evangelistas llamen en toda la serie del

(1) CALVINO, *Comment.* sobre la armonía evangél., p. 41.—Véase todo el cap. VII de nuestra obra titulada: *La Virgen María segun el Evangelio*, donde se trata á fondo todo lo concerniente á la virginidad de María.

(2) Matth. II, 2.—XIII, 20, 21, etc.

divino relato, á JESUS, *Hijo de María*, para indicar que era hijo solo de María, y á MARIA, *Madre de Jesus*, para indicar que era madre solo de JESUS. Todo esto es tanto mas notable, cuanto que se halla en oposicion con las costumbres antiguas, segun las cuales era siempre eclipsada la madre por el padre, y la mujer por el marido.

Asi, M. Renan que hubiera tenido tanto interés, segun su sistema, en representarnos á Jesus en estas escenas de su infancia, en que se hubiera desmentido la virginidad de María por la paternidad de Josef, las ha esquivado y suprimido todas; y ciertamente solo las ha esquivado y suprimido porque le desmentian.

Es verdad que dice en un pasaje: «Solamente despues de la muerte de Jesus, adquiere María una gran consideracion, y tratan los discípulos de mostrarle su adhesion» (lo cual es históricamente falso, puesto que no se menciona á María despues de la muerte de Jesus, sino *una sola vez*.) Pero se desmiente él mismo con esta nota: «Comp. Luc. I, 28; II, 35, que implica ya un gran respeto á María (1).»

Un gran respeto, ¡yo lo creo! ¡Respeto del Angel, respeto de Isabel, respeto de Juan Bautista, respeto de Josef, respeto de los Pastores, respeto de los Magos, respeto de Simon, respeto de Jesus y de Dios mismo! Esto es lo que aparece en todas estas grandes escenas, en todos estos sublimes y conmovedores misterios de la Anunciacion, de la Visitacion, de la Natividad, de la Adoracion de los Magos, de la Purificacion, de la Huida á Egipto, de Jesus encontrado entre los Doctores, de

(1) *Vida de Jesus*, p. 154.

su sumision á MARIA durante treinta años , y del gran milagro de Caná donde anticipó la manifestacion de su divinidad en favor suyo.

¿ Concíbese que M. Renan no consagre en una *Vida de Jesus*, á todos estos grandes acontecimientos, mas que esta nota al pie de una página: *Comp. Luc. I, 28; II, 35*, la cual *implica ya un gran respeto hácia María?* ¿ Concíbese que desgarre y haga desaparecer asi la mitad del Evangelio, sin dar sobre esto esplicacion alguna?

Seguramente hay una, y aparece á las claras en el mismo cuidado que pone en ocultarla; y es el testimonio patente que da el Evangelio á la virginidad, á la maternidad divina de MARIA.

El Evangelio mismo lo declara: «Todo esto sucedió para que se cumpliera lo que dijo el Señor por el Profeta que dice: *»Hé aquí que una Virgen concebirá y parirá un hijo, á quien darán el nombre de Manuel, que significa Dios con nosotros (1).*»

«Tal vez, dice M. Renan, hubiera sabido reconocer desde entonces una *mirada sagaz*, el gérmen de los relatos que debían atribuirle un nacimiento sobrenatural, ya en virtud de esta idea muy divulgada en la antigüedad, que el hombre extraordinario ó superior no puede nacer de relaciones ordinarias de ambos sexos; ya para responder á un capítulo mal entendido de Isaias, donde se creía leer que nacería el Mesías de una Virgen... (2).»

(1) Matth., I, 22.

(2) *Vida de Jesus*, p. 241.

Aquí la *mirada sagaz* sería singularmente miope. No es cierto que se *creyera leer* en el capítulo indicado de Isaías, que nacería el Mesías de una Virgen. Se leía muy claramente lo que se hallaba escrito con gran claridad en hebreo y traducido en griego por los *setenta*:—«Dios mismo os dará un prodigio: »vedlo aquí: Una VIRGEN CONCEBIRA Y PARIRA UN HIJO que se llamará Dios CON NOSOTROS (1).» Hijo de la Virgen de quien dice el Profeta un poco mas adelante: «Ha nacido un *parvulito* »para nosotros y se nos ha dado un hijo que se llamará... »Dios... (2).»

Y se entendía claramente esta profecía del Mesías, mucho antes de la venida de JESUCRISTO (3).

Y por otra parte, además de la aplicacion directa de esta profecía á JESUCRISTO, al principio del Evangelio de San Mateo, señala como con el dedo el cumplimiento de esta profecía el Angel de la Anunciacion en San Lucas, con estas mismas palabras de Isaías que dirige á la Virgen María: «Hé aquí que concebirás y parirás un hijo que se llamará el Hijo del Altísimo.»

Y cuando oimos, despues de esto, esclamar en alta voz á Isabel inspirada por Dios, al ver á María: «Bendita eres entre »todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre. ¿Y de »dónde puede provenirme el honor, de que la madre de mi Señor se digno visitarme?» ¡ Cuando oimos á la misma MARIA

(1) Isaías, cap. VII, 44.

(2) Id., cap. IX, 2, 6.

(3) Paráfrasis caldáica de Jonatham ben Huziel,—el Medraschrabba, sect. *Debarim*, fol. 287, col. 3; —el lib. *Benkira*, fol. 41 vuelto, edit. de Amsterdam, 1760.

inspirada por el Verbo que lleva en su seno «glorificar al Señor »por haber hecho en ella su poder grandes cosas, y por lo cual »la proclamarán bienaventurada todas las generaciones futuras ;»—cuando vemos á MARIA asociada de una manera tan privilegiada á Jesus en las glorias de la *Epifanía* y en los dolores de la *Presentacion* ;—cuando , en fin , para abreviar , leemos en el principio del Evangelio de San Juan , aquella sublime genealogia del VERBO HECHO CARNE , saliendo de Dios de toda eternidad y naciendo de María en el tiempo ;—¿cómo no ver claramente , que á no repudiar el mas bello enlace profético é histórico que puede verse , es preciso honrar en María á la Madre Virgen del Hijo de Dios ?

«Honremos , pues , juntamente , con la distincion oportuna , dice Bossuet , al Hijo de la Virgen y á la Virgen Madre , puesto que el Hijo de la Virgen es el Hijo de Dios , y que la Madre Virgen es Madre de Dios ; reconozcamos en estas dos palabras *Madre Virgen, é Hijo de la Virgen* , la correlacion mas bella que puede concebirse ; adoremos á JESUCRISTO como verdadero Dios ; pero confesemos al mismo tiempo , que lo mas próximo que existe á él , es aquella á quien se dignó acoger por madre suya , al tomar él la naturaleza humana (1).»

Hé aquí lo que hace estallar el ataque de M. Renan.

II.

No hace resaltar menos en MARIA Madre de Dios el ministerio de *Madre de los hombres*.

Este ministerio le fue conferido por Jesus al morir , quien

(1) Explicacion de la profecía de Isaias.

legó su Madre á la humanidad, en aquellas memorables palabras que dijo á María y á San Juan: «Mujer, ve ahí á tu hijo;» —Hijo, ve ahí á tu Madre.»

M. Renan acusa ó revela tambien la importancia de esta investidura, por la molestia que le causa y por los medios que emplea para negarla.

«Si hemos de creer á Juan, dice, se halló María, Madre de Jesus, al pie de la Cruz, y viendo Jesus reunidos á su madre y á su discípulo amado, debió decir al uno: «Ve ahí á tu Madre,» y al otro, «ve ahí á tu hijo.» Pero entonces no se comprendería cómo es que los Evangelistas sinópticos que nombran á las demás mujeres, omitieran hablar de ésta, cuya presencia fue de tanta importancia. Tal vez la suma elevacion del carácter de Jesus, hace inverosímil este personal enternecimiento, en el instante en que, preocupado únicamente de su obra, solo existia por la humanidad (1).»

Y despues advierte, en nota, por una parte que Lucas predijo á María que le «traspasaría el corazon una daga de dolor;» pero que esto se esplica tanto menos, cuanto que omite presentar á María en la cruz,» y por otra parte dice que Juan inventó esta escena solo para *darse importancia*. «La gran consideracion de que gozaba María en la Iglesia naciente le indujo sin duda á pretender que la habia galardonado Jesus con este glorioso depósito, que le aseguraba una especie de precedencia sobre los demás, y daba á su doctrina una autoridad elevada.»

No discutiré en sí misma esta baja imputacion que no se

(1) *Vida de Jesus*, p. 422, 423.

halla autorizada por nada, que es rechazada por todo el carácter de San Juan.

Escoger al Apóstol de la caridad para convertirlo en un artífice de egoísmo, sin dar un solo indicio de semejante degradación, es presentarle muy desfavorablemente; es testificar así toda la fuerza y toda la trascendencia de la verdad que reduce á su agresor á esta miseria.

El mismo M. Havel se niega á creer en esto: «si se presentan así las cosas, dice, es fuerza suponer que mintió también Juan, y esto del modo más atrevido y más fácil de comprender.»

Pero es verdad que M. Havel puede ser magnánimo á poca costa: no hay más que *enunciar sin probarlo, lo que piensa*, que Juan no escribió nada, que ningún compañero de Jesús escribió nada, que no hay Evangelio auténtico. Esta cómoda negación lo simplifica todo, y en especial la presente dificultad. «Todo es sencillo, dice, para quien admite que no es Juan quien habla aquí, sino su escuela, etc. (1).» Sencillo, en efecto, pero demasiado sencillo.

Sin embargo, M. Havel entra á la manera que M. Renan, en otro sistema, para negar la escena del Calvario, aquel STABAT MATER que cubre con una sombra á la crítica; y aun llega á generalizarlo á todo lo que se refiere á María.

Este sistema consiste en sacar, de las diferencias que presentan entre sí los cuatro Evangelios en lo relativo á la Madre de Jesús, un argumento contra la importancia que le atribuyen.

(1) *Revista de ambos Mundos* de 1.º de agosto de 1863, p. 587.

La crítica toca aquí uno de los puntos que convencen contra ella de la verdad evangélica en lo relativo á María, y enteramente decisivo en lo concerniente á la escena del *Stabat*.

Y en efecto.

No se tachan de contradicciones las diferencias de que se habla. No se quiere decir ni aun que sean *diferencias*; esto es, que lo que dice el uno difiera de lo que dice el otro sobre un mismo punto. Quiere decirse solamente que el uno calla lo que refiere el otro; que no habla San Lucas del *Stabat* de que habla San Juan, ni San Juan del *Pertransivit gladius*, de que habla San Lucas. Asi, M. Havet hace notar que San Marcos no preconiza en nada á María, y hasta refiere las palabras de Jesus que la deprimen; que San Mateo al aplicar la profecía *Ecce Virgo concipiet* á María, presenta por primera vez como sobrenaturales la concepcion y el nacimiento de Jesus; que al desarrollar San Lucas *la leyenda*, es el único que refiere la Anunciacion, la Visitacion, la Presentacion, el hallazgo de Jesus entre los doctores, y no obstante dice cosas que achican y eclipsan despues enteramente á María; y en fin, que San Juan, que, por *razones que no son de este lugar*, dice M. Havet, no dice nada relativamente á la maternidad milagrosa de María, que hasta la humilla refiriendo la respuesta que le dió el Salvador en las bodas de Caná, la pone no obstante de manifesto al pie de la cruz.

Todo esto es muy cierto y muy concluyente contra M. Havet y contra la impiedad hácia María.

¿Quién no ve, en efecto, que precisamente por hallarse asi diseminado sin sistema en los Evangelios lo que se dice ó

se calla respecto de María, debe verse en ello la prueba mas desinteresada y mas verídica?

¡ Cuán libre está de todo partido preconcebido, de toda con-fabulacion el modo como aplica San Mateo á la Virgen la profecía, *Ecce virgo concipiet*, puesto que deja á San Lucas el cuidado de referir en la escena de la anunciacion el cumplimiento literal de esta profecía, de que tampoco parece hallarse preocupado San Lucas!

Cuán libre se halla San Lucas á quien se acusaria infaliblemente de complacerse en la gloria de MARIA, en caso de atenerse á todas aquellas grandiosas escenas de la infancia de Jesus, preconizado y adorado en los brazos de la Virgen Madre, de toda sospecha sobre este punto, por la sencillez con que dice de ella y de Josef, con motivo de la respuesta que les dió Jesus, cuando le hallaron entre los doctores: *¡Y no comprendieron lo que les decia!* «Rasgo inconcebible despues de lo que contienen los primeros capitulos,» observa M. Havet: inconcebible, en efecto, dado vuestro sistema de parcialidad evangélica, que se ve destruido por él.

Y ¿qué diremos ahora de San Juan y de la escena del *Stabat*, objeto de estas consideraciones? ¡Cómo! ¡Tacha á este Evangelista M. Renan de haber querido darse importancia, por presentar á María al pie de la cruz; le imputa haber querido dar así á su doctrina del Verbo encarnado una elevada autoridad, y hé aquí, que segun observa M. Havet, descuida San Juan hablar de la maternidad milagrosa de María! ¿Por qué ha omitido poner en relieve, como San Lucas y San Mateo, ese carácter de Madre de Dios que debia dar tanta grandeza al

de Madre de los hombres, cuya investidura le hace dar por Jesús al morir? *Por razones que no son del caso*, dice M. Havet. Verdaderamente que no hay otro como M. Havet para salir de apuros de esta suerte; y esto corre parejas con su *yo solo puedo enunciar, sin probarlo, lo que pienso*. Sin duda también *por razones que no son del caso*, será San Juan ó su escuela, que trataba siempre de darse importancia, correlacionándose con María, el único de los Evangelistas que haya impuesto á esta madre, aquella pretendida ó supuesta desaprobacion con que segun vosotros, la reprime Jesús públicamente en las bodas de Caná? (1). Finalmente, ¿evita por esas *mismas razones* San Juan correlacionar la escena del Calvario á la prediccion que se hizo de ella por el anciano Simeon, y recíprocamente San Lucas que refiere esta prediccion, evita justificarla con el relato de su cumplimiento en el Calvario?

Hé aquí la lógica de la impiedad.

Así es como le debemos la demostracion de la sinceridad evangélica tocante á MARIA y de la verdad histórica de aquellas grandes palabras del Testamento de JESÚS: MUJER, VE AHÍ A TU HIJO; HIJO, VE AHÍ A TU MADRE.

Ahora, restaria que demostrar que estas palabras se refieren á una maternidad que debia estenderse á la humanidad entera. Ya lo hemos hecho ámpliamente en otra parte (2). En-

(1) Véase la esplicacion de esta escena, el estudio especial que le hemos consagrado en nuestra obra titulada: *La Virgen María segun el Evangelio*.

(2) *La Virgen María, segun el Evangelio*.

tre otras razones de gran valía y muy numerosas que nos ha suministrado este grande asunto, hay una que acaba de confirmar M. Renan, y que por este motivo debemos manifestar aquí.

«La suma elevacion del carácter de Jesus, dice M. Renan, »no hace verosímil semejante enternecimiento personal, en el »instante en que, preocupado únicamente de su obra, existia »solo para la humanidad.»

Tiene razon M. Renan: no fue por efecto de un enternecimiento personal, sino únicamente bajo el punto de vista de su obra y de la humanidad como legó á su Madre.

M. Renan me causa orgullo en ocasiones, y sobre todo en ésta, haciéndome creer que ha leído mi obra sobre la *Virgen María*, y aun que se ha aprovechado de ella. Que me permita, pues, á mí tambien aprovecharme de su *Vida de Jesus* y recobrar lo que me pertenece allí donde lo encuentro.

Hé aquí efectivamente lo que he escrito sobre este punto y lo que vienen á confirmar las reflexiones de M. Renan.

Si estas palabras de Jesus tienen un sentido místico, es decir, si bajo la apariencia de un hecho particular, tienen una significacion general, una aplicacion general á todos los hombres en uno solo, con relacion á María, en tal caso, la tésis católica acerca del culto que debe á María todo *discípulo* de Jesus queda una vez mas justificada.

Esto es incuestionable.

Es incuestionable, decimos, que Jesus habló á toda la humanidad en la persona de San Juan.

La razon de ello es perentoria, á saber: que Jesucristo jamás habló sino á la humanidad.

Como solo vino para salvar al mundo, todo cuanto dijo y todo cuanto hizo no tuvo menor importancia. Exento como estaba por su Divinidad y Providencia de toda necesidad, no tuvo que hacer cosa alguna que tuviera por objeto un interés privado, como lo fuera la conservacion de su Madre. Lejos de necesitar de suplente y curador para cuidarla despues de su muerte, él que del seno de aquella muerte iba á sacudir la piedra de su sepulcro y resucitar por siempre en la gloria, mas bien debia esforzarse, si puede asi decirse, para no proveer á ello como Dios, bien así como habia tenido que esforzarse para no cuidar de su propia defensa. Hubiérale bastado no querer sufrir, como dijo él mismo, para que al punto *doce legiones de Angeles* hubieran preservado su humanidad de todo ataque (1). Estos mismos Angeles hubieran guardado á su Madre, como al fin la llevaron á los cielos. Pero *¿cómo se hubieran cumplido las Escrituras* (2), es decir, el designio de nuestra salvacion? Asi que solo mirando á este designio hizo y dijo el Hijo de Dios cuanto nos refiere el Evangelio, cuyo solo nombre, *Evangelio*, espresa la universalidad de cuanto en él se contiene. En una palabra, siendo el carácter de *Salvador del mundo* el propio de Jesus, imprimió su sello y trascendencia á todas sus acciones y palabras, y ninguna hubo que no fuera la accion y palabra del *Salvador* y no tuviera por objeto á toda la humanidad.

Y si es esto verdad de todas las obras del Salvador en todo el discurso de su vida, ¿qué diremos de las que hizo y pronun-

(1) Matth., XXVI, 53.

(2) Id. *Ibid.*, *ibid.*

ció en la cruz, y en el mismo instante en que salvaba al mundo? El momento de la muerte es por lo comun cuando se pronuncian las palabras supremas, aquellas en que el moribundo espresa lo mas profundo que hay en su alma, su misma alma en cierto modo, cuyo carácter imprime en esas *novissima verba*, que recoge la historia con tan pía y curiosa avidez. Si, pues, Jesucristo nunca abrigó en su alma otro sentimiento, otro ardor que su divina caridad para con los hombres, ¿cómo pudiéramos suponerle otro en aquel momento de los momentos, que él llamaba *su hora*, en que esa caridad le hacia dar voluntariamente su vida por nosotros, en que ejercia su funcion suprema de Salvador, en que consumaba su divina obra?

Además, el Evangelio lo dice espresamente. Inmediatamente despues de estas palabras: *Ve ahí á tu Madre*, leemos: DESPUES DE ESTO, *viendo Jesus que TODO ESTABA CUMPLIDO...* (1) Es evidente que ese *todo estaba cumplido* se refiere á lo que antecede y señaladamente á las últimas palabras *despues de las cuales* todo está consumado. Y lo que entendia Jesus por esta palabra *consumado*, lo espresó en otra parte diciendo: «¡Oh, padre! he consumado la obra que me diste á hacer para que tú seas glorificado y ellos tengan la vida eterna (2).

Tal es, pues, evidentemente el fin y la importancia de estas palabras: *ve ahí á tu Hijo; ve ahí á tu Madre*.

Y al atacarlas M. Renan, porque la suma elevacion del carácter de Jesus preocupado únicamente con su obra y existien-

(1) Juan, XIX, 28.

(2) Id., XVII, 1 á 4.

do solo para la humanidad, escluye de ellas todo sentido privado prueba aquel escritor en la VIRGEN MARIA el ministerio de MADRE DE LOS HOMBRES, asi como atacando su virginidad ha probado su título de MADRE DE DIOS.

CAPITULO XVI.

ÚLTIMA PALABRA.

He concluido este penoso trabajo: penoso, pero no ingrato; tan penoso para la razon, como fecundo para la fe que resalta patente y brillante de toda la miseria intelectual y moral de la incredulidad.

La incredulidad quedará herida profundamente con la tentativa de M. Renan y con todas las ventajas que de ésta hemos recogido contra aquella.

Para en adelante se halla enterrado su pasado, y comprometido su porvenir.

La *Vida de Jesus* inaugura una era enteramente nueva para la polémica cristiana.

Hasta el dia necesitaba la incredulidad quedar convicta de sinrazon; era preciso discutirla, perseguirla, cogerla en los mil sofismas y fingidas fugas con que se evadía, otro tanto como se dejaba ver en las evoluciones que efectuaba alrededor de la verdad que se le esponia.

Hoy es ella la que espone. Se ha hecho por primera vez, como dijimos al principiar, explicativa y positiva. Se arriesga

á atacar el hecho cristiano y á dar su solucion crítica; y viene á presentarnos la alternativa de la solucion cristiana; lo que hay que admitir para no creer.

Este partido audaz no ha sido facultativo, y M. Renan no debe ser responsable de él entre los suyos, puesto que no ha hecho mas que interpretar una situacion comun á la incredulidad entera. Ha sido un partido desesperado, pero requerido por esta situacion. La incredulidad la ha evitado en cuanto ha podido; pero habia sido rechazada tantas veces con pérdida en sus asaltos; arrojada de tal suerte de sus posiciones por los trabajos científicos que suscitó su crítica, que no le quedaba mas que sentenciarse ella misma por medio de sus confesiones, y no queriendo rendirse, le obligaba su apuro á dar esplicaciones que no estaba en su mano elegir.

No es, pues, la obra de M. Renan sino la incredulidad contemporánea, lo que hemos examinado en ella, pues por solo M. Renan no hubiéramos salido de nuestra estudiosa reserva. No gustamos de la polémica, y nos hallamos separados por sobradas circunstancias del autor de la *Vida de Jesus* para que hubiéramos pensado nunca en ocuparnos de él. Ha sido, pues, preciso, que su obra tomará las proporciones de una causa general para mover nuestro celo.

En nada se refieren á la persona los resultados que hemos obtenido; los hemos obtenido para la Fe cristiana, como despojos ópimos de la incredulidad.

No los resumimos, por ser sobrado numerosos y evidentes. No hay un solo ataque de la incredulidad que no se haya vuelto en favor de la fe. El lector tiene presente en su memo-

ria cada una de estas ventajas, sobrado singulares para no haber llamado su atencion. Preferimos, pues, dejarle con esta viva impresion, limitándonos á esponer el resultado mas general y mas demostrativo de esta gran polémica.

No hay efecto sin causa; ni por consiguiente, causa que no sea proporcionada al efecto.

El mismo M. Renan ha establecido este fundamento de toda lógica en estos términos: «Los hechos deben explicarse por causas proporcionadas á ellos. Las grandes cosas tienen siempre grandes causas (1).»

Hé aquí, pues, un principio cierto, que en el naufragio general del sentido comun, sobrenada aun en la superficie sin que podamos cogerlo.

Pero nos basta absolutamente para concluir ó deducir, que JESUCRISTO es Dios.

La causa explica el efecto, el efecto prueba la causa.

«Dios explica el mundo y el mundo lo prueba,» ha dicho exactamente Rivarol.

Estas bellas palabras pueden aplicarse á JESUCRISTO con relacion á la humanidad.

Si ha venido á reconocer la incredulidad, obligada por la conciencia universal, que JESUCRISTO explica la humanidad, se verá empeñada á reconocer, bajo pena de flagrante sinrazon, que la humanidad prueba á JESUCRISTO en la misma medida ó proporcion que Jesucristo explica á la humanidad.

Pues bien, la incredulidad confiesa y proclama á la cabeza

(1) *Vida de Jesus*, p. 267.

de la *Vida de Jesus*, que es *incomprensible toda la historia sin Jesus*, y no hay página de este libro que no presente el efecto producido por JESUCRISTO como incomparable, ilimitado, afectando á toda la humanidad pasada, presente y futura; mas aun, siendo de naturaleza propia para afectar toda la existencia intelectual y moral, no tan solo de este mundo, sino de todos los mundos: adecuado, en fin, á lo *absoluto*.

De aquí deduzco, que el autor de este efecto es superior á la humanidad de todos los tiempos, á las inteligencias de todos los mundos, y que no tiene otra medida que lo inmensurable, lo infinito, lo absoluto; lo que llamamos Dios.

Esta deducción, es tanto mas inevitable, cuanto que no se halla agotado en su obra JESUCRISTO, que ha *quedado como un principio inagotable de renacimiento moral*, como dice M. Renan; y que lejos de *ser aquí el efecto mayor que la causa*, como dice M. Scherer, y *el Cristianismo mas considerable que su autor, es lo contrario lo cierto* (1).

Así, pues, JESUCRISTO es por lo menos lo que es su obra. La verdad divina que se ha difundido de él por el mundo, vuelve á subir en prueba del mundo á él, como brota el agua á la altura de su manantial, revelando esta altura. «El agua que yo daré, ha dicho el mismo, será una fuente de agua que resalte hasta la vida eterna.» ¿Por qué hasta la vida eterna? Necesariamente porque descende de ella, porque es Jesucristo esta vida eterna que sale del seno del Padre y que nos eleva á su posesion.

(1) Periódico *El Tiempo* del 7 de julio de 1863.

Las matemáticas no contienen nada mas exacto.

Yerra , pues , el incrédulo cuando refiere la causa de este efecto universal, absoluto, divino, á un simple mortal que por grande que sea , no podrá ser mas que un ser tan miserable y flaco como el hombre.

Desatina , cuando lo refiere á un hombre que no siendo lo que él ha dicho ser , Dios, y habiendo seducido al mundo con falaces prestigios, hubiera sido mas miserable en la miserable humanidad, ignorante, falso, bellaco, extravagante.

Divaga ó se pierde en conjeturas, cuando lo refiere á un hombre , que , al mismo tiempo que habria elevado la humanidad en el efecto, la habria degradado en el medio y en la causa, hasta no poder disculparse de ello sino inculpando á la humanidad entera de mentira y de locura.

Es insensato , cuando da asi por causa , á la luz las tinieblas, á la civilizacion la ignorancia, á la verdad la mentira, á la sabiduría la sinrazon , á la moralidad la iniquidad ; cuando llega á decir , que Jesus ha quedado para la humanidad como un principio inagotable de renacimiento moral, por haber sido menos honrado que Marco Aurelio.

Atenta contra la razon, hasta abogar por la locura, y atenta contra la conciencia, hasta abogar por el deshonor.

Hé aquí el residuo de la incredulidad en el siglo diez y nueve. Hé aquí lo que es preciso admitir para no creer en la divinidad de Jesucristo. Hé aquí , en su consecuencia, la prueba vengadora, la prueba formidable de esta divinidad, cuya negacion lleva consigo la de la razon y de la conciencia.

En ella se quiere negar á la Divinidad misma; y recipro-

camente, negando la Divinidad misma, se niega la divinidad de JESUCRISTO.

Ya hemos visto que la negacion dogmática de lo sobrenatural es la negacion de Dios en principio; y la negacion evangélica de JESUCRISTO es la negacion de Dios en hecho.

Y por la negacion de Dios en principio es como se llega á la negacion de Dios en hecho, asi como por la negacion de Dios en hecho, se quiere asegurar la negacion de Dios en principio.

Ateísmo, tal es, pues, la última palabra, el término á donde vá á parar la incredulidad contemporánea, despues de haber hollado con sus pies la conciencia y la razon. Hé aquí el vacío, el abismo abierto por la negacion de la divinidad de JESUCRISTO.

Asi pues, si hay una conciencia, si hay una razon, si hay un Dios, JESUCRISTO es Dios; dependiendo solidariamente de esta creencia todo el orden racional y moral, asi como el orden sobrenatural.

Hé aquí el conjunto ó la suma del resultado que da la *Vida de Jesus*; hé aquí el saldo, ó mas bien, el déficit de la incredulidad contemporánea.

Y ahora, mis amados lectores, antes de despedirme de vosotros, y usando de esta especie de intimidad, que ha debido formarse entre nosotros en el curso de esta obra, y sobre todo de la caridad y de la fe que me la han inspirado, permitidme que os pregunte, cuál será para vosotros el resultado de este trabajo comun de demostracion y de reflexion que hemos hecho juntos.

¿Será solo el vano interés de una polémica, cuyo juez seais despues de haber sido su espectador, ó á lo mas, la conclusion lógica y fria de que JESUCRISTO es Dios, que la misma incredulidad lo demuestra y que es verdad el Cristianismo, sin otra consecuencia que asentir á ello vuestra inteligencia?

O bien, ¿será una ocasion solemne para tomar un partido respeto de esta gran verdad que no es nada, si no es activa, si no afecta al alma entera, rigiendo todo su destino?

En cuanto á mí, yo no soy mas que un hombre, y solo he podido daros razones. No he podido hacer mas que mostraros á Jesucristo, y sin embargo, debe hacerse mas. No puede ser que siendo JESUCRISTO Dios, y demostrándoseos asi, sea estéril esta conviccion. Entre ella y la fe, hay un espacio reservado á la buena voluntad del hombre y á la gracia de Dios, en el que no puedo dejaros á vosotros mismos. Desde este instante, teneis, pues, la obligacion lógica, moral, de ir á JESUCRISTO pidiéndole que venga á vosotros. Porque como vino para todos, viene para cada uno; como hubo una revelacion general para todo el género humano, hay una revelacion particular para cada alma. Esta revelacion particular es la fe: la fe que es Dios sensible al alma, hablando al alma: su voz, su vida, su gracia en nosotros; el mismo, en fin, viniendo á sentarse al hogar, á la mesa de nuestro corazon, para ser su vigor y su alimento, para revelarse allí por un encanto tan vivificador que se absorbe en él la misma fe, y que toda demostracion llega á ser no solamente inútil, sino importuna, comparada con esta íntima manifestacion.

Esperimentad este don de Dios, y en breve me direis, en

el arrobamiento de su posesion , lo que dijeron aquellos habitantes de Sichar , despues de haber visto á Jesucristo , á la Samaritana , que se lo habia anunciado : « Creemos en él , no ya »por tu relacion , sino porque nosotros mismos le hemos oido , »y sabemos que verdaderamente es este el SALVADOR DEL MUNDO (1).»

(1) Juan , IV , 42.

FIN.

NOTAS E ILUSTRACIONES.

Página 6, lín. 18. Se nos ha presentado á su autor como un filólogo consumado, como un orientalista, autor de la *Historia de las lenguas semíticas*, profesor público de hebreo, de caldeo y de siriaco, dotado de tanta poesía como saber y fuerza.

Siendo una de las causas que han granjeado mayor autoridad y prestigio á M. Renan los vastos y profundos conocimientos que se le atribuyen en las lenguas orientales, en la ciencia bíblica y en la arqueología, por la circunstancia de haberle confiado el gobierno francés una misión científica á la Fenicia, y creado para él posteriormente una Cátedra de filología comparada; suponiéndose en su consecuencia, ser las interpretaciones, erróneas violentas, y á veces contrarias, que hace de los textos originales de los libros sagrados este escritor, mas exactas y profundas que las que se leen en las versiones autorizadas que conocemos, juzgamos de suma importancia hacer algunas indicaciones sobre lo mucho que ignora M. Renan acerca de aquellas materias.

Sin detenernos á esponer la sesion celebrada en julio de 1863 en el Instituto de Francia, en la que puso M. Jomard en evidencia públicamente esta ignorancia de M. Renan, segun puede leerse en los periódicos de aquella época; ni lo que han escrito el judío M. Franck y el rabino M. Drack acerca de los escasos conocimientos de aquel escritor en Sagrada Escritura, remitiremos á nuestros lectores al folleto del abate Freppel titulado: *Exámen crítico de la Vida de Jesus, de M. Renan*, en que se demuestra, haber confundido este autor la prediccion de la ruina de Jerusalem con el anuncio del fin del mundo, por no ha-

ber comprendido los testos originales (pág. 122 y 123), y en que se prueba, pág. 110, que no sabe citar el Talmud, puesto que en vez de indicar el tratado y el folio, remitiendo por ejemplo al tratado *Berakoth*, fol. XIII vuelto, cita *Berakoth*, IX, *sub. fin.* (Véase la VIDA DE JESUS de M. Renan, pág. 328). Remitiremos asimismo al lector, á la segunda pastoral del obispo de Nimes, en que se consigna, pág. 105, el error en que incurre M. Renan, al sentar que Zaqueo era natural de Jericó, y que esta ciudad no estaba en Galilea, y finalmente, citaremos el notabilísimo artículo del R. P. Toulemont, publicado en la revista titulada: *Etudes religieuses, historiques et littéraires*, redactada por los padres de la Compañía de Jesus, año 1863, núm. 11, que lleva por título: *Les distractions de M. Renan*, en el que nota á este escritor numerosos y graves errores, tanto en filología como en la arqueología y en ciencia bíblica, demostrando su poca aprension en recurrir al plagio. Y en efecto, acerca de la filología, aduce y justifica evidentemente haber incurrido en veintitres yerros en solo ocho palabras hebreas y árabes; respecto de la ciencia bíblica, le prueba haber cometido el error de situar á Palæyro á orillas del Qasmiyeh, á legua y media al Norte de Tyro, siendo así que le coloca Strabon al Sur; la de haber trasformado á Job en un hombre altivo y *nómada*, cuando es sabido que labraba sus campos con quinientos pares de bueyes, y que poseía ocho casas por lo menos, la suya y las de sus hijos; en arqueología le prueba que confunde sin distincion alguna los muros seleucidias, griegos, romanos, sarracenos y maronitas, que atribuye el almohadillado de las piedras de la época salomónica que tiene su carácter particular, á todas las épocas (segun habia ya notado M. Saulcy en una célebre sesion del Instituto); que califica un monumento hallado cerca de Emeso, como siendo el mausoleo de *Sampsiceramus*, en tiempo de los Antoninos, siendo así que no existió ningun personaje de este nombre en aquella época, y debiendo ser este monumento el conocido por todos los viajeros con el nombre de *es-Somah*, segun indica su inscripcion en griego, y finalmente, consigna el P. Toulemont graves errores sobre la situacion topográfica, origen etimológico, esplicacion de monumentos é interpretacion de inscripciones que debió examinar M. Renan en sus exploraciones de la Fenicia, y en especial en las ruinas del Líbano. Por último, acerca de la poca aprension de M. Renan en recurrir al plagio, prueba el sabio jesuita haberse valido nuestro escritor para la mayor parte de las anteriores descripciones, de una memoria publicada por el P. Bourquenoud, de la Compañía de Jesus, y depositada en la Academia de Inscripciones y Bellas Letras de París, memoria de que confiesa M. Renan haber tenido conocimiento, pero con posterioridad á su trabajo, lisonjeándose de hallarla conforme con éste, siendo de admirar la singular coincidencia que se advierte entre ambos relatos ó memorias, de contener la de M. Renan la descripcion de los mismos documentos é interpretacion de iguales inscripciones que la del P. Bourquenoud, y de omitirse en aquella la descripcion é interpretacion de otras que se omiten asimismo en esta, sin duda, como nota oportunamente el P. Toulemont, porque no lució á los ojos de M. Renan la antorcha que le habia servido de guia en las otras interpretaciones.

El sabio obispo de Nimes, Mr. Plantier, en su pastoral escrita contra la obra de Mr. Renan, se espresa en los términos siguientes, sobre los verdaderos límites á que debe circunscribirse la importancia del conocimiento de las lenguas orientales.

M. Renan pertenece á esa estraña secta de intérpretes independientes que se llama á sí misma *escuela crítica*. Su principio fundamental, su bandera característica, se apoya en el desprecio absoluto de la tradicion, para fijar la autenticidad y el verdadero sentido de las Escrituras. Segun ella, la clave de los libros sagrados es la ciencia de las lenguas, es la discusion del testo en sí mismo por medio de la filología, pero sobre todo de la filología comparada. Segun ella, no se habia comprendido hasta el dia la Escritura, porque no se habia aun creado esa crítica moderna. Pero hoy que ya lo está, no tiene para ella el Nuevo Testamento oscuridad alguna, asi como ni el Antiguo, y el menor de sus adeptos sabe mas que todos los Padres y todos los comentadores. ¡Pobres gentes, que creen ser inventores y que solo son plaguarios! La escuela crítica ha existido en todas épocas, y aun en tiempo de Orígenes y de San Gerónimo, que llegaron á refutarla, habiéndose renovado en el siglo XVII por el temerario Ricardo Simon, á quien rebatió completamente Bossuet con los argumentos y la energía de su inflexible lógica de esta suerte: «Suplico al prudente lector que no se deje deslumbrar por el conocimiento de las lenguas que no cesan de ponderarnos el autor y sus amigos, porque si bien seria volver á la barbarie negar á tan útiles conocimientos la alabanza que merecen, hay que temer el estremo de hacer que estriben en ellos la Religion y la tradicion de la Iglesia... Nadie ignora las reglas que dió San Agustín para hacer útil uso del hebreo y de las demás lenguas originales, sin que para ello sea necesario saberlas con toda perfeccion, pues este mismo Santo Padre se sirvió tan hábilmente de estas reglas, que sin saber el hebreo y sabiendo poco el griego, llegó á ser uno de los teólogos mas profundos de Occidente, y combatió las heregías con las mas convincentes demostraciones. Lo mismo se verificó respecto de Atanasio en la Iglesia Oriental, y aun seria fácil citar otros ejemplos tan memorables como estos. Y á la verdad, la tradicion de la Iglesia y de los Santos Padres vale por todo para consignar perfectamente los fundamentos de la Religion; los que ponen todo su afan en manejar los libros de los rabinos, se alejan mucho de la verdad. (Bossuet, *Instrucciones pastorales sobre el Nuevo Testamento*, t. I, p. 670.)» En otro pasaje insiste el gran obispo de Meaux sobre este asunto para hablar en términos mas enérgicos: «Fuerza es sin duda, dice, estimar en mucho el conocimiento de las lenguas, puesto que ilustra en estremo, pero... la verdadera ciencia eclesiástica es la ciencia de la tradicion.»

Hé aquí el poderoso lenguaje del buen sentido. Lejos de nosotros, diremos, despreciar el estudio de las lenguas orientales. No podemos olvidar que hemos ocupado por espacio de diez y siete años una cátedra de hebreo en una facultad de teología, y nos complacemos en recordarlo. Durante esta larga enseñanza hemos experimentado demasiado las ventajas de esta clase de conocimientos, para no tenerlos en alta estima, aun hoy que ocupamos el Episcopado. No hay duda alguna que

pueden aplicarse del modo más útil y fecundo á la esplicacion de las Sagradas Escrituras; pero conviene no olvidar que el sentido de estas, asi como toda la doctrina cristiana, es un punto de hecho que pertenece más á la tradicion que á la ciencia. La filología y la crítica pueden prestar algunos servicios y suministrar ilustraciones secundarias, pero la antorcha principal es la autoridad del testimonio. Los Santos Padres consultan ante todo á los gramáticos para determinar el verdadero significado de los textos, sobre todo cuando tienen cierta importancia. La Iglesia no deja nunca á los redactores de lexicos que la aventajen en la interpretacion que hace ella de estos textos sagrados, y que entrega á aquellos. Y sobre todo ¿qué es la misma lingüística, sino una ciencia tradicional? ¿No encuentra la primera clave de los idiomas en que se ocupa, en la enseñanza de lo pasado? Suprimase esta iniciativa, diré casi esta revelacion de los siglos, y ¿qué serán las lenguas que nuestros críticos se jactan tanto de conocer, sino un misterio impenetrable para ellos, un libro inexorablemente cerrado? Y puesto que se ven obligados á aceptar el testimonio para saber el sentido de cada palabra, ¿con qué derecho lo rechazan y lo desdennan, cuando se trata del sentido general de los textos y de los hechos?

»Tal vez se nos tache por estas observaciones, á pesar de su exactitud y reserva, de ser hoy como siempre enemigos de la ciencia y ciegos partidarios de la autoridad. Pero dejaremos que se grite, porque estas acusaciones no son fundadas ni sinceras. Jamás desprecio ni condenó la Iglesia el conocimiento de las lenguas, y hasta quiso en todos los siglos que se cultivase esmeradamente en las escuelas. Y de hecho, ha contado siempre con filólogos profundos entre sus doctores, y á veces entre sus seglares, desde Orígenes y San Gerónimo hasta nuestros días, puesto que aun hoy existen en Francia, en Alemania y en Italia, doctores que marchan á la cabeza de este género de estudios, siendo algunos de sus trabajos dignos de sus antecesores. La Iglesia no reconoce sobre este punto, asi como sobre los demás, maestro alguno en la tierra; pero quiere que cada cosa ocupe su lugar y tenga la importancia que le corresponde. Admitase en buen hora hasta cierto punto á la crítica á ojear el texto de las Escrituras para ilustrar lo oscuro y determinar su sentido; pero contentarse con este instrumento, ó mas bien con este auxiliar; no invocar nunca al par de la filología la autoridad de las tradiciones, es no solo trastornar las vias que llevan á la certidumbre, es no solo exagerar los derechos lógicos y verdaderos de lo que se conviene en llamar la crítica, sino que es tambien mutilar, condenar á ésta á la impotencia para multitud de cosas, puesto que es uno de sus elementos mas esenciales, y diré hasta su complemento indispensable, la luz del testimonio y de la historia. (V. la primera pastoral del citado obispo de Nimes, M. Plantier, escrita contra la obra de M. Renan).

Respecto del saber, de la *poesia y fuerza* de entendimiento de M. Renan, el citado Mr. Plantier, obispo de Nimes, en su segunda pastoral contra la obra de M. Renan, indica las siguientes censuras que se han hecho á este escritor. Háse dicho que era muy dudosa la ciencia filológica de M. Renan; que los orientalistas y particularmente los hebraizan-

tes podrian suscitarle dificiles controversias sobre mas de un punto de gramática, de traduccion y de transcripcion de nombres. Se asegura tambien que no parece acordarse M. Renan de lo que él mismo ha dicho en otro tiempo contra el valor histórico del Talmud: que prefiere en muchas ocasiones los documentos que le suministran miserables compilaciones á la autoridad de los Evangelios, demostrando asi una falta radical de crítica ó de buena fe: que en fin, es muy dudoso que haya sabido leer estos libros en su testo original, ¡tales son sus equivocaciones sobre las cosas que contienen y tan poco iniciado parece sobre la manera como desianan los filólogos sus citas! Dícese que M. Renan incurre con suma frecuencia en errores de geografia, de historia y de cronología; que se le ha probado, en especial por la crítica alemana, haber incurrido en graves equivocaciones sobre estas diversas materias, confundiéndolas del modo mas lastimoso. Se ha sostenido que como composicion literaria, el libro de M. Renan se halla mal concebido y peor espuesto; que en lugar de desarrollarlo siguiendo un órden lógico, y segun la marcha de los tiempos y de las cosas, lo ha confundido y embrollado todo en una especie de caos; que abundan en su obra numerosas repeticiones; que embarazado el estilo con las vacilaciones del autor, espantado al parecer de sus propias blasfemias, carece esencialmente de firmeza, de colorido, de espontaneidad y de vigor, favoreciéndole solamente el artificio de una elegancia pálida y de una delicadeza enfermiza.

Pág. 9, lín. 7 y siguientes. Siendo la propiedad de la crítica separar lo verdadero de lo falso, el estilo de M. Renan tiene la de confundirlos con su famoso procedimiento de los matices ó diferencias (*nuances*).

Hé aquí lo que dice sobre este procedimiento de M. Renan, de encontrar en todo diferencias ó matices (*nuances*) el R. P. Félix, en su conferencia primera, pronunciada en Nuestra Señora de París en el presente año:

«Vosotros habíais creído hasta aquí, con el sentido comun de la humanidad, que lo falso se diferenciaba radicalmente de lo verdadero, el mal del bien, lo bello de lo deforme: pues nada; era una ilusion óptica; mirad con mas despacio; tened la vista con la *perspicacia* suficiente, el sentido bastante delicado, el talento bastante flexible para notar los matices y diferencias que hay en aquellas cosas; no os lanceis como ciertos espíritus absolutos á manera de jabalíes sobre la verdad grosera y palpable; nada, es menester que empleeis procedimientos mas delicados y mas dignos de un talento esquisito. Si os hace falta, tomad el lente de la crítica nueva para ver en el mundo moral y religioso los cuerpos infinitamente pequeños, invisibles á primera vista del recto sentido popular, y hallareis que lo que llamábais falso, no es sino un matiz de lo verdadero, lo que llamábais deforme, un matiz de lo bello, y lo que llamábais malo, un matiz de lo bueno, y aun si penetrais has-

ta las fibras mas íntimas de la humanidad y de Dios, vereis que lo que llamábais divino, no es otra cosa sino un matiz de lo humano, y lo que llamábais sobrenatural, un matiz de la naturaleza. Con este mismo procedimiento hallareis además en otro orden de cosas, que lo negro y lo blanco no se diferencian entre sí tan profundamente como imaginábais, y con un poco mas que progrese la perspicacia de vuestras miradas y la delicadeza de vuestras sensaciones, llegareis á descubrir que quizá lo negro no es mas que un matiz de lo blanco, y lo blanco un matiz de lo negro. En esto viene á parar el talento sin principios. La ciencia necesita, además de principios ciertos, tener conclusiones rigurosas, porque la ciencia no es otra cosa que la verdad de los principios demostrados en sus conclusiones, y su oficio propio es sacar lo desconocido de las entrañas de lo conocido, con la antorcha de la razon. Solo Dios ve, con una vista infinitamente clara, las conclusiones en el fondo mismo de los principios; el genio dotado de intuicion, las ve mas pronto ó las entrevé; el racionio las demuestra á todos, y entonces se realiza el triunfo de la verdadera ciencia. Tenemos, pues, derecho de pedir consecuencias netas y conclusiones rigurosas á esa crítica que se nos presenta con aire soberano de científica: si eres, la decimos, reina de la ciencia, y ciencia de las ciencias, muéstranos tus conclusiones, sepamos de dónde partes y en dónde tienes tu término; cítanos una verdad que no conozcamos todavía y que tú nos reveles; porque hasta aquí sin duda te hemos visto afirmar y mas afirmar, dudar y mas dudar, y sobre todo, negar y mas negar; pero ¿qué nos has demostrado? ¿qué conclusion nos has ofrecido? Nada, absolutamente nada. Y no hay que extrañar, pues quien no tiene principios, ¿cómo ha de tener conclusiones? Las conclusiones son hijas legítimas de los principios engendrados para la ciencia por una razon fecunda.

Y el P. Delaporte, en su folleto contra M. Renan, titulado: *La crítica y la táctica*, estudio sobre los procedimientos del anticristianismo moderno, á propósito de M. Renan, hace sobre este punto las siguientes observaciones:

«La *nuance*, dice exactamente el Diccionario de Bescherelle, es la diferencia delicada y casi imperceptible que se encuentra *entre dos cosas de un mismo género*. Si es la crítica el arte de discernir, debe designar estas diferencias delicadas; mas no en todo puede hallar diferencias la crítica, porque no todos los objetos que estudia son de un mismo género. Existen, es verdad, diferencias absolutas é irreducibles; así, por ejemplo, nota el tacto entre el agua tibia y el agua caliente, una diferencia (*nuance*) mas ó menos marcada, la cual determina la fisica con toda exactitud, y la geometría reconoce una diferencia radical entre el círculo y el triángulo. Mas la escuela germánico-francesa que procede de Hegel, pretende insensatamente no advertir mas que diferencias de filosofía á filosofía, de religion á religion. Para ella, nada es absolutamente verdadero ni falso, nada absolutamente bueno ni malo; en ninguna parte halla el espíritu certidumbre en que descansar. Ella encuentra sombras hasta en Jesucristo y simpatías hasta en Satanás.

»El animal nota las diferencias (*nuance*) y se para en ellas; así es que sabe preferir un trozo grande á otro pequeño; pero el hombre se

fija en lo absoluto y formula afirmaciones precisas y determinadas. Sabe que tal afirmacion es indudablemente verdadera, y tal otra indudablemente falsa. El hombre adquiere la certidumbre, no en todo, sino en un radio mas ó menos vasto, y se apoya en verdades conocidas para formar sus conjeturas mas ó menos atinadas.

»No hay duda que es indispensable estudiar las diferencias ó matices (*nuances*) que hay en las cosas, pero esto es solamente un trabajo preliminar. Cuando se trata de la verdad, las conjeturas, el próximamente ó poco mas ó menos es un medio de tomar un camino, pero no es un resultado. La ciencia es el tesoro de los conocimientos absolutos. La humanidad pide certidumbre y no conjeturas. Si es interesante para ella discernir la diferencia que separa la mitología egipcia de la mitología griega, es necesario notar la oposicion absoluta que separa los cultos que son pura invencion humana y en los que abunda el error, de la religion divina, y en su consecuencia, totalmente verdadera.

»El deber esencial de la crítica es, pues, buscar lo verdadero, absoluto: mientras no haga mas que notar diferencias (*nuances*), no hace mas que caminar por senderos que llevan á la ciencia, mas si no llega á ninguna afirmacion categórica, ha perdido su trabajo y gastado sin fruto las fuerzas intelectuales del hombre. Si hay alguna region en donde deba reinar la certidumbre, es evidentemente la region de la ciencia.

»Los ignorantes creen en todo; los sabios poco espertos dudan de todo; los verdaderos sabios niegan ó afirman con toda seguridad; y solo entonces hay sabiduria. Asi, pues, cuando hace M. Renan de la investigacion de las diferencias el resultado del fin en crítica, confunde el medio con el objeto, los materiales con el edificio, los ensayos con el resultado, y en su consecuencia, aparece muy atrasado el célebre inventor.

»¡Pluguiera al cielo que esta teoría de la diferencia solo favoreciese la pereza de entendimiento, satisfecha con ir de doctrina en doctrina, y de hecho en hecho, sin buscar el objeto, es decir, la conclusion cierta y exacta! pero presta, por desgracia, además, un apoyo á la perversion del corazon. Si no existe mas que una diferencia entre dos acciones que hasta aquí consideró la conciencia como opuestas, ¿cómo comprendemos, como estableceremos el deber?

»Hablar ó escribir es obrar. No existe, pues, sobre una cuestion esencialmente práctica, libro puramente especulativo. Todo libro de filosofia religiosa, es una espada acerada que hiere necesariamente al error y al vicio, si el libro es bueno, y á la verdad y la virtud si es malo. ¿Cómo os atreveis á escribir vos, que ignorais dónde están á punto fijo la luz ó las sombras, dónde está la vida ó la muerte? ¿Cómo osais atacar la creencia de vuestros hermanos? ¿Cómo osais emplear tantos procedimientos esquivos para impedir tal vez la salvacion de las almas, y establecer lo que puede ser su perdicion?

»Pero el ateo, que tanto Bossuet como Voltaire (perdónesenos que los citemos juntos) condenaban como un *monstruo*, es hoy un hombre ilustrado, un filósofo profundo; escribe, enseña, se erige en moralista;

y tomando partido por la vileza humana contra la austeridad del deber, enseña á su siglo que el error es en cierto modo uno de los matices, graduaciones ó diferencias de la verdad, y el mal, en cierto sentido, un aspecto del bien. Por si ignora á favor de quién escribe, nosotros se lo diremos. Escribe á favor de los malvados que formulan ya en las cavernas de las sociedades secretas este horrible santo y seña: «*Haced corazones viciosos y no tendreis ya católicos* (V. el folleto del padre Delaporte, doctor en teología, titulado: *La critique et la Tactique, etude sur les procedes del antichristianisme moderne, á propos de M. Renan*).

Pág. 55, lín. final. El estravagante Francisco de Asís, la histórica Santa Teresa.

Con ocasion de estos y otros dictérios, dice el R. P. Félix: LA VIDA DE JESUS es *calumnia*. M. Renan imputa á los objetos de nuestra veneracion errores que él inventa, intenciones que él imagina, vicios que él crea, á medida de su capricho. Calumnia á Magdalena, Magdalena á quien llama la *alucinada*. Calumnia á Santa Teresa, aplicándole un calificativo, que yo no puedo consignar de ningun modo, porque es un ultraje á la piedad y al pudor cristiano. Calumnia á San Juan, y el dulce, el tierno, el amable Juan, por un juego de manos de este célebre escamoteador, no es mas que un personaje ridiculamente fanfarron y envidioso... Solo un personaje del Evangelio, uno solo, merece bien de M. Renan, y el cual parece embellecido por su delicado pincel ¡este personaje se llama *Judas!* (Carta al R. P. Mertian por el padre Félix).

Pág. 56, lín. 25. Cerca de un siglo antes de Jesucristo espresó Lucrecio de un modo admirable la inflexibilidad del régimen general de la naturaleza.

Asi, para M. Renan, entregar la marcha del mundo á la casualidad, hacerle salir de la esfera en que se ejerza la influencia de la Divinidad, si existe alguna, para moverse en una órbita en que no conocen sus evoluciones otras leyes que los caprichos y el choque de la materia, hé aquí una enseñanza admirable. El buen sentido de nuestros padres la consideró odiosa, aun en Lucrecio, á pesar del brillo de su poesía. Pero gracias á los progresos de la ciencia positiva es sublime para M. Renan. (V. la segunda pastoral de M. Plantier).

Pág. 57, lín. 2. La negacion del milagro, la idea de que todo se verifica en el mundo por leyes en que no tiene parte alguna la intervencion personal de seres superiores, era de dere-

cho comun en las grandes escuelas de todos los paises que recibieron la ciencia griega.

En cuanto al derecho comun, aun cuando hubiera consagrado la negacion del milagro en todos los paises invadidos por la ciencia griega, lo cual no es exacto, no puede decirse que proscribiera la intervencion personal de seres superiores en el movimiento del universo. Al contrario, todas las religiones están llenas, si es lícito hablar asi, de esa ingerencia divina en las cosas del mundo, sin exceptuar á las mismas Babilonia y Persépolis. Sin aceptar á la letra estas mitologías á cuya sombra se desplegaba la filosofía de estas comarcas, admite generalmente bajo una ú otra forma el dogma de una Providencia. No siempre se sabe respetar su límite; pero permanece el fondo de la verdad, aunque mas ó menos alterada, en la mayor parte de las grandes escuelas, y al atribuirles el detestable mérito del ateísmo, calumnia M. Renan á la historia.

Por lo demás, deben distinguirse dos cosas que parece confundir M. Renan; el gobierno de la Providencia y el milagro. El gobierno de la Providencia no es otra cosa que esa accion sencilla y continua de Dios, que mantiene la regularidad general de las leyes del universo, usando solo de su poder, por decirlo así, dentro de los límites de estas mismas leyes. Es milagro por la inversa, es un acto extraordinario por el cual obrando Dios como Soberano Señor, deroga las leyes generales de la naturaleza ó directamente y por sí mismo, ó por un instrumento al que comunica una parte de su poder en el mundo físico. Estas dos cosas son muy distintas. Es posible que en rigor se negase el milagro en las escuelas antiguas, aunque es muy dudoso, pero pudo negarse, sin negar la Providencia en lo esencial que tiene este dogma. En cuanto al milagro mismo, si fue rechazado por los sabios, fue admitido por los pueblos y los poetas. Los dioses de la Fábula y de Homero no hacen otra cosa, puesto que casi todas sus invenciones no son mas que milagros. (V. la segunda pastoral de M. Plantier, obispo de Nimes, pág. 93).

Pág. 58, lin. 13 y siguientes. Es necesario que el taumaturgo que se anuncia como pudiendo resucitar á un muerto, comparezca ante una comision de fisiologistas, de físicos, de químicos, de críticos á verificar la resurreccion.

Se concibe muy bien que cuando el inventor de una nueva máquina aspira al honor de un privilegio, proponga hacer esperiencias para justificar el mérito que atribuye á su obra, y que se constituya un jurado para apreciar el instrumento y sus operaciones. Pero un taumaturgo no es el inventor de un aparato de física, es el hombre de Dios; depositario de cierta parte del poder de Aquel que le envía, no usa de él para que lo juzgue un areópago de escépticos, ni para distraer el tedio de los

sabios desocupados, sino que se sirve de él en beneficio de una alma que le pide una gracia ó para la conversion de un pueblo, al cual se dirige. Si entonces se halla rodeado de gente de ciencia, no la teme, asi como no temió Moisés á los adivinos egipcios, ni Jesucristo al espíritu irónico de los fariseos, y obra sus prodigios sin vacilar á su presencia aunque se burlen de ellos y los contradigan; pero jamás rebaja el poder que ejerce hasta hacer milagros con el único objeto de obtener su aprobacion ó de satisfacer su curiosidad.

Pág. 59, lin. 19 y siguientes. ¿Qué resultaría de la resurreccion plenamente probada de un muerto? Únicamente que habria un hecho sin ejemplo, inexplicable, que no podria comprenderse por las leyes *conocidas* de la naturaleza.

La objecion de que no cabiendo suponer el hecho milagroso sino como contrario y superior á las leyes de la naturaleza, seria preciso, para poder formalmente asegurar la certidumbre del hecho, tener conocimiento perfecto y adecuado de todas las leyes de la naturaleza, no deja de ser especiosa, y tiene para los que la presentan, el gravísimo inconveniente de dar mas allá del blanco; porque tiende nada menos que á suprimir la ciencia misma. No hay remedio, si esta dificultad es verdadera contra nosotros, tiene que serlo necesariamente contra vosotros, y os lleva, por la fuerza misma de la lógica, á no poder hacer constar científicamente ni una sola ley de la naturaleza; de tal manera, que ante todo hecho de certidumbre evidente, cuya existencia misma os muestre con no menor claridad la causa que le produce, podreis siempre oponer, á despecho de toda evidencia física, la misma dificultad; porque siempre, en efecto, podreis decir: *¿quién sabe* si este hecho, atribuido á una causa que á nosotros se nos figura que conocemos, no será efecto de otra causa que hoy no conozcamos, pero que podemos conocer mañana?

Pues ahora, decidme, ¿por qué afortunadamente no sucede así? ¿por qué esa cosa desconocida que vosotros suponéis, no puede nada contra la certidumbre que abrigais? ¿por qué no hay ciencia alguna que amengüe ó destruya el valor del testimonio del hecho evidente? ¿Por qué? porque juntamente con las leyes de la naturaleza, admitís la *armonía* en la naturaleza; porque sabeis que la naturaleza, lo propio que Dios, su autor, no se miente jamás á sí misma; porque estais absolutamente seguros de que la naturaleza, que os decia ayer *si* acerca de un punto determinado, no os dirá mañana *no*; en fin, porque tan científicamente ciertos como estais de la existencia de una ley de la naturaleza, otro tanto lo estais de que no será desmentida por otra ley de la naturaleza.

Pues bien, esta base que vosotros mismos dais á la ciencia de la naturaleza, nosotros la aceptamos, y aun fundando sobre ella la posibilidad de comprobar el hecho milagroso, decimos con vosotros:—Así como en el mundo matemático no puede haber fórmula verdadera que

esté en contradicción con otra fórmula verdadera, así también y del propio modo en el mundo físico, no puede haber una ley real de la naturaleza que esté en contradicción flagrante con otra ley real de la naturaleza. Y por eso yo os pregunto: ¿por qué, una vez sentado que existe un hecho milagroso, por qué yo no he de poder nunca hacer constar como cierto é incuestionable el hecho milagroso? El que por una parte posea yo un hecho radiante con su luz propia, y por otra parte tenga encerrado en el círculo de una fórmula científica una ley de la naturaleza, una ley sola, la ley misma en cuya virtud se ha realizado ese hecho, ¿impide ser para mí cosa demostrada de antemano que jamás ninguna otra ley de la naturaleza vendrá á desmentirla?... (V. la conferencia 4.^a pronunciada en el presente año por el P. Félix en Nuestra Señora de París.)

Pág. 97, línea 11 y siguientes. *Este Evangelio* (el de San Lucas), *de seguro fue escrito despues del sitio de Jerusalem.*

Esta asercion la ha tomado M. Renan al pie de la letra de Kaiser (*Bibl. Theol.*, t. 247), de Weete (*Einleitung*, núm. 101), y de Credner, mas no se ha hecho cargo de las pruebas contrarias con que la combaten Michelis, Berthold, Scott, Kuhn y Neudeeker.

M. Renan comete aquí un grave error cronológico, segun vamos á probar. Debe afirmarse desde luego que San Lucas no publicó su Evangelio antes del año 47. Es opinion comun y tradicion solemne de la antigüedad cristiana que San Lucas no principió á escribir el Evangelio sino invitado por San Pablo, que le auxilió en su obra. No pudo, pues, escribirlo antes de asociarse á este apóstol, y de ser su hermano de armas; y como se deduce de los actos apostólicos que esto no se verificó hasta el año 47, no pudo escribir el Evangelio anteriormente.

Asimismo San Lucas publicó su Evangelio antes que el libro de los Actos de los Apóstoles, segun él mismo asegura, diciendo: «he comparado el primer libro, ó Teófilo, sobre todas las cosas que Jesus emprendió hacer y enseñar.» Los Actos fueron, pues, el *segundo* libro que compuso; por consiguiente habia compuesto antes el Evangelio. El libro de los Actos apostólicos apareció cerca del año 57; segun las palabras con que lo termina San Lucas: «Pablo permaneció dos años (en Roma) predicando el reino de Dios, y enseñando lo concerniente al Señor Jesucristo, sin que nadie se opusiera á ello.» No pudo, pues, escribir Lucas el libro de los Actos apostólicos, sino despues del fin del segundo año de la primera estancia de San Pablo en Roma. Segun la cronologia Paulina, este segundo año corresponde al año 58 de la era vulgar; luego el libro de los Actos apareció cerca del año 58.

Finalmente, San Lucas publicó su Evangelio entre el año 49 y el año 58, pues segun hemos demostrado, no pudiendo publicarlo antes del año 48, ni despues del año 58, lo publicó en el intervalo que se para el año 48 del año 58.

Pues bien, entre el año 58, antes del cual publicó Lucas su Evangelio, y la destruccion de Jerusalem, hay el intervalo de doce años. Pu-

blicó, pues, San Lucas su Evangelio doce años por lo menos anteriormente á la destruccion de Jerusalem.

M. Renan funda su opinion, tan remota de lo verdadero y verosímil, en los versículos 9, 20, 24, 28 y 32 del capítulo XXI de San Lucas, paralelos al versículo 36 del capítulo XXII. Examinemos, pues, lo que se dice en estos pasajes.

Hallándose los apóstoles en el monte de los Olivos (Luc., XXI, 7; con Math., XXIV, 3 y Marc., XIII, 3, 4), preguntaron aparte á Jesus sobre la época en que debia ser destruido el templo de Jerusalem, y sobre las señales que debian preceder y seguir su venida entre ellos y su segunda epifanía, así como sobre la consumacion de los siglos. El Salvador contestándoles, principió por la tercer pregunta (Luc., XXI, 8, 19; con Math., XXIV, 4, 14 y Marc., XIII, 3, 13), la relativa al fin de los siglos. Pasó despues á la primera (Luc., XXI, 20, 24; con Math., XXIV, 15, 22 y Marc., XIII, 14, 20), la relativa á la destruccion de Jerusalem y del templo, y terminó por la segunda (Luc., XXI, 25, 33; con Math., XXIV, 23, 44 y Marc., XIII, 24, 32), la de las señales que debian preceder y acompañar su nueva manifestacion.

¿Dónde encuentra M. Renan en todo esto apoyo para avanzar como *cierto* que Lucas escribió *de seguro* su Evangelio poco tiempo despues de la catástrofe de Jerusalem? No puede apoyarse en las palabras de Jesus referidas por Lucas, y relativas á la segunda y tercer pregunta de los apóstoles, puesto que son enteramente estrañas á la cuestion sobre la época en que publicó su Evangelio.

¿Cuál ha sido, pues, el fundamento de su deduccion? La respuesta de Jesus á la primera de las tres preguntas referidas por Lucas (XXI, 20, 24). «Y cuando viéreis cercar á Jerusalem con un ejército, sabed que su desolacion está cerca. Entonces los que estén en Judea huyan á los montes, y los que estén en medio de ella refírense, y los que estén en los contornos no entren en ella. Porque estos serán dias de venganza para que se cumpla todo lo que está escrito. Y serán pasados á filo de espada y llevados cautivos á todas partes, y Jerusalem será pisada de los gentiles hasta que se cumplan los tiempos de las naciones.»

Pero si estas palabras pudieran convencer á M. Renan de que no publicó Lucas el Evangelio antes de la Iliada Hierosolomitana, debieran convencerle al mismo tiempo de que Mateo y Marcos escribieron sus comentarios despues del triunfo mortífero de Vespasiano y de Tito, porque no se lee nada en Lucas que no se halle en Mateo y en Marcos.

Digamos, pues, mas bien, que lejos de iluminar tanta claridad los ojos enfermizos de M. Renan, los ha cegado, prefiriendo obrar contra la evidencia, cambiar la cronología y profesarse intérprete audaz y racionalista, en vez de racional y cristiano, antes que reverenciar á Jesus como *profeta*.

M. Renan ha confundido, pues, la prediccion de la ruina de Jerusalem con el anuncio del fin del mundo, no habiendo comprendido el pasaje por falta de conocimientos en las lenguas antiguas.

Además San Mateo y San Marcos contienen con menos estension que San Lucas, pero en términos mas marcados, oráculos relativos á algunos de los hechos futuros de que habla éste. Así se anuncia la des-

truccion del templo tan categóricamente por el primero y el segundo, como por el tercero, etc. ¿Debe deducirse de aquí que los Evangelios de San Mateo y de San Marcos son posteriores tambien al sitio de Jerusalem? Entonces se desmiente M. Renan. Pero que lo demuestre este escritor si lo pretende. Tiene contra sí la tradicion que considera estos pasajes como auténticos, y no es fácil sustraerse á la autoridad de semejante testimonio con una simple afirmacion. Asi, se halla M. Renan inevitablemente colocado entre una contradiccion y una inconsecuencia; si admite que los testos proféticos de San Mateo y de San Marcos son contemporáneos de los de San Lucas, se contradice por la fecha de los dos primeros Evangelios; si son anteriores á la fecha que asigna á los de San Lucas, es inconsecuente, no sacando de los dos primeros la consecuencia cronológica que deduce del tercero. Siendo las mismas las premisas, ¿por qué no hemos de sacar igual consecuencia?

Por lo demás, una prueba de que hizo Jesucristo contra Jerusalem las mismas amenazas que le atribuyen los Evangelistas, San Mateo y San Marcos, asi como San Lucas, es la impresion que recibieron por ellas los nuevos cristianos de la Judea. Cuando vieron comenzar la guerra de Roma contra los judíos, se refugiaron hácia el Nordeste de la Palestina, en la Gaulonitida, el Hauran y la Batanea, sirviéndoles de asilo la villa de Pella, donde permanecieron hasta el momento en que les permitió Adriano volver á Jerusalem, entonces Ælia. Es evidente que no se hubiera verificado esta emigracion si no hubieran llamado la atencion de los discípulos, oráculos verdaderos, ciertos, públicos y atribuidos universalmente al Maestro, y no hubieran impulsado á aquellos á huir de la ciudad de Jerusalem, sobre la cual iba á recaer aquel torrente de fuego, aquella sangre del Hombre-Dios que habia derramado en un furor sacrílego. Lo que dicen, pues, los Evangelios, halla por consiguiente apoyo en la opinion de los primeros fieles y en hechos solemnes, manifiestos, incontestables, á los cuales dieron impulso. (V. la segunda pastoral del obispo de Nimes, M. Plantier).

Pág. 114, lín. 2. Si quereis comprenderlo, Juan es Elías, que debe venir (Math. XI, 14).

Esto es, Juan es Elías, en el oficio de precursor de la primera venida de Jesucristo, asi como Elías lo será de la segunda. (V. San Gregorio, Hom. 7 in Evangel.) «Algunos, con San Gerónimo, son de sentir, dice el padre Scio en la nota á este versículo, que el Señor dió el nombre de Elías al Bautista, porque asi como éste en la segunda venida de Jesucristo, vendrá á anunciar que este Señor ha de venir como juez, del mismo modo en la primera, San Juan fue el Precursor, que anunció que debia de venir en calidad de Redentor. (V. la profecía de Malaquías, IV, 5 y 6.)» No debe, pues, entenderse que el testo citado quiere decir que Juan era Elías en la persona, pues este es un error de los hereges que creen que el alma de Elías pasó al Bautista, error que impugnó ya San Gerónimo en su Epístola á los Algas. Quæst. I.

Pág. 117, lín. 13. La reciente formacion del imperio exaltaba todas las imaginaciones. La grande era de paz en que se iba entrando y esa impresion de sensibilidad melancólica que esperimentan las almas despues de largos períodos de revoluciones, suscitaban en todas partes ilimitadas esperanzas.

Precisamente la *formacion* misma del Imperio y la paz general que habia fundado, debian calmar la *sensibilidad melancólica de las almas* é impedir esas *esperanzas ilimitadas* de que se preocupaba entonces el género humano. Preciso es, pues, buscar en otras partes, y mas alto, con la gran razon de este gran fenómeno, el alma y el nudo de lo pasado. Arrancando M. Renan á Cristo de la historia, lo ha envuelto todo en tinieblas. Al contrario, existiendo Cristo en la historia, todo se ilumina y encadena. Preséntanle los patriarcas; Moisés es su precursor y su figura: supónele toda la ley antigua: los justos del Antiguo Testamento le llaman; cántanle los profetas; forman su genealogia los reyes de Judá; los grandes reinos de la antigüedad lo preparan. Llega un momento en que, dispersado el pueblo judío por do quiera, en la alta Asia, en el Asia menor, en Asiria menor, en Egipto, en Grecia, en la misma Italia, lleva á todas partes las Escrituras, no solo en su idioma primitivo, sino tambien traducidas en la lengua mas conocida entonces en el universo, la que habian hablado Homero, Sócrates y Demóstenes. Llenos de la grande idea del Mesías que habia saludado Abraham por sobre la cúspide de los siglos; que habia anunciado Moisés como un legislador mas grande que él; que los Videntes de Judá habian predicho como un conquistador pacífico, pero sin igual; que los mismos judíos, diseminados por todos los puntos del globo, esperaban como un libertador, estos libros sagrados dejaron penetrar algunos rayos de la divina luz que contenian, en medio de las naciones en que se hallaban esparcidos los hijos de Israel. Las esperanzas del pueblo de Dios despertaron cierta espectacion general en el mundo: volviéronse hácia el Oriente las miradas de un extremo á otro del Imperio, y entonces fue cuando con universal silencio de guerra y de armas, en el momento en que César, dueño, con el nombre de Augusto y con el título de emperador, de todas las regiones sometidas á Roma acababa de cerrar el templo de Jano, apareció en la tierra Aquel á quien habian llamado anticipadamente los Profetas, el *Príncipe de la Paz* y el *Deseado de las naciones*. Hé aquí cómo se logra fijar el verdadero sitio de Cristo en la historia, mientras M. Renan, en vez de asignarle un sitio, le marca á lo mas, una *fecha* en el pasado del mundo. (Mr. Plantier en su segunda pastoral sobre el libro de M. Renan).

Pág. 126, lín. 10. Segun M. Renan, Jesus solo fue un hábil y feliz intérprete de las profecías.

Hay una profecía, entre otras, en el Cristianismo, que ofrece una

prueba en extremo patente y perceptible de la venida de Jesucristo al mundo; una profecía de la Santísima Virgen, incontestable en su origen, manifiesta en su cumplimiento, y que solo puede esplicarse por la divinidad de Nuestro Señor.

Nadie hay que ignore aquellas palabras que pronunció María en el bello cántico que nos hace recitar la Iglesia diariamente: «*Me llamarán bienaventurada todas las generaciones. Beatam me dicent omnes generationes.*»

Hé aquí, pues, á una pobre mujer que vive oscurecida en un rincón de la Judea, y que afirma con ocasion del niño que lleva en su seno, que será su nombre inmortal, y que todos los siglos agregarán á este nombre felicitaciones imperdurables, llamándola bienaventurada.

Hé aquí, pues, una profecía clara y determinada, cuya realizacion podrá compróbase perpétuamente, puesto que debe realizarse sin interrupcion y sin fin: *Omnes generationes.*

Pues bien: si no es Dios el Hijo de María, esta profecía es insensata. Porque ¿qué probabilidad, qué posibilidad habia de que todas las generaciones futuras felicitasen á este nombre completamente oscuro?

Y sin embargo, esto es lo que se ha verificado. ¿No han justificado los hechos plenamente la palabra de esta sencilla mujer que predecia lo imposible? ¿Puede negarse que sea el nombre de María el nombre mas grande despues del de Jesus, que hay debajo del cielo? ¿Hay otro alguno que haya recibido sin cesar, y que reciba aun tantos homenajes? ¿Ha dejado la Iglesia un solo día de llamar á María bienaventurada, y de felicitarla llamándola madre de Dios con una felicidad suprema?

Hé aquí, pues, una prediccion que no necesita los auxilios de la ciencia para constituir una prueba perentoria, y hé aquí con qué pueden contestar todos los fieles á toda clase de dudas, puesto que se anunció de un modo claro lo que no era realizable humanamente, por María, Madre de Jesus, hace mas de mil ochocientos años, realizándose constantemente despues y hasta á nuestra vista.

(V. el folleto publicado por M. Parisis, obispo de Arras, con el título *Jesucristo es Dios*, contra la obra de M. Renan). (V. la nota á la página 199, al fin).

Pág. 140, lín. 3. Es evidente que los Evangelios son en parte legendarios.

No ha habido tiempo suficiente para que pudiera crearse la leyenda entre la muerte de Cristo y la obra de los cuatro evangelistas, los cuales por otra parte, es de advertir, que escribieron el mismo ideal (no obstante hacerlo separadamente y en lugares diversos), pues la redaccion de los Evangelios siguió de muy cerca á la resurreccion. De ello existen mil pruebas en las obras de los Padres de la Iglesia, discípulos inmediatos de los apóstoles, segun vamos á ver. A los ocho años de la muerte de Jesucristo, se publicó el Evangelio de San Mateo; á los doce el Evangelio de San Marcos, (segun la crónica de Efeso), y la epístola primera de San Pedro: á los diez y ocho ó diez y nueve, se celebró el

concilio de Jerusalem al que asistieron Pedro, Santiago, Juan, Pablo y otros muchos; á los *diez y nueve*, se escribió la primera carta de San Pablo á los Tesalonicenses; á los *veinte*, la segunda carta de San Pablo á los mismos, y el Evangelio de San Lucás; á los *veinte y dos*, la epístola de San Pablo á los Gálatas; á los *veinte y tres*, la primera epístola de San Pablo á los Corintios; á los *veinte y cuatro*, la segunda de San Pablo á los mismos; á los *veinte y cinco*, la epístola de San Pablo á los romanos; á los *veinte y seis* la del mismo á los Efesios; á los *veinte y seis ó veinte y siete*, la de Santiago; á los *veinte y ocho*, la de San Pablo á Philemon; á los *veinte y nueve*, las de San Pablo á los Filipenses y á los Colosenses; á los *treinta*, la de San Pablo á los Hebreos; á los *treinta y uno*, la de San Pablo á Tito, y la primera á Timoteo; á los *treinta y dos*, la segunda de San Pedro; á los *treinta y tres ó treinta y cuatro*, la epístola de San Judas; á los *treinta y cuatro ó treinta y cinco*, la primera, segunda y tercera epístolas de San Juan; su Apocalipsis, su Evangelio, etc., etc.

Pero, ¿dónde, cuándo, por quién, ha sido creada esa misteriosa leyenda que se ha convertido nada menos que en el centro de la historia? dice el Padre Félix en su conferencia 2.^a, pronunciada en el presente año en Nuestra Señora de París.

¿Quién fue el primero que dijo: *Cristo es Dios*? ¿Quién se lo ha hecho creer á todo el mundo, cuando nadie todavía lo creía? Ciertamente no han sido ni San Agustín, ni San Jerónimo, ni San Ambrosio, ni San Gregorio, ni San Juan Crisóstomo; y San Atanasio principalmente, en su famosa controversia con Arrio, rechaza de sí con bastante energía la gloria de semejante invención; ¿quién, pues, ha sido el primero que ha bordado en el tejido de la historia esa sublime leyenda? ¿San Hilario? ¿San Cipriano? ¿San Justino? ¿San Clemente de Alejandría? ¿Tertuliano? ¿Arnobio? ¿Atenágoras? ¿quién, en fin? ¿San Bernabé, por ventura? ¿San Pedro? ¿San Pablo? ¿San Juan? ¡ah! ¡San Juan! ¿habrá sido éste quizá el que ha tenido tan peregrina idea? Pero es el caso que San Juan hablaba entonces como todo el mundo, y que todo el mundo hablaba como San Juan; todos afirmaban el mismo dogma y profesaban la misma fe; todos proclamaban al Cristo Salvador, al Cristo Redentor, al Cristo Señor, al Cristo Rey, al Cristo Dios.

Dos cosas predominaban esplendientemente en aquella época que tan de cerca toca al origen del Cristianismo, y donde brilla con tan plena luz su cuna, á saber: en los corazones, el amor de Jesucristo; en las inteligencias, la fe en su divinidad; entonces, como la voz verídica y el eco sincero de toda alma cristiana, resuenan en todas partes las dos palabras: «yo amo á Jesucristo, yo adoro á Jesucristo,» y es preciso padecer una ceguera muy voluntaria para no ver que, entonces mas que nunca, abundó y sobreaabundó en todas partes la fe firme, absoluta y ardiente en la divinidad de Jesucristo.

¿En dónde, pues, ¡oh críticos flamantes! en dónde sino en vuestra imaginación, en vuestros sueños y en vuestras utopías, podreis hallar aquí hueco para vuestra leyenda? Aquí no hay mas sino el hecho radiante de la fe de todos los cristianos en la divinidad de Cristo; aquí

no hay leyenda, sino verdadera historia que comienza, continúa y se espacia en el esplendor de su propia publicidad; la historia que, conforme van ocurriendo los hechos que la constituyen, se afirma y se escribe por sí misma en monumentos que subsisten y en obras que no han perecido; historia que desde cerca de dos mil años há, desde su principio hasta nosotros, dice y repite siempre una misma cosa, la fe de los cristianos en la divinidad de Jesucristo; historia que ha grabado en libros, en edificios y en instituciones, y que proclama sin interrupcion alguna, por medio de voces que mutuamente se responden, el hecho dominante de los siglos cristianos, la posesion universal y secular del Cristo Dios, su imperio aclamado por todos los siglos, como lo está por todos los pueblos, junto con todos esos siglos y todos esos pueblos que van repitiendo con una sola voz aquella palabra escrita en el sitio mas illustre del mundo: *Christus vincit, Christus regnat, Christus imperat.*

Pág. 146, lín. 17 y siguientes. Aunque los Evangelios son de las personas cuyos nombres llevan, no dejan de ser legendarios (por la misma razon ya dicha de ser imposible lo sobrenatural).

Resultando de la primera proposicion que los Evangelios fueron compuestos por escritores contemporáneos, es necesario, para que la segunda no aparezca imposible y absurda, que haya trascurrido el tiempo suficiente entre la época de los hechos y la de su publicacion, para que durante él se haya revestido el relato histórico poco á poco y por grados de los rasgos de la leyenda, y esto no ha acontecido, segun se ha espuesto en la nota á la pág. 140, línea 3. Asi, pues, en lugar de deducirse de los hechos sobrenaturales contenidos en los Evangelios la naturaleza legendaria de estos, debe deducirse el carácter sobrehumano y divino de la economía terrestre de Jesus.

Pág. 147, lín. 18 y siguientes. Los Evangelios son composiciones impersonales en que desaparece enteramente su autor, puesto que no significa gran cosa un nombre propio en esta clase de obras, etc.

M. Renan se engaña al sentar que las fórmulas solémnes *segun Mateo, segun Marcos, segun Lucas, segun Juan*, no indican los cuatro autores del Evangelio. No hubiera caído en este error, si hubiera advertido con Eickhorn, Schmidz, Bertholdt, Gratz y Olshausen, que las fórmulas en griego: *Evangelio segun Mateo* y demás, son *elípticas*, y que debe suplírselas intercalando, *de Jesucristo*; de manera que la fórmula completa es: *Evangelio de Jesucristo segun Mateo*. Por esto ha sido necesario valerse, para indicar el autor, de la perifrasis del genitivo, *segun Mateo*, mas bien que del genitivo mismo, *de Mateo*.

En efecto, dos argumentos, el uno filológico y sacado de la manera

de hablar, y el otro histórico y fundado en el testimonio de nuestros Antiguos, nos dan la prueba de ser éste el valor de dichas fórmulas: 1.º Por la manera de hablar profana, puesto que en Platon (*Cratyl.* 4), segun Eutidemo, significa, autor eutidemo; 2.º por el modo de hablar bíblico, puesto que se lee en el segundo libro de los Macabeos (II, 13), segun, por, en los comentarios de Nohemias; 3.º por el modo de hablar eclesiástico, porque se encuentra con gran frecuencia en los Santos Padres y en los antiguos escritores cristianos, las frases, segun los Setenta, segun Aquila, es decir, de los Setenta, de Aquila, ó lo que es lo mismo, intérpretes y autores los Setenta, Aquila; y finalmente; 4.º por la autoridad del testimonio de los antiguos que empleaban *indiferentemente* las fórmulas, segun Mateo y de Mateo, segun Marcos y de Marcos, etc.» Por consiguiente, para ellos *Evangelio segun Mateo*, es lo mismo que *Evangelio de Mateo*, y así de los demás. Hé aquí cómo se explica *Eusebio* en su *Historia eclesiástica* hablando del orden de los Evangelios: «Habiendo predicado Mateo en un principio á los judíos, y yendo á separarse de ellos para enseñar á las demás naciones, escribió su Evangelio en su propia lengua. Marcos y Lucas, habiendo publicado cada uno su propio Evangelio, refieren que Juan que no habia anunciado hasta entonces la palabra de Dios mas que de viva voz, se determinó al fin á escribirla.»

El sabio Valkenarius (*Selectæ Scholis Valkenaris*, t. I, p. 3), no vaciló en afirmar, que las palabras griegas que se traducían por Evangelio segun Mateo, etc., se interpretaban por lo comun muy mal y contra el uso de la lengua griega, pues deberian traducirse por Evangelio de Mateo.

Mas añade M. Renan que así como las fórmulas: Evangelio, segun los hebreos, segun los egipcios, significan los Evangelios que contienen las tradiciones de los hebreos y de los egipcios, así las fórmulas paralelas; *Evangelio segun Mateo* y *Evangelio segun Marcos*, significan los Evangelios compilados segun las tradiciones de Mateo, de Marcos, etc.

Es admirable en verdad, que no haya advertido M. Renan ni la falsedad de su comentario ni el abuso manifesto del paralelismo, pues verdaderamente al llamar á los Evangelios, evangelios segun los hebreos y segun los egipcios, lejos de decir que signifiquen comentarios y libros redactados, «segun las tradiciones de los unos y de los otros,» significan únicamente los Evangelios recibidos y venerados por los egipcios y por los hebreos. La historia y la naturaleza misma de las cosas impedían que se atribuyera el mismo sentido á las fórmulas, segun Mateo, segun Marcos, que á las, segun los hebreos, segun los egipcios. Lo impedía la historia, puesto que presentándonos á Mateo y á Marcos como AUTORES de los Evangelios, no nos presenta como tales ni á los hebreos ni á los egipcios. Las cosas en sí lo impedían, pues es contrario á ellas que las frases «segun los hebreos, segun los egipcios,» se entiendan como refiriéndose á autores particulares.

Esplicando M. Renan á su modo las cuatro fórmulas, nos advierte que con ellas se ha querido decir absolutamente, que en los cuatro Evangelios se hallan compiladas las tradiciones de cada uno de los

cuatro apóstoles, y en esto no puede ocultarse el *abuso* del lenguaje á los menos perspicaces. Y ¿cómo no podía ser de otra suerte, si consultando el catálogo de los *apóstoles*, tal como se lee en los Evangelios y se repite en los Actos, se encuentran los nombres de *Juan y de Mateo*, pero no así los de *Lucas* y de *Marcos*? Estos no fueron del número de los *Apóstoles*, que pone Pablo á la cabeza de la gerarquía, sino del número de los *Evangelistas* que coloca en el tercer lugar, al decir (Efes. IV, 11). «Y Cristo hizo á unos apóstoles, á otros profetas y á otros evangelistas.»

Pág. 152, lín. 24 y siguientes. La consecuencia de que es de San Juan el cuarto Evangelio, experimenta una gran dificultad en salir de la pluma de M. Renan.

Si hay entre los cuatro evangelios canónicos alguno que hubiera debido al parecer disipar toda sospecha de fraude ó de impostura, es el de San Juan, porque ó no se revela en ninguna parte el Salvador del mundo, ó se halla en esas páginas que retratan su fisonomía con un acento de verdad inimitable. Así es que desde la oscura secta de los Alogos hasta la pretendida reforma, nadie se había atrevido á emitir una duda sobre la autenticidad de esta obra. Cuando en 1820 las *Probabilia* de Bretsneider vinieron á poner en cuestion lo que consideraban la fe y la ciencia como punto incontestable, se levantó una voz unánime de reprobacion contra el escritor de Gotha. El mismo autor de este escándalo reconoció que habia avanzado á la ligera. No hubo nadie, hasta el doctor de Wete, tan temerario en materia de crítica, que no se creyese obligado á protestar contra una tesis insostenible. Es verdad que Strauss, y despues de él la escuela racionalista de Tubinga, y á su cabeza Baur y Selwegler, reprodujeron por su cuenta las proposiciones de Bretsneider; pero Strauss daba tan poco valor á estas futilidades, que se servia de ellas ó las sacrificaba una á una segun convenia á su objeto. En resúmen, si el ataque del racionalismo alemán contra nuestros libros sagrados ha tenido un resultado sólido, claro y generalmente reconocido, es el de haber puesto al Evangelio de San Juan, para lo sucesivo, fuera de todo ataque.

Hoy el émulo de los Socinianos exhala su mal humor contra el Evangelio de San Juan, contra ese libro admirable que segun se complacia en decir el sabio Herder, fue escrito por mano de un ángel; y se comprende tal ataque, porque este magnífico testimonio de la Divinidad de Jesucristo, estorba en extremo á cuantos la niegan.

M. Renan apoya sus dudas en las omisiones que advierte en este Evangelio y en algunas diferencias en el tono y estilo de algunos pasajes respecto de los otros Evangelios.

Pero los primeros escritores de la Iglesia, mucho mas próximos á los orígenes que nosotros, reconocen unánimemente el carácter distintivo y el objeto del Evangelio segun San Juan. Comparando los testimonios de San Ireneo, de San Clemente de Alejandria, de Eusebio, de San Gerónimo y de San Epifanio, se ve claramente que San Juan se propuso com-

pletar el relato de los otros evangelistas, reproduciendo toda una serie de acciones y discursos del Señor, que estos habían omitido; porque ningún evangelista ha tenido intención de relatar todas las palabras y todos los actos del Maestro, según lo declara formalmente San Juan (XX, 30). Por esto omite mencionar la mayor parte de los hechos y de los discursos ya referidos por San Mateo, San Marcos y San Lucas, sin exceptuar la Transfiguración, no obstante, haber sido uno de sus testigos privilegiados; porque supone sabido todo esto por la relación auténtica de sus antecesores. Él, que da tanta importancia á la prueba sacada de los milagros del Salvador (II, 41; XII, 37; XX, 30), mira como superfluo repetir los prodigios puestos ya en conocimiento de todo el mundo por los demás evangelistas. Al paso que estos se circunscriben principalmente al cuadro de la predicación de Jesucristo en Galilea, San Juan se fija sobre todo en trazar la enseñanza de Jesucristo en Jerusalén y en la Judea, en el templo y entre los doctores de la ley. Escena, auditorio, interlocutores, todo difiere con frecuencia respecto de los unos y del otro. ¿Y es de extrañar que ocasionen algunas diferencias en el discurso y el estilo, materias y situaciones distintas? (Véase el folleto del abate Freppel, titulado: *Exámen crítico de la Vida de Jesus* por M. Renan).

San Juan se fijó especialmente en la parte sacramental y dogmática de la revelación de Cristo; quiso contestar á Cerinto y á otros hereges que preludiaban los errores del gnosticismo. Sus predecesores habían considerado al Hombre-Dios en su vida en el mundo; San Juan, semejante al águila que le sirve de emblema, se elevó hasta los cielos para escribirnos el origen eterno del Verbo divino, y por eso llaman los Padres espiritual al Evangelio de San Juan, al paso que llaman corporal al de San Mateo. (Véase el folleto de M. de Arros, titulado: *Ojeada sobre la Vida de Jesus* de M. Renan).

Pág. 152, lín. última. M. Renan no puede perdonar al evangelista San Juan el tono místico de los discursos que en su Evangelio pronuncia Jesus sobre su filiación divina y su encarnación humana, y hace de ello un cargo á San Juan.

Los tres primeros Evangelios reproducen una parte de los discursos de Jesucristo, y el cuarto reproduce otra. Aquellos repiten las palabras del Salvador, cuya sencillez suave, ingénua, popular, llena de gracia, unción, naturalidad y abandono, constituye su principal carácter; éste hace conocer la parte más elevada de las revelaciones y enseñanzas del Hombre-Dios. Es el mismo Jesus, pero bajo distintos aspectos: allí es Jesus hablando especialmente como legislador de los pueblos y Salvador del mundo; aquí es Jesus hablando especialmente como Verbo encarnado, como sabiduría eterna del Padre y como doctor de las naciones; allí se baja para instruir á los humildes; aquí al contrario, se eleva para confundir á los soberbios. Pero no hay entre estos dos modos nada inconciliable, y espresándose Jesus como quiere San Mateo, pudo espresarse como quiere San Juan. (Segunda pastoral del O. de N.)

¿No es distinta una enseñanza en el tono y la forma, según lo es el asunto, los oyentes y las circunstancias? dice el abate Freppel en su folleto contra la obra de M. Renan. ¿No es natural que cuando el Salvador trataba de instruir al pobre pueblo de Galilea, usara otras expresiones y otra forma que cuando contestaba á las argucias de los doctores de la ley en Jerusalem? ¿Quién no comprende que en una conversacion con uno de los principales sabios del pais, ó en el comercio íntimo con aquellos á quienes destinaba á predicar su doctrina, antes de separarse de ellos en la última cena, pudiera en semejantes circunstancias enseñar verdades que no decía de ordinario á la multitud, al menos en una forma tan elevada? ¿No se indica con claridad esta distincion en el Evangelio de San Lucas (VIII, 10): «A vosotros os he dado á conocer el misterio del reino de Dios, pero á los otros, hablo en parábola?» Si, pues, se encontrase entre los cuatro evangelistas, tres cuyo objeto particular hubiera sido reproducir *sobre todo* esta enseñanza parabólica, moral, popular, mientras se hubiera dedicado el cuarto, *principalmente* á poner por escrito la parte dogmática, sacramental, mística, si se quiere, de la revelacion de Cristo; ¿deberíamos admirarnos de hallar entre sus relatos alguna diferencia de tono, de forma y de colorido? ¿Y si esta diferencia resultase de la diversidad del asunto, de los oyentes y de las circunstancias, formaría una preocupacion desfavorable á la veracidad de su testimonio? Para que así fuera, seria necesario nada menos que una candidez extraordinaria ó poca buena fe.

Finalmente, como dice el abate Julio Loyson, en su folleto contra M. Renan, el dogma cristiano de la inspiracion misma no ha llegado nunca á pretender que se refieran las palabras de Jesucristo testualmente por los Evangelios. Todo lo que se quiere es que se espese fielmente su sentido y valor dogmático ó moral. Así es que aun cuando hubiera San Juan recargado algun tanto los discursos de N. S., no se seguiría de aquí que hubiese alterado su enseñanza.

Pág. 162, lín. 6. Así ha salido la cosa mas bella del mundo de una elaboracion oscura y completamente popular.

M. Renan olvida aquí que los Apóstoles vigilaron siempre con sumo rigor por la tradicion cristiana; que sus predicaciones se fundaban en las palabras y en los hechos de la vida del Señor, y que nada se dejó á la casualidad y á la libre interpretacion de cada uno.

Además, lo que prueba la confianza que han inspirado los cuatro Evangelistas á la sociedad cristiana, es la indiferencia con que se miraron desde entonces todos los diversos relatos que trataron de hacer desechiar los Evangelistas, y la facilidad con que fueron aquellos olvidados.

Pág. 163, lín. 9. El Evangelio de San Lucas es un documento de segunda mano: en él se advierte al escritor que compila, que exagera lo maravilloso, etc.

Viendo San Lucas que habian escrito algunos cristianos sin autoridad las palabras y acciones de Jesus, trató de oponer á estas historias que podian ser no muy exactas, su Evangelio que sabia por el mismo San Pablo y los demás apóstoles. San Lucas es por confesion del mismo Strauss, el compañero de San Pablo, que escribió los Actos de los apóstoles. Además tuvo ocasion de conversar con los testigos oculares de las acciones de Jesus, puesto que fue natural de Antioquia, donde ejerció la medicina antes de viajar con San Pablo, y sabido es que Antioquia, sede principal del cristianismo apostólico, despues de Jerusalem, mantenía un comercio nacional con Palestina. (Véase las Actos y la epístola á los Gálatas).

Pudo, pues, ver San Lucas á los discípulos inmediatos de Jesus, y particularmente, visitó á Santiago, pariente del Salvador y á todos los mas ancianos congregados en este lugar (V. Act. 21, 8). El gran conocimiento de las relaciones entre los griegos y los romanos que revela en sus Actos, y el proemio que pone á la cabeza de su Evangelio, á la manera de los griegos, revela en San Lucas un historiador ilustrado. (V. el folleto de M. J. Arros).

Pág. 166, lín. 16. (V. la nota á la pág. 9).

Pág. 191, lín. 5 y siguientes. En el estado natural de las cosas, no se revela Dios á nosotros por medio de sus obras. Su lenguaje es la creacion. Era, pues, conforme á este primer estado de cosas, que queriendo revelarse mas particularmente á su criatura, obrase mas particularmente como Criador, y como fuera de la naturaleza existente no podia verificar actos de Criador, sino por medio de actos *sobrenaturales*, de milagros, estos actos extraordinarios de creacion eran los únicos medios de revelacion extraordinaria del Criador.

Esta hermosa doctrina se apoya enteramente en la enseñanza de los Santos Padres, y en especial en la de San Agustin quien (in Joann., Tract. XXIV), demostró perfectamente el objeto general de los milagros, así como el lugar que ocupan en el plan divino y en el gobierno del mundo, con las siguientes palabras:

«Los milagros que hizo Nuestro Señor Jesucristo, dice este santo, son obras divinas, y avisan por medio de cosas visibles á la inteligencia humana que se eleve á Dios. Porque como Dios no es una sustancia que puedan ver nuestros ojos, y como los milagros por los cuales gobierna al mundo y provee á las necesidades de todas las criaturas, han legado á ser poco estimados por su continuidad, de manera que ape-

nas hay nadie que se digne prestar atencion á sus obras, no obstante lo admirables y pasmosas que son en cada grano de cada semilla, hay otros que se ha reservado en su misericordia para hacerlos en los tiempos oportunos fuera del curso acostumbrado y del órden de la naturaleza, para escitar con estos milagros, no mas grandes que los anteriores, si no extraordinarios, mas raros ó poco frecuentes, la admiracion de aquellos que no aprecian debidamente los milagros cotidianos. En efecto, mayor milagro es regir el universo que saciar á cinco mil hombres con cinco panes, y no obstante, nadie admira el primero mientras se admira el segundo, no porque sea mas grande, sino porque es mas raro. Porque ¿quién sostiene aun en el dia el mundo entero, sino el que produce las mieses con un reducido número de granos? Jesucristo procedió, pues, como Dios: y así como con un pequeño número de granos multiplica las mieses, así multiplicó los cinco panes, porque Cristo tenia este poder. Estos cinco panes eran como semillas, no confiadas á la tierra, sino multiplicadas por el que hizo la tierra. Así lo que hizo mella en nuestros sentidos se dirigia á conmover nuestra alma; lo que se nos puso á la vista, tenia por objeto ejercitar nuestra inteligencia para que fuéramos conducidos de las obras visibles á la admiracion del Dios invisible, y que, elevados á la fe y purificados por la fe, deseáramos ver á este mismo ser invisible, despues de haber aprendido á conocerle, no obstante ser tan invisible, por medio de las cosas visibles.»

Segun, pues, este testo, lo que distingue el milagro á los ojos del creyente es el ser insólito, no superior al poder de Dios, sino fuera del órden acostumbrado de la naturaleza.

Así como cuando nuestra mano levanta una piedra, dice el reverendo padre Gratry en su Comentario al Evangelio segun San Mateo, no destruye ley alguna, sino que sobrepone á la ley y á la fuerza de la atraccion otra fuerza sometida á otras leyes, á saber, la fuerza de mi cuerpo vivo que gobierna á mi voluntad libre, asimismo cuando sobrepone Dios su fuerza á las fuerzas de la naturaleza, las fuerzas superiores vencen y envuelven á las menores, pero sin absorberlas, sin destruirlas, sin quitarles parte alguna de sus efectos, de suerte que subsisten todos ellos aunque compuestos.

Y M. Laménais, en sus buenos tiempos, decia sobre esta materia: Jamás Dios al revelarse al hombre y al dictarle sus leyes, separó los prodigios de su poder de las maravillas de su pensamiento, á fin de que, reconociendo en esta señal infalible la autoridad suprema que obedece el universo, el hombre, incapaz de comprender todas las verdades que debe creer, obedeciera por sí mismo á la palabra del Eterno Infinito.

Finalmente, conforme á las enseñanzas de Orígenes (contra Cels., I, 68; III, 25, 28), de Arnobio (cont. Gentil., I, 43), de Eusebio (Preparat. evangel., I, 3, y demost. evang., III, 2, 5, 6), y de San Agustín (de civit. Dei, XXII, 6), en los Milagros se ve á Dios inmanente en el mundo, que guía sus fenómenos, segun la altura de sus piadosos consejos.

Pág. 191, lin. 25 y 26. El milagro es, así como la divi-

na potestad de que emana, *sobrenatural*, pero no es *contra natural*.

A pesar de lo que dice aquí M. Augusto Nicolás, debe advertirse que los teólogos dicen que el milagro puede ser *sobrenatural*, *antinatural* y *preternatural*, esto es, sobre, contra ó fuera de la naturaleza. Santo Tomás lo esplica con mucha claridad en su libro contra los *libertinos*, (*quest 6.^a art. 2.^o, ad 3*).

Circa ea que Deus miraculose facit talis solet adhiberi distinctio quod quedam dicuntur fieri supra naturam, quedam contra naturam, quedam præter naturam.

Pone á continuacion ejemplos muy claros: *Sobrenatural*, cuando excede las fuerzas de la naturaleza, como la resurreccion de un muerto, pues aun cuando la naturaleza puede dar la vida, no puede darla á un cadáver.

Antinatural ó contra la naturaleza, como el parto de la Virgen.

Preternatural, cuando se hace una cosa que la naturaleza puede hacer, pero de un modo que ésta no puede usar, como la multiplicacion de ranas producida instantáneamente en el Egipto, la curacion instantánea de la suegra de San Pedro.

El milagro sobrenatural ó *supra naturam*, se concibe fácilmente por la razon en el caso mismo de la resurreccion de un muerto. La vida humana consiste en unir el espíritu á la materia, el alma racional al cuerpo humano. Si Dios pudo unir el alma con el cuerpo antes que naciera el hombre, ¿dejará de poder unir otra vez el alma con el cuerpo cuando quiera reanimar el cadáver? y con todo, á eso se reduce la resurreccion; imposible al hombre, facilísimo al Omnipotente.

(Nota del censor).

Pág. 199, lín. 9. Deberia invitarse al taumaturgo á reproducir su acto maravilloso con otras circunstancias, ante otro concurso.

En el Evangelio se lee un relato de un milagro, notable por haberse repetido su esperiencia dos veces: tal es el de la multiplicacion de los panes y de los peces en el desierto que traen San Math., XIV, 14; San Marc., VI, 32; San Luc., IX, 10 y San Juan, VI, 14-15. Bastaria haber efectuado este milagro una vez para convencer á los espíritus sinceros; pero hay exigencias que no pueden satisfacerse con nada. Ante otro público, en otro lugar, como exige el crítico, se repitió la esperiencia y salió bien nuevamente. «Habiéndose sentado Jesus en la montaña, la multitud pasmada de admiracion al oir hablar á los mudos, andar á los cojos y ver á los ciegos, bendecian al Dios de Israel y no podian separarse de Jesus. Movido de piedad por la fe de esta multitud, reprodujo el mismo acto maravilloso, y con siete panes y algunos peces, alimentó á cuatro mil hombres, hasta que se saciaron, y

aun sobraron siete cestas llenas. (Mat., XIV, 129, 39.—Marc., VIII, 1-9).

M. Renan interpreta este milagro con dos palabras, atribuyéndolo á frugalidad. No podia interpretarse mejor ¡Es tan natural con efecto ver un milagro en privaciones impuestas ó aceptadas pacientemente, gracias á una frugalidad estrema! Pero mas evidente es aun figurarse en semejante caso que se ha comido hasta saciarse, encontrar natural que se traigan cestos llenos de los restos de esta frugal refeccion, y considerar como profeta á quien obra tales prodigios! (Véase la carta del obispo de Grenoble).

Puede servir tambien de ejemplo, de que los milagros de Jesucristo, lejos de haberse verificado ante personas dispuestas á creer en ellos se efectuaron ante personas incrédulas y hostiles á Jesucristo, el milagro del ciego de nacimiento.

La curacion del ciego de nacimiento se verificó en presencia de los fariseos y de los doctores de la ley, que no estaban en manera alguna dispuestos á creer en ella, y que eran muy hostiles, á nuestro Salvador. Hubo tambien informacion por parte suya; se consignó el hecho de la ceguera con el testimonio de los padres del ciego: el hijo fue interrogado dos veces, y los enemigos del taumaturgo hicieron varias tentativas para negar esta curacion maravillosa. (Véase San Juan, capítulo IX).

Además, y hablando en general, en el momento en que apareció Jesus, habian cesado los milagros en Jerusalem asi como los oráculos, y aunque se concediese, que estuvieran dispuestos en general los judíos á creer en ellos, se puede afirmar que con respecto á Jesucristo en particular, estaban poco inclinados á admitirlos. Es imposible la menor duda respecto de los escribas, fariseos y sacerdotes, puesto que despreciaban ú odiaban al Hombre-Dios, y lo manifestaban asi á él en todas ocasiones con bastante fuerza para que se les pudiera acusar de credulidad. De lejos, negaban sus prodigios que no habian visto; de cerca, cuando habian sido testigos de ellos, hacian cuanto podian para explicarlos por causas naturales, y cuando no podian negarlos ni explicarlos, se irritaban contra el Salvador, y á veces trataban de desencadenar en contra suya la ira de las turbas con su propia cólera. La generalidad del pueblo por su parte no creia con mas facilidad en los milagros del Salvador, y solo cuando contempló con sus ojos y tocó con sus manos cierto número de hechos extraordinarios, tuvo un espíritu menos rebelde, pero no dejó de conservar cierto resto de reserva y casi de desconfianza. No habia ninguno, ni aun los mismos Apóstoles que no se mostrasen lentos en creer, no solamente las consecuencias de los milagros sino su realidad. Testigo Santo Tomás. (Véase la pastoral del señor obispo de Nimes).

Por último, hay un milagro que refiere el Evangelio, y que (además de ser el cumplimiento de una gran profecía) se presta á que se verifique del modo mas completo y absoluto, el exámen sobre si concurrieron en él todas las circunstancias y condiciones que M. Renan considera necesarias para que pueda calificarse el hecho sobre que versa de milagroso.

Segun la historia evangélica, cuando fue crucificado Jesus, se eclipsó

só el sol, de suerte que se cubrió toda la tierra de tinieblas, desde la hora de sesta á la de nona (Luc. XXIII, 44, 45; Mat. XXVI, 45; Marc. XV, 23). Al testimonio de los escritores sagrados viene á agregarse el de los paganos mismos. Philegon, liberto de Adriano, asegura que las predicciones de San Pedro se cumplieron exactamente, y habla en estos términos del terremoto y del eclipse de sol que ocurrió extraordinariamente en el momento de la muerte de Jesus, y á la misma hora indicada por los Evangelistas.

«El año cuarto de la 202 olimpiada hubo un eclipse de sol mayor que ninguno de los que se habían visto. A la hora sesta se cubrió la luz de tinieblas tan espesas, que aparecieron las estrellas en el cielo, y hubo un terrible terremoto.»

Tales, autor griego del primer siglo, y Castor consignan tambien que en este mismo año, 18 de Tiberio, se estendió por la tierra una oscuridad súbita, á la hora de medio dia. Y la prueba oficial de este hecho existía por lo menos cuatro siglos despues. Tertuliano decia á los paganos, hablando de este prodigio. «Lo hallareis consignado en vuestros archivos,» y el mártir San Luciano, hombre de vasta erudicion, respondia en el interrogatorio que sufrió antes de ser llevado al suplicio. «Si rehusais referiros á mi testimonio sobre la divinidad de Jesucristo, no tenéis mas que consultar vuestros anales y ojear en vuestros propios archivos, y vereis que en tiempo de Pilatos, y cuando padeció Cristo, desapareció el sol y fue reemplazada la luz por tinieblas.» Los anales de la China atestiguan asimismo que el 7.º año del reinado de Konang-on-Ti, que cae en el año 33 de la era cristiana, y el dia 30 de la 3.ª luna, que corresponde á fines de marzo, que fue el tiempo de la muerte de Jesus, hubo un eclipse total de sol y profundas tinieblas que duraron tres horas enteras.

Hé aquí, pues, un hecho que tiene todas las garantías históricas apetecibles y que se apoya en declaraciones conformes de testigos adóneos. ¿Se creerian nuestros críticos con derecho á desechar este acontecimiento, á pretexto de no haber pasado *á vista de los astrónomos*, y de no haberse invitado á una comision nombrada por la Academia de ciencias á regular sus condiciones? Pero además de que pudieron observarlos los astrónomos de aquel tiempo, lo mismo que los demás mortales, y que hubieran debido reclamar contra el relato de los historiadores si lo hubieran juzgado falso, ¿hay necesidad de ellos para saber que el mundo se halla sumergido súbitamente en tinieblas á la hora de medio dia? ¿Es esto tan difícil de probar? Lo que se deberá averiguar por los astrónomos, no es, pues, el hecho, el cual es incontestable, sea el que quiera su testimonio, sino únicamente la cualidad del hecho. ¿Provenian estas tinieblas de las leyes de la naturaleza ó de la intervencion de una causa superior? En otros términos, ¿debemos ver en ellas un eclipse ordinario ó un milagro? Esto es lo que pueden decir *en el dia, lo mismo que en el en que aparecieron*. Si de sus cálculos astronómicos resulta que en el dia de la muerte de Jesucristo, es decir, en la Pascua de los judíos, y por consiguiente en la época de plenilunio, debió verificarse en toda la tierra un eclipse de tres horas, convendremos en que este fue solo un hecho natural, sin relacion alguna con lo que ocurría

en el Calvario; mas si por el contrario, resulta de aquellos mismos cálculos, que este eclipse era imposible segun las leyes naturales (y sabido es que no puede verificarse un eclipse de sol sino el dia de conjuncion de la luna nueva, y que el eclipse total mas prolongado solo dura cinco minutos), deduciremos sin temor la consecuencia, que estas tinieblas fueron un acontecimiento milagroso y un testimonio patente de la inocencia y de la divinidad del que espiró, como rey de los judios, en un infame cadalso y entre dos ladrones. (V. el folleto del abate Crellier, titulado: *M. Renan batallando contra lo sobrenatural y el milagro*).

Pág. 204, lín. 7 y siguientes. Hostigado de continuo, no obraba por sí mismo... Toleraba ó se veia impulsado á hacer los milagros que exigia de él la opinion, mas bien que los obraba voluntariamente.

No solamente hizo Jesus milagros desde el principio de su ministerio, sino que solo despues de haberse captado autoridad por la multitud y celebridad de sus milagros, dirigió al pueblo los discursos que traen San Mateo y San Lucas. Cuando quiso mostrar á los discípulos que era el Mesías, hizo delante de ellos grandes prodigios y les dijo: «Id á decir á Juan lo que habeis oido y lo que habeis visto. Los ciegos ven, los cojos andan, son curados los leprosos, los sordos oyen y resucitan los muertos.» (Luc., VII, 21 y 22.)

Es cierto que no siempre quiso Jesus que se publicaran prontamente algunos milagros, pero era porque no queria hacer alarde de ellos y por contemplacion á algunos espíritus débiles y aun á sus enemigos. Es cierto tambien que no quiso prestarse á las súplicas de los fariseos que le pedian hiciera un milagro inútil y por capricho; pero no es verdad que, como dice M. Renan, se negara á ello obstinadamente. No se negó á hacer respecto á estos toda clase de milagros, remitiéndoles al de la Resurreccion que debia coronar y sancionar todos los demás, segun se dice formalmente en uno de los pasajes que cita el mismo critico. (Math., 19, 40). (V. la carta del obispo de Grenoble, escrita á uno de sus vicarios).

Pág. 205, lín. 15. La fama atribuída ya á Jesus dos ó tres hechos de esta clase.

Los hechos de que habla aquí M. Renan, como si se hubieran realizado secretamente, ó ante testigos escogidos, son:

La resurreccion del hijo de la viuda de Naim, ante un gran gentío de todas clases y condiciones, en un tiempo en que eran poco numerosos los amigos de Jesus para que no se comprenda que muchos de los testigos le eran mas hostiles que favorables.

El segundo hecho la resurrección de la hija del jefe de la sinagoga. En este hecho, se consigna ó demuestra su muerte; habiendo llegado ya los músicos y todos los que, según costumbre, debían concurrir á la pompa de los funerales.

Estos dos hechos tuvieron toda la publicidad posible y no puede decirse que fueran escogidos ó preparados los testigos.

El uno acontece ostensiblemente en una casa invadida ya por toda clase de personas. El otro á la puerta de la ciudad ante un gentío en que había muchas personas indiferentes á Jesucristo, y sobre todo, mas enemigos que amigos suyos.

La una se halla muerta, pero no sepultada: la otra se halla depositada en el féretro y sacada fuera de la ciudad.

El tercero se refiere á una persona no solamente muerta, sino enterrada en el sepulcro. Esta persona es Lázaro.

Adviértase que, según costumbre invariable de los judíos, acudían los amigos del difunto durante los tres primeros días de su muerte á ver el cadáver, por creer que revoloteaba alrededor de éste su alma durante aquellos días, y que no lo abandonaba hasta que se descomponía el rostro; y solo después de la tercer visita, comenzaban las lamentaciones, porque hasta entonces no se consideraba como indudable la realidad de la muerte.

M. Renan sabe todo esto, pero lo olvida y no tienen para él importancia alguna todas estas circunstancias reunidas que deben satisfacer á los espíritus mas descontentadizos y que responden á las condiciones de publicidad, de notoriedad y de evidencia que M. Renan mismo ha sentado.

Hace cuatro días que se halla Lázaro en el sepulcro: Jesús le cree muerto: las lágrimas de sus hermanas, el olor fétido que exhala el sepulcro, todo le confirma en su persuasión, y de la cual participan todos los asistentes. La mayor parte procedentes de Jerusalem habían hecho su visita al sepulcro: escribas, herodioses, doctores, sacerdotes y fariseos, porque había gentes de todos los partidos en la multitud congregada, y además los enemigos de Jesús que estaban dispuestos á negar todo cuanto pudieran, y que componían el mayor número, puesto que como dice M. Renan, hasta aquella época, había hecho Jesús muy pocos discípulos. Y todos tienen la misma convicción, sin abrigar la menor duda, sin decir una sola palabra sobre que aquello fuera una ilusión ó un engaño, porque esto solo cabía que lo hiciera M. Renan diez y nueve siglos después del acontecimiento, mostrándose de esta suerte mas hostil á Jesús que los escribas y los fariseos. (Véase el folleto del abate Pinard, titulado *Notas* para uso de los lectores del *Jesús*, de M. Renan).

Pág. 206, lin. 6 y siguientes. La emoción que experimentó Jesús pudo tomarse por los asistentes por esa turbación, ese estremecimiento que acompaña á los milagros; queriendo la

opinion popular que la virtud divina fuera en el hombre como un principio epiléptico.

La virtud divina á que se refiere el Evangelio al decir que salia de Jesucrito una cosa como una virtud, era una eficacia misteriosa, que se exhalaba sin fatiga de su persona adorable, como se exhala de la flor el perfume, como del sol sale y se difunde el rayo. Generalmente se ha visto en este hecho un brillante testimonio de la Divinidad de Jesucristo, puesto que sin la intervencion de su persona y por el solo contacto de su túnica, se curaban instantáneamente las enfermedades mas pertinaces. Respecto á los estremecimientos, solo en un milagro parece turbarse Jesus, en el de la resurreccion de Lázaro, por lo mucho que le amaba; y asi lo comprendieron los mismos judíos, puesto que exclamaron: ¡Ved cómo le amaba! Pero cuando llegó la hora de verificar el milagro, permaneció tranquilo y sereno. Además, es muy sencilla la esplicacion de estos estremecimientos, que se obstina M. Renan en considerar aquí como indicios de charlatanismo, puesto que eran efecto de la impresion que espermentaba Jesus, y que queria manifestar, ya para instruccion de los que los presenciaban, ya para excitar mas su atencion. (Véase la carta del señor obispo de Grenoble).

Pág. 245, líns. 4, 5, 15 y siguientes. M. Renan afecta cercenar el nombre del Salvador. Nunca le llama mas que Jesus, suprimiendo el gran nombre de Cristo... En cuanto al nombre mismo de Jesus, cree M. Renan añadir, que era un nombre muy comun; pero naturalmente se buscaron en él misterios.

De esta suerte quiere M. Renan aminorar la grande importancia y la sublime significacion que tiene el nombre de Jesus unido al de Cristo. Siendo el original del nombre de *Jesus*, segun fray Luis de Leon en su obra, *Los Nombres de Cristo*, *Jehosuah*, todas cuyas letras se contienen en el nombre de Dios (*Jehovah*), y significando además *Salvador*, segun su raiz hebrea *Jasha*, revela desde luego la idea de Dios Salvador; y queriendo decir el nombre de *Cristo*, Mesías, Enviado, Rey y Pontífice, unidos ambos nombres de Jesus y de Cristo, denotan el Dios Salvador, enviado como rey y pontífice al mundo; la venida de Dios mas superior y elevado de lo humano al mundo, unidos para salvarlo.

Respecto de los misterios y de la alusion al carácter de Salvador, que indica M. Renan haberse buscado en el nombre de Jesus, indudablemente se prestaba este nombre á misterios, mas no á misterios forjados por los hombres despues del nacimiento de Jesucristo, para darle importancia, sino á misterios revelados antes de su nacimiento por el Angel del Señor al aparecerse á Josef y decirle: «Josef, no temas rete-

ner á María, tu mujer, porque lo que ha de nacer en ella será obra del Espíritu Santo, y parirá un hijo, y le pondrás por nombre *Jesus*, porque ha de *salvar* á su pueblo de sus pecados.» (Math. I, 20, 24). Y por el arcángel San Gabriel al decir á María: «No temas, María, porque has hallado gracia delante del Señor; concebirás y parirás un hijo, á quien darás el nombre de *Jesus*.» (Luc., I, 30, 31). Así, pues, segun el relato de los dos Evangelios, el hijo de María recibió aquel nombre antes de nacer, habiéndolo noticiado dos ángeles en dos visiones distintas, el uno á María y el otro á Josef. Dios mismo fue quien eligió este nombre para designar la gran mision salvadora á que destinaba á Aquel que debia llevarlo. No es, pues, esta designacion un hecho humano y arbitrario. El cielo es quien fijó el nombre del recién nacido antes de que dejara el seno virginal de María.

Pág. 246, lín. 8. M. Renan no quiere que naciera *Jesus* en Belen, á pesar de la historia evangélica (sino en Nazaret).

M. Renan apoya su proposicion, pretendiendo que *Jesus* nació en Nazaret, en llamar San Mateo á Nazaret la patria de *Jesus* (XIII, 54); y asimismo San Marcos (VI, 4); en haber dicho San Lucas que fue *criado* en Nazaret *Jesus* (IV, 16); en llamarle Nazareno y Galileo el evangelista San Juan (XIX, 19). Apóyase tambien, en no considerar histórico el viaje de la familia de *Jesus* á Belen, por el motivo que se le atribuye, negando que *Jesus* fuera de la raza de David, y en no concebir que se hubieran visto obligados los padres de *Jesus* á ir á empadronarse desde Nazaret á Belen, y finalmente, en que el empadronamiento verificado por Quirino á que refiere la leyenda el viaje á Belen, es diez años por lo menos posterior al en que, segun San Lucas y San Mateo, nació *Jesucristo*.

Respecto del primer fundamento, sobre decir San Mateo y San Marcos, que era Nazaret la patria de *Jesucristo*, debe advertirse que con esta palabra *patria*, no se designa solamente el pais en que se nace, sino tambien el en que se reside habitualmente, en el que existen el centro de la familia, el patrimonio, los recuerdos de la vida. No hay duda que se llama patria el lugar donde se nace, aun cuando se le abandone en la infancia, pero se designa mas solemnemente con este nombre el punto en que prolonga la existencia sus raices mas profundas y duraderas. Así se verificaba con *Jesucristo* respecto de Nazaret, designándose esta poblacion como su *patria*, y llamándosele á él mismo Nazareno, Galileo, porque residió comunmente en Nazaret con Josef y María, en cuya compañía permaneció por mas de treinta años (Luc., II, 41, 42, 43). Pero estos testos, especialmente el de San Mateo, en que se usa de la palabra *patria* relativamente á Nazaret, no pueden prevalecer ni destruir la fuerza del testo del mismo evangelista (cap. 3, v. 3, 4, 5 y 6), en que dice circunstanciada y terminantemente que «habiendo nacido *Jesus* en Belen de Judá en los dias del rey Herodes, vinieron del Oriente á Jerusalem unos magos;» en que refiere el nacimiento de *Jesus* en Belen, el cumplimiento de la profecia de Micheas, que ocu-

paba y dominaba todas las almas, sobre que Jesus naciera en *Belen*, espresando circunstanciada y positivamente el anuncio hecho á Herodes por los príncipes de los sacerdotes y los escribas del pueblo de que debia nacer Cristo en *Belen*, el hecho de enviar este rey á *Belen* á los magos que venian de Oriente siguiendo la estrella que les habia de designar el sitio en que habia de nacer Jesus, y el de haber encontrado estos y adorado efectivamente al niño recién-nacido en *Belen*. Asi, pues, aunque quisiera hallarse contradiccion entre la palabra fugitiva *patria* usada en el cap. XIII, v. 54, y el relato del cap. 2, v. 1 y siguientes, no podria aquella destruir la fuerza de este, puesto que afirmando y repitiendo San Mateo en una narracion seguida y terminada que nació Jesus en *Belen*, preciso es dar á lo que dice como de paso de Nazaret una interpretacion que deja en pie aquel testimonio.

El testo de San Lucas sobre que Jesus fue *criado* en Nazaret se halla tambien explicado y suplido, digámoslo asi, por el testo del cap. II, v. 1 y siguientes, en que traza este evangelista el admirable relato del viaje de Maria y de Josef á *Belen* para empadronarse: *el nacimiento de Jesus en Belen* en el pesebre que le sirve de cuna; «y estando allí (en *Belen*), se cumplió el tiempo en que habia de parir, y *parió* á su hijo primogénito (v. 6 y 7); la aparicion milagrosa de los ángeles á los pastores que guardaban sus rebaños, la adoracion del recién-nacido con el título de Salvador por estos humildes pastores en presencia de Maria y de José, que admiran, meditando, las maravillas que oyen referir. Este relato es de gran exactitud y coincide confirmándolo, con el de San Mateo. San Lucas usa de una espresion mas suave en el primer testo que la de San Mateo, puesto que dice que Jesus fue *criado* en Nazaret, pero tanto el uno como el otro evangelista declaran terminantemente que *Jesus nació en Belen*.

Funda tambien M. Renan su asercion en que no dice nada San Juan del viaje á *Belen*, y en que llama á Jesus Nazareno y Galileo; pero respecto de lo primero, no dice nada San Juan, porque ya lo habian verificado los otros evangelistas, y respecto de lo segundo, San Juan no llama por sí Nazareno á Jesus, sino refiriéndose á conversaciones sobre Jesus entre judíos y otras personas y en especial Nathanael, que estaba aun imbuido de las preocupaciones de su nacion.

Respecto á la afirmacion de no ser Jesus de la familia de David, no hay mas que leer las genealogías que lo proclaman de esta descendencia en San Mateo (I, 1, 3 y 20) y en San Lucas (III, 31, y I, 27). Además, el ángel que anuncia á Maria los misterios que habian de realizarse en ella, le dice, que concebirá un Hijo que se llamará el Hijo del Altísimo y que el Señor le dará el trono de David su Padre (Lucas, I, 31 y 32), y asi se le llama y por tal se le reconoce repetidas veces, segun otros varios textos (Marc., X, 47, 48; Luc., XVIII, 38 y 39; Mat., XXI, 9, 45). M. Renan pretende que estas genealogías son discordantes, pero no por eso son inconciliables, y hace ya catorce siglos que las conciliaron San Hilario, San Gerónimo y San Agustin. Pretende asimismo que ninguna de ellas fue afirmada por Jesus en los Evangelios, como si los Evangelistas no hubieran tenido que buscar en la familia de Jesus estas genealogías, y en su consecuencia, como si

no hubieran sido aprobadas por Jesús. ¿Y no es sabido también, que según dice San Juan (XXI, 25), los evangelistas no reprodujeron todo lo que dijo ó hizo el Salvador? Además, ¿no hizo aquella afirmación indirectamente Jesús cuando llamado unas veces por las turbas y otras por los lisiados *Hijo de David*, en vez de negar este título, lo aceptó en silencio? Finalmente, ¿no se anunció ser el Mesías, el cual debía salir del tronco de David?

En cuanto á no comprenderse la razón por la que se vieran obligados los padres de Jesús á ir á empadronarse á Belén, no se sigue de aquí que aquella no existiese realmente, habiendo podido desaparecer en el abismo de diez y ocho siglos que nos separan del nacimiento de Jesucristo. ¿Y no era interesante para los romanos saber dónde se hallaban las diferentes tribus judías, y la acción que el tiempo había ejercido sobre ellas? ¿No era suficiente este motivo para que se obligase á las familias á dar sus nombres en los mismos lugares en que habían habitado sus padres? Además sabido es que era costumbre en Roma hacer cada cinco años un estado de todos los ciudadanos y de sus bienes, y que Augusto fue el primero que estendió esta disposición económico-política á todas las provincias del imperio.

Pero la gran dificultad parece consistir en ser, según M. Renan, la fecha del empadronamiento verificado por Quirino, posterior en diez años por lo menos al año en que, según San Lucas y San Mateo, nació Jesucristo, puesto que dicen que nació en el reinado de Herodes, y que, el empadronamiento no se verificó hasta después de la deposición de Arquelaos, esto es, diez años después de la muerte de Herodes, el 37 de la era de Accio. Natal Alexandro y Pagi, opinan que el texto griego puede traducirse por «este empadronamiento se hizo antes que fuese gobernador de Siria Cirino» (así llama San Lucas y también Cyrenio, siguiendo la pronunciación griega, á Quirino). Otros dicen que se llama aquí gobernador de la Siria á Cirino, no porque lo fuese cuando se hizo el empadronamiento, sino porque lo fue más adelante, y de hecho lo había sido cuando escribió San Lucas su Evangelio, cuyo texto sobre este punto, debe entenderse como si dijera: «Cirino, el mismo que fue después gobernador de la Siria,» modo de expresarse familiar á los historiadores. Según esto deben distinguirse dos empadronamientos; el uno verificado en tiempo de Herodes por Cirino, simple legado imperial, y este es el *primero* de que habla San Lucas; el otro después de la deposición de Arquelaos, bajo Cirino, que era ya gobernador, y este es el *segundo*, supuesto por el *primero* que recuerda el evangelista.

Según la historia, mandó hacer Augusto tres empadronamientos; el primero solo se estendió á la Judea y comenzó en 726, tres años después de la batalla de Accio, en el sexto consulado de César Octavio y en el segundo de Agripa. El segundo principió hacia el año 746, siendo gobernador de Siria Saturnino, y siendo enviado Cirenio, personaje consular muy importante, para hacer el empadronamiento de las poblaciones, cuya dirección general tenía Saturnino: así lo atestigua Muratori en su obra sobre las *Inscripciones antiguas*, y esta es precisamente la grande operación de que habla San Lucas. Este fue el segundo empadronamiento mandado por Augusto, pero fue el primero

respecto de la Judea, habiéndolo dirigido Cirenio con plena autoridad, y viviendo aun Herodes. El tercero se verificó trece años mas adelante, despues de la deposicion de Arquelao, y siendo ya gobernador de la Siria Cirenio con Caponio. El anterior empadronamiento solo se refirió á la poblacion, el tercero, á los bienes, para dar base fija al impuesto en la Judea, provincia entonces ya del imperio. Este es del que habla Josefo en el libro 18 de sus *Antigüedades judáicas*, y del que se prevale injustamente M. Renan, como de una objeccion victoriosa, contra el relato de San Lucas y el viaje á Belen. Finalmente, San Justino (Apol.), y Tertuliano (lib. 4 *contra judeos*, y lib. 4, *contra Marcion*), dicen que se veia aun en su tiempo, en los registros públicos del empadronamiento hecho en tiempo de Augusto, el nombre de Jesus y el de sus padres.

Así, pues, no hay testo alguno histórico, cronológico ó filológico que nos obliguen á dejar de considerar á Belen como el lugar bendito donde nació el Salvador; esta certidumbre se halla afirmada por una multitud de hechos que se desarrollan paralelos al relato evangélico, y por autoridades de gran peso. Así San Justino, en su diálogo contra el judío Trifon, habla de la gruta de Belen en que Maria dió á Jesus á la luz del mundo, y Orígenes opone á los sarcasmos blasfematorios de Celso, el vivo y público recuerdo del nacimiento de Jesus en Belen. «Si hay alguno, dice, á quien no baste el Evangelio, para convencerle de que nació Jesucristo en Belen, sepa y recuerde, que se enseña aun en aquel sitio el establo en que nació Jesus, y el pesebre en que fue envuelto en pañales, y no hay nadie en aquellos lugares que no publique y se complazca en repetir, contra los enemigos de la fe, que allí es donde nació aquel Jesus á quien admiran y adoran los cristianos.» (Véase la segunda pastoral de M. Plantier, pág. 34 y siguientes; la Historia de la Vida de Nuestro Señor Jesucristo, por el señor Martinez Marina, donde se habla estensamente sobre el empadronamiento mandado ejecutar por César Augusto, y la Historia de los Hechos y Doctrina de Nuestro Señor Jesucristo, por don Joaquin Roca y Cornet).

Pág. 250, lín. 22 y siguientes. Segun M. Renan, «Jesus no sabia bastante historia para comprender cuán *á punto* venia su doctrina.»

En vano una crítica anticristiana que lee el Evangelio con los ojos vendados, dice el R. P. Félix en su tercer conferencia pronunciada en el presente año en N.^a S.^a de París, presume disputar á Cristo la autonomía de su querer y la perfeccion absoluta de su resolucion, del propio modo que le disputa la propiedad absoluta de su idea y la plenitud instantánea de su concepcion; en vano imagina en el Cristo reformador una especie de voluntad prestada. Verdaderamente que es forzoso tener propósito, muy deliberado y resolucion muy calculada de falsear la mas evidente, verdad histórica para desnaturalizar hasta este extremo la narracion del Evangelio, en el cual ciertamente no se encontrará una huella, ni una palabra, ni una sílaba de todos esos,

pretendidos préstamos tomados de voluntades estrañas; al contrario en todas partes y á cada página del Evangelio no se ve en Jesucristo sino una voluntad grande y vasta, propia y personal como su idea, y que como esta idea misma, llega de un solo golpe á su plenitud y á su perfeccion.

En primer lugar se ve un hecho que por sí solo exige un milagro, á saber, la tranquilidad absoluta de Jesucristo ante la plena vision de todo lo que se propone hacer, y de todos los obstáculos que ha de encontrar...

Para la conquista de Jesucristo y la transformacion consumada por él en el mundo, no se le ve pedir auxilio alguno á los acontecimientos para sostener su voluntad, ni para animarle en su propósito; no se le ve invocar la complicitad de las cosas, ni la conspiracion de los siglos, para que secunden sus proyectos; al contrario, en lugar de seguir á los acontecimientos, los desafía, en lugar de plegar su voluntad á la exigencia de las circunstancias, quiere que las circunstancias se plieguen á la soberanía de su voluntad; en lugar de hacer lo que todos los reformadores humanos que se arrojan en el torrente para dejarse arrastrar por él y no para arrastrarle, Jesucristo hace refluir hácia sí, como el Jordán hácia su fuente, el gran río que lleva en sus ondas á la humanidad contemporánea. En una palabra, su resolucion es absolutamente independiente de los acontecimientos y de las cosas, y respecto de los hombres aun es mayor su independencia.

Como su voluntad es hacer que los acontecimientos se plieguen y le conviertan á su gloria, así quiere tambien doblegar las libertades humanas y hacerlas servir á su propósito. Los filósofos le aguardan para combatirle con la palabra, pero él les hace el mismo caso que si jamás hubiera habido filosofía ni filósofos en el mundo; los políticos le esperan con la espada desenvainada, aprestados para ahogar en la sangre de los suyos, su idea y su institucion; mas el nada teme de esos poderosos de la tierra, ni para el triunfo de su obra les pide nada, ni siquiera tolerancia y derecho de ciudadanía: lo quiere y basta: él no tiene que contar sino con su voluntad, y lo que es aun mas prodigioso, se atreve á contar anticipadamente con la voluntad de los demás; se atreve á contar con que no le faltarán hombres, sino que antes bien los hallará en todos lugares, en todos tiempos, en todas clase y condiciones de la gerarquía social, y esto sin transigir en nada con sus intereses ni con sus ideas, ni con sus pasiones, ni con nada en fin, de lo que es humano. ¿Como explicar esto, que no es propio del hombre sino por otra cosa que aun es menos humana; á saber, por la *certidumbre* del triunfo que Jesucristo ve claro en el porvenir?

Así se verifica despues del milagro de la concepcion y de la idea, el milagro de la resolucion y de la voluntad; voluntad no solamente adecuada á la idea; no solo grande, personal y plena, como la concepcion misma, sino acompañada además de una tranquilidad divina en preveer su obra y todos los obstáculos de su obra; voluntad acompañada de una independencia divina para con todas las cosas, para con todos los hombres y para con todos los acontecimientos; voluntad en fin, acompañada de una voluntad divina que ante lo espantosamente desco-

Nacido de todo el porvenir humano, anuncia personalmente la certidumbre de su triunfo.

Pues aun hay otro tercer milagro todavía mas maravilloso que los otros dos; y es, despues del milagro de la concepcion y de la resolucion, el milagro de la *ejecucion*.

El advenimiento del Cristianismo y la trasformacion realizada por él en la historia, no es solamente un fenómeno raro y un hecho extraordinario, sino que es en sí mismo un hecho sobrehumano y un fenómeno extranatural. Daré una razon muy sencilla, y al mismo tiempo muy profunda. La naturaleza no es mas fuerte que la naturaleza, y la humanidad no es superior á la humanidad; el hombre no puede levantarse mas alto que su propia altura, ni puede cambiar con su propia energia las condiciones fundamentales de su existencia, ni alcanza, en una palabra, á dislocar por sí mismo el eje de su propia vida, ni á desquiciar los polos en que gira y en que realiza todos sus movimientos. Pues bien, esto que la humanidad no puede hacer por su propia energia, Jesucristo lo ha hecho por su poder divino; él ha dislocado el eje del mundo, cambiando asi de una estremidad á la otra, y del centro de la esfera á todos los puntos de su circunferencia, todas las condiciones de la vida de la humanidad.

La trasformacion realizada por Jesucristo, es una dislocacion del eje de la vida humana. Dijo un dia Dios al patriarca Jacob: ¿has cogido en tus manos para sacudirlos los dos polos de la tierra? *¿Nunquid tenuisti concutiens extrema terræ?* ¡ Ah! Jesucristo hizo mas que esto; cogió por sus dos cabos, no al mundo de los cuerpos, sino al mundo de los espíritus, y lo sacudió y lo volvió todo entero de una estremidad á otra. Y como quiera que en este mundo de los espíritus, hay otros varios mundos que deben gravitar alrededor del mismo centro, Jesucristo ha dislocado el eje y removido los polos de todos estos mundos á la vez. El mundo intelectual giraba todo entero sobre el polo del pensamiento humano, y el hombre se asentaba en él teniendo á sí propio como centro de la verdad; pues Jesucristo viene y lo cambia todo, diciendo: «la verdad soy yo;» muéstrase luego á sí propio como centro del mundo intelectual, y llega al fin un dia en que todas las inteligencias cristianas gravitan alrededor de él, como satélites alrededor del sol. El mundo moral giraba sobre el amor de sí mismo: en los dos puntos extremos del eje estaban el orgullo y el deleite; en el centro el goce; pues Jesucristo viene y lo cambia todo: al amor propio sustituye el amor de El; al orgullo y al deleite, sustituye la humildad y la castidad; y en el centro, y como perno del nuevo mundo, sustituye al egoismo el sacrificio, principio fecundo de donde saldrán eternamente las virtudes heroicas. El mundo social giraba todo entero sobre el imperio de la espada; en un lado el despotismo, en otro la servidumbre, y en el centro la fuerza, que hacia caminar á las sociedades humanas con el acero ó con el látigo en la mano; pues Jesucristo viene y lo cambia todo: á la fuerza sustituye el derecho: el despotismo deja libre el campo á la autoridad, y la servidumbre se retira ante la libertad. Y el mundo religioso, ¿sobre qué giraba? ¿Cuál era el perno que sostenia todos los templos, todos los altares, todas las religiones del paganismo? Era el error funda-

mental, dominante por entonces en el centro del alma humana, de que *era Dios excepto Dios mismo*; pues Jesucristo viene, convierte hácia su verdadero polo al mundo religioso todo entero, aduna y condensa en su persona divina las adoraciones dispersadas sobre mil ídolos, y asentándose á sí propio como centro vivo del mundo religioso, crea en rededor de sí y en sí el Cristianismo, la Religion universal, la Religion *definitiva*.

Finalmente, hé aquí cómo espone el abate Anglade los efectos y los frutos de la obra de Jesucristo.

La obra de Jesus fue, pues, una obra gigantesca y divina. Con hombres ignorantes y tímidos convirtió á sectarios orgullosos, tales como Saul y Gamaliel; á procónsules soberbios, tales como Paulo; á graves magistrados, tales como Dionisio el Areopagita; á filósofos turbulentos, tales como Justino y Taciano; á princesas delicadas, tales como Domitilla; á patricias embriagadas con la gloria de sus antepasados, tales como Paula, Marcela, Fabia; á ciudades voluptuosas, tales como Corinto y Antioquia; á ciudades soberbias y supersticiosas, tales como Roma, Atenas y Efeso; á Césares orgullosos y omnipotentes, tales como Constantino. Se presentó al mundo con mortificaciones, ayunos, disciplinas, y aquel mundo disoluto se sometió en fin á esta terrible penitencia; se presentó al mundo tan orgulloso de sus filósofos y de sus sabios, con la cruz de los esclavos al hombro, y el mundo se inclinó al fin ante esta cruz, y la tomó como signo de honor, y la colocó en el corazon de los valientes y en los estandartes que los llevaron en medio de las batallas. Preciso era un poder mas que humano para operar tan gran transformacion; y era necesario ser verdaderamente Dios para imponer á este mundo tan corrompido, tan sofista, tan escéptico, la creencia en la divinidad del crucificado del Calvario (V. el folleto del abate Anglade, escrito contra la obra de M. Renan, y titulado: *Imposible negar la divinidad de Jesucristo*).

Pág. 255, lín. 21 y siguientes. De esta suerte ha llegado á ser toda la historia del Cristianismo naciente una *deliciosa pastoril*, un Mesías *sentado á las mesas de bodas*, la cortesana y el buen Zaqueo llamados *á sus festines*, los fundadores del reino del cielo como un cortejo de paraninfos.

¡Qué monstruosa parodia es todo esto! ¡El Cristianismo naciente una deliciosa pastoril! Un niño que nace en un pesebre entre viles animales. Un niño contra el cual apenas nace, lanza un príncipe bárbaro un decreto de muerte; un niño á quien tiene que llevar precipitadamente su familia al Egipto, para librarle de la degollacion; un niño que no bien entra en Jerusalem, es anunciado á su madre como debiendo ser blanco de contradiccion, hasta el punto que sus pruebas serán para ella una punzante espada; hé aquí el primer acto de esta *deliciosa pastoril*. En cuanto llega á ser hombre, ve este niño tomar su destino un carácter aun mas riguroso; Nazareth comienza arrojándole de sí, y

mas adelante, los judíos de Jerusalem, en pago del bien que ha hecho á sus enfermos y poseidos, le cargan de cadenas, y le hacen condenar, como un malvado y morir en la cruz con el suplicio de los infames, vendido por un discípulo suyo: hé aquí el segundo acto de esta deliciosa pastoril. Finalmente, el héroe de este risueño poema anuncia que los que quieran seguirle deben separarse de sus familias, renunciar á *si mismos*, esperar el odio del mundo, aceptar la perspectiva de ir por las naciones, como ovejas, en medio de los lobos y aceptar la certeza de perecer en la cruz, porque el discípulo no puede ser mayor que el maestro: hé aquí el tercer acto de esta deliciosa pastoril: hé aquí las nupcias á que son convidados los *fundadores del reino de los cielos*. Hé aquí cómo forman en torno del Esposo coronado de espinas un cortejo de *gozosos paraninfos!*

Un Mesias en festines de bodas. ¿Y no era necesario que santificase la institución del matrimonio? Y en este banquete ¿no se conduce como un hombre divino? ¿No es allí donde verifica su primer milagro y donde comienzan á creer en él sus discípulos? (Juan, II, 11).

La cortesana y el buen Zaqueo llamados á sus festines. ¿Y cuándo los llamó Jesus á sus festines? ¿No fue Zaqueo quien recibió á Jesus á su mesa y no Jesus quien recibió á Zaqueo? (Luc., XIX, 2-10). ¿No se hallaba Jesus cuando se presentó la cortesana, en casa de un extraño, y no se limitó ella, en vez de sentarse al banquete, á inundar los pies del Salvador con perfumes y lágrimas? (Véase la segunda pastoral del obispo de Nimes).

Pág. 265, lín. 5 y siguientes. Tributáblele pequeñas ovaciones, gritando Hosanna y agitando palmas á su alrededor.

Cuando se tiene una fe sincera, ó bien algun tanto de conciencia histórica, es preciso violentarse mucho para no prorumpir en indignación ó para no sonreír de desprecio ante esas transformaciones novelescas, ante esas parodias insultantes de los relatos evangélicos. Y no una sola vez, sino casi constantemente, hay que someterse á tales pruebas al leer este libro, sobre todo, en lo concerniente á los primeros pasos del ministerio de Dios. Así, pues, sin otras pruebas que los relatos evangélicos, sin otra indicación que los textos que se refieren á circunstancias únicas y escepcionales, M. Renan las generaliza para quitarles el carácter de especiales, admirables y solemnes. Sabido es cómo refieren todos los evangelistas, que en la última semana de su vida, entró Jesus en Jerusalem en una asna, para enseñar al pueblo judío en su persona el triunfo del rey pobre anunciado por los profetas; añadiendo, que en estas circunstancias tendieron los discípulos sus vestidos sobre su cabalgadura y aun por el camino por donde pasaba, llevando en la mano palmas y ramos de olivo, y que se reunieron los niños á los discípulos, gritando con ellos: *Hosanna al Hijo de David*; pues bien, M. Renan para quitar el mérito de un entusiasmo extraordinario á este acontecimiento, trata de persuadir que estas demostraciones se hacían comun y vulgarmente. (V. la carta del obispo de Grenoble).

Pág. 267. Lejos de abdicar el Bautista ante Jesus, le reconoció Jesus por superior durante todo el tiempo que pasó á su lado.

Cuando Jesus se presentó á Juan, exclamó éste: «Hé aquí el Cordero de Dios: hé aquí el que quita el pecado del mundo. Este es de quien dije: despues de mí viene un hombre que fue preferido á mí, porque era antes que yo (Juan, I, 29 y 30). Cuando Jesus fue á las orillas del Jordan para ofrecerse al bautismo de Juan, éste rehusó bautizarle diciendo: «Yo debo ser bautizado por tí, ¿y tú vienes á mí? (Mat., III, 14).» Cuando mas adelante atrajeron á la multitud las primeras predicaciones de Jesus, alarmándose los discípulos de Juan, les replicó éste: «Conviene que él crezca y que yo mengüe: el que viene de arriba es sobre todos. El que viene del cielo debe dominar á todo el mundo.» (Juan, III, 26, 30 y 34). Hé aquí la manera cómo estos dos maestros se amaron y lucharon en público en deferencias recíprocas, segun M. Renan. Mas cuando M. Renan añade que el Bautista no abdicó ante Jesus y que Jesus en todo el tiempo que pasó á su lado, le reconoció por superior y solo desarrolló su propio genio tímidamente, es desmentido por los mas formales testimonios de la historia. M. Renan añade: El bautismo habia sido muy acreditado por Juan: Jesus se creyó obligado á hacer como él y bautizó. ¿No ha leído M. Renan aquellas admirables palabras del Bautista: «He visto descender del cielo al Espíritu en figura de paloma y reposar sobre él. Y yo no le conocia, pero el que me envió á bautizar en el agua, me dijo: Aquel sobre quien vieres bajar el Espíritu y reposar sobre él, ese es el que bautiza en el Espíritu Santo. Y yo le ví, y dí testimonio de que él es el Hijo de Dios (Juan, I, 32 y 33).» Así, segun el mismo Juan, el bautismo de Jesus no es el de su precursor. Juan bautiza por el agua; Jesus por el Espíritu Santo: Juan, con un elemento creado por origen, inerte por esencia; Jesus por un principio divino y que lleva en sí la plenitud de la gracia y de la vida (2.^a past. del O. de N.).

Pág. 268, lin. 3. Todo induce á creer que Jesus se inclinó un momento á favor del bautismo, por una especie de concesion.

M. Renan supone que el bautismo tuvo una importancia secundaria para Jesucristo. M. Renan no ha leído sin duda estos solemnes testimonios de lo contrario, que se contienen en el Evangelio. «En verdad, en verdad os digo; nadie puede entrar en el reino de Dios, si no renace del agua y del Espíritu Santo.» (San Juan, III, 5). «El que creyere y fuere bautizado se salvará» (San Marcos, XVI, 16). «Id, pues, y enseñad á todas las gentes, bautizándolas, etc.» (San Mateo, XXVIII, 19). Véase, pues, si habiendo leído estos textos tan esplicitos y que dan tanta importancia al bautismo, podría decirse que Jesus solo daba á este Sacramento una importancia secundaria.

Pág. 273, lín. 7, y 275, lín. 4. Jesus no enuncia por un momento la idea de que sea Dios (dice M. Renan)... El es su Padre, su Padre es él... No se niega (dice el mismo) que hubiera en estas afirmaciones de Jesus el gérmen de la doctrina que debia hacer de él mas adelante una hipóstasis divina.

Es cierto que Jesus se llama en el cuarto Evangelio varias veces el *Hijo de Dios*, ó simplemente el *Hijo*, por oposicion al Padre, y que en este mismo Evangelio y en los demás se llama *Rabi* ó Señor. Pero no es cierto que se contentara con este nombre, y que le bastara en época alguna de su vida y de su ministerio. En el Evangelio vemos darse á Jesus el nombre de *Hijo de Dios*, de *Hijo del Altísimo*, de *Cristo*, de *Señor*, bien antes de su nacimiento ó en el momento mismo de su aparicion en el mundo. (Luc., I, 32, 35, 43; II, 11). Allí descubrimos en el *que viene de lo alto* á visitar á Israel, al mismo Señor Dios de Israel que visita á su pueblo (Luc., I, 78, 68); y en el nombre de Emmanuel, ó *Dios con nosotros*, que se da á Jesus naciente, vemos el fundamento de la aplicacion de las palabras del cap. XI de Isaías (V. 6): «Nos ha nacido un parvulito y nos ha sido dado un hijo, que se llamará el admirable, el Dios fuerte, el padre del siglo futuro.» Despues hallaremos en estos capítulos de S. Mateo y de S. Lucas indicaciones de una *encarnacion* de Dios mismo, no menos marcadas que en el Evangelio de S. Juan.

En la época del ministerio de Jesus, y en el momento de su manifestacion en Israel y aun antes de ella, apareció Juan y lo anunció como el Cristo, el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo, y el Señor supremo que debe juzgarle: Aquel que es tan grande que *no es digno el Bautista de desatar las correas de su calzado*, y que es el Señor mismo ante quien él ha sido enviado para prepararle los caminos. (Marc., I, 7; Lucas, III, 16; Juan, I, 27).

En el bautismo de Jesucristo descendió, segun refieren los tres primeros evangelistas, el Espíritu Santo sobre él en figura de paloma, y se oyó una voz del cielo que decia: *este es mi Hijo amadisimo, en quien he puesto todas mis complacencias*; y Juan Bautista, que segun el cuarto evangelista vió al Espíritu descender sobre Jesus, testifica ser el *Hijo de Dios*. (Juan, I, 34).

En la tentacion del desierto referida sucintamente por San Mateo y por San Lucas, se le da en dos ocasiones el título de *Hijo de Dios* por el tentador mismo. (Math., IV, 3, 6; Luc., IV, 3, 9).

Sus discípulos le dan este mismo título. Es cierto que le llaman *Rabi* dos discípulos de Juan Bautista, que se lo encuentran; mas para ellos este nombre es sinónimo de Mesías: *Hemos encontrado al Mesías*, dice uno de ellos. (Juan, I, 38). Otro israelita le llama poco despues *Rabi*, pero añadiendo: Señor, *tú eres el Hijo de Dios, el Rey de Israel* (Ibid., 49).

No es, pues, exacto, que se limitara nunca Jesus á usar el título de *Rabi*, y lo es menos que al aceptar el título de *Hijo de Dios* y la po-

testad que espresa este nombre, cediese á la admiracion y al entusiasmo de sus discípulos. Lejos de esto, no se limita á aceptar este título por su parte, sino que declara que tiene derecho á él. No lo considera como un testimonio de su admiracion, sino que lo refiere á una revelacion divina. Recuérdese la escena que ocurrió cerca de Cesarea de Filipo, y las preguntas que dirigió el Maestro á los discípulos. Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre, y ellos dijeron: unos que Juan Bautista, otros que Elias, y otros que Jeremías ó uno de los profetas: Dijoles Jesus, y vosotros ¿quién decís que soy? Respondiendo Simon Pedro, dijo: Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo. Respondiendo Jesus, le dijo: Bienaventurado eres, Simon, porque no es la carne ni la sangre quien te lo ha revelado, sino mi Padre que está en los cielos. (Math., XVI, 13, 17). En esta escena no sufre el Maestro los testimonios producidos por el entusiasmo de sus discípulos, sino que los provoca. Acepta el título de Hijo, y se lo aplica llamando á Dios Padre suyo de una manera especial, absoluta. Este título espresa una verdad muy elevada sobre el sentido humano, puesto que sólo podía darla á conocer una revelacion divina. No espresa, pues, una paternidad adoptiva y una filiacion metafórica, sino una paternidad real y una filiacion propiamente dicha. Y ateniéndonos solo á este pasaje, es manifiesta é indudable la armonía que existe entre la doctrina de San Mateo y la de San Juan. M. Renan, no obstante, no teme afirmar que solamente se sirve Jesus, en el Evangelio de San Juan, de la espresion de Hijo de Dios ó de Hijo, hablando de sí mismo.

No sé cómo explicará M. Renan la voz que segun los tres primeros evangelistas se oyó en el Thabor: *Este es mi Hijo amadísimo, escuchadle*; pues si no viene del cielo, aunque los tres unánimemente lo atestiguan, no fueron ellos sin duda los que la supusieron; fueron, pues, Pedro y Juan, que se confabularon para propagar esta fábula.

El sentido de la parábola del Padre de familias, referida por San Marcos y por San Lucas, contiene una afirmacion clara y precisa por parte de Jesus de ser Hijo de Dios. El Padre de familias, despues de haber despedido á sus siervos, envía, en fin, á su Hijo, diciendo: *ellos respetarán á mi hijo*. Y viendo los cultivadores venir al hijo, dijeron entre sí: *este es el heredero, venid y matémosle, y tendremos su herencia; y le mataron*. Estos servidores son los profetas; este Hijo es Jesucristo: así lo comprendieron los fariseos, y así se ve claramente por la serie del discurso. Jesucristo no solamente se llama aquí Hijo de Dios, sino que se atribuye los caracteres de su hijo verdadero. Es el Hijo de una manera absoluta, porque no dice que haya otro. Es el hijo *querido, muy amado*, segun San Marcos y San Lucas. Es Hijo en oposicion á los profetas, que no son mas que siervos suyos. Y es Hijo de tal manera, que bajo este concepto es heredero de su Padre, y le pertenece la herencia.

Y cuando conducido Jesus ante Caifás, é interrogado jurídicamente por el gran sacerdote que le dice: *Te conjuro por Dios vivo que nos digas si eres Cristo, Hijo de Dios bendito*; contesta Jesus: *tú lo has dicho*: yo lo soy ¿no se declaró abiertamente Hijo de Dios? ¿Se engañaron sus enemigos sobre el sentido que daba á este nombre? ¿Creyeron qui-

zá que se llamaba únicamente profeta? *Ha blasfemado*, exclamaron, *es digno de muerte*. Esta declaración tan formal no se encuentra en San Juan, pero está consignada en los tres primeros evangelistas. (Math., XXVI, 63, 66; Marc., XIV, 61, 64; Luc., XXII, 66, 71).

Y si no parecen decisivas estas observaciones y si fatiga la menor sombra de raciocinió, no apelo ya al entendimiento, sino á los ojos. Léase el cap. XI del primer Evangelio (v. 27), el cap. X del tercero (v. 22) que dicen: «en aquella hora, saltó de gozo por impulso del Espíritu Santo, y dijo. Todas las cosas me fueron entregadas por mi Padre, y nadie conoce al Padre, sino es el Hijo, y aquel á quien quisiere el Hijo revelarlo.» En estas palabras se llama Jesucristo el Hijo, el Hijo, de una manera absoluta, enfática, con relacion al Padre. No es ya San Juan, es San Mateo, San Lucas quienes refieren estas palabras. Es, pues, absoluta y materialmente falsa la asercion del crítico; basta tener ojos para convencerse de ello... Y adviértase en estos pasajes la reciprocidad entre el Padre y el Hijo, entre el Hijo y el Padre que se nota con tanta frecuencia en San Juan, y que es tal vez la prueba mas palpable de su igualdad natural, y obsérvese que allí, lo mismo que en San Juan, el Hijo es el revelador único y supremo de su Padre!

Es tambien falso que no tuviera Jesucristo conocimiento distinto de su personalidad, y que se confundiera nunca con su Padre, como dice M. Renan.

Nadie, al contrario, tuvo un conocimiento mas distinto de su personalidad que Jesucristo; y bastaria alegar las pruebas de los pasajes en que parece al crítico mas eclipsada la personalidad del Salvador. En ninguno de ellos, hasta en el capitulo XVII de San Juan, deja de marcarla Jesucristo de la manera mas enérgica. Antes de la creacion del mundo gozaba de la gloria en el seno del Padre (v. 5). Despues de su venida al mundo, es otro que el Padre, puesto que quien le envió fue el Padre, y que consiste la vida eterna en conocer al uno y al otro (v. 3). Y en la vida futura, presenta su unidad con el Padre como la imagen de la unidad que tendrá con sus discípulos, y se confunde en ella tan poco con ellos, que dice: Allí donde yo esté, quiero que estén mis discípulos conmigo, para que contemplan mi gloria, la que vos me habeis dado (v. 23 y 24).

Por todas partes, declara Jesucristo en el Evangelio cuarto su unidad sustancial y su igualdad natural con el Padre; pero al mismo tiempo, declara por todas partes su distincion con el Padre y su existencia personal. Así dijo: Mi Padre hasta ahora está haciendo obras, y yo tambien las hago; no puede el Hijo hacer de suyo cosa alguna, sino lo que viere hacer al Padre, porque todo lo que hace el Padre, hace tambien de la misma suerte el Hijo. (Juan, V, 17, 19). Y tambien el Padre está en mí y yo en el Padre. Todas las cosas que tiene el Padre son mías. (Juan, X, 38, 39; XVI, 15). Pero no dijo nunca. El Padre es yo, y yo soy el Padre.

Jamás se identificó tampoco *con Dios* en el sentido de haberse calificado de la primera ó la sola persona divina; pero se atribuyó constantemente la unidad y la igualdad de poder, de operacion, de naturaleza con su Padre. No vemos tampoco que se llamase formalmente Dios mis-

mo. No obstante, aceptó este homenaje del discípulo que hasta entonces incrédulo le dijo: *mi Señor y mi Dios* (Juan, XX, 28); y le elogió por haber creído al fin; pero no parece que se diese directa y públicamente el nombre de Dios, y tenía para ello razones profundas, porque hubiera chocado violentamente contra las susceptibilidades religiosas de una nación y de doctores que no tenían idea distinta ó perceptible de la Trinidad divina, y se hubiera espuesto á que se le confundiese con el Padre. (Véase la carta escrita contra la obra de M. Renan por el señor obispo de Grenoble á uno de sus vicarios).

Pág. 279. La leyenda se complace en mostrárnoslo desde su infancia *rebelado* contra la autoridad paterna.

Justamente sucede lo contrario. En el primer versículo de San Lucas, que cita M. Renan, se dice que descendió Jesus á Jerusalem, según costumbre en tiempo de Pascua, pero *acompañando á su familia*. (Luc. II, 42). Dice también S. Lucas, que *vivió treinta años en Nazareth en la humilde condicion de sus padres*, ¿y qué hacia allí? ESTABA SUMISO Á ELLOS. (Luc., II, 51). Hé aquí lo único que se nos revela de esta larga parte de su vida: su obediencia perpetua á María y José; hé aquí cómo se complace la leyenda en mostrárnoslo en rebelion contra la autoridad paterna.

Es verdad que en un viaje á Jerusalem, en lugar de volver Jesus con sus padres, permanece sin decir nada entre los doctores; y cuando, al cabo de algunos días de pesquisas, le encuentra su Madre y le manifiesta su sorpresa y le pregunta con mesura la causa de su conducta, Jesus le contesta: «¿No era preciso que atendiese á las cosas de mi Padre?» ¿Pero protesta acaso María contra esta pretendida voluntad de su Padre que está en los cielos? ¿Acusa á Jesus de haberse rebelado contra sus padres de la tierra? En manera alguna; antes bien acepta con respeto las esplicaciones de su Hijo, y cree deber suyo meditarlas en su corazón. (Luc., II). Y este es el único hecho en que se apoya M. Renan para decir, que Jesus se ensayaba desde su infancia en rebelarse contra la autoridad paterna. (Segunda pastoral del obispo de Nimes).

Pág. 295, lín. 21 y siguientes. ¿Recordó (Jesus) las jóvenes doncellas que hubieran consentido en amarle? ¿Maldijo tal vez su duro destino que le habia prohibido los goces concedidos á todos los demás? ¿Dolióse de su naturaleza demasiado elevada, y víctima de su grandeza, lloró por no haber permanecido simple artesano de Nazaret?

Jesus no maldijo lo pasado á que ni siquiera atendia; no maldijo tampoco el porvenir, puesto que se entregó con dulce resignacion en manos de su Padre. ¡Y qué legítimas alegrías habia de llorar cuando

renunció á todas ¡ellas libre y voluntariamente! Menos se dolió de su elevada naturaleza, lamentándose de no haber permanecido simple artesano de Nazaret. ¿Cómo se pretende que quien se dice y se cree Dios, se duela de su naturaleza que le hace igual al Padre, aunque debiese ser *victima de su grandeza*? Estas preguntas de M. Renan son irracionales; pero la mas odiosa, la que hace que caiga nuestra cabeza desplomada entre nuestras manos, dice el digno y sabio obispo de Nimes, al hacerse cargo de estas palabras de M. Renan, es la que se refiere á las jóvenes doncellas.

¡Y es de vos, oh Jesus, celeste esposo de las vírgenes de quien se ha tenido la horrible osadía de escribir estas repugnantes palabras! esclama el citado obispo. Vos, hijo de una Madre Virgen, vos habeis proclamado altamente vuestra predileccion por la virginidad. Para que vuestra Iglesia fuera digna de vos, ha sido preciso que fuera Virgen, como aquel de quien debia ser la esposa. En la Iglesia misma son consideradas las almas vírgenes como la flor de vuestra familia, y finalmente, es tal la intolerancia de vuestra adorable delicadeza, que no podeis sufrir en ninguno de vuestros discípulos una sola mirada apasionada, el mas leve deseo de concupiscencia voluntaria. Vos sois, pues, oh Dios mio, el hálito puro de la virtud de vuestro Padre, una misteriosa emanación de su claridad suprema, el esplendor de su eterna luz, el espejo sin mancha de Su Magestad Santísima (Sap. VII, 25 y 26). ¿Y se atreven á atribuiros sueños y pesares, propios á lo mas de un héroe de novela, á vos mas radiante y mas imaculado que el sol, (Juan, XIX, 35, 36) y en vísperas de esa muerte por la que debíais arrancar al mundo de la tiranía de la materia? Y cuando vais á principiar la espacion de los crímenes que el hombre cometió por los sentidos ¡hay quien no se avergüenza de atribuiros groseras ilusiones que jamás empañaron vuestra mente! ¡Ah, esta es una de esas cínicas impiedades por las que deberian llevar muchos siglos de luto vuestros mismos ángeles!

Pág. 298, lín. 1. Segun Juan apareceria (Judas) como un ladrón.

Porque dijera San Juan que Judas era un ladrón, y que Jesus predijo la traicion de este hombre y su triste fin, lo cual podia saber él mejor que un crítico cualquiera del siglo XIX, se le acusa de odiar al traidor, y se supone este odio anterior á sus crímenes. Esto revela mas que una injusticia, y tal vez es uno de esos tristes secretos del corazón humano que no nos incumbe sondear. Como quiera que sea, y por grande que sea el odio que se atribuye á San Juan contra Judas, es lo cierto que San Juan no refirió ni la venta que hizo Judas de su maestro á los príncipes de los sacerdotes por treinta dineros, como hacen los demás Evangelistas, ni la odiosa recomendacion que hizo Judas á sus satélites de *conducir* á Jesus con precaucion, y que refiere San Marcos (XIV, 44); ni la circunstancia de la saluacion hipócrita y del ósculo infame en el momento de la traicion (Mateo, XXVI, 48 y 49;

Marc., XIV, 44, 45; Luc., XXII, 47 y 48); ni los pormenores de su suicidio (Math., XXVII, 5; Act. I, 18); ni las tristes consecuencias que tuvo, como hace San Pedro (Act. I, 16 y 20), señalando en todo esto el cumplimiento del oráculo del Salmista y el efecto de las maldiciones de Dios. (Véase la carta del obispo de Grenoble, p. 43).

Pág. 335, lin. 11 y pág. 336, lin. 21, nota. Que *habría visto* al Señor y que le habría dicho esto. Esto es que había visto una apariencia del Señor: porque observa Grocio, ella dudaba aun si era una vision incorporal.

He aquí el testo de Grocio. *Quod vidisset dominum. Quod aliquem vidisset quem ipsa dominum crediderat.* Nam ipsa dubitabat iterum an fuisset visio incorporea. Es decir, que *viera* al Señor; que *viera* ó *habría visto* á alguno que creyó ser el Señor. Porque ella misma dudaba que *fuese* lo que vió, mas que una aparicion ó vision incorporea.

Pág. 341, lin. 3. (Antes del aparte). ¿Qué diremos ahora, etc.

Segun se ve por los párrafos anteriores, siempre encuentran las apariciones de Jesus la incredulidad, y siempre la determina ésta, y una incredulidad tal que debió representar la incredulidad de todos los tiempos, la nuestra, la vuestra, para convencerla con su irrecusable testimonio. Por eso añade Jesus inmediatamente: «Vosotros sois testigos de todas estas cosas.» (Luc., 14, 48). Mas adelante dirá: «Vosotros *seréis* mis testigos en Judea, en Samaria y hasta en los extremos de la tierra.» (Actos, I, 8). Ahora dice: «Vosotros *sois* testigos de estas cosas,» *testes estis horum*; lo sois en el presente, para serlo en lo futuro; yo formo, y yo dispongo en vosotros, testigos históricos de mi resurreccion para la fe del mundo, que podrán decir un dia con seguridad: «Dios resucitó á Jesus, y de ello somos nosotros testigos.» (Act., II, 33), y con este fin multiplico los hechos irrecusables de vuestra incredulidad, y la verdad del grande hecho á que sirven de prueba. ¡Qué admirable economía! ¡Y cuánta razon tiene JESUCRISTO para *echarnos en cara* la dureza de nuestros corazones, de que no creemos á *los que le vieron resucitado* de un modo tan palpable y convincente! (Augusto Nicolás en el pasaje citado).

Pág. 377, lín. 4 y siguientes. Jesus tenia hermanos y hermanas, de los cuales *parece haber sido el mayor*.

Preciso es ignorar todo estudio lingüístico para no saber que la palabra latina *frater*, la griega *adelphos* y la hebrea *akh*, se usan con mucha frecuencia para designar los primos hermanos, los sobrinos y

los parientes en general. Sin hablar de los griegos ni de los latinos, diremos solo, que entre los hebreos, tiene la palabra hermano, segun Gesenio y otros filólogos no menos distinguidos, una significacion muy estensa, que se refiere no solo á los primos, sino á los individuos de la misma tribu. En efecto, Abraham llama á Lot *hermano* suyo (Génesis, XIII, 8; XIV, 16), siendo asi que Lot solo era sobrino suyo (Ibid., XI, 27). En el libro de Tobías se hallan varias veces las palabras hermano y hermana, para designar grados muy remotos de parentesco (VII, 4; VIII, 9). Si consultamos el Nuevo Testamento, hallamos la palabra hermano usada trescientas sesenta veces en cuatro acepciones diversas, para designar el hijo de un mismo padre, *los miembros de una misma familia*, los habitantes de un mismo pais y los hombres reunidos por una misma fe y un afecto. No debe, pues, parecer extraño que llamaran hermanos los judíos á los primos de Jesus, porque esta denominacion es un puro hebraismo. (V. el folleto del abate Freppel titulado: *Exámen critico de la vida de Jesus de M. Renan*).

En cuanto al error en que segun dice M. Renan incurrieron los Evangelistas, poniendo los nombres de los hijos de Cleofás en lugar de los nombres de los hermanos de Jesus, no es posible comprender este error en San Mateo, que vivió tres años en la intimidad del Salvador, ni respecto de los judíos, que son á los que se refiere aquí el Evangelista. Además San Pedro, que dictó á Marcos el mismo recuerdo, no incurre en este error. Y respecto de la oscuridad en que supone M. Renan que vivieron los hermanos de Jesus, no es tampoco creible. San Juan Bautista, que no era mas que hijo de la prima de María, llegó á ser inmortal, y los apóstoles, hombres recogidos por Jesus en las playas, y que no tenían con él el mas remoto vinculo de parentesco ni de comunidad de patria, se hicieron célebres, divulgándose por todo el mundo sus nombres y sus obras ¿y no habia de haberse dado á conocer ni siquiera el nombre de los que hubieran sido formados en las mismas entrañas que llevaron á Jesus, que tuvieran su misma sangre, que hubieran vivido por largos años bajo el mismo techo y sentádose á su misma mesa, mucho mas cuando concedia Jesucristo á los que solo eran primos suyos los honores de la celebridad? (V. la segunda pastoral de M. Plantier).

Pág. 377, lin. 21 y siguientes. Hijos de María de Cleofás, hermana de María Madre de Jesus.

Los escriturarios no están todos conformes en que fuera hermana carnal de la Santísima Virgen. Asi lo dice Calmet en su Diccionario bíblico (Véase *María Cleophe*), aunque parece inclinarse á que lo fuese. Como las palabras hermano y hermana entre los hebreos no significaban á los hijos de un matrimonio sino los parientes mas próximos, podia el testo sagrado llamar hermana (*soror*) de la Santísima Virgen á María de Cleofás, aunque solemnemente fuera prima hermana, y por tanto llamar á los hijos de ésta, hermanos de Jesus, aunque no fueran primos hermanos, sino solamente primos segundos.

En España la tradicion mas seguida ha sido ésta, suponiendo que San Joaquín y Santa Ana tuvieron á la Santísima Virgen, como hija única, despues de larga esterilidad y siendo ancianos.

Ni hubiera sido tampoco tan grande el sacrificio que hicieron llevando á la Virgen María al templo si hubiesen tenido despues otra hija ó hijos que conservaran en casa; y con todo, la Presentacion de la Virgen María en el templo se ha mirado siempre como un acto de gran abnegacion por parte de aquellos piadosos ancianos.

(Nota del censor).

NOTA FINAL.

Habiéndose demostrado en esta obra la Divinidad de Jesucristo, creemos oportuno rechazar, esplicándola, la causa que opone mas resistencia, mas repulsion, para la admision de este dogma.

La causa permanente de la repugnancia de los entendimientos ilustrados de nuestra época en creer en la persona divina de Cristo, dice el abate J. H. Michon, es el imaginarse que el dogma cristiano encierra á Dios en este nombre, contiene en él al que no tiene límites, lo arranca de los cielos, de su inmensidad, para darle su camisola de fuerza, un cuerpo humano donde lo ven los ojos como á Júpiter, comiendo y bebiendo en casa de Alcorno.

Por mas que el Catecismo enseñe que Dios no come ni bebe; que en Cristo son todas las funciones humanas distintas de las funciones divinas, puesto que el dogma le da la voluntad y los actos de hombre, limitados y reducidos como su naturaleza humana, y la voluntad y los actos divinos, sin límites como su naturaleza divina, queda siempre aquella impresion en el ánimo. Se encuentran estas esplicaciones ingeniosas y hasta satisfactorias para la razon; se comienza á dudar que se haya comprendido bien en efecto la idea cristiana, pero no obstante, queda en pie siempre el fantasma: ¡tendré que adorar á un hombre!

¡Y sin embargo, no hay nada mas racional que esta union personal de Dios y del hombre, en el momento que entró en los designios de Dios para la salvacion de la humanidad!

¡No, no es preciso, para adorar á Dios, adorar á un hombre! pues por el contrario, precisamente vino el Cristianismo á destruir esta adoracion del hombre, y á promulgar por toda la superficie del globo esta ley magnífica: «Solo adorarás á Dios, y no servirás mas que á él.» Pero al adorar á Cristo, adorarás á Dios unido al hombre, á la manera que al dirigir al hombre un saludo, no se le dirige al cuerpo, sino considerando la union del alma con el organismo. La unidad de persona impone lógicamente la unidad de adoracion, porque la naturaleza mas noble, sin absorber la otra que le es inferior, predomina esencialmente

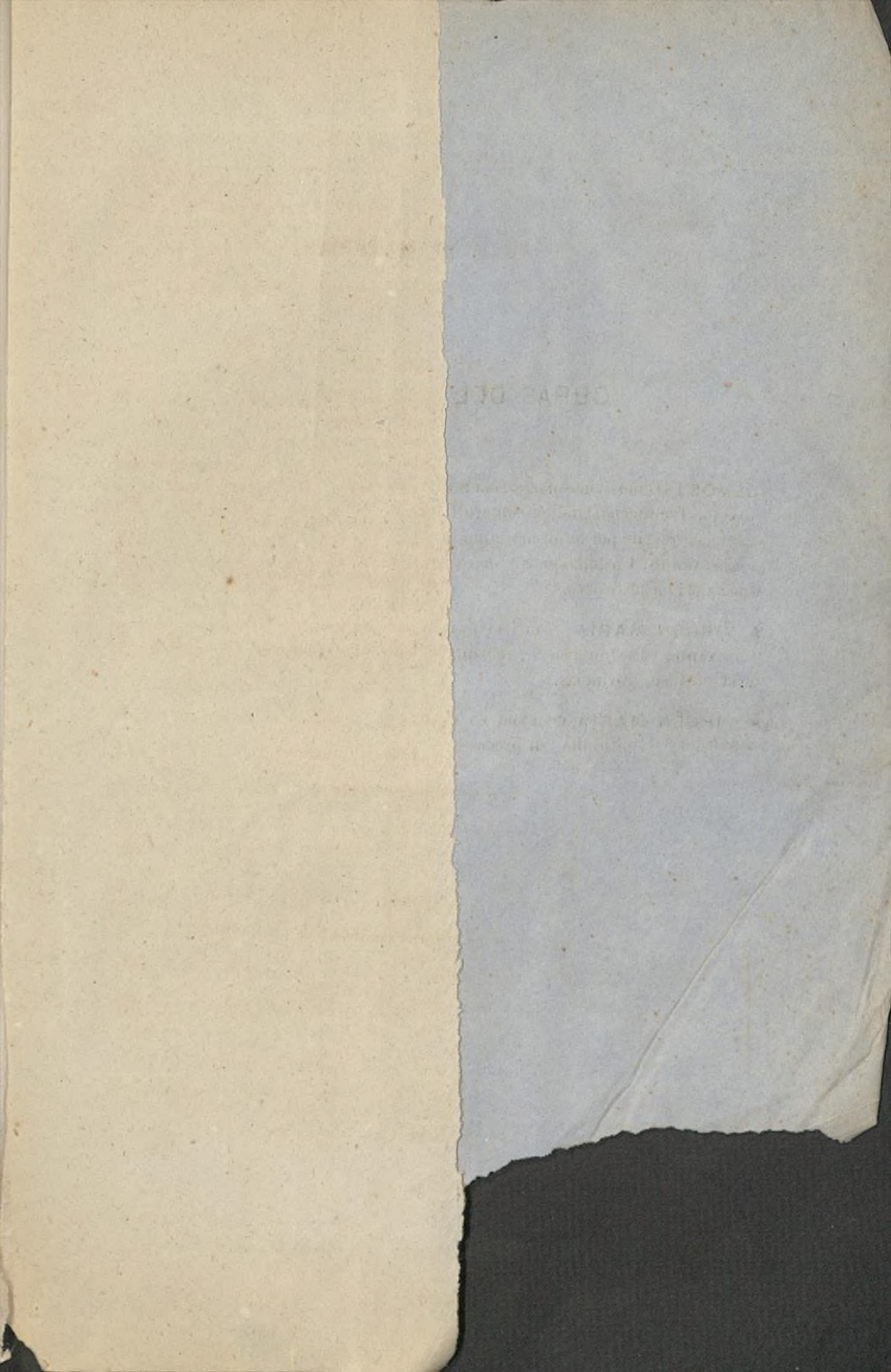
y atrae á sí todo el homenaje. *Non conversione divinitatis in carnem sed assumptione humanitatis in Deum*. No hallándose separada en esta maravillosa union la humanidad, se dirige el culto de adoracion á la persona una, duple por naturaleza, asi como el amor en el hombre no separa del alma en su ardiente afecto al cuerpo, aunque solamente sea capaz el alma de aceptar y de sentir el amor. (Véase el folleto del abate J. H. Michon, titulado: segunda leccion á M. Renan, pág. 51 y siguientes).

ADVERTENCIA FINAL.

Habiendo creido deber nuestro, por respeto á la propiedad literarias valernos para las notas anteriores solamente de las obras extranjeras escritas contra la de M. Renan, sin tomar pasaje alguno de las tan impopulares bajo muchos conceptos publicadas por autores españoles creemos deber remitir á ellas á nuestros lectores, y en especial, á la escritura por el señor don Juan Juseu y Castanera, con el título «Refutacion analítica de la obra escrita en francés por M. Renan, titulada Vida de Jesus;» á la del señor don Miguel Sanchez que lleva por título «La Vida de Jesus, impugnacion de M. Renan;» á la série de artículos publicados por el señor don A. J. Vildosola en el periódico «La Esperanza», y á los dados á luz por don S. Catalina en la Revista «La Concordia.»

INDICE DE MATERIAS.

ADVERTENCIA DEL TRADUCTOR.	
PRÓLOGO DEL AUTOR.	4
CAPÍTULO I. Situación.	5
II. La cuestion.	17
III. El Método (el nuestro).	26
IV. El Método (el suyo).	39
V. Jesucristo es Dios.—Demostracion preliminar.	79
VI. Las Profecías.	95
VII. Los Evangelios.	140
VIII. Los Milagros.	179
IX. La Persona de Jesucristo.	220
X. La persona de Jesucristo (continuacion).	243
XI. Nueva Pasion de Nuestro Señor Jesucristo.	290
XII. Muerte de Jesucristo.	313
XIII. La Resurreccion.	324
XIV. Los Apóstoles y la Iglesia.	358
XV. La Virgen María, Madre de Dios y de los hombres.	371
XVI. Última palabra.	397
NOTAS É ILUSTRACIONES.	406



OBRAS DEL MISMO AUTOR.

NUEVOS ESTUDIOS FILOSÓFICOS SOBRE EL CRISTIANISMO. LA VIRGEN MARÍA Y EL PLAN DIVINO. Traducción del presbítero D. J. M. T. Segunda edición, añadida con un apéndice escrito por el mismo autor A. Nicolás, y traducido por don José de Vicente y Caravantes. Un tomo en 8.º marquilla, de 500 páginas. Su precio 20 rs. en Madrid y 24 en provincias.

LA VIRGEN MARÍA, SEGUN EL EVANGELIO. Traducción de don José de Vicente y Caravantes. Un tomo en 8.º marquilla, de 500 páginas. Su precio 20 rs. en Madrid y 24 en provincias.

LA VIRGEN MARÍA VIVIENDO EN LA IGLESIA. Version del mismo traductor. Dos tomos en 8.º marquilla. Su precio 40 rs. en Madrid y 45 en provincias.